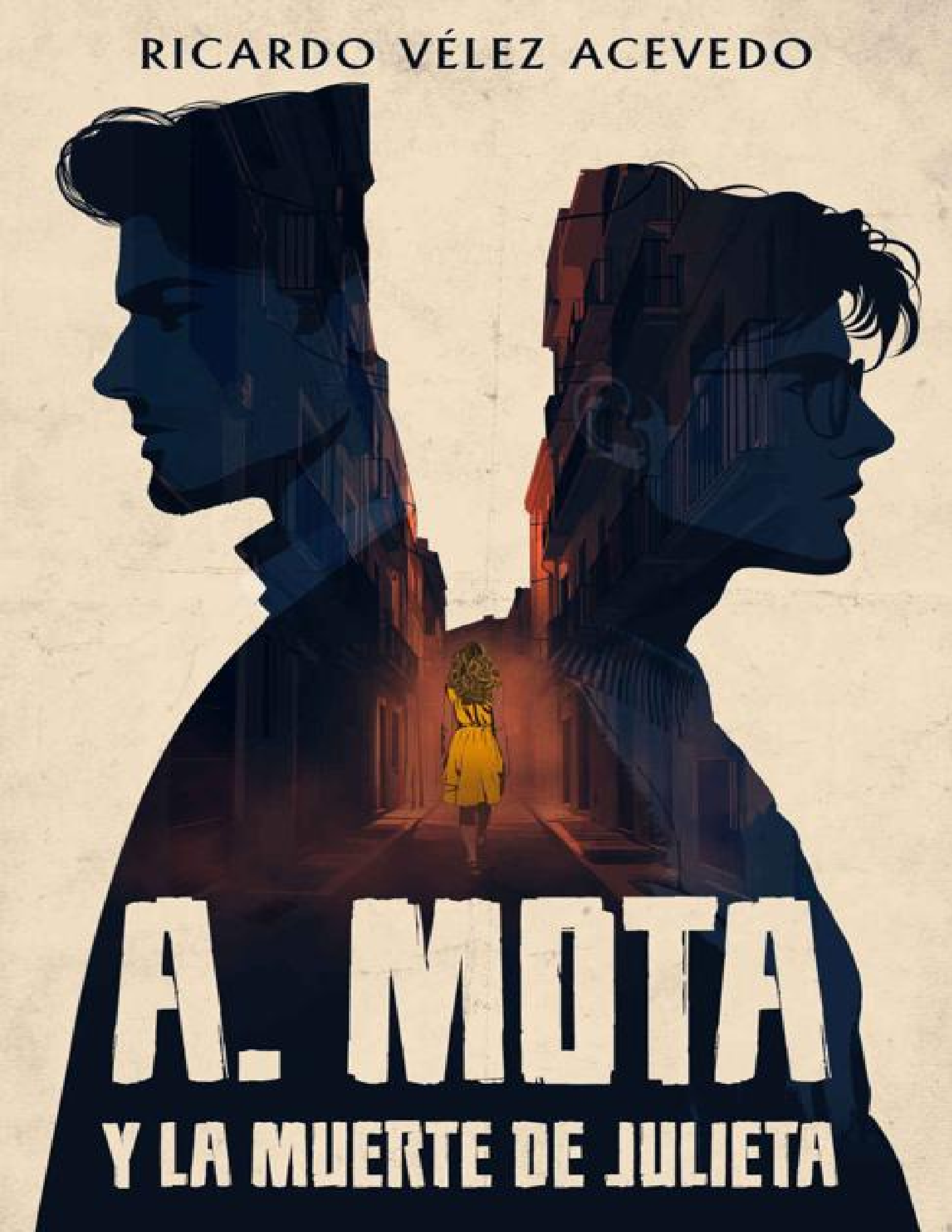


RICARDO VÉLEZ ACEVEDO

The book cover features a stylized illustration. At the top, the author's name 'RICARDO VÉLEZ ACEVEDO' is printed in a dark, serif font. Below this, two large, dark blue silhouettes of men's heads in profile face each other. The man on the left has short, wavy hair, while the man on the right wears glasses. Between their necks, a narrow, perspective-view street is visible, lit with a warm, orange glow. A small figure of a person in a bright yellow coat is walking away from the viewer down this street. At the bottom, the title 'A. MOTA' is written in large, bold, white, blocky letters, and below it, 'Y LA MUERTE DE JULIETA' is written in a slightly smaller, similar font. The entire design is set against a light, textured, cream-colored background.

A. MOTA

Y LA MUERTE DE JULIETA

A. MOTA

Y LA MUERTE DE JUELIETA

RICARDO VÉLEZ ACEVEDO

A. MOTA

Y LA MUERTE DE JUELIETA

 Editorial
Lux Nova

A. Mota y la muerte de Julieta
Primera edición eBook: noviembre, 2024

© 2024, Ricardo Vélez Acevedo
© 2024, Editorial Lux Nova

ISBN: 979-8-9863112-7-2

Nota: Los derechos de autor de esta obra están protegidos por la ley. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, incluyendo la copia, distribución, transmisión o modificación del contenido, sin el consentimiento previo y por escrito del autor o titular de los derechos. Cualquier violación de estos derechos será perseguida conforme a las leyes aplicables.

Justicia hay, y no puede estar muy lejos, estando tan cerca la Mentira.

BALTASAR GRACIÁN

*El Crítico*n, Primera Parte: Crisis Sexta

LUNES

El teléfono sonó y a Julieta le dio un salto el corazón que le provocó una corriente de anticipación que se movió por todo su cuerpo. Ajustaba la pequeña pieza que le aseguraba el pendiente a la oreja a la vez que salía de su dormitorio deprisa hasta la mesita del teléfono de la entrada de la sala. Con la cabeza aún inclinada, se tiró el cabello, rubio y rizado, hacia atrás y se llevó el auricular a la oreja.

—¿Aló? —dijo con expectativa.

—¡Perdida! —exclamó la voz en el aparato.

El aire que le había llenado el cuerpo de emoción escapó al instante.

—¡Ay, perdóname! —dijo Julieta, disfrazando y ocultando la desilusión de su voz—. Después de hablar, tuvimos una reunión y se me olvidó llamarte de vuelta.

—No importa, Juli. ¿Tienes tiempo ahora?

—Pues, no mucho. Estoy esperando una llamada importante.

Julieta estiró el cordón elástico del teléfono hasta moverse con el aparato, aún en la oreja, frente al espejo colgado de la pared al lado de la mesita.

—No te voy a tomar mucho tiempo, pero la verdad es que no puedo esperar más para decirte lo que te tengo que contar. —Pausó—. Llevo más de una semana pensando en si decírtelo o no.

—¿Una semana? ¡Qué exagerada! —dijo Julieta, distraída, aguantando el auricular con una mano y moviéndose el cabello de un lado a otro con la otra para estudiar el deseado efecto en el espejo. Más que acomodarse los rizos, buscaba decidir si llevar el cabello suelto o recogido esa noche.

—No, no exagero, y de verdad que me está comiendo por dentro. Estoy que ya no puedo ni dormir.

Julieta paró de jugar con su cabello ante su reflejo.

—Alba, pero ¿qué es? Ahora me estás preocupando —dijo ella con curiosidad, pero aún pensando que debía colgar pronto para no desatender la llamada que esperaba.

—Es sobre Javier.

—¿Qué de Javier? —preguntó, confundida.

Lo que siguió fue un largo silencio. Julieta dejó de mirarse en el espejo y su mirada comenzó a vagar por la mesita y el suelo mientras cavilaba, intentando anticipar la respuesta de su amiga sin éxito.

—Alba, ¿qué de Ja...?

—Lo vi besándose con otra —dijo Alba, dejando escapar las palabras con rapidez.

—¿Qué?

—La semana pasada fui a uno de los bares de la plaza de San Joaquín y vi a Javier besándose con otra chica —explicó, sus palabras otra vez con apuro, expulsadas con el aliento de una sola bocanada.

A través del espejo, Julieta observó su anillo de compromiso, con la mano inmóvil como el resto de su cuerpo.

—¿Juli?

—¿Estás segura de que era Javier?

—¿Cómo no voy a estar segura? ¡Claro que era él!

—¿Qué día fue? —preguntó, obligándose a recordar y calcular los movimientos de su novio la semana pasada.

—El sábado por la noche.

Javier no estuvo con ella esa noche; Julieta anduvo de salidas con su jefa, Claudia, y con una aclamada escritora. Ambas intentaban cortejarla para publicar uno de sus ensayos en la revista *Ellas Hoy*. Cuando le preguntó a Javier al día siguiente cómo y con quién pasó la noche: «Con unos amigos» fue la respuesta.

—¿Juli?

—¿Quién era la tipa? —El tono de su voz delataba su ansiedad.

—No sé, nunca la había visto antes.

—¿Cómo era? —presionó.

—Rubia. Se me pareció a ti... Y por eso me acerqué, porque pensé, al principio, que eran ustedes dos. Pero..., pues, de cerca entendí que era otra.

Julieta cerró los ojos y apretó el auricular, la noticia al fin penetró y derrumbó la anticipación que los otros eventos de su día habían logrado levantar.

—¿Juli? —llamó Alba.

—Sí, estoy aquí —respondió luego de otro momento de silencio.

—Juli, mira, por favor, no le dejes saber a Javier que fui yo la que te lo dije, ellos nunca me vieron y no quiero que después venga él a traerme problemas.

—No, no, para nada.

—Gracias. Y lo siento mucho. De verdad que no sabía cómo contártelo, llevo días con esto. Perdóname.

—No, Alba, pero ¿qué dices, mujer? Esto no es culpa tuya.

—Pero te lo debí decir ese mismo día.

—No, no...

Intentó formular más palabras para afirmar la falta de culpabilidad de su amiga, pero no fue capaz; la rabia ahora ya no la dejaba hablar ni pensar con claridad.

Alba buscó rellenar el silencio y apaciguar la incertidumbre:

—¿Quieres que pase a visitarte? Para que no estés sola.

—¿Qué? —Sus pensamientos la dejaban turbada—. No, no. Estoy por salir y...

—¿Con Javier? —preguntó Alba de inmediato.

—¡No! —dijo, sorprendiéndose a sí misma por la fuerza involuntaria de su negación—. Es con... con otra persona; es algo del trabajo —mintió.

—Pues si quieres puedo pasar mañana después del trabajo, o podemos ir a almorzar juntas esta semana. ¿Vas a tener tiempo?

—Sí, eh... Yo te llamo y acordamos qué día —respondió, todavía tropezando con la noticia y sus pensamientos, que no paraban de correr y colisionar con cuanto intentaba decir.

—Pues, sí, me llamas y nos podemos encontrar cerca de tu trabajo para que se te haga más fácil.

—Sí, sí... —murmuró Julieta, en un tono mecánico y distante.

—Y todavía te tengo que contar lo que me contó mi hermana que le pasó con una clienta que tenía un novio que también tenía una amante. El novio empezó a llamar a mi hermana buscando salir con ella —rio—, ¡si te lo puedes creer! Yo le dije que aceptara para seguirle el juego...

«Empezó a llamar...», la frase la hizo despertar.

—Alba —interrumpió Julieta—, te dejo que estoy esperando otra llamada y tengo que desocupar la línea.

—Ah, sí, perdóname, se me olvidó. Pues, ¿me llamas después?

—Sí, yo te llamo después. *Ciao*.

—*Ciao*, Juli...

Colgó el teléfono deprisa sin escuchar la respuesta de Alba. Solo se le ocurrió después darle las gracias a su amiga por remitir lo que vio y concluyó que sería lamentable que ella pensara que no estaba agradecida. Se propuso expresar su gratitud con mayor calma cuando se vieran en unos días.

Se disponía a regresar a su dormitorio para ponerse el otro pendiente y terminar de prepararse cuando se quedó frente al espejo sintiéndose tonta y usada. Vio a una Julieta que nunca hubiese deseado ser. Su mente comenzó a trabajar y buscar en su memoria por todas las posibles señales que no leyó en Javier y, ahora, se sentía segura de que le hubiesen dado una indicación de su comportamiento y su infidelidad. Se preguntaba si fue su amor o su empeño y dedicación por su trabajo lo que la cegó.

Caminando ensimismada, regresó al dormitorio a por el otro pendiente y varias pulseras que extrajo de un cofre de un cajón en la cómoda. Observando ahora su reflejo en el espejo justo sobre ese otro mueble, se recogió el cabello; lo llevaría ajustado después de todo. Se miró el rostro y su próxima consideración fue debatir si debía maquillarse o no. «¿Sería más apropiado así, o menos, dada la ocasión?», se preguntó. La llamada de Alba la dejó desalentada y despojada de ánimos. Tal vez, a fin de cuentas, sería mejor no ir al encuentro esa noche, caviló...

Ring.

El teléfono sonó y apartó todos sus otros pensamientos. Se movió con urgencia hasta la mesita y lo descolgó.

—¿Aló? —dijo, con algo de renovada anticipación asomándose.

—Hola, Beba. ¿Cómo estás?

Quiso gritar, pero no dijo nada.

—¿Julieta? —llamó la voz de Javier.

Colgó. El coraje que sintió al escuchar su voz comenzó a mutar a un desconsuelo que le provocó que se le aguaran los ojos.

«¡No!». Ni a él ni a la otra, ni a nadie, le daría Julieta el gusto de sus lágrimas.

Comenzó a moverse hacia el dormitorio otra vez cuando el timbre del teléfono volvió a sonar. Podía ser Javier, sí, pero, por igual, podría ser la llamada que esperaba...

Ring. Regresó a la mesita.

—¿Aló?

—Julieta, ¿qué pasó? La llamada se...

Colgó.

Cuatro pasos más y el teléfono reanudó su timbre. *Ring.* Regresó. Respiró hondo. *Ring.*

—¿Aló?

—¿Julieta? —La voz de Javier se agitaba—. ¿Qué pasa...?

Colgó.

Pensó en dejar el auricular descolgado. Sin embargo, si lo hacía, perdería la otra llamada también.

Otra vez el teléfono sonando. Lo descolgó, pero esta vez no dijo nada.

—¿Julieta? ¿Por qué...?

Colgó con fuerza, presionando el auricular sobre su base, anticipando más intentos por parte de Javier. No deseaba verlo ni oír su voz, ni sostener lamentos que la arrastraran a un estado depresivo y perjudicial.

El teléfono de nuevo. Julieta lo descolgó enseguida a medio sonar.

—¡Julieta!

—¡No me llames más! —gritó, pegándose el micrófono a los labios.

El aparato restalló por el impacto con la base cuando lo colgó con agitación y se apresuró hasta el dormitorio, aturdida y obligándose a pensar en los zapatos que aún le faltaban escoger.

Ring.

Miró en dirección a la sala desde su dormitorio, luego hacia el armario; «zapatos y el cinturón». Pensar en cualquier otra cosa, lo que sea... *Ring.*

Luego del tercer timbre, apretó los labios y, dando pasos ruidosos, llegó hasta la mesita. Tan pronto descolgó el auricular, gritó:

—¡No me llames más! No quiero hablar contigo, ¿no entiendes? ¡No...!

El sonido de la voz al otro lado de la línea la paralizó.

—¡Perdón! Ay, por Dios, ¡perdóname! —dijo llevándose una mano al rostro, ahora sonrojado—. No, no, no... —apresuró—. Es que pensé que era otra persona la que llamaba. Era... Nada, un pesado que estaba haciendo bromas por teléfono —improvisó—. Sí, no es nada. Sí. —Pausó y escuchó con atención—. No, no me he arrepentido —rio, un tanto nerviosa—. Para nada, para nada. Sí, muy segura. Ah, sí, me parece bien. No, no tengo problema con eso. —Otra pausa, y comenzó a buscar con la vista sobre la mesita y a su alrededor algo que no encontraba—. Sí, dame la dirección.

Buscó aprisa en los dos cajones de la mesita y halló libretas de teléfonos forradas de números y mensajes, bolígrafos, varios llaveros, facturas viejas de servicios... Todo menos un papel limpio donde escribir.

—Discúlpame, repítelo —dijo Julieta, tomó un bolígrafo y, a falta de más, se escribió la

dirección en la palma de la mano izquierda—. Perfecto. Sí, sé dónde es. Pues... —Dudó unos momentos—. Nos veremos pronto, ¿no? Vale. *Ciao*.

Colgó y la ola de anticipación, renovada y familiar, la arropó de nuevo. *Ring...* Sin haber transcurrido cinco segundos, volvía a sonar el teléfono.

Julieta, con el recuerdo de Javier también de vuelta y, ahora sin duda de que era él quien llamaba, levantó la mano izquierda y se desprendió del anillo de compromiso del dedo anular. Volvió a su dormitorio y, furiosa, impactó el anillo sobre la cómoda. Con la mano todavía sobre la prenda, tomó nota de su apariencia una vez más en el espejo y la imagen se le antojó lamentable, casi frágil.

—No vas a llorar, Julieta —dijo en voz baja, hablándole a su reflejo—. No vas a llorar.

Contempló su rostro y renunció a ceder o a mostrarle su lamento al mundo. Enseguida, se soltó el cabello y se dejó caer los rizos sobre los hombros. Sostuvo durante unos segundos más la mirada al reflejo y, luego, asintió para sí misma.

Pasó los próximos minutos aplicándose el maquillaje del cual había prescindido hace un rato y perfumándose, con el ruido del timbre del teléfono de fondo. Su voluntad y la sombra de ojos le garantizarían que no lloraría. Decidió, incluso, hasta cambiar de vestido. Optó por uno más ajustado a su cuerpo y de color amarillo en vez de negro; con la resoluta determinación de finalizar el día como una mujer guapa y capaz, no una tonta engañada.

Al fin, tomó su cartera, se ajustó el reloj a la muñeca y se movió hacia la puerta de salida de su apartamento. Al llegar a la mesita del teléfono, que por fin paraba de sonar, se detuvo.

Julieta leyó una última vez la dirección escrita en la palma de su mano, luego se observó en el espejo. Llenándose de la confianza en sí misma que la noticia fatal de esa noche le había provocado perder, de pronto no reconoció a la mujer que la miró reflejada, otra ocupaba su lugar. Su maquillaje acentuaba sin timidez los pómulos y sus labios carmesí. Aquella mujer valiente y capaz —no la tonta— iba a conocer al fin a quién se ocultaba detrás de la voz al otro lado del teléfono, con la incertidumbre que colgaba sobre ella como el velo de una maldición.

En cuatro días, Julieta moriría.

1

Leyó y relejó las palabras una y otra vez y, con cada repaso, extraía menos certeza de lo que intentaba hacer:

A. MOTA
DETECTIVE PRIVADO
CALLE SERENÍ, 32, VILLAMAR 78 463 242

Aquel sí era su nombre, pero el detective no era en realidad él. Arnaldo Mota, padre, cumpliría un mes de fallecido al finalizar la semana y la angustia por su ausencia dejó un vacío en Aldo que no lograba repletar. De hecho, cuando lo intentaba, los pretextos y las dudas se prestaban para rellenar con torpeza esos huecos en su vida que quedaron sin su padre. Heredar un nombre y llevarlo es fácil. Heredar una carrera, una agencia de investigación privada y un legado familiar, sin embargo, no lo es.

Haciendo girar la tarjeta de visita entre los dedos, la cara con el nombre, número de teléfono y dirección de la agencia se asomaba con intermitencia mientras Aldo deseaba, de modo absurdo, que leyese algo distinto con cada giro. Pero ¿qué?: ¿«A. Mota, Licenciado»? ¿«Fontanero»? ¿«Carnicero»? Ni él mismo sabía. Los pasados años lo vieron saltar de un empleo a otro sin asentarse, ¿y ahora qué? ¿Qué profesión, qué zapatos podría llenar él con facilidad? La respuesta la desconocía y la incertidumbre lo atormentaba.

Desde que regresó a su barrio y su antigua casa para atender los asuntos de la familia, la inquietante idea de asumir la responsabilidad de la agencia que fundó su padre se asomó con persistencia. No era una falsedad o un capricho. Sus ahorros aminoraban con cada semana y necesitaba una nueva forma de ingreso que le permitiera, también, poder velar por su hermano sin alterar de manera radical la rutina a la cual él andaba habituado, dadas sus peculiaridades. La llamada que recibió, entonces, fue la oportunidad que deseaba y temía: un nuevo cliente.

«¿El detective Mota?», preguntó la voz del hombre por teléfono cuando Aldo atendió la llamada a la línea de la oficina el día anterior. Se demoró unos segundos, tragó hondo y, sin sentirse seguro de la decisión que tomaba, con palabras que salieron por un impulso involuntario, respondió: «Sí..., esta es la agencia del detective Mota...».

No fue una mentira, se quiso convencer Aldo, fue un intento de ver hasta dónde llegaba la conversación. Esta culminó con la cita temprano para esa mañana y resultaba ya muy tarde para echarse atrás. Razones para arrojarlo todo a la basura no le faltaban. Aun así, las dudas sobre el papel que ahora le tocaba jugar en su familia y el descarrilamiento del desarrollo innato de sus destrezas profesionales lo mantenían estático, incapaz de alterar los planes o la naturaleza de la

agencia de su padre. Y, cuando se permitía total sinceridad consigo mismo, los zapatos de su padre siempre fueron los únicos que quiso llenar. Pero, recordaba para sí, Arnaldo Mota, su padre, no fue enterrado descalzo... Lo que intentaba rellenar, por lo tanto, requería mucho más de él.

El timbre de la entrada lo obligó a aceptar y asumir su papel en la oficina una vez más.

«No la cagues».

Guardó la tarjeta que desde hace rato manoseaba, se puso de pie y se dirigió a la puerta. Vio la oscura silueta del que esperaba afuera a través del vidrio mate, sostuvo la respiración unos segundos y exhaló con fuerza después.

Al abrir la puerta, se encontró de cara a cara con un hombre alto y que, como él, vestía con camisa blanca, sin corbata y con chaqueta, aunque la suya era azul marino y la del hombre, negra. Los ojos del otro, verdes y escrutinadores, repasaron a Aldo con discreta agilidad.

—¿Detective Mota? —preguntó el hombre.

Aldo dudó un momento, tal vez mucho más de lo que parecería normal, carraspeó y dijo:

—Así es.

—Buenos días. Enrique Prats. Un placer —respondió, sonrió y le estrechó la mano.

—Arnaldo Mota. Igual para mí —dijo Aldo mientras aceptaba el saludo.

Tal vez por la blancura o la impresionante simetría de los dientes, el corte elegante de su perfil o la nitidez de su peinado, que no dejaba ni un solo pelo de su cabello rubio y ondulado fuera de lugar, Aldo internalizó la confianza y la perfección estética que desprendía Enrique Prats. Eran de esas que, por lo usual, van de la mano con las familias de dinero a las que nunca les ha faltado nada necesario o deseado.

—Adelante —invitó y se movió a un lado del umbral—. Mi oficina está por aquí —añadió y señaló hacia una puerta de madera que enmarcaba otra pieza rectangular de vidrio mate. Esta lucía las palabras «**A. MOTA**» en letras negras y, justo debajo, «**DETECTIVE**».

Aldo deslizó por completo la puerta hacia un lado, haciéndola rodar sobre un riel horizontal, para permitir que su cliente pasase con mayor facilidad y cortesía. Tan pronto entraron, la hizo volver a deslizarse para cerrarla.

Su padre tomó la habitación de la casa, que en un momento dado tuvo función de sala, y la transformó en su propio despacho para la agencia. Arnaldo Mota, padre, siempre organizado y meticuloso, mantuvo el espacio limpio y con un alto grado de disposición y funcionalidad: los archivadores alfabetizados, las tablillas y librerías muy nutridas y en perfecta simetría, y hasta las tachuelas del tablero de corcho de la pared en una fila recta.

—Tome asiento, en confianza —dijo.

Enrique Prats absorbió el interior de la oficina con una mirada de aprobación y tomó asiento frente al escritorio a la vez que se desabotonaba la chaqueta. Se reclinó, cruzó una pierna sobre la rodilla y miró a Aldo con curiosidad mientras este se sentaba al otro lado del escritorio.

—No pensé que sería usted tan joven —comentó Enrique Prats.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? —preguntó, cohibido, temiendo que su papel de detective se desmoronara sin tan siquiera haber comenzado.

—Hace unos años, hizo un trabajo para nuestra empresa y lo imaginaba... mayor —explicó

sin reprobación alguna.

—Ah —soltó—, es que fue mi padre. Yo estoy a cargo de la agencia ahora, pero mi nombre es el mismo.

—Ya. Ahora comprendo —dijo con satisfacción y una leve risa—. Qué bien, entonces fue mi padre también el que manejaba nuestra empresa y contrató al suyo, y ahora yo estoy a cargo y lo contrato a usted. —Sonrió—. Yo también llevo el mismo nombre de mi padre —añadió con orgullo.

Aldo le devolvió la sonrisa, aunque en su interior pensaba que la conexión dificultaba la transacción de servicios, no la facilitaba. Tampoco se quería adelantar a nada.

Enrique Prats parecía complacido y esperó con paciencia en silencio a la próxima invitación. Aldo ensayó sus preguntas y la metodología que debía emplear esa mañana. Ya no quedaba más por hacer y el detective A. Mota debía dar la cara.

—Qué bien, sí. Pues, muchas gracias por venir, señor Prats —dijo—. Espero ser tan útil como lo fue mi padre. Por teléfono no me ofreció muchos detalles, ¿cómo lo puedo ayudar?

Enrique Prats se tomó su tiempo. Asumió una expresión solemne y luego dijo:

—Es cierto. Prefería darle los detalles en persona. Esto es un asunto muy delicado.

Hizo una pausa. Aldo no logró decidir si era su forma de mantener la compostura o el dramatismo. Tal vez ambas.

—Es con relación a mi hermana, Julieta —continuó—. Ella es..., *era*, mi única hermana.

—Entiendo —dijo Aldo despacio. Razonó que sería prudente no apresurar a un nuevo cliente.

—Murió la semana pasada.

—Señor Prats, lo lamento —dijo a la vez que mantenía la respetuosidad que exigía el momento, pero preguntándose aún más el porqué de la visita y la solicitud de servicios.

—Sí, ha sido algo verdaderamente lamentable para la familia. Bueno, para todos. Julieta era muy querida por todos los que la conocían. Y esa es la razón por la que lo llamé. —Aldo lo miró dubitativo—. Es para que investigue la muerte de mi hermana —declaró.

—¿Que investigue la muerte de su hermana? —repitió, no creyó escuchar bien las palabras.

—Sí. Fue un suicidio —reveló.

Durante varios segundos, la mente de Aldo cesó sus funciones. Recordó cómo su padre hablaba, de cuando en cuando, sobre la mayoría de las personas que solicitaban sus servicios de detective privado. Por lo general, aparecían esposas que sospechaban alguna infidelidad de parte de sus esposos o, por la otra parte, a veces eran los esposos los que sospechaban. En otras ocasiones, sus clientes le pedían encontrar el paradero de algún socio, pariente u obtener datos de un contrincante empresarial. Las muertes no figuraban entre los casos más habituales pues, en su mayoría, la policía atendía los casos criminales de esa índole. Peor aún, Enrique Prats se proponía solicitar sus servicios para investigar un suicidio, lo cual en sí, en la mente de Aldo, no representaba ni un crimen ni un acto meritorio del tiempo de un detective privado. Tal vez podrían consultar a un psicólogo o un terapeuta, pero... ¿un detective?

—Oficialmente, fue un suicidio —aclaró Prats, que ya intuía las dudas del otro—. Pero es ahí que está el problema, detective Mota. Yo sé que no pudo ser un suicidio.

—¿Cómo...? —La mente de Aldo no acababa de arrancar—. ¿Por qué dice eso? —preguntó,

buscando más tiempo para pensar.

—Porque sé que Julieta nunca hubiera hecho eso. Nunca. Tenía toda una vida por delante — insistió—, hasta estaba comprometida para casarse.

—Pero dijo que oficialmente fue un suicidio.

—Bueno, claro, sí, eso fue lo que dijo la policía. —Su tono de voz se tensaba—. Y por más que les dije y hablé con el detective, no me hicieron caso. Pero... —Bajó la pierna y se inclinó hacia adelante—... estoy seguro de que alguien estuvo en el apartamento de mi hermana el día en el que murió.

—¿Encontraron algo sospechoso? —preguntó de forma automática, no por algún instinto. Comenzaba a pensar que tal vez su decisión de asumir las riendas de la agencia no fue la correcta.

—Sí, encontré muchas cosas fuera de lugar. O, no fuera de lugar exactamente, pero, como usted ha dicho, sospechosas —dijo, con el ánimo del que desvela un secreto.

«¿Qué haces?».

Aldo dejó escapar un suspiro con el mayor disimulo que pudo, se pasó la mano por la frente y se reajustó el cabello hacia un lado. Aquel hombre no tenía cara de querer irse de allí sin algo afirmativo o acordado. Además, todavía parecía que le quedaba mucho más por decir. Su padre, pensó Aldo, hubiera, como mínimo, escuchado lo que tenía que decir un cliente prospecto. Su aspecto de galán de novelas televisivas y su aire de hombre aristocrático garantizaban su disposición a pagar por los servicios que buscaba. Por ahora, aun con sus dudas, Aldo no tenía mucho que perder.

Abrió un cajón del lado derecho del escritorio y sacó una libreta pequeña, con la tapa color negra y un elástico cosido a la tapa inferior que arropaba la pieza entera y la mantenía cerrada. Abrió la libreta, tomó el único bolígrafo que encontró en el portalápiz y soltó otro suspiro sigiloso.

—Vale... ¿Por qué mejor no volvemos desde el principio? ¿Cuándo murió su hermana?

—El viernes de la semana pasada —dijo Prats, complacido por la nueva postura que aparentaba haber asumido el detective.

—Ya —dijo y comenzó a escribir y tomar nota. Le dio pronto una sacudida al bolígrafo, que al inicio no cedió su tinta—. ¿Cómo...? ¿Cómo tomó su hermana su vida? Oficialmente, claro —añadió con rapidez.

—Las venas —dijo e hizo un movimiento perpendicular con el dedo índice sobre su propia muñeca. Pareció un gesto involuntario, no uno morboso—. Se cortó las venas en la bañera. Y... y yo fui... —Bajó la mirada—. Yo fui el que la encontró.

Aldo paró de escribir y miró a aquel hombre cuyo cuerpo parecía que se acababa de desplomar sobre la silla. Por razones que no deseaba recordar ni meditar en ese momento, él pudo sentir la carga emocional de un evento como ese.

—Señor Prats, lo lamento mucho —dijo con medida. Ya no era solo una cordialidad.

—Yo también... —respondió y miró a Aldo con la misma seriedad.

Sostuvieron la mirada unos segundos más hasta que Aldo lo instó con su próxima pregunta.

—Señor Prats, disculpe que insista, pero, si encontró a su hermana en ese estado, creo que la

conclusión de la policía parece razonable.

Enrique Prats ejecutó otra pausa, luego desveló:

—Un hombre estaba hostigando a Julieta por teléfono.

Aldo lo observó, atento.

—¿La estaba hostigando? ¿Cómo lo sabe?

—Porque ella misma me lo dijo, desde hace semanas la había estado llamando.

Pasada la introducción inicial y sin que Prats hubiese mostrado la más mínima duda en él, Aldo comenzaba a notarse la mente más relajada, por lo que los pensamientos y preguntas que formulaba marchaban mejor encarrilados.

—¿Qué le dijo del hombre que la llamaba? —preguntó mientras tomaba nota en su libreta, tal como recordaba que lo hacía su padre.

—Pues no mucho, no me dijo quién era. Solo eso, que la llamaba y, después, le pidió conocerla en persona.

—Pero, no entiendo, ¿cuál era la naturaleza de la relación con ella? O sea, ¿para qué la llamaba?

—No sé —dijo, indiferente—, yo creo que era algún estafador y buscaba aprovecharse de ella. —Se reclinó en la silla otra vez—. Mi hermana era bien querida por todos, como le dije, y era una mujer muy inteligente, pero a veces le fallaba el juicio, la verdad. Y ese sujeto estuvo en su apartamento el día en el que ella murió.

Aldo detuvo el bolígrafo a medio mover.

—¿El hombre del teléfono? —preguntó, intrigado.

—Sí.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque, esa noche, estaba yo mismo hablando por teléfono con Julieta cuando él llegó. Ella me colgó y actuó como si nada hubiera pasado, pero yo conocía bien a mi hermana y siempre sabía cuándo mentía. Por eso, esa misma noche fui hasta su apartamento, porque estaba seguro de que el sujeto ese estaba allí. Pero... Pues, solo la encontré a ella en el baño y ya era muy tarde.

En contra de sus propias dudas y miedos, y aun consciente de que asumía un papel que no creía estar del todo capacitado para ejecutar, la conversación y la información despertaba una genuina curiosidad en Aldo.

—Y entonces, usted cree que ese hombre la manipuló de algún modo para que ella tomara su propia vida o lo hizo todo él mismo para hacerlo parecer un suicidio, ¿no?

—Exacto —respondió Prats, complacido, y asintió.

—Ya. Lo que menciona, pienso yo, parece bastante serio como para investigar la muerte con más cuidado. ¿Cómo es posible que la policía se sintiera tan convencida tan rápido? ¿Les dijo a ellos lo que me ha dicho hoy?

—*Todo* se lo repetí, y nada. Seré sincero —continuó y buscó ajustar su postura—, las sospechas las tengo yo porque es, *era*, mi hermana y la conocía muy bien, pero el apartamento y todo lo demás no daba para muchas sospechas. Julieta hasta escribió una nota y, pues, ellos no se tomaron muy en serio lo del hombre del teléfono y no creyeron que hubiera estado en su

apartamento esa noche.

—¿Qué dejó ella escrito en la nota? —quiso saber.

—«Mi vida vale más».

—¿«Mi vida vale más»? —repitió—. Y ya, ¿solo eso?

—Sí.

—¿Esas palabras tenían algún significado especial?

—No lo creo. Me imagino que para ella sí, tal vez, pero no era nada que ella repitiera a menudo, que yo recuerde.

Algo le fallaba. Su padre trabajó durante años para la policía como detective antes de que decidiera entrar en el trabajo de las investigaciones privadas y abriera la agencia **A. MOTA**. Su padre nunca calumnió al cuerpo de policía ni a sus otros compañeros detectives. Si bien nunca comprendió del todo la razón por la cual quiso trabajar como detective privado en vez de uno asalariado como al principio, no creía que su padre pensara que sus antiguos compañeros fueran incompetentes.

—Debo ser muy honesto con usted, señor Prats, esto parece ser un caso complejo para mí... —dijo, evadiendo la mirada del otro unos instantes—. Siendo honesto, no puedo garantizar que pueda dar con el paradero del hombre misterioso del teléfono, ni responder a todas sus dudas. Sobre todo, sabiendo que la policía dio por concluida su investigación.

—Solo deseo que lleve a cabo su propia investigación y haga el trabajo que la policía, muy ineptamente, no hizo. Eso es lo único que quiero.

Enrique Prats no se veía como un hombre acostumbrado a que se le cerraran las puertas en la cara sin remedio. Aldo, por su parte, tampoco acostumbraba a seguir o indagar por callejones sin salida. Aunque se preguntó si ese nuevo callejón en el que se encontraba en su vida tenía salida en primer lugar, pues tomar cargo de todo lo que su padre dejó después de su muerte no le confería muchas opciones.

—Puedo intentarlo, sí... —respondió Aldo, al fin—. Pero... pero, debe de aceptar no tan solo la posibilidad de que yo no llegue a encontrar nada, pero, bueno, también la de que su hermana sí haya sido responsable de tomar su vida. Yo sé algo de asuntos similares por otros casos y estas cosas no siempre se ven venir. A veces sí, claro. Pero todo lo que tiene que ver con la salud mental es muy delicado.

—Comprendo sus pensamientos a la perfección. Estaré preparado para aceptar su conclusión después de que investigue todo lo que la policía ignoró. Que no fue poco —añadió Prats con desdén.

Aldo asintió, todavía dudoso. Repasó en su mente lo ensayado en las transacciones de la agencia y llegó al punto en el cual se encontraban.

—Pues... —dijo—... lo próximo será preparar el contrato de servicios, las tarifas diarias, gastos exentos, los que no, etcétera.

—Me parece muy bien, no tengo problemas con eso, puede facturar lo que sea —dijo Enrique Prats con el tono de voz sin cuidado, como si estuviera hablando de un vaso de agua y no de dinero o gastos de recursos preciados. Se puso de pie, extrajo del interior de su chaqueta una pequeña billetera y continuó—: Aquí tiene el número directo de mi secretaria y el de fax. —Sacó

y le ofreció una tarjeta de visita—. Puede hablar con ella y enviar el contrato y luego yo lo firmo tan pronto lo tenga —dijo mientras miraba alrededor de la oficina, como asegurándose de que él tuviera una máquina de fax—. Si no, también puede pasar directamente por la oficina y se lo entrega personalmente.

—No será problema, le puedo hacer llegar los documentos de cualquiera de los dos modos —dijo de una vez con un gesto hacia un lado del despacho señalando el aparato, poco dispuesto a aparentarse falto de recursos—. ¿No será inconveniente llamarlo en caso de que me surjan algunas nuevas preguntas o dudas? —añadió para sonar diestro y como quien actúa de modo casual. Intentaba en realidad organizar sus ideas de cómo comenzar la tarea.

—No, no es ningún inconveniente. Por el contrario, lo preferiría. Así me puede mantener al tanto de todo lo que investigue —respondió mostrando, juzgó Aldo, una genuina confianza en él.

Le extendió la mano por segunda vez esa mañana y Aldo se puso de pie para aceptar el saludo, ahora de despedida.

—Detective Mota —dijo sujetando su mano con firmeza—, confío en usted.

—Muchas gracias —carraspeó—. Eh... Muchas gracias por su confianza, señor Prats.

Tal vez en otras circunstancias hubiese añadido un «No lo decepcionaré», o un «Cuenta conmigo». No obstante, esas eran garantías que Aldo no se encontraba dispuesto a ofrecer. Ya quedaban establecidas expectativas implícitas con el acto de aceptar el trabajo que le proponía el cliente. No deseaba sancionar esas esperanzas con palabras o afirmaciones falsas.

Prats le soltó la mano luego de un rato que le pareció a Aldo interminable y se despidió con una amable cordialidad. Se sintió agradecido por estar a solas una vez más en su oficina para poder meditar con calma las implicaciones de su tarea. Extinguida la curiosidad inicial que lo capturó, ahora se llenaba otra vez de dudas que le susurraban al oído las inseguridades que suprimió delante de Enrique Prats... ¿«A. Mota, Actor»? Suspiró.

«¿Qué haces?», se preguntó de nuevo.

Miró la libreta sobre el escritorio y se dejó persuadir por otra curiosidad que se vio obligado a suprimir desde el comienzo de su conversación: «... fue mi padre también el que manejaba nuestra empresa y contrató al suyo...».

Aldo se puso de pie y fue hasta uno de los archivadores; la meticulosidad de su padre nunca le fallaría. Abrió uno de los cajones y comenzó a buscar las carpetas archivadas bajo la letra «P». Sin demora encontró lo que buscaba: una carpeta, de buen grosor, con el nombre «**PRATS, ENRIQUE**».

Regresó al escritorio, la abrió y comenzó a leer los apuntes de su padre, las facturas y los recortes de periódico. Una hoja que incluía un reportaje sobre Enrique Prats, padre, acompañado de una fotografía, capturó su atención de inmediato. Los Prats, padre e hijo, mantuvieron mucho parecido. El padre era un hombre con una notable mayor edad y peso, las orejas grandes y apartadas, pero con la misma sonrisa que reconocía del hijo y el mismo corte de quien goza de abundancia y dinero. Y, al igual que su hijo, desprendía la confianza de un hombre des acostumbrado a recibir un «No» como respuesta a algún pedido. Los matices blancos, negros y grises de la fotografía no delataban el color exacto de los ojos, más allá de poder distinguir que eran claros, y, concluyó Aldo, debieron ser del mismo verde que los de su hijo, pues hasta los

contornos de las cejas retenían el parecido.

A Aldo le resultaba divertido ver esas diferencias y similitudes entre esos dos parientes. Él mismo tuvo la dicha y desgracia, también a veces pensaba, de haber nacido con la misma apariencia de su padre. Aunque no se trataba de un parecido, sino una réplica, o como siempre decía su madre con cariño: «Son como dos gotitas de agua». Uno de esos caprichos biológicos en los que parecía que el padre obtuvo un clon por hijo, con poca o ninguna aportación genética de parte de la madre.

Luego de estudiar la fotografía, pasó de lleno a los detalles y la naturaleza del caso que, en su momento, requirió los servicios de su padre.

Prats, como el jefe y dueño de una empresa de inversiones en el mercado bancario y la bolsa de valores, contrató a su padre hace más de ocho años atrás para investigar a un selecto grupo de empleados de los que sospechaba que habían estado supliéndole información a otra empresa contrincante. Luego de tres meses de investigación y de seguir a varios de los ejecutivos por los distintos rincones de la ciudad, varios de ellos por lugares de mujeres de baja reputación, dio con un encuentro clandestino entre uno de ellos y un empleado de otra empresa inversionista con la que competían. El último recorte pertenecía a otra edición del mismo periódico que expuso el caso y la imputación criminal del ejecutivo de la empresa de Prats, llamado Óscar Godoy, lo cual resultó en una investigación gubernamental sobre el tráfico de información financiera privilegiada.

No lograba distinguir entre sus pensamientos, las dudas y sospechas, ni sentirse seguro sobre si todo ese asunto pasado le brindaba mayor o menor confianza en la familia Prats y su empresa. Pensó también en el hombre con quien Julieta Prats hablaba y al que su nuevo cliente llamó un «estafador»...

A pesar de que se interponían más de ocho años desde ese otro pleito, no deseaba descartar la posibilidad de que algún resentimiento pasado hubiese tenido un papel o una influencia en la vida de los hermanos Prats y la empresa de su familia. El suicidio, sabía Aldo, conllevaba eventos complejos y delicados, pero así por igual, el homicidio también.

«¿Qué haces?», se preguntó una última vez.

2

La visita de Enrique Prats le dio a Aldo mucho en qué pensar, demasiado, en realidad. Decidió abandonar durante un rato los documentos del caso pasado que había atendido su padre y los apuntes de su libreta sobre la muerte de la hermana de su cliente, y se movió a la cocina en busca de una distracción y más café.

Fuera de la oficina, se asomaba el pasillo que conducía hasta la cocina y la primera de las dos entradas a las escaleras que cedían a la segunda planta de la casa. A la otra entrada de escalones, se accedía desde la cocina. La estructura del edificio tenía casi cien años. De hecho, la familia Mota fue la segunda en habitar la residencia, poblada a su alrededor por otras casas similares y con familias igual de antiguas, o más, que la suya. La madera de caoba dominaba en el interior; oscura, con tonos marrones y rojizos, reafirmaba la edad de la casa y le daba un aspecto cavernoso en sus rincones, pues la luz no se reflejaba con la misma facilidad que en las paredes blancas. Aldo creció allí, el color de esa madera o su crujido al pisar representaban algo común en su totalidad y nunca se le hubiera ocurrido describir ese hogar como una *casa antigua*. Aunque, reconocía él, desde hace poco, sus ocurrencias carecían de originalidad o perspicacia.

Cuando llegó a la cocina, alcanzó la cafetera y rellenó la misma taza en la que se había bebido su anterior ración de café. Apenas en el segundo sorbo, llegó la segunda interrupción de la mañana.

—Aldo, tengo hambre.

Cerró los ojos y bajó la taza.

—Ya desayunaste —dijo Aldo, suprimiendo la frustración y evitando que esa emoción entrara en su voz.

—Pero tengo hambre.

—Pues, espera un rato más —instó—. Yo salgo y compro algo después para almorzar.

—Pero tengo mucha hambre ahora —insistió.

Aldo se giró y miró a su hermano. Andrés mantenía la mirada en el suelo, como de costumbre.

—Ya desayunaste, no puedes tener tanta hambre. Tómate otra taza de café y espera un rato más —sugirió, todavía esforzándose por no revelar su impaciencia.

—Se acabó la leche.

Aldo miró su propia taza. Ciertamente era que él prefería su café sin leche y con un poco de azúcar, mientras que su hermano solo lo tomaba con leche. Aunque estuviera endulzado, Andrés no tocaba café negro.

—Yo compro más leche, después —dijo y se dio la vuelta.

Andrés no dijo nada más, pero Aldo podía oír el leve ritmo de su respiración y sabía que su hermano seguía allí inmóvil, en espera de alguna respuesta afirmativa que le permitiera accionar su mente y fijarla en otra nueva tarea.

En su momento, la incapacidad para la interacción social por parte de Andrés le sirvió de ventaja a Aldo en las travesuras de su niñez. Con tres años de vida más que Andrés, durante un tiempo ya muy lejano, fueron hermanos inseparables. A medida que fueron creciendo, las necesidades y los intereses de Andrés no cambiaron, pero los de Aldo sí. Para cuando terminó su bachillerato y decidió marcharse a buscar trabajo lejos de su familia, ya quedaba muy poco de lo que los unía. Su padre cuidó con diligencia de Andrés, hasta que el cáncer no se lo permitió más. Ahora, su hermano representaba la responsabilidad principal de su vida y, a veces, en momentos de frustración como ese, pensaba que representaba también un castigo celestial por haber dejado a su padre cuidar de Andrés a solas luego de que su madre fuera desprendida de la casa y de sus vidas.

—Aldo, tengo...

—¡Andrés! —gruñó. Impactó la taza sobre la encimera y se giró de golpe—. Ya te dije que esperes. ¡Déjame pensar un rato! —Andrés seguía mirando el suelo—. Por fin apareció algo de trabajo para la agencia y necesito pensar. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Eh? ¿Me puedes dejar de molestar un rato mientras pienso? ¡No te vas a morir de hambre!

Su hermano no se movió ni dejó escapar ningún gesto que delatara haberlo escuchado, lo cual no hizo nada para mejorar el humor de Aldo. Con el peso de la frustración y el enojo que arrastraba, se dio la vuelta para darle la espalda a Andrés y bebió, una vez más, de la taza de café mientras se frotaba la frente y respiraba hondo.

El sonido de un gemido distante cortó el silencio. Lento al principio, luego más rápido y suprimido, entrecortado y lloroso. Le siguieron las lágrimas y los sorbos sollozantes.

Aldo volvió a girarse y vio el rostro enrojecido de su hermano, todavía en el mismo lugar y la misma posición, intentando contener sin éxito las lágrimas y, al parecer, hasta la respiración.

—Andrés... —murmuró Aldo.

No lograba ver al hombre de veinticinco años que Andrés debía ser. En su interior, desde siempre, habitaba alguien mucho más joven y frágil.

Aldo se sintió vencido y, con remordimiento, cruel.

—Andrés... —repitió—. Ya, ven, no llores. —Fue hasta su hermano y le apretó los hombros con ambas manos—. No llores, no es para tanto. —Le dio un abrazo—. Perdón —susurró—. Ya, ya... —continuó diciendo a la vez que le daba palmadas en la espalda.

El llanto de Andrés se apaciguó y los gemidos y sollozos comenzaban a desaparecer, aunque sus fluidos seguían bajando por los ojos y la nariz.

—Ya. —Aldo tomó el rostro de Andrés en las manos—. Mírame. Andrés, mírame —repitió hasta que su hermano al fin hizo contacto con sus ojos—. ¿Quieres otra tostada? ¿Sí? —Andrés asintió con timidez, sorbiendo por la nariz—. Pues, ya, no llores. Ven, siéntate —dijo y condujo a su hermano hasta la mesa rectangular con cuatro sillas del centro de la cocina.

Andrés se sentó en su silla predilecta —la que miraba hacia la ventana sobre el fregadero—, extrajo un pañuelo blanco del bolsillo de su pantalón, se levantó las gafas y comenzó a secarse

las lágrimas, con la mirada de vuelta hacia abajo.

—Pues, vale, a ver... —dijo mientras iba hasta el refrigerador.

—El pan también se acabó —interrumpió Andrés.

Aldo suspiró:

—Se me olvidó...

La primera ración de pan tostado a la plancha, solo con mantequilla, dio por terminado lo que quedaba de pan. Junto con su café con leche, formaba parte de su invariable rutina mañanera.

—Pues, ni modo —dijo, resignado—. Déjame ir a la panadería. No tardo.

Se palpó los bolsillos del pantalón y de la chaqueta, preguntándose dónde había dejado su billetera, a la vez que se disponía a salir de la cocina y subir a su habitación a buscarla, cuando Andrés preguntó:

—¿De qué es el trabajo?

—¿Qué trabajo? —soltó, confundido, y se detuvo.

—El trabajo de la agencia, ¿qué es? —aclaró, y se sonó la nariz en el pañuelo, todavía mirando hacia abajo en la silla.

—Ah, es un cliente que quiere que investigue la muerte de su hermana. Ella se quitó la vida, pero él piensa que alguien la manipuló o lo fabricó todo. Como un crimen disfrazado, algo así. Y, pues, quiere que yo averigüe el asunto —respondió, y su propia explicación le pareció absurda.

Dudó un momento, contemplando esa absurdez. Andrés volvió a hablar:

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo ocurrió la muerte?

—La semana pasada. Es todo reciente.

Andrés se limpió el rostro una última vez, se reajustó las gafas y, sin más, alzó la cabeza para sostenerle la mirada a su hermano. Sus ojos castaños encontraron los de Aldo sin vacilar y apenas pestañeaba.

—¿El hermano piensa que no lo hizo ella misma? ¿Que fue otra persona?

Aldo asintió, un tanto sorprendido por la fijación de la mirada de su hermano.

—¿Por qué piensa eso? —continuó.

—Porque él dice que alguien la había estado llamando y, tal vez, manipulando. —Pausó—. Pues, nada, me voy a la panadería a...

—¿Dejó una carta? —interrumpió Andrés.

—Sí... —dijo, extrañado por el interés—. Fue solamente una nota.

La mano derecha de Andrés comenzó a moverse. Parecía un movimiento mecánico e involuntario: hacía tocar el pulgar con la yema de los primeros dos dedos en orden, repitiendo la secuencia sin parar, índice, corazón, índice, corazón, como si contara con los dedos, 1, 2, 1, 2, 1, 2.

Aldo reconoció el movimiento como una excitación psicomotriz, presente en las ocasiones en las que Andrés intentaba recordar algo o procesar algún pensamiento o situación que considerara de alta complejidad. Su médico siempre lo consideró algo inofensivo, hasta saludable, incluso.

No sabía en qué pensaba Andrés, pero el asunto del suicidio podría traerle recuerdos e imágenes desagradables que se estuvieran proyectando con rapidez en su mente. Tal vez debería tener más cuidado cuando abordase ese tema en presencia de su hermano, pensó.

—¿Aldo? —llamó Andrés.

—Eh, ¿qué? —Ahora era Aldo quien parecía desatento.

—La panadería.

—Ah, sí —dijo, turbado—. Ahora vuelvo.

Andrés se giró, pero ahora miraba hacia la ventana y el fregadero, sin parar el movimiento de los dedos. Aldo lo observó durante un momento más antes de abandonar la cocina. Ambos hermanos se veían absortos, pero la distancia entre sus respectivos pensamientos alcanzaba varios kilómetros. La distancia aproximada, de hecho, la calcularía Andrés en unos días.

La residencia de la familia Mota se situaba en la calle Serení, la cual estaba adornada a ambos lados por casas adosadas como la suya y dos edificios residenciales de cuatro plantas en dos de sus esquinas. En el extremo norte, cruzaba la calle del Parque y, en el del sur, la calle Mayor, donde abundaban los comercios, el tránsito peatonal y automotriz y la estación del metro.

Aldo alcanzó la calle Mayor y continuó por la acera hasta llegar a la panadería de don Rogelio. La panadería, como el propio dueño, era uno de muchos otros establecimientos de la calle que Aldo recordaba de toda la vida. Cuando se vio obligado a regresar a su casa y familia, fue esa intransigencia a los cambios lo que lo desconcertó al inicio, pues en su interior él era otro, pero su barrio, su antigua vida, nunca cambió.

Compró dos barras de pan de agua, varias pastas de hojaldre rellenas con mermelada de frutas —Andrés sin duda las haría desaparecer esa misma mañana—, y varios trozos de empanada de pollo para el almuerzo de más tarde. Luego, visitó la pequeña tienda de abastos y chucherías de la esquina para comprar la leche y más mantequilla ya que, aunque todavía quedaba algo en casa, no quería tener que volver a salir a por algo más para satisfacer el hambre o los antojos de su hermano.

Cargando las bolsas de la compra y muchos pensamientos irresolutos, llegó otra vez más hasta la calle Serení. Enfilaba el camino de regreso a la casa, cabizbajo, abstraído, cuando oyó su nombre:

—¡Aldo!

Alzó la mirada y su cuerpo se aflojó tanto y con tanta rapidez que casi dejó caer cuanto llevaba en las manos.

—Buenos días.

—¡Clara! —exclamó él, sorprendido—. Buenos días.

—¿Estás bien?

—¿Yo? Sí, ¿por qué?

—Nada, te ves serio y pensativo —dijo Clara sin malicia o burla.

—Ah, bueno, sí, es que... Sí, ando pensando en muchas cosas. —Y sin saber por qué, en

contra de su propia voluntad, disparó—: Tengo un caso nuevo.

Clara frunció el entrecejo y ladeó la cabeza. Antes de que ella formulara la pregunta, Aldo se adelantó:

—Un caso de trabajo de la agencia de mi padre.

—¿De verdad?

Aldo asintió.

—¡Qué bueno, Aldo! —exclamó, con una natural mezcla de satisfacción y sorpresa por igual—. Me alegro mucho por ti. Yo creo que esa noticia también hubiera alegrado a tu padre —añadió, con un tono de voz más delicado.

—Sí... —dijo sin convicción, lanzando la mirada a la calle por donde transitaba un automóvil.

Durante un momento, ambos guardaron silencio.

—Y Andrés, ¿cómo sigue? —preguntó ella.

—Bien. Ya sabes lo suyo: comida —dijo con un gesto, alzando la bolsa con el pan que sobresalía—, y libros.

Clara sonrió y asintió.

—No cambia. —Pausó—. ¿Y tú?

—¿Yo? —dijo, desprevenido por la pregunta.

—¿Cómo sigues tú?

—Ah —soltó, aliviado—. Sí, yo... Eh... Bien —respondió en un tono débil.

Clara alzó la mano y se reposicionó un lado del cabello detrás de la oreja, como si intentara ganar más tiempo o esperara algo que no acababa a llegar.

—Qué bueno. Pues..., Aldo, te veo luego, que tengo que seguir para el trabajo.

—Sí, sí, claro. Sí, hasta luego.

—Hasta luego —dijo ella, sonrió y continuó andando en el sentido opuesto, en dirección a la calle Mayor.

Aldo permaneció un corto rato más allí sin moverse, viendo alejarse el vaivén del cabello castaño de Clara e intentando dilatar, en vano, la evaporación del delicado olor de su perfume. Intentando mantener también el contorno de sus labios, las mejillas rosadas con varios hoyuelos y los ojos color miel en su mente, comenzó a caminar de nuevo hasta la casa, ahora con mejores ánimos que con los que había salido.

Cuando llegó a la cocina, halló a Andrés ausente y supuso que había decidido esperar el segundo desayuno en su habitación.

Las destrezas de Aldo en la cocina eran tan limitadas como los gustos de Andrés para la variedad. La monotonía de la comida de su hermano le iba bien, pues el esfuerzo que debía invertir en la preparación de sus alimentos permanecía reducido, y así lo prefería. No obstante, la atención a los detalles nunca era limitada.

—¡Andrés! —llamó Aldo.

Cortó un trozo largo de la barra de pan, luego dio otro corte por el lado a lo largo de la miga, untó mantequilla salada y lo llevó a la sartén caliente. A falta de una plancha doble, colocó una tapa de olla pesada sobre el pan para hacer presión mientras tostaba un lado; una vuelta, otra vez

la tapa, y el segundo lado tostado. La corteza ni muy dorada ni muy anémica, lo justo para derretir la mantequilla en el interior y darles el toque crujiente a los bocados.

—¡Andreo! ¡La tostada! —llamó otra vez.

Las exigencias con el café eran tan rigurosas como las del pan: siempre mitad café, mitad leche, cualquiera que fuera el volumen de la taza que usara. El desequilibrio en las proporciones de los líquidos lo registraba sin falta.

Aldo lo dejó todo en la mesa, caminó hasta la base de las escaleras que conectaban con la cocina y lo llamó desde allí de nuevo:

—Andrés, ¡ven a comer!

Se encontraba ansioso por satisfacer los antojos de Andrés para poder regresar a la oficina y pensar a solas en cómo comenzar los asuntos del nuevo caso sin más interrupciones.

—¡Andrés! —Ahora el llamado sonaba como una queja.

Exhaló con fuerza y subió los peldaños hasta el segundo piso. Llegó hasta la habitación de su hermano y llamó:

—Andrés, ¡que vengas a...!

La halló vacía. Observó los libros, que decoraban todos los rincones, el escritorio y la cama sin hacer —al parecer Andrés había estado acostado mientras leía—. La habitación no gozaba de un orden o pulcritud absoluta, mas tampoco parecía un sucio almacén. Su padre, desde pequeños, les permitió mantener sus dormitorios como les placiera, pero siempre con un estándar mínimo de limpieza invariable.

Miró hacia la puerta del baño, también vacío. Tampoco lo encontró en su dormitorio ni en el que fue de sus padres. Descendió hasta la cocina y miró a su alrededor con confusión. Andrés no era dado al juego del escondite y tampoco acostumbraba a salir de la casa por su cuenta sin razón. Extrañado, cruzó el pasillo y llegó hasta el umbral de la oficina.

Allí, al fin, encontró a Andrés, con la libreta que Aldo usó para sus anotaciones abierta en la mano izquierda, los dedos de la mano derecha se le movían en la secuencia rítmica e involuntaria, caminando de un lado a otro.

—¿Qué haces? —preguntó Aldo, tardando unos segundos en interpretar las acciones de su hermano.

—Debes llamar al señor Prats —comenzó Andrés hablando con rapidez, sin cesar la secuencia de los dedos ni los pasos por la oficina— y pedirle la información de contacto del lugar de trabajo de su hermana. Lo primero es recrear los pasos de la víctima esa semana, en los días antes de su muerte y averiguar si hubo planificación en sus actos. También —dejó de caminar de pronto—, intenta contactar con todas las personas que la vieron. Todos son testigos y los debes entrevistar. Puede haber datos pequeños pero importantes. —Reanudó sus pasos de un lado a otro, hablando como si pensara en voz alta para sí y sin dejar los ojos en un punto fijo—. Si fue un suicidio, entonces es posible que haya alguna secuencia de eventos negativos en su vida que hubiesen empeorado en la semana que murió. Hay que saber si tenía tendencias depresivas o de muerte. —Otra pausa—. Si no fue suicidio, alguien la quería muerta. Tienes que buscar algún motivo o ver quién se beneficia por su muerte. Papá siempre lo decía así: «La oportunidad y el móvil hacen el crimen». Pero los contactos con los testigos deben ir primero.

Ah, y visitar el apartamento donde murió también.

Andrés se detuvo por última vez, dejó de mover los dedos y miró a su hermano. Aldo pudo ver, sin esfuerzo alguno, una sonrisa sutil en los labios de Andrés, y, silenciado por el asombro, sintió una delicada ola de escalofríos que lo arropó.

Lo miró con fijación y seriedad. Los ojos y el semblante de Andrés decían tanto como sus palabras. Allí no veía al joven introvertido y maniático que carecía de destrezas sociales o que vivía al borde de un diagnóstico de una condición psicológica irreparable; ahora encontraba en aquella mirada una convicción incuestionable, propulsada por una determinación envidiable por el propio Aldo.

—¿La tostada? —preguntó Andrés con total normalidad, y se ajustó las gafas.

Antes de que lograra hablar, Aldo reparó en el hecho de que tenía la boca abierta. La cerró y tragó hondo.

—Eh... Sí... sí, en la cocina —balbuceó, y señaló hacia el otro lado del pasillo a la vez que despertaba de su embotamiento.

Andrés relajó su sonrisa, depositó la libreta sobre el escritorio y salió de la oficina. Aldo escuchó cuando su hermano llegó a la cocina con el ruido de las patas de la silla en la madera. Acababa de presenciar algo extraordinario, imposible, casi, y parecía que su mente no lograba terminar de procesarlo todo.

Aldo caminó muy despacio por el pasillo hasta asomarse a la cocina, como si intentara que Andrés no percibiera su presencia. Su hermano sujetaba la taza de café con una mano y, con la otra, el pan tostado que comía con gusto. Lo observó como si fuera incapaz de reconocer a aquel joven que ahora ocupaba la silla habitual de su hermano.

—¿Aldo? —llamó a la vez que se giró en su dirección, lo que lo tomó por sorpresa y le provocó dar un leve salto, todavía él sin salir por completo del pasillo.

—¿Qué? —titubeó.

—¿Podemos ir a la biblioteca hoy?

Aldo vaciló.

—Sí —respondió con demora, todavía pasmado.

Le dedicó una última mirada a Andrés y luego comenzó a retroceder los pasos por el pasillo con la misma cauta lentitud hasta que entró a la oficina. Observó los papeles del expediente y la libreta que su hermano había estado leyendo. Se percató de que Andrés usó el mismo bolígrafo que él había dejado sobre el escritorio para subrayar palabras o frases escritas por el propio Aldo en sus apuntes. Los «Cómo» y los «Por qué» estaban todos subrayados en relación con las preguntas y respuestas que Aldo anotó de su conversación con Enrique Prats. También «Mi vida vale más», con dos rayas, y «Comprometida para casarse».

Al cabo de un rato, pasó a una nueva página de la libreta y comenzó a escribir con rapidez todo cuanto recordaba de lo que Andrés le había instruido.

3

Para cuando llegó la tarde, Aldo estimó que su hermano ya se encontraba en su estado de vuelta a la normalidad. Él también se repuso.

Después de almorzar las empanadas de pollo, Aldo telefoneó a Enrique Prats. Su cliente parecía complacido a pesar de toda la nueva información que solicitaba de él: números telefónicos de los contactos más cercanos de su hermana, su lugar de trabajo y la petición de ver el interior del apartamento donde falleció. Para evitar posibles contratiempos o interrupciones que lo obligaran a posponer todo, Prats le propuso visitar el apartamento de su hermana al siguiente día por la mañana sin demora. Aldo, complacido por igual, se despidió con la promesa de enviar el contrato de servicios esa misma tarde.

Todo lo que declaró Andrés en aquel momento de intensa lucidez y el resto de sus tareas de organizar los contactos, llamadas y visitas para el resto de la semana luego de la segunda conversación con su cliente le produjeron una elevación de ánimos insuperable. Aldo ahora contaba con una estrategia para comenzar la investigación y el alivio que le producían esas seguridades le permitía sentir, al fin, confianza en sí mismo. Sin duda, mucha más de la que sentía al comienzo del día.

Andaba trabajando en la máquina de escribir, tecleando y rellenando el formulario del contrato de servicios con las tarifas e importes que su padre siempre usó, cuando su hermano entró a la oficina.

—¿Podemos ir a la biblioteca ahora? —preguntó Andrés.

Aldo se detuvo en mitad de la oración. Pensaba que Andrés lo buscaba con una nueva petición de más comida, por lo que el cambio fue bienvenido.

—Sí, dame... —comenzó diciendo a la vez que miraba su reloj de pulsera—... unos diez minutos más, y nos vamos.

Andrés permaneció inmóvil observando las hojas del escritorio y la otra que esperaba a seguir deslizándose por el rodillo de la máquina de escribir. Notó pronto que Aldo lo observaba con curiosidad y, con un súbito ademán, dijo:

—Vale.

Regresó la mirada al suelo, salió de la oficina y subió las escaleras de vuelta a su habitación.

Aparte de sus tareas previas y la que llevaba a cabo en ese momento, Aldo gozaba de mucho menos que hacer de lo que pensaba al inicio del día. En apenas un minuto, su hermano le había dado las instrucciones para comenzar una línea de investigación que, con seguridad, le habría tomado mucho más tiempo establecer por su cuenta. A medida que fue concluyendo sus tareas, un nuevo temor de sentirse incapacitado para establecer nuevas líneas de investigación

adicionales cuando llegase el momento lo comenzó a inquietar. Apartó esos pensamientos a un lado y retornó toda su atención a la tarea de finalizar el contrato.

Al final, terminar de preparar todo y enviar los documentos por fax a su cliente le tomó diez minutos más de los que le había propuesto a Andrés. La demora no pareció alterar el humor de su hermano, ni el suyo.

En el exterior, la congestión de tráfico y transeúntes de las horas de la tarde se apreciaba sin dificultad. Aldo y Andrés caminaron por la calle Mayor hasta el cruce con la calle San Agustín, que colindaba con la parada del metro de la línea que atravesaba su barrio, ambos con el mismo nombre: Villamar. Llegaron pronto hasta la plaza de San Agustín, cuyo extremo oeste estaba decorado por las oficinas administrativas de su distrito y, al extremo norte, por la biblioteca pública. No era mucho más que un edificio viejo, de esos que delatan su vinculación con el Estado sin necesidad de ver sus letreros, pero que proveía una gran variedad de libros y actividades para la comunidad que le daba un mejor aire de utilidad y aprecio por todos los vecinos, aun los que poco leían.

Por el lado derecho del acogedor interior del vestíbulo, se asomaba el escritorio para consultas con la bibliotecaria, por el izquierdo, una pared repleta de anuncios y panfletos. Destacaban, y se repetían, los que ofrecían clases privadas de piano o canto los fines de semana, lecciones de francés o inglés y las fotos en blanco y negro de mascotas perdidas —en su mayoría, gatos—.

La joven de detrás del escritorio retiró la mirada del libro que tenía en las manos, al inicio sin mucho interés, para ver a los dos nuevos que entraban. Al establecer su reconocimiento, cerró el libro aprisa, lo bajó y llamó:

—¡Hola, Andrés!

Andrés continuó andando sin mirar en su dirección y levantó solo el antebrazo, dándole un torpe movimiento que se podría interpretar como un nervioso saludo, o tal vez hasta como un tic convulsivo del brazo. Daba igual, al ver el gesto, la chica repitió:

—¡Hola! —con un saludo agitado de la mano en el aire.

Por cortesía, o lástima, fue Aldo el que habló.

—Hola, buenas tardes, Sara —dijo, y añadió una sonrisa de disculpa.

Andrés continuó y se adentró entre los pasillos bordeados por estantes metálicos y apiñados con libros. El suelo alfombrado en esa área amortiguaba el sonido de los pasos y el silencio habitual que se sostenía en ese tipo de institución creaba un ligero desconcierto en Aldo, pues sentía siempre la necesidad de ocuparse con algo, lectura o no, cualquier cosa, que no fuera seguirle los pasos a su hermano. Pero, sin más remedio, eso fue justo lo que hizo: siguió a su hermano por lo que aseguraría Aldo que fue la biblioteca entera y todos sus rincones. Concluida la travesía, Andrés seleccionó un total de cinco libros.

Regresaron al vestíbulo para registrar la salida del material de lectura. Tan pronto como alcanzaron el escritorio, Andrés le dio los libros a Aldo y se apartó al otro lado, a leer y buscar entre los anuncios allí fijados. La intención no le pasó desapercibida a Aldo.

Colocó los libros sobre el escritorio, retiró el carné de su billetera y, tendiéndoselo a la bibliotecaria, dijo:

—Pues, nos llevamos estos. Son para Andrés —añadió con la misma sonrisa de disculpa.

—Sí, me lo imaginé —respondió ella reciprocando la sonrisa, aunque en su caso parecía mucho más sincera.

Ella fue hasta uno de los archivadores que tenía a su espalda, abrió un cajón y sacó un pequeño folleto con el mismo número y nombre que en el carné de Aldo. Comenzó a sacar las tarjetas de la parte interior de la tapa trasera de cada uno de los libros y a hacer las anotaciones en la ficha de registro; lanzando discretas miradas de vez en cuando en dirección a Andrés, que por su parte seguía invirtiendo su tiempo en los anuncios y panfletos de la pared.

Mientras la bibliotecaria trabajaba, Aldo tomó nota de los libros. Uno de ellos tenía por título *Análisis cognitivo de la depresión*. Los otros cuatro eran novelas, dos de ellas detectivescas.

—Ahí están —declaró la joven, apilando los libros y deslizándolos en dirección a Aldo—. Tienen treinta días —le recordó.

—Gracias.

Él tomó los libros y su carné. Cuando se giró, Andrés ya andaba de camino a la puerta.

—Hasta luego —dijo Sara—. ¡Hasta luego, Andrés! —añadió en dirección al otro con más ánimo.

Andrés no respondió, abrió la puerta y salió.

—Es tímido —dijo Aldo, una vez más sintiendo la necesidad de excusar a su hermano.

Ella se sonrojó, asintió y escondió su rostro detrás del libro que tomó en las manos otra vez.

—Hasta luego —se despidió Aldo.

Cuando llegaron de vuelta a la casa, Andrés se fue con los libros a su habitación y Aldo entró a la oficina. Encontró, como anticipaba, una hoja en la bandeja de la máquina de fax de parte de la secretaria de Enrique Prats con la información de contacto de las personas cercanas a su hermana y la información de su lugar de trabajo. Se encaminaba a transcribir todos esos nuevos datos en su libreta, cuando el timbre de la puerta lo interrumpió.

—¡Clara! —exclamó por segunda vez ese día al abrir la puerta.

—Hola. ¿No te molesto? —preguntó, dudosa.

—No, no, qué va. Pasa, pasa.

Ella entró, pero permaneció junto a la puerta.

—Mi madre hoy estaba limpiando un cuarto con trastos y cosas que ya no usa y encontró un montón de libros viejos —dijo mientras levantaba los tres libros que tenía en la mano y que, por primera vez desde que abrió la puerta, Aldo notó—. Eran muchos libros viejos de cocina y novelas de romances que ella leía mucho antes. Y pues, nada, encontré estos que eran míos, y pensé en Andrés. Había más, pero pensé que estos serían los más de su gusto. ¿Los habrá leído antes?

—No sé, pero no te preocupes, puede leerse un mismo libro como cincuenta veces. No se cansa. —Dando un giro momentáneo hacia las escaleras, llamó con fuerza—: ¡Andrés! —Volviéndose hacia ella, añadió—: Precisamente ahora mismo llegamos de la biblioteca.

—Pues, qué buena casualidad, ahora tiene más para leer.

Apenas terminadas sus palabras, se escucharon los pasos de Andrés que bajaba los peldaños.

—Hola, Andrés —dijo Clara en un tono de voz más suave del que usaba con Aldo—. Mi madre estaba recogiendo unas cosas hoy y encontré estos libros. Eran míos. Te los traje a ver si te gustaría leerlos.

Andrés levantó la vista solo un instante del suelo, luego la volvió a bajar y asintió. Tomó los libros y los comenzó a hojear. Tan pronto se giró y regresaba a las escaleras, Aldo llamó:

—Andrés, ¿qué se dice?

Andrés se detuvo y dio la vuelta:

—Gracias, Clara.

—De nada, espero que los disfrutes.

Sin más dilación, se alejó subiendo los peldaños y continuó de regreso a su habitación.

—Es a veces peor que un niño pequeño —comentó Aldo, negando por lo bajo.

Clara sonrió.

—Pensé rápido en él cuando vi los libros desde que llegué del trabajo, por lo que tú decías de él esta mañana, de la comida y los libros —dijo, cambiando la mirada hacia la puerta, luego se miró las manos.

Parecía lista para anunciar su salida cuando Aldo habló:

—¿Sabes?, hoy pasó algo bien raro con Andrés.

—¿Sí? ¿Cómo que raro?

—Lo dejé solo un rato cuando salí por la mañana, y él entró a la oficina y se puso a leer las cosas del caso nuevo que llegó. Y cuando lo encontré, se veía... —Pausó y bajó la voz—... tan *normal*.

—¿Cómo que normal?

—Pues, hablando así como tú y yo, mirándome a los ojos, hablando con mucha confianza.

Clara se vio pensativa durante un momento.

—Quizá es que leer esas cosas del trabajo le recuerda a su padre y lo anima.

—Pues, sí, puede ser, no lo había pensado así —admitió.

—Te anima a ti también, ¿no? —añadió.

—Sí... Sí, claro..., pero, es que... Eran algo más que ánimos. Cuando estaba hablando, estaba analizando el caso y lo hizo como lo hacía nuestro padre. Como si fuera algo bien natural que él hace todos los días. Fue tan raro que casi me asustó, pero a la misma vez me... Como que me... me contagió...

Aldo paró de hablar y reparó en la mirada inquisitiva de Clara.

—¿Qué? —preguntó, recatado— ¿Ya estoy diciendo tonterías?

—No, Aldo. Es obvio que escuchar a Andrés hablar como tu padre te contagiaría. Eso es lo que siempre quisiste, ¿no? Hacer el trabajo como lo hacía tu padre.

Sus palabras acertaban, pero no del todo, pensó Aldo en su interior. Pues quien comenzó a hacer el trabajo como su padre no fue él, sino Andrés. No era lo mismo.

—En unos días, se cumple un mes —recordó Aldo, mirando, lamentoso y evasivo, hacia la oficina que antes ocupó su padre.

—Lo estás haciendo bien —le aseguró—. De verdad. Andrés se ve bien, se ve más contento

que la última vez que lo vi. Y tú también. Se nota que lo del trabajo te está animando. Me alegro mucho por ti.

Sentía que esas palabras le daban el aliento que deseaba, sobre todo, que necesitaba. De igual forma, sabía que, en cuanto Clara se marchara, las dudas regresarían. Con el lamento de esa anticipación, la miró a los ojos con intensidad y anhelo, luchando contra el feroz impulso de querer darle un abrazo y perderse en el olor de su cuerpo y el sonido de su voz.

—Yo... —dijo Aldo, de repente, despertando de sus pensamientos—. Discúlpame —soltó una lamentación de torpeza—, ni te he ofrecido nada. ¿Quieres un café? ¿Un vaso de agua?

Ella rio.

—No, no te apures. Venía de pasada para darle los libros a Andrés. Me queda todavía ir al mercado, que mi madre necesita unas cosas.

—Ah, bueno. Pues, sí, no te demoro más, entonces.

Aldo abrió la puerta.

—Te veo luego. Que pases una bonita noche —dijo ella.

—Sí, sí, gracias, igual. Hasta luego. Ah, y saludos a tu madre de mi parte. Y a tu padre también, claro. A los dos.

En el instante en el que cerró la puerta, se vio en la tentación de enumerar todas las razones que lo hacían sentir como un idiota, pero luchó contra el estímulo al recordar la hora, que eran pasadas las seis de la tarde, y debía comenzar la cena.

Dados sus escasos talentos en las artes culinarias y las peculiaridades de su hermano, la hora de la cena, como todas las otras, no invitaba a las excentricidades gastronómicas. Así que preparó lo que llevaba varios meses cocinando sin fallar ni variar: espaguetis con albóndigas de carne y salsa de tomate. No se trataba de un aferramiento suyo a alguna distante herencia italiana ni una particular afinidad por los ingredientes. Era, sin más, lo más fácil y rápido que sabía hacer. Prefería comer otra cosa casi todas las noches, pero mucho más deseaba mantener el esfuerzo en la cocina a lo mínimo. De modo que los espaguetis con albóndigas ganaban. Y a Andrés le encantaban.

Lo más trabajoso, en términos relativos, eran las albóndigas y por ellas comenzaba siempre. Los únicos dos ingredientes peculiares que empleaba en su preparación eran el chorrito de jerez dulce que le agregaba a la carne picada antes de mezclarla y varias pizcas de bicarbonato de sodio a la salsa de tomate para reducir la acidez. Ambas, tal y como lo hacía su madre; de esas cosas triviales que se aprenden y duran para toda una vida. El resto no guardaba novedades, aunque para intentar variar el perfil nutricional de la monotonía, hirvió trozos de brócoli como complemento para el resto de la cena.

Andrés, como de costumbre, se comió su plato de espaguetis y albóndigas complacido y en silencio.

El día resultó más gratificante de lo que Aldo se hubiera permitido pensar: un nuevo cliente, planes en marcha para la investigación y, sin olvidar, dos encuentros con Clara... El conjunto lo dejó sintiéndose de mejor humor de lo que podía recordar en semanas. También, pensaba en cuál sería la mejor forma de celebrarlo.

Entre bocados, comenzó a mirar a Andrés de reojo a su lado. Mientras su hermano hacía rotar

el tenedor para enredar los fideos de espagueti, desprevenido, Aldo dejó que su lado travieso se asomara.

—¿Cómo es que se llama la muchacha de la biblioteca? —preguntó, como quien no quiere la cosa.

Andrés detuvo su tenedor un segundo, luego continuó con rapidez y sin mirarlo:

—Tú sabes.

—Sí, pero es que se me olvidó el nombre, así de momento —fingió.

—Sara.

—Ah, sí, Sara. Es muy simpática y bonita, ¿verdad?

Andrés se encogió de hombros sin decir nada.

—Yo creo que tú le caes bien. Muy, *muy*, bien —dijo e hizo chocar su brazo con el de Andrés en un gesto juguetón, animándolo a aceptar el verdadero sentido de sus palabras—. ¿Ella te cae bien a ti?

Otra vez encogió los hombros.

—Estoy seguro de que a ella le gustaría que tú le hablaras —afirmó Aldo.

Andrés detuvo el tenedor, todavía mirando el plato.

—¿Cómo sabes tú que le caigo bien? —preguntó, intentando ocultar con torpeza su interés.

—Pues, por ejemplo, siempre que vamos, yo soy el que termina hablando con ella, pero parece que se acuerda más de tu nombre que del mío. Yo creo que le gustas.

—¿Te lo dijo?

—No, *tontín*. Es por cómo te mira.

Aldo colocó el codo sobre la mesa, recostó la barbilla sobre la mano y soltó un «Aaah», suave y largo. Comenzó, a sonreír y a pestañear con rapidez, recreando con exageración intencional los gestos de una joven colegiala que observa, embobada, al chico de sus sueños.

—*Qué chico tan bonito ese* —comenzó en falsete, entonando en forma de burla una voz femenina—. *Si tan solo me hablara más de un segundo, le pediría que pasásemos el día entero leyendo juntos el mismo libro. ¡Es tan bello!* —dijo lo último con la voz más aguda de todas y pinchó a su hermano con un dedo por el costado para buscarle las cosquillas.

—¡Para! —protestó, empujando el dedo de Aldo con el codo a su lado y con la mirada abajo en todo momento.

—*Yo pasaría una página* —continuó Aldo la burla y la falsa voz—, *y luego él pasaría la otra.*

—¡Deja! —protestó otra vez, evadiendo el dedo de Aldo que seguía intentando hacerle cosquillas y lo comenzaba a lograr a pesar de la resistencia.

—*Aaah... Es hasta cosquilloso, como me gustan. ¡Tan bello! Soy Sara, ¡y me muero por darle un beso!*

—¡Ya, deja! —dijo Andrés, ahora riendo en contra de su voluntad—. Ella nunca habla así.

—Quizá así es exactamente cómo te hablaría si lo intentas —dijo sonriendo y regresando a su tono de voz natural.

Le hizo cosquillas a su hermano durante varios segundos más, pero, aun cuando se detuvo, Andrés continuó riendo un poco más, divirtiéndose e ignorando sus propias quejas.

Si hubiesen sido adolescentes, hubiera podido escuchar el regaño de su madre diciendo «Aldo, ¡déjalo!», como tantas veces lo había hecho, allí sentados en esa misma mesa. La nostalgia de esos recuerdos le robó el momento y se quedó serio de repente. Pensó en cómo le había hablado a Andrés en la mañana y el llanto que le provocó. Pensó también en lo que comenzaría a partir de mañana.

Ya cuando Andrés paró de reír, alzó la mirada, se ajustó las gafas y los hermanos se miraron un instante. Fugaz y silencioso, de algún modo, durante un momento, allí se asomó el Andrés al que Aldo llamó «normal»: el astuto y animoso, el que tenía confianza en sí mismo y actuaba como el detective que la agencia A. Mota merecía, y ya no tenía.

Andrés regresó la mirada al plato y continuó comiendo. Aldo, por su parte, no dejó de mirarlo. Colocó el tenedor sobre el plato y lo movió a un lado.

—Andrés —comenzó, ahora sonaba dudoso e inseguro—, mañana por la mañana tengo cita con Enrique Prats para ir al apartamento de su hermana y...

—... Julieta... —precisó.

—... sí, Julieta. Nada, pensé, que, aunque no es mucho tiempo lo que voy a estar afuera, pensé, tal vez, y es solamente si tú quieres, pensé que tal vez podrías venir conmigo.

Andrés alzó la mirada en el acto.

—¿*Momo mon babá*? —dijo con la boca llena de espaguetis. Los mordió, dejó caer el exceso al plato y tragó—. ¿Como con papá? —intentó otra vez.

—Sí —respondió Aldo, sobrio—. Como con papá...

Durante otro instante efímero, vio al Andrés que deseaba que lo acompañara mientras asentía.

—Pues, dale, acaba la comida, a bañarse y a dormir. Nos tenemos que despertar temprano mañana —dijo Aldo a la vez que se puso de pie y llevó su plato al fregadero—. Prats me dio la dirección del apartamento —continuó, mientras abría el grifo—, es cerca del Centro, en San Telmo, y, no sé, como en veinte minutos podemos...

Aldo sintió el impacto del contacto en su espalda y paró de hablar al instante. Luego sintió y vio los brazos de su hermano que lo arropaban. Andrés lo abrazaba con excesiva fuerza y, más que el apretón, fue el gesto lo que le cortó el aliento.

Aldo sintió y oyó la voz de su hermano pronunciar una palabra que no logró descifrar, el sonido amortiguado contra la parte trasera de su hombro. Luego lo soltó y escuchó los pasos correr por la cocina alejándose. Para cuando se giró, Andrés ya había alcanzado la segunda planta.

4

La mañana del día siguiente transcurrió sin percances. Ambos hermanos tomaron su desayuno temprano y sin intercambiar muchas palabras. Aunque compartían el mismo entusiasmo por comenzar a investigar, preguntar e indagar, ambos sentían una respectiva inquietud en su interior que no sabían cómo verbalizar, y el silencio les ayudaba a no tener que encarar esos pensamientos.

La estimación de Aldo fue acertada: tomando el metro desde su barrio, les llevó unos veinte minutos llegar hasta la parada más cercana al apartamento de Julieta Prats en la calle Castejón, unas pocas paradas antes del Centro. Los edificios residenciales ocupaban el lado derecho de la calle, mientras que el lado opuesto contaba con una mezcla de residencias y comercios. Al momento de su llegada allí, rondaban las ocho y treinta de la mañana y muchos de los comercios aún tenían las persianas cerradas.

La primera nota mental que apuntó Aldo fue lo callada que se veía la calle. Podría ser la hora de la mañana, pensó él, pero no pudo registrar a ningún vecino afuera. Tampoco era un barrio de baja reputación, por el contrario, algunos edificios parecían nuevos y los más viejos gozaban de un buen estado de cuidado y mantenimiento. Por la calle, hasta enfilaban estacionados algunos automóviles de último modelo.

A corta distancia, vieron la figura alta y elegante de Enrique Prats, de espaldas, con una mano en el bolsillo; la otra sujetaba un sobre blanco. Al acercarse lo suficiente, Aldo llamó:

—Buenos días, señor Prats.

—Ah, buenos días —dijo él, girándose y extendiéndole la mano—. Me complace verlo otra vez.

—Igual a mí.

—Aquí tiene el contrato firmado y un adelanto —declaró, y le ofreció el sobre.

—¿Un adelanto? Pero no es necesario —señaló Aldo—, y en el contrato...

—No, detective Mota, insisto. Ha comenzado la investigación con mucha seriedad y prontitud, y deseo que así siga.

Dudó, dejando prolongar su indecisión varios segundos más.

—Eh... Bueno, muchas gracias, entonces —dijo, aturdido. Se guardó el sobre en su chaqueta y se apresuró a continuar con los trámites de la mañana—. Señor Prats, este es mi hermano, Andrés Mota, que me está acompañando el día de hoy.

—Enrique Prats. Un placer —dijo extendiéndole ahora la mano al otro.

Andrés miraba el suelo, luciendo incómodo, mientras que Enrique Prats dejó la mano extendida durante un momento; parecía confundido por la falta de reacción del otro. Aldo quiso

decir algo para excusar a su hermano, pero nada se le ocurrió.

Ya cuando Prats, cruzando de confundido a irritado, se encontraba a punto de regresar la mano al bolsillo, Andrés extendió la suya, tomó la del otro y la sacudió con torpeza. Enseguida, se ajustó las gafas y se llevó la mano de vuelta a su lado, mirando al suelo en todo momento.

Aldo observó el rostro de su cliente, que parecía que intentaba razonar si Andrés era descortés o tarado, y no lograba decidirse. Para no permitirle más tiempo para meditarlo, dijo pronto:

—Pues, ¿subimos?

—Sí, por supuesto —dijo Prats, reponiéndose.

Se sacó las llaves del bolsillo, abrió la puerta de la entrada y los dejó pasar a ellos primero. El vestíbulo era tan sencillo y humilde como la fachada exterior: solo contaba con los buzones de residentes —seis en total, dos por piso— y un bote de basura. Al fondo, las escaleras y el ascensor.

Al ascender, llegaron a un pequeño corredor de la tercera planta que mostraba dos puertas, una a cada extremo, y Enrique Prats abrió la puerta de la derecha. El interior succionó el aire del pasillo como un pulmón falto de oxígeno que inhalaba una bocanada de vida.

—Adelante —invitó Prats y accionó el interruptor de la luz.

Aldo y Andrés entraron despacio, con ese mudo respeto que se les da a los lugares de los muertos. Tan pronto se adentraron, comenzaron a internalizar lo que veían.

No siempre es fácil identificar las cualidades de una persona por el modo en que mantiene, o no, los lugares que habita. En el caso de Julieta Prats, Aldo no sentía seguridad sobre qué decía de ella aquel espacio. A la entrada, los recibió un corto pasillo, a su lado derecho se veía la cocina y más adelante una mesa pequeña con un teléfono. Al mover la vista, encontró una mesa cuadrada de bordes redondos con cuatro sillas que, por el tamaño y su forma, encajaban a la perfección debajo de la mesa para crear la impresión de una caja de madera en el medio del comedor, lo que le daba toques modernistas y distintivos. Al otro lado, se asomaba la sala, también con muebles de bordes redondos, un sofá de dos cojines y otro de tres, una mesa de centro y una canasta en el suelo con revistas y magazines. Otra mesa en la pared con un televisor, al lado una librería de cuatro estantes y muy bien nutrida.

Las paredes estaban decoradas con cuadros de imágenes abstractas, muchos de ellos en blanco y negro, y también con un espejo que colgaba sobre la mesa del teléfono y un reloj en un extremo de la cocina. En el aire, persistía la molestia de una sensación de algún olor pesado y congestionado, mezclado con el tibio aroma de flores secas; todo atrapado de modo que facilitaba concluir que ya no se ventilaba el apartamento.

Andrés no dudó en dejar su mirada correr por todas esas paredes, el mobiliario y cada superficie. Aldo intentaba hacer lo mismo, mientras que Enrique Prats solo miraba con seriedad y desamparo hacia una sola puerta.

—Todo está como Julieta lo dejó. Acá está el baño —dijo, y comenzó a moverse en la dirección que seguía mirando.

Desde el umbral, introdujo la mano y encendió la luz. Espantada la penumbra, permaneció allí, mientras invitó a Aldo a pasar. Al entrar, no le pareció ver nada inusual: inodoro, bidé, toallas en la percha, un lavamanos. Si algo delataba un toque personal era la mesa pequeña de

baja altura justo al lado de la bañera con varias velas aromáticas y jabones. Lo inquietante, entonces, no fue lo que observó, sino lo que ya no se veía. Saber que los últimos suspiros del aliento de Julieta Prats tuvieron lugar allí le provocaba una rigidez en el cuerpo que lo hacía moverse despacio y con inseguridad, como si pisar una losa incorrecta pudiera causar algún daño a la escena o a la memoria de la fallecida.

—¿Allí encontró el cuerpo? —preguntó Aldo, señalando a la bañera, blanca y limpia con la cortina corrida a un lado, sin señal de haber sido usada en muchos días.

Prats asintió desde el umbral, sin entrar al baño. Se veía un poco pálido.

—Allí en la mesita estaba la nota —dijo, señalando la mesa con las velas.

—¿No encontraron nada más aquí en el baño? —inquirió Aldo, intentando componer sus ideas y pensar en los detalles que debía considerar. Esas ideas y su inseguridad hizo que notara que Andrés no los había seguido al baño.

—Al lado de la nota, había un sobrecito de plástico, como los que se usan para las pastillas a veces en las farmacias. Y tenía unos residuos de polvo de un fármaco... *biafesa-algo*... No recuerdo el nombre. Pero fue lo mismo que encontraron en su sistema.

—¿Encontraron un medicamento en su sistema? —preguntó, sorprendido por el nuevo dato.

—Sí. Eso y el alcohol. También había una copa de vino al lado de la bañera; la policía la dejó en la cocina. —Suspiró con fuerza—. No recuerdo el nombre del fármaco, pero lo que recuerdo es que el detective dijo que es un medicamento que se usa para las alergias y que, cuando se mezcla con alcohol, es aparentemente muy perjudicial.

Aldo retiró su libreta y bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y comenzó a tomar nota.

—¿Su hermana era alérgica a algo? —preguntó, agitando el bolígrafo que de momento rehusaba escribir.

—No, y ese es el punto. Ella no era alérgica a nada, ¿por qué tomaría un medicamento para las alergias?

—Tal vez... —comenzó Aldo.

—¿Qué más encontraron en su cuerpo? —interrumpió la voz de Andrés, detrás de Prats.

Este, sobresaltado, se hizo a un lado y Andrés, al fin, entró al baño y comenzó a mirar y buscar por cada uno de sus rincones, los dedos de la mano se le movían en la secuencia sin parar: 1, 2, 1, 2, 1, 2...

Enrique Prats se cruzó de brazos y lo miró con sospecha mientras lo estudiaba de arriba abajo.

—El fármaco y el alcohol, y trigo, almendras, azúcar y mantequilla. La policía concluyó que debió de haberse comido un pastel de alguna repostería de camino a casa desde el trabajo porque aquí en la cocina no había nada de eso.

—Quizá era alérgica a las almendras y, por eso, se tomó el medicamento cuando llegó —sugirió Aldo.

—No, no lo era —insistió Prats.

—O, bueno, tal vez pudo haber sentido síntomas que pudiera haber interpretado como una reacción alérgica, aunque no lo fuera, y entonces se tomó el medicamento —intentó otra vez Aldo.

—Pero ¿de dónde sacó ese fármaco? Dudo que fuera algo que ella tuviera a mano todo el

tiempo. Por eso sé que alguien se lo dio ese día.

—¿Tomaba medicamentos para la depresión o para la ansiedad? —preguntó Andrés mientras se dirigía hasta el botiquín que se encontraba sobre el lavamanos e inspeccionaba el contenido.

—No. Nunca.

—¿Recuerda la concentración del medicamento para las alergias? —añadió, de espaldas a Prats, a la vez que continuaba rebuscando en el botiquín. En vez de mirar al suelo cuando hablaba, su mirada permanecía ocupada y determinada a examinar cada detalle.

—No. Pero el detective dijo que era significativo. Su conclusión fue que el medicamento le hizo efecto, pero no lo suficiente para que muriera, así que por eso decidió ir a por las venas. Todo fue muy dudoso para mí.

—Y el nivel de alcohol en la sangre, ¿era muy alto? —preguntó Aldo, continuando la línea de indagación de su hermano.

—No era excesivo, pero significativo también —consintió Prats.

Los nuevos detalles le parecían más que relevantes a Aldo. Creyó entender que Enrique Prats no había mentido, pero manipuló los datos para garantizar una mayor cooperación e interés de su parte para que aceptara el caso. Con todo lo que añadía, le parecía más y más evidente que Julieta terminó con su propia vida; o, al menos, que la conclusión de la policía seguía siendo justa y válida. No dijo nada y miró a Andrés preguntándose en qué pensaba. Tanto sus dedos como su mente se movían sin parar.

—Yo creo que quien estuvo con ella aquí le pudo haber dado la droga o la convenció de que se la tomara ella —declaró Prats—. Cuando yo llegué, la puerta estaba cerrada, pero sin llave ni pestillo desde adentro. Algo que también le dije a la policía, pero ellos pensaron que a Julieta solo se le había olvidado echar el pestillo.

—Podría ser cierto —ofreció Aldo.

—Bueno, sí, pero ella se va al baño y toma su vida y hace todo eso, ¿y deja la puerta sin llave? —contrarrestó Prats—. No me parece que tenga sentido.

—Tal vez esa era su intención: que la encontrasen —ofreció Andrés, girándose y mirándolo sin reservas a los ojos. Su inspección del botiquín solo le mostró aspirinas, productos de belleza y más jabones.

—Mi hermana nunca hubiera tomado su vida —declaró con seriedad, sosteniendo la mirada de Andrés.

El silencio que se mantuvo durante varios segundos comenzaba a sentirse incómodo. Aldo carraspeó:

—Señor Prats, ¿hay algún otro detalle de la policía o que usted haya observado por su cuenta y que pueda compartir?

Enrique Prats seguía en el umbral, recostado sobre el marco de la puerta y de brazos cruzados. Soltó otro suspiro y resumió:

—No encontraron huellas dactilares de nadie más en la copa ni la botella; no encontraron nada forzado; no hubo señales de violencia, es decir, nada roto; y los vecinos no oyeron nada... Aunque el vecino de abajo estaba de viaje y la vecina del otro lado del pasillo no había llegado. Pero la verdad es que por aquí cualquiera entra y sale y ningún vecino se entera, todos viven muy

a lo suyo.

—¿Dónde estaba el papel con el mensaje? —preguntó Andrés.

—En la mesita —dijo y señaló Prats.

—¿Cómo era?

—¿Cómo era qué?

—El papel. ¿Tamaño, color?

Andrés seguía observándolo todo, sin timidez alguna, y otra vez apareció la mirada de sospecha hacia él por parte de Prats.

—Pequeño. Ella solo escribió «Mi vida vale más», y lo firmó.

—¿Y era su letra? —preguntó Aldo.

—Sí. Aunque haya sido a la fuerza, el mensaje lo escribió mi hermana. No tengo dudas.

—Y ¿el color del papel? —insistió Andrés. 1, 2, 1, 2, 1, 2...

—Creo que era blanco, o tal vez crema. No lo recuerdo bien. La policía se lo llevó. Cuando entré, lo que menos me importó fue estudiar un papel, con el cuerpo de mi hermana así en la bañera —dijo en modo defensivo.

Andrés, que no pareció registrar nada en el tono de voz del otro, salió rápido del baño sin decir nada más.

—Lo lamento mucho, señor Prats —apresuró a decir Aldo—. Es completamente entendible.

—Lo que deseo saber es quién fue el responsable de la muerte de mi hermana.

Aldo miró a su alrededor y dijo:

—¿Por qué no mejor continuamos en la sala?

Prats asintió despacio. Su humor se veía cambiado, más bajo ahora. Cuando salieron del baño, encontraron a Andrés, con dos pequeñas libretas en las manos, caminando hacia ellos, saliendo del dormitorio.

—¿Eran como estas? —le preguntó a Prats—. ¿Fue el papel de estas libretas?

Enrique Prats las tomó en las manos. Eran unas libretas con muchas anotaciones, en su mayoría números telefónicos o mensajes, y todas las páginas tenían rayas horizontales y azules para guiar la escritura. Luego de ver las páginas dijo:

—No. La hoja que estaba en el baño no tenía líneas. Y estas ni tienen páginas vacías.

—Eso pensé... —dijo Andrés para sí, y regresó las libretas al cajón de la mesita del teléfono—. En la cocina —continuó—, solo hay uno de cada cosa: un plato, una cuchara, un vaso. Pero hay dos copas —dijo invitándolos a que se acercaran.

Una encimera en forma de isla separaba el área de la mesa de comedor de la cocina y tenía allí el fregadero y un escurridor. La estufa y los enseres de cocina estaban al otro lado.

—¿Esa es la copa que encontró en el baño? —preguntó Andrés, señalando una copa de la encimera con manchas del líquido tinto, justo al lado de la botella de vino, también vacía.

—Sí.

—Y está esta —añadió, ahora señalando otra copa en el escurridor, bocabajo, limpia, pero con residuos translúcidos de agua y de jabón.

—Creo que ya estaba ahí ese día —dijo Prats—. Pero no lo recuerdo bien.

—¿Sabe si Julieta recibió visitas esa semana? —continuó Andrés.

—Yo —respondió Prats—. Yo la visité el martes de esa semana.

—¿Tomaron vino?

—No. Fue una visita corta.

—¿Sabe si el novio la visitó? —intervino Aldo—. ¿Javier Garces? —dijo, leyendo el nombre de sus apuntes.

—No sé —dijo Prats sin interés.

—¿Por qué la visitó ese martes? —presionó Andrés. Su vulnerabilidad y timidez seguían ausentes.

—Cosas personales —respondió con sequedad—. Desde que mi padre murió, y luego mi madre, hemos estado atendiendo los asuntos de la herencia y todavía no habíamos decidido qué hacer con la casa y otras cosas. El abogado me llamó esa semana y yo vine para hablar con ella de esos asuntos.

Aldo seguía junto a Prats al otro lado de la encimera. La inusual toma de control en las preguntas y la iniciativa de su hermano lo complacían; sabía que podía confiar en él y sus interrogantes andaban bien acertados. Era el Andrés lúcido, el detective en acción. Aun así, comenzaba a registrar también los cambios en el tono de voz de su cliente, que se tornaba más y más defensivo con cada pregunta que su hermano lanzaba en su dirección.

—¿Notó algo diferente en ella? —prosiguió Andrés, alternando la mirada entre los artículos de la cocina y el rostro de Enrique Prats.

—No. Nada.

—¿Notó algo fuera de lugar aquí en el apartamento?

—No creo, pero la verdad es que yo no la visitaba mucho, lo admito.

—¿Acordaron algo?

—¿Sobre qué?

—Sobre la herencia, ¿acordaron qué harían?

—No —dijo, la pronunciación del monosílabo lenta y un tanto fría.

Prats cruzó los brazos, se giró y se dirigió hacia Aldo:

—Creo que ya les he dado toda la información y han visto aquí todo lo que yo vi. Todo está como ella lo dejó. Pero el hombre que la llamaba sigue siendo mi mayor preocupación.

—Sí, la última vez me dijo que no sabía nada de él —indicó Aldo—. ¿No ha recordado algo más desde que hablamos ayer? ¿Un nombre, o un apodo que su hermana haya mencionado? ¿Nada?

—No —dijo rápido, negando con la cabeza—. Solo sé que Julieta me confesó que alguien la llamaba, pero no me dijo qué quería de ella. A veces pienso que era como un juego para ella. —Pausó—. El día en el que murió, él vino a visitarla, y creo que esa no era la primera vez.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Aldo.

—Por insinuaciones de ella. Tal vez lo decía para que yo me molestara, porque sabía que yo no aprobaba las llamadas con ese sujeto.

—¿Ella le dijo que él estaba en el interior del apartamento?

—No, no lo dijo, pero lo sé. Como le dije, yo sabía cuándo mentía —aseguró Prats.

—¿Escuchó la voz del hombre por el teléfono? —presionó Aldo.

—No. Julieta me colgó justo cuando él tocó a la puerta y por el teléfono escuché los toques. Me dijo que se tenía que ir porque tenía la visita y colgó.

—Y, ¿está seguro de que era el hombre de las llamadas? —insistió.

—Muy seguro, sí. Lo sé por cómo habló y fingió que no era nada. Por eso vine a ver qué pasaba, porque me pareció muy sospechoso.

—¿Cuánto tiempo pasó desde su llamada hasta su llegada aquí?

—Tal vez un poco más de una hora —dijo—. Yo estaba en mi despacho y la llamé entre otras cosas que andaba haciendo. Después de que me colgase, al principio, no me di mucha prisa porque pensé que me tomaba el pelo, que solo quería que yo pensara que ese sujeto estaba aquí. Pero después de un rato, volví a llamar y ella no contestó. Y pues, pensé que algo ya no andaba bien.

—Sabía cuándo ella mentía... —intervino Andrés desde el otro lado de la encimera—. ¿Mentía mucho? —Chocaba los dedos: 1, 2, 1, 2, 1, 2.

—No sabría decirle —respondió, incomodado, sin mirarlo.

—Pero dijo que siempre lo sabía —precisó Andrés—. ¿Le mintió la última vez que la visitó?

—Hablamos cosas de la herencia —dijo, su tono un poco elevado.

Enrique Prats sostuvo la mirada de Andrés otra vez y él, por su parte, hizo lo mismo. Aldo no sabía cómo su hermano, ahora, parecía estudiar al otro con habilidad, ya que siempre solía mirar más al suelo que a los ojos cuando hablaba.

—La verdad es que ya se me está haciendo tarde —anunció Prats, echándole un vistazo a su reloj.

—Sí, claro. No queremos tomarle más de su tiempo —dijo Aldo—. Muchas gracias por habernos permitido observar el interior del apartamento.

Enrique Prats se volvió hacia Andrés una última vez y preguntó con aspereza:

—¿Alguna otra pregunta?

—No, señor Prats —respondió Aldo, en vez de Andrés, de inmediato—. Creo que tenemos todo lo que necesitábamos de aquí. Estaré en contacto.

MARTES

Enrique Prats seguía de pie por el lado del comedor de la encimera. Observaba a Julieta, paralizado por las palabras de su hermana.

—¿Qué? —preguntó él, desprevenido.

Su pregunta no fue a causa de un fallo en su audición, sino por incredulidad. Julieta lo desafiaba, y le sorprendía tanto como le disgustaba la indiferencia que ella exhibía.

—Que anoche lo conocí —repitió ella, más alto que la primera vez. Picaba la cebolla y el jamón sobre la tabla, de espaldas a él al lado de la estufa.

La noche anterior acumuló el valor necesario para tener un encuentro que se sentía segura de que fue confeccionado por el destino. Cargada de nervios, y aun luego de la llamada de Alba con la noticia de Javier, fue y regresó a su apartamento sintiendo que cerraba el círculo de una vinculación que el destino había postergado, pero que al fin le regaló. Sabía y anticipaba muy bien la reacción de su hermano, y su opinión le traía sin cuidado.

—¿A quién conociste?

—Quique, ¡no te hagas! —dijo Julieta, irritada, y se giró hacia él un momento— ¿Quién tú crees?

Él observó el rostro de Julieta y sus ojos, verdes e idénticos a los suyos, en busca de alguna señal que le revelara que mentía, que solo buscaba burlarse de él. Lo que fuera que buscara para desmentir esas palabras, allí no lo encontró.

—Conociste al... al...

—Sí —respondió con firmeza y regresó a seguir picando más verduras—. Ayer me llamó y lo conocí en persona —declaró, complacida.

—Estás loca, ¡Julieta! —lanzó—. Ese tipo es un mentiroso. ¿Qué pretendes?

—Si lo vieras y lo conocieras no dudarías de que todo lo que ha dicho es cierto.

—Te lo advertí... —dijo, fastidiado—. Y no haces caso. ¿No ves que te está usando?

Enrique Prats tenía más que decir, pero dudó. Guardó silencio un momento mientras pensaba en si existía alguna forma en la que los Prats no perdieran.

—¿Qué diría mamá? —preguntó él, plantando las manos sobre la encimera y negando por lo bajo.

Julieta echó el jamón y las verduras a la olla, se dio la vuelta y llevó la tabla de picar al fregadero.

—Seguramente estaría en negación, igual que tú —respondió, ahora mirando de frente a su hermano.

—¿Negación? —espetó, alzando la voz—. ¿Estás dispuesta a arrastrar la reputación de la

familia por ese tipo?

—Pronto no vas a poder negarlo —dijo al mismo tiempo que usaba el trapo de cocina para limpiarse las manos, indiferente a la agitación de su hermano.

—¿Qué? ¿Qué significa eso? —preguntó en un tono grave.

Silencio.

—Julieta, ¿qué hiciste? —exigió saber.

—Ya verás.

—Julieta...

Ella se cruzó de brazos y le sostuvo la mirada, prolongando el desafío. El silencio de su hermana lo lanzó al precipicio del descontrol. Caminó furioso alrededor de la encimera, llegó hasta ella y la tomó por un brazo.

—¿Qué hiciste? —le gritó en su rostro, mientras tiraba de ella.

—¡Suéltame! —gritó ella de vuelta, zafándose del apretón de la mano de su hermano—. ¡Te has vuelto peor que papá!

Esas últimas palabras lo detuvieron. El coraje no se movió, pero él sí. Caminó con la misma furia hasta la puerta para salir del apartamento.

—Estás loca... —soltó en una voz baja y ácida—. ¡Estás demente! —añadió, dándose con un dedo en la sien.

Abrió la puerta y la cerró con tanta fuerza que los cuadros y el espejo de las paredes interiores retumbaron.

5

Empeñado en aprovechar el tiempo y la proximidad, Aldo decidió visitar el trabajo de Julieta esa misma mañana luego del recorrido por su apartamento; sería un trayecto corto en metro.

Andrés no dijo nada cuando Aldo le sugirió la siguiente parada de su investigación, y pasó también el breve viaje del tren en silencio. Mirándolo de reojo, no obstante, Aldo podía ver los movimientos periódicos de los dedos de la mano derecha de su hermano y advirtió que mantenía otra vez la mirada baja. Se comenzaba a aclimatar a los cambios de Andrés, de introvertido a extrovertido al momento de indagar, pero se preguntaba para sus adentros qué tanto control podría tener su hermano entre cada una de esas transiciones.

Desembarcaron en una estación a dos manzanas del lugar de trabajo de Julieta Prats. La empresa que la empleó durante más de cinco años era la responsable de la publicación de la revista para mujeres *Ellas Hoy*, y Julieta era una de las dos subeditoras.

Consultaron el directorio en el recibidor y ascendieron hasta el cuarto nivel, ocupado en su totalidad por el equipo editorial y gráfico de la revista. Ese otro vestíbulo solo contaba con dos sillas acojinadas de color rojo con una mesa en el medio sobre la cual descansaban ejemplares de la revista de la propia empresa. En el otro extremo, un escritorio alto, modernista y en su mayoría de cristal servía de recepción. Justo detrás, en la pared, se encontraba el nombre **ELLAS HOY**. El resto de las paredes estaban decoradas con las portadas ampliadas de algunas de las pasadas ediciones más exitosas de la revista. Las protagonizaban mujeres delgadas y sensuales, con letras coloridas en los títulos en columnas que anticipaban la lectura interior, entre ellos: «Tu nuevo código de belleza»; «Modas de alto estilo y bajo costo para la temporada»; «Orgasmos: sé egoísta».

Aldo caminó hasta la secretaria que esperaba en el escritorio, la cual tomó nota de su presencia de inmediato.

—Buenos días —dijo ella con una amplia y coqueta sonrisa.

Joven, pelirroja y con suficiente maquillaje para dos chicas más, a Aldo se le antojó como la lectora ideal de la revista de la empresa para la que trabajaba.

—Buenos días —dijo Aldo mientras retiraba su libreta del bolsillo y la hojeaba—. Me pregunto si sería posible ver a la señora... —Llegó a la página—... Claudia Russo.

—La *señorita* Russo no se encuentra hoy en su despacho. Estará fuera todo el día. ¿Quién la procura? —preguntó, inclinándose hacia adelante.

—Soy el detective Arnaldo Mota y...

—¡Encantada, detective! —interrumpió, extendiendo la mano y ampliando más aún la sonrisa—. Yo soy la *señorita* Mariluz Aponte.

—Un placer —dijo Aldo estrechándole la mano—. Pues, señorita Aponte, buscaba...

—Mariluz —interrumpió—, me puede llamar Mariluz, en confianza —invitó, ajustando su postura en la silla y dándole un movimiento a la cabeza que hizo bailar su cabello.

—Bien. Pues, buscaba hablar con la señorita Russo con relación a Julieta Prats.

La sonrisa de Mariluz se apagó, como la extinguida incandescencia de un foco.

—Oh... —dejó escapar ella—. Ya veo. Bueno —reajustó su postura otra vez—, ella estará fuera el resto de la semana, pero... pero podría hablar con la subeditora, si lo desea. —La sonrisa regresaba.

—¿Está ella disponible justo ahora? —preguntó Aldo, disimulando su decepción.

—Pues, tome asiento, detective —dijo, todos los dientes expuestos otra vez—, que yo la llamo y veré si lo puede atender.

—Muchas gracias.

—De nada, detective Mota —dijo, dejando escapar una risa aguda, corta y, le pareció a Aldo, ensayada.

Aldo y Andrés tomaron asiento en los sillones rojos mientras que Mariluz tecleó varios botones sobre la consola telefónica que reposaba en la esquina de su escritorio y que, por su tamaño y complejidad, daba la impresión de que controlaba el cuadro telefónico del edificio entero. Ella comenzó a hablar en tonos bajos e inaudibles, y giró el cuerpo a un lado para mantener sus palabras privadas.

Aldo miró otra vez las portadas de varias de las revistas y leyó más titulares: «¿Todavía no te ha dicho que te ama?»; «Depilación casera: ¿cuándo sí, y cuándo no?»...

—¡Detective Mota! —llamó Mariluz, animada—. Pase por aquí, Angélica García, la subeditora, lo puede ver ahora.

—Muchas gracias —dijo Aldo, poniéndose de pie y caminando hasta la puerta toda de cristal de al lado del escritorio que la secretaria abría.

—¡De nada! —Otra vez la risa aguda—. Sígame.

Mariluz los condujo por un corredor con más puertas de cristal a ambos lados. En los interiores, se veían escritorios particulares, en otros, mesas largas de conferencia o varias habitaciones que asemejaban lo que Aldo hubiera llamado estudios de pintura, con fotografías en caballetes, cintas de colores y rotuladores. No le costó trabajo ver que, entre el personal que se asomaba por esos cristales, no figuraban varones.

La secretaria se movía con un pícaro andar, tirando el cabello con regodeo cuando se giraba y repetía «Siga por aquí». Él no pudo evitar mirar sus caderas y el cuerpo desde la parte trasera con aprobación, aunque lo hacía con la mayor discreción posible.

Al llegar al fondo, giraron a la derecha, Mariluz se detuvo frente a otra puerta de cristal y tocó. La otra mujer se puso de pie, abrió la puerta y los recibió.

—Hola, buenos días, yo soy Angélica García —dijo con amabilidad.

—Arnaldo Mota, mucho gusto —dijo él, ofreciéndole la mano—. Este es mi hermano Andrés Mota, que me está acompañando por hoy.

—Encantada —respondió ella.

—Detective Mota —intervino Mariluz—, ¿quiere que le traiga un café o un té?

—No, gracias.

—Vale. Pero si cambia de parecer, me avisa —insistió.

—Gracias —repitió él.

—Pues, los dejo —dijo Mariluz, y se giró, haciendo volar con la vuelta su cabello rojo que, fallando por varios centímetros, de haber estado más cerca Aldo, le hubiese azotado el rostro.

—Entren. Tomen asiento —invitó Angélica.

Era la primera vez que alguien se había dado cuenta de la presencia de Andrés desde que llegaron al cuarto piso. A la vez que se sentaban, Aldo dijo:

—Señorita García, disculpe que no haya venido con mayor aviso. No le tomaré mucho de su tiempo.

—No es ningún inconveniente —le aseguró ella, ahora desde el otro lado del escritorio.

Angélica, como Mariluz, parecía encajar en el grupo destinatario y demográfico de las lectoras de su propia revista, aunque no era igual de delgada, la intensidad de su maquillaje era menor, llevaba el cabello recogido y sus ojos color avellana y sus mejillas rebosantes sobresalían con una mejor naturalidad.

—Buscaba poder hacerles algunas preguntas sobre Julieta Prats, sobre todo, sobre su última semana aquí. Me disculpa, pero su hermano, Enrique Prats, fue quien me contrató para investigar las circunstancias de su muerte y solo me dejó el nombre de Claudia Russo como la jefa, por lo que no estoy seguro de su relación laboral con Julieta.

—Ah, entiendo. Pues, Julieta y yo trabajamos como las subeditoras. Claudia es la editora principal, pero todo el material pasa por nosotras. Bueno, pasaba... —dijo y se vio avergonzada.

—No se preocupe, comprendo —dijo Aldo, y ella le regaló una sonrisa de alivio—. ¿Eso significa, entonces, que trabajaba muy de cerca con Julieta?

—Sí, sí. Nosotras nos pasábamos reunidas toda la semana. Siempre es mucho el trabajo cuando se acerca la fecha de publicación. Son cuatro ediciones al año —explicó—, y pues, cada tres meses siempre estamos de un lado al otro las dos. Ay, perdón —se sonrojó—, siempre *estábamos* de un lado al otro... Es que no me acostumbro.

—De verdad que no es problema —insistió—. ¿Cómo la vio la semana pasada? —continuó y sacó su libreta otra vez. Le dio varios golpes sobre el papel al bolígrafo para que acabara de escribir.

—Pues la verdad es que no la vi mucho. Como la edición de junio salió a principios del mes, estábamos en ese período de descanso, por decirlo así. O sea, siempre estamos trabajando y preparando todo lo que viene, pero cuando sale una nueva edición tenemos unas semanas para respirar un poco.

—Ya. ¿Así que no habló mucho con ella esa semana?

—No, la verdad es que no. Hablamos un poco el lunes —dijo pareciendo que recordaba algo—. Ese día tuvimos una reunión, ahora que me acuerdo.

—¿Y cómo la notó?

—Bien.

—¿Nada fuera de lo común? Por mínimo que sea.

—No... Sí —se retractó—, o sea, no muy común, pero, haciendo memoria, ese día Julieta se

fue temprano.

—¿Nunca se iba temprano?

—No mucho, que yo recuerde. O sea, no fue muy, muy, temprano. Pero como treinta o cuarenta minutos antes de lo habitual.

—¿Se veía diferente cuando se fue ese día? ¿Ansiosa? ¿Triste?

—No creo. Yo la vi normal.

Aldo lamió la punta del bolígrafo y escribió varias notas más en su libreta. Andrés seguía a su lado, callado, pero mirando a su alrededor y pareciendo que no atendía a la conversación.

—¿Usted diría que Julieta estaba contenta con su trabajo?

—Sí, mucho. De eso no tengo duda. Ella podía estar horas y horas escribiendo y editando. Siempre estaba bien envuelta con Claudia y con toda la maquetación de los ensayos que ella editaba. Y era buenísima en lo que hacía también. O sea, no era que se pasase horas por pasarlas. Ella podía tomar cualquier escrito y lo dejaba patas arriba. Ella era... —Pausó un momento y se llevó la mano a los labios—. Perdón.

—No se preocupe. Tómese su tiempo.

Angélica giró la cabeza a un lado, luego corrió los dedos por los párpados inferiores y respiró hondo. Volvió a mirar a Aldo, ahora con un mayor peso en la mirada:

—Discúlpenme.

—No se preocupe, entendemos que ha sido algo muy lamentable.

—Sí, sumamente lamentable —reiteró—. Julieta era bien querida aquí, por todas.

Aldo continuó con delicadeza:

—¿No diría que alguien le hubiese querido hacer daño a ella, entonces?

—No. No, en lo absoluto. Julieta era bien querida y estaba bien con todos —dijo, y lo miró extrañada—. ¿Por qué pregunta eso?

—Solamente para entender las circunstancias de su muerte en su totalidad —respondió sin desear ofrecer más detalles.

Observó su libreta con los apuntes, ya no sentía que le quedase mucho por preguntar, así que miró a Andrés para ver si tenía alguna de sus preguntas para Angélica. Él seguía distraído, invirtiendo su atención, al parecer, en las paredes y el mobiliario.

—¿Alguna otra cosa que se le ocurra de la semana pasada? ¿Algún comentario extraño por parte de Julieta? ¿Cambios en su rutina?

—No, de verdad que no. Todo estaba tan normal. Y ella siempre llegaba y se iba tan contenta.

—Ya —dijo, pausando durante un corto intervalo al tiempo que añadía más datos a sus apuntes de la libreta.

—Incluso —añadió Angélica, pensativa—, ahora que me acuerdo, ese mismo día, el novio le envió flores.

—¿El viernes? ¿El mismo día que falleció? —buscó confirmar Aldo, curioso y sorprendido por el dato.

—Sí. Ellos estaban comprometidos desde el año pasado, y ese día él le envió flores amarillas, que era el color favorito de Julieta.

Fascinado por la revelación, Aldo capturó una idea.

—¿No sabe si esa tarde el novio le envió otra cosa además de las flores? ¿Algún pastel o algún antojo para comer?

—No creo —dijo—. Solo vi las flores cuando Mariluz se las entregó y no vi que llevara nada más.

Tomó nota del dato en su libreta, descartando con decepción la infructífera idea, y continuó:

—Pero con las flores del novio y eso, ¿pasó entonces el día de muy buen humor?

—Pues, sí. O sea, yo no la vi casi nada en todo el día. Pero vi cuando Mariluz trajo las flores para ella al despacho, y después se despidió cuando pasó por aquí al frente cuando se iba.

—Pausó—. Sí, me pareció de muy buen humor. Nunca hubiese pensado que iría a su casa y... Pero, bueno, con esas cosas uno nunca sabe.

—¿Podríamos ver el despacho de Julieta? —preguntó Andrés sin aviso.

—Sí... —comenzó Angélica, lanzándole una mirada indagatoria a Aldo en busca de aprobación, quizá porque Andrés no había soltado ni una sola palabra hasta ese momento—. Sí, vengan por aquí, es justo aquí al lado.

Salieron al corredor y tras dos puertas más de cristal desde el despacho de Angélica García, alcanzaron el de Julieta. Las dimensiones y la estética no variaban entre los dos despachos. Aldo notó de inmediato, sin embargo que, al otro lado del escritorio, dos archivadores de baja altura tenían depositados sobre su superficie varias fotografías enmarcadas.

Hasta ese punto, desde que llegó el nombre de Julieta Prats a su vida hace dos días, Aldo nunca sintió la necesidad de ver el rostro de la mujer cuya muerte ahora investigaba. Al ver a Julieta en la primera fotografía, todo cambió: vio a una mujer joven y simpática, su cabello rubio y rizado al aire, una mano en la cintura, la otra en lo alto, invitando al espectador a apreciar la Torre Eiffel de fondo. Si en algún momento de su vida hubiese sufrido de temores o inseguridad en sí misma, en aquella fotografía no se registraba ni una gota. Aquella mujer le sonreía a la cámara, y a la vida.

La siguiente fotografía incluía a su familia. Vio los tres pares de ojos con el mismo tono de color verde, idénticos, entre el padre, el hermano y ella. Como su hermano, Julieta tenía un porte elegante de buena familia. Aun así, a diferencia de él, los hombros se le veían más relajados y su sonrisa más casual y natural, aunque con la misma perfección ortodóntica. Enrique Prats, padre, tal como la fotografía que Aldo había visto de él en el recorte del periódico, se veía igual; los colores de esa otra fotografía no lograban darle más calidez ni magia a su apariencia. Si algo resaltaba más con la policromía de la imagen eran las orejas, que se le veían más apartadas aún. La esposa, de quien Julieta heredó el color y la textura del cabello, notó, aparecía sentada en la fotografía, con la postura recta, mentón a lo alto; daba la impresión de la misma casta de Prats. Haya sido un matrimonio feliz o no, lucían bien apareados.

Con la imagen de Julieta Prats ante él, ya no se trataba de una investigación con personas o situaciones hipotéticas proyectadas en su mente. Ella, ahora de carne y hueso, representaba una pérdida real y tangible. La sensación le provocaba enfrentar la duda más inmediata y urgente de su mente: ¿por qué Julieta hubiese decidido terminar con su vida, cuando le sonreía al mundo? O, por otra parte, ¿por qué ese mundo albergaría alguien con la intención de robárselo a Julieta?

Ensimismado, Aldo no notó al principio cómo Andrés pasó los primeros minutos en el

despacho abriendo todos los cajones e inspeccionando las hojas de papel con la ortografía de Julieta en el tablero de la pared.

—¿Dónde están las flores? —preguntó Andrés, de pronto, quebrantando el silencio cómplice entre los otros, como si ese fuera el último lugar de reposo de Julieta.

—¿Perdón? —despertó Angélica desde el umbral, que hasta ese momento había mantenido las manos cruzadas y la mirada ausente.

—Aquí no están las flores amarillas —señaló Andrés.

—Ah, no, no. Julieta se las llevó el viernes.

Andrés se detuvo y la miró:

—¿Se las llevó para su casa?

—Sí. O sea, eso creo —dijo—. Cuando pasó en frente de mi despacho y me dijo adiós, tenía las flores.

—¿Cómo eran de tamaño?

—Pues, era un ramo de flores bastante grande. Como así —añadió con un leve gesto separando las manos e indicando un espacio de casi medio metro entre ellas.

Aldo observó a la subeditora, y luego a su hermano. Por primera vez en todo el día, o tal vez desde el comienzo de la investigación, sintió que sus pensamientos se compartían en su totalidad con Andrés. Pues el gesto de su propio rostro, estimó él, fue idéntico al que registró en su hermano, y concluyó que la perplejidad era también la misma: en el apartamento de Julieta, inalterado según Enrique Prats, no hallaron flores amarillas.

6

Antes de marcharse, Aldo le entregó una tarjeta de visita a la recepcionista con la intención de que Claudia Russo lo llamara cuando se encontrara disponible para una entrevista. Sonriendo, entre más risas agudas y haciendo mover el cabello para reacomodarlo de manera persistente e innecesaria, Mariluz tomó la tarjeta con los datos de contacto de Aldo y le aseguró que remitiría su mensaje. Nunca pareció registrar la presencia de Andrés.

Luego de partir de la sede de *Ellas Hoy*, el centro de la ciudad se ofrecía como una buena zona para detener las indagaciones del día y buscar algo de comer —Andrés ya lo pedía—. Llegaron a una cafetería en la calle del Pilar en la cual la clientela habitual parecía doblar la edad de los hermanos Mota. Algo debían de andar haciendo bien para ganar clientes tan fieles durante tanto tiempo, se dijo Aldo así mismo.

Todavía muy temprano en el día para el almuerzo, Aldo se comió unas rosquillas de anís con su café, y Andrés una tostada de mantequilla y un café con leche. Su hermano seguía callado y pensativo, y Aldo se encontraba deseoso por saber las deducciones a las que él había llegado y conocer más de sus posibles conclusiones. Aldo mismo no lograba dejar de pensar en Julieta Prats y las entrevistas de la mañana. Sentía haber llegado a un buen punto para discutir lo que tenían hasta el momento.

—Dime, ¿qué crees? —preguntó Aldo, tomando de su café y bajando rápido la taza con la expectativa de una respuesta.

Andrés miraba la mesa, masticaba y pausaba para darle un sorbo a su propia taza, pero no acababa de decir nada.

—¿Andrés?

Al cabo de un momento, paró de comer y miró a Aldo. Era una mirada indescifrable para su hermano, lo cual hacía que aumentara su intranquilidad.

—¿Dónde están las flores? —preguntó Andrés.

—Quizá la policía las sacó del apartamento —respondió Aldo, complacido de que su hermano estuviese meditando con persistencia las mismas dudas que él guardaba.

—El señor Prats fue el primero en llegar, y él nunca mencionó flores —apuntó.

—Quizá no las notó cuando entró, y más con el resto de lo que vio... Además, Enrique Prats dejó fuera muchos detalles de ese día cuando habló primero conmigo para tratar de hacer ver todo más a favor de su teoría.

Andrés negó, insatisfecho:

—No estaban con la basura tampoco.

Aldo nunca pensó en rebuscar en los botes de basura de Julieta para hallar pistas. En ese acto,

encontraba en su hermano, una vez más, la misma meticulosidad y maña de su padre para la investigación. Esa minuciosidad exponía sus propias carencias, pero, por igual, lo hacían valorar más la compañía de su hermano. Se preguntó si su padre conocía esas destrezas de Andrés...

—La policía dijo que fue un suicidio —dijo Aldo, poniendo a su hermano a prueba—, y todo en el apartamento parece estar de acuerdo con esa conclusión.

Andrés no lo intentó refutar.

—A ver, mira esto —continuó Aldo—. Julieta sale del trabajo ese viernes con las flores que el novio le envió. De camino a su casa, se encuentra con alguien, una amiga o un conocido, quien sea, y comen en una repostería o confitería. Ella se despide, pero tal vez por estar distraída, se le quedaron las flores en la mesa o en una silla del lugar donde comieron. Luego llega a la casa y recibe la visita del hombre de las llamadas y recibe una noticia terrible. No sé, algún tipo de información que la deja desesperada. Algo que ella pensara que arruinaría su vida y no podía aceptarlo. Busca unas pastillas de algún narcótico, tal vez ilícito, y comienza a beberse el vino, para tratar de terminar con su vida de ese modo. Como no le dio resultado, fue y buscó la navaja del baño; como lo dijo la policía. Me parece razonable —concluyó con satisfacción, y tomó otro sorbo de su café.

—Tal vez... —respondió Andrés, despacio, y se reajustó las gafas, pensativo—. Todo eso es posible, excepto el mensaje que dejó. En el apartamento no hay ninguna libreta con el tipo de papel que describió el señor Prats, y tampoco en ninguno de los cajones del escritorio de su despacho. Lo único que encontré allí fue una libreta de páginas color amarillo y tenían el logotipo de la revista.

—Pero es solo un papel, no es un mueble de la casa. Es algo que ella hubiera podido sacar de cualquier otro lugar y cargar sin problemas en la cartera.

—Busqué en el armario y en ninguna de las cuatro carteras que tenía allí vi un papel como el que describió el señor Prats. Pero eso es, la duda está en no saber si ella llevaba ese papel por casualidad y lo usó ese día porque no tenía donde más escribir, o tal vez no era el papel en blanco lo que llevaba en su cartera, sino el mensaje ya escrito.

—Pues, volvemos a lo mismo: ¿fue premeditado, o no? —Andrés no dijo nada—. No hemos avanzado mucho —añadió.

—No es cierto —replicó Andrés—. Tenemos más información que antes, eso siempre es mejor.

—Ya... —dijo, absorto.

Dejó vagar y correr la mirada por los lados y observó a una pareja de ancianos en otra mesa tomándose también un café, con toda la tranquilidad del mundo. Sin saber por qué, pensó en Clara al instante. Expulsando el pensamiento, tropezó con otro: una nueva idea.

—¿Qué tal...? —dijo Aldo, cavilando. Andrés lo miró expectante—. Volviendo a las flores, ¿qué tal si no fueron del novio? Hasta ahora lo único que sabemos de las flores es lo que nos dijo su compañera de trabajo. Pero ¿qué tal si no fueron de él? Quizá Julieta tenía un admirador secreto.

—¿El hombre de las llamadas? —preguntó Andrés, siguiendo las insinuaciones de su hermano.

—Exactamente. Tal vez él fue esa noche y se intentó aprovechar de ella, drogándola. Quizá la cosa no salió bien y decidió asesinarla, pero haciendo que pareciera un suicidio para no levantar sospechas.

—¿Y él mismo se llevó las flores? —ofreció, extendiendo la hipótesis.

—¿Por qué no?

—¿Y la nota?

—No sé, quizá ella la escribió antes o después de que la drogara —dijo Aldo—. Lo más fundamental es esto: si el hombre que la llamaba estuvo allí esa noche, pues o él asesinó a Julieta o le causó un estado terrible que la llevara a tomar su vida. Hasta que no lo encontremos, no vamos a poder responder esas dudas.

—Sí... —dijo Andrés en voz baja—. Pero es mucho en poco tiempo.

—¿Qué cosa?

—Es muy poco tiempo para que ella entrara en un estado de depresión tan rápido que quisiera morir. El señor Prats dijo que habló con ella justo cuando el hombre llegó, y un poco más de una hora después llegó al apartamento.

—Fue poco tiempo, sí. Pero tampoco sería algo imposible —señaló Aldo.

—No, no es imposible, solo que es muy baja la probabilidad. —Andrés pausó un momento, luciendo pensativo. Se acomodó las gafas, luego continuó—: También el hambre. Las tendencias depresivas que pueden llevar al suicidio muchas veces suprimen el hambre.

Aldo no tomaba esas palabras con duda. Mientras que, al inicio, había pensado que el tema del suicidio debía manejarlo con mayor cuidado con Andrés, le parecía que la discusión no lo afectaba. Lo prefería así, puesto que la investigación imposibilitaba evadir el tema.

—Lo estaba leyendo —añadió Andrés.

—¿En el libro ese de la biblioteca? ¿*Tal y algo de la depresión*?

—*Análisis cognitivo de la depresión* —corrigió y asintió—. La depresión intensa y mucha hambre al mismo tiempo no es algo común.

—Así que tendríamos a una mujer depresiva, suicida y hambrienta, que no dudó en comerse un pastel antes de tomar su propia vida, o...

—... o una mujer normal, sin depresión, comiéndose un pastel y que no sabía que iba a morir —finalizó Andrés.

—Estamos de vuelta al principio aunque, dicho así, la balanza como que comienza a moverse hacia un lado —meditó Aldo.

Andrés reanudó sus bocados de pan y sorbos de café, con el mismo semblante pensativo, aunque de algún modo, más complacido. Aldo también se comió el resto de su comida, intentando descifrar, por igual, tanto a Julieta como a su hermano.

Quedaba más por investigar y otros posibles testigos, pero Aldo no tuvo éxito el día anterior contactando con varios de ellos —como el novio y otra amiga—. Con solo los números telefónicos de sus residencias, y nada de información de sus lugares de empleo, se veía obligado

a esperar a establecer contacto con los demás posibles testigos antes de poder acordar una entrevista. Lo consolaba saber que la mañana fue productiva, aun cuando las preguntas y las hipótesis conflictivas se multiplicaban.

Tomaron el metro de regreso a la casa, pero hicieron una parada por el mercado antes. Ubicado a dos calles del cruce con la calle Serení, el Mercado de Villamar alojaba todo tipo de puestos que vendían comestibles frescos, preservados y también listos para comer; todos configurados a lo largo de una cuadrícula simétrica. Como en la gran mayoría de los comercios del barrio, dependientes que llevaban años allí y gozaban de la confianza de los vecinos atendían los puestos. El barrio aún no contaba con ningún hipermercado para los abastos de comida y demás, de esos que comenzaban a retoñar y multiplicarse por todas partes, así que el mercado seguía siendo un punto de comercio vital en el área.

Los puntos de parada dentro del mercado para Aldo no cambiaban mucho, la invariabilidad de lo que comían así lo garantizaba. Tal vez por el nuevo caso que tomó, y el ingreso que recibiría —incluyendo ahora un adelanto—, decidió añadir algo más de frutas en la compra del día. Llegaron, por último, a la frutería de doña Consuelo, una mujer tan vieja y querida como el propio mercado, para aprovechar las cerezas y los albaricoques en temporada, los favoritos de Andrés.

—Buenos días, corazón, ¿qué te pongo hoy? —preguntó doña Consuelo al llegar el turno de Aldo.

—Buenos días, doña Consuelo —saludó él—. Medio kilo de cerezas y uno entero de los albaricoques.

—Sí señor. Hace tiempo no veía al niño por aquí —comentó ella, haciendo un afectuoso gesto hacia Andrés y regalándole una sonrisa tan cálida como asimétrica.

—Ah, sí, me está acompañando hoy.

—Y buena compañía que es, sí señor —dijo a la vez que tomaba una bolsa de plástico y comenzaba a rellenarla.

Andrés desvió la mirada, algo sonrojado por los halagos.

La noticia del fallecimiento de su padre alcanzó todos los rincones del barrio, y más allá. De alguna manera, y siempre bien intencionada, todos por el barrio lo trataban a él y a su hermano como a un par de niños pequeños por los que los vecinos debían velar de forma colectiva. Nunca lo verbalizaban, pero Aldo sospechaba que la ausencia de su madre, primero, y ahora la de su padre, los hacían ver como unos chavales burlados por la suerte del destino.

Distraído por los colores y la variedad de las frutas, Aldo dejó de prestar atención a su alrededor. Lo despertó una voz que llamó:

—¡Aldito!

—Ah, buenos días, doña Carmen —dijo Aldo.

Ella le dio un beso en la mejilla y se giró hacia su hermano:

—¡Y Andresito, también! —Un beso al otro—. ¿Cómo estás, hijo?

—Bien, bien, ¿y usted? —respondió Aldo.

—Muy bien, gracias a Dios. Hace mucho que no se te ve por aquí. Ah, pero es que ya tienes mucho trabajo de detective y todo eso —dijo, sonriendo y dándole un golpecito en el brazo—.

Me contaron, ¿eh?

Nadie podía hacer mover o circular una noticia, rumor o chisme por el barrio con la agilidad que doña Carmen poseía. Nadie. Superaba los sesenta años y la jubilación le sirvió para aumentar sus recorridos por el barrio, recolectando las novedades y andares de todos como monedas perdidas que guardaba en un frasco y dejaba derramar a la primera oportunidad que tuviera. Aldo no sintió sorpresa porque ella anduviera enterada de su decisión de tomar cargo de la agencia de su padre con menos de dos días en acción.

—Y la verdad es que me alegro mucho —continuó ella—. Porque yo siempre lo he dicho, que los hijos que siguen los buenos pasos de sus padres siempre terminan bien. Y qué bien se te ve, ¿eh? Te veo de lo más guapo. —Otro golpecito en el brazo—. La misma cara del padre, que Dios tenga en su gloria. ¿Qué estás esperando para una novia?

—Pues, yo... —intentó, ruborizado.

—Porque eso es lo que te hace falta, una muchacha buena para que te haga compañía. Y mira que tampoco tienes que buscar lejos. Por aquí hay, Aldito, por aquí hay muchachas muy buenas... —Otro golpecito—. Y te digo eso de que sea buena porque mi cuñada dizque su hija es una santa, y mira, lleva menos de un año de casada y ya le montó los cuernos al marido. ¡Figúrate tú! Ni un año, ¡por Dios! Aunque, no creas, el maridito que se gasta tampoco es un santo que digamos. Hace ya casi dos meses que lo echaron del trabajo, y esta semana les cortaron el teléfono. Y yo que se lo dije a mi cuñada...

—¿El teléfono? —caviló Aldo en voz baja, distraído, obteniendo su propio valor de las palabras.

—Sí, les cortaron el teléfono —repitió doña Carmen en un tono quejoso, como si fuera suya la indignación—. Y pronto ya les cortarán el agua y la luz. Si no te digo que...

—¿Algo más, corazón? —preguntó la frutera, y Aldo negó—. Pues, tres redondos. Te dejé un poquito más de los albaricoques, para mi niño aquí —añadió y lanzó un guiño en dirección a Andrés, quien se limitó a responder con una tímida sonrisa, pues seguía inmóvil y pegado a su hermano, apiñado entre el tránsito del mercado a un lado y doña Carmen al otro.

—Gracias, doña Consuelo —dijo Aldo mientras le entregaba varias monedas y tomaba las bolsas con las frutas.

—A ti, corazón, a ti. Usted dirá, Carmen —dijo, dirigiéndose ahora a la otra.

Doña Carmen extendió la mano y sujetó a Aldo del antebrazo, se inclinó hacia delante y dijo:

—Pues, doña Consuelo, a mí me pone también de las cerezas, las peras y de aquellos plátanos, los que están bien maduritos, listos para comer. Medio kilo de cada uno.

—Claro que sí —dijo la frutera.

—¿Qué te decía? —preguntó doña Carmen volviéndose hacia Aldo sin soltarlo—. Ah, sí, que te hace falta una novia porque yo sé que tú eres un muchacho bueno. Tanto tú como Andresito, los dos salieron buenos. Yo siempre se lo decía a don Aldo, que en paz descanse. Siempre. Y mira que no es poca cosa, ¿eh? ¿Sabes el nieto de Marta? La que vive en el segundo, del edificio de la esquina. ¿Sabes? Ahora ni me acuerdo del nombre del muchacho... Pues él vive con ella, allí en el segundo, y casi nunca sale, dizque porque es enfermizo. Pero no es eso. ¡Qué va! —Bajó la voz—. El muchachito le salió drogadicto. Así están las cosas. Lo que tiene son como

dieciocho años, y mira, en la droga. Yo se lo dije a Marta, es el nieto, pero uno tiene que...

—Doña Carmen, nosotros seguimos... —intentó Aldo.

—Ay, sí, sí —dijo ella, como con la emoción de haber escuchado una buena idea—. Y así me acompañan al otro lado que tengo que comprar más garbanzos. Y, Aldito, si no es mucho pedir, ¿tú y Andresito me pueden ayudar con las bolsas? Mira que tengo este dolor en la cintura que me tiene mal. Tengo cita esta semana, pero es terrible. Mira, ese dolor me coge por aquí —dijo señalándose el costado y la cadera—, y por aquí —siguió moviendo la mano— y es terrible. Ay, Dios, ¡qué cosa tan mala!

Pasaron los siguientes treinta minutos cargando las bolsas de doña Carmen que, sospechó Aldo, al tener quien las cargara, exageró la compra. Durante todo ese tiempo, escucharon más historias de su cuñada, cuyo nombre Aldo no recordaba nunca haber oído, luego les habló de su hijo y los nietos, que vivían en la ciudad, y que vendrían de visita ese fin de semana y les prepararía un guiso con los garbanzos. Hubo muchas más historias, pero Aldo no fue capaz de retener todo ni de prestar atención en todo momento.

Doña Carmen solo logró ofrecer dos cosas de interés para Aldo. Primero fue la mención de una línea telefónica que iban a cortar —no recordaba de quién—, y abrió paso a una idea para ayudarlo en la investigación de las llamadas telefónicas de Julieta Prats. Segundo fue el recordatorio de la Fiesta del Parque el sábado de la siguiente semana, dato que dejó en un rincón de su memoria muy polvoriento y quedó olvidado. Quizá el propio Aldo no lo notó, pero doña Carmen hizo mención particular de cómo «Clarita» estaría allí, pues ella había estado ayudando con la organización de la fiesta ese año.

Por la tarde, Aldo hizo varias llamadas telefónicas con éxito. La primera fue otra vez a Enrique Prats, en esta ocasión para solicitar el número de la línea telefónica del apartamento de Julieta; Aldo le aseguró que sería necesario para continuar indagando en el caso. La segunda llamada la dirigió a la jefatura de la policía para intentar restablecer algunas conexiones de posible utilidad, y la tercera, luego de la cena, con la que logró contactar a Javier Garces, el novio de Julieta. Se vio dispuesto a hablar con Aldo, aunque con cautela, y le ofreció casi el día entero para pasar por su lugar de trabajo, una empresa de imprenta en el barrio Las Torres, al este del Centro. Aldo optó por la mañana, ya que se había comprometido de antemano a visitar la jefatura de la policía por la tarde.

Concluidas las llamadas y los preparativos para el siguiente día, Aldo permaneció un largo rato en la oficina releyendo sus apuntes, dejando correr en su mente las entrevistas de la mañana. Como una película de cine proyectada que se empeñaba en ver una y otra vez, buscaba detalles pasados por alto que le ofrecieran información, hilos de los que tirar. El día fue productivo, y deseaba mantener el flujo de datos y la exposición de las piezas del rompecabezas de la última semana de vida de Julieta Prats.

Nunca pensó que cargaría con su hermano ni que disfrutaría tanto de tenerlo a su lado como en ese día. Recordaba las ocasiones, de niño, en las que su madre le encomendaba algún recado y lo obligaba a llevar a Andrés con él. Siempre lo hacía a regañadientes. Ahora, sentía que su proyecto de tomar cargo de la agencia de su padre fallaría sin su hermano. Todavía no lograba decidir si era un castigo celestial, o ahora, tal vez, una bendición.

—¿Andrés? —llamó por la noche, cuando se detuvo en la habitación de su hermano de camino a la suya. Lo halló sentado en la cama, leyendo una de las novelas de detective—. Mañana temprano.

Andrés sonrió y asintió, animado.

—No te acuestes muy tarde —añadió Aldo.

Continuó hasta su habitación y, mientras se preparaba para dormir, se quedó pensando en su padre durante otro largo rato. Se preguntó una vez más si él observó o intuyó de algún modo el talento de Andrés para la detección. En ese hogar, todavía residía el detective A. Mota. En cualquier caso, su identidad, como una imagen tornadiza, cambiaría en función de la perspectiva.

7

La primera sorpresa del día llegó en la mañana; para la segunda tendría que esperar a la noche. Luego de afeitarse y vestirse, Aldo bajó al primer piso y encontró a Andrés en la cocina, vestido, preparado y con una taza de café con leche.

Sus padres, desde hacía años, habían desautorizado a su hermano a operar la estufa o el horno de la cocina debido a varios incidentes que, de no haberlos atendidos a tiempo, les hubiese costado una tarde de trabajo al cuerpo de bomberos. Sin embargo, con los otros aparatos no existía desaprobación. Si Andrés no tocaba nada más en la cocina era por su dejadez y la costumbre que tuvieron sus padres de preparar sus comidas y atender todo lo relacionado al manejo de comestibles para él.

Aun así, allí lo encontró, sentado luego de atender la cafetera y hasta con una leve sonrisa de complicidad.

—Ya está el café —anunció Andrés una vez que Aldo descendió del último peldaño.

—¿Y eso? —preguntó, extrañado, pero sin ocultar su aprobación.

Andrés encogió los hombros:

—Estaba esperando.

—Ya —dijo Aldo, con la misma sonrisa cómplice de su hermano—. ¿Quieres una tostada con mantequilla? ¿O es que ya comiste y fregaste todo?

—No. —Rio tímido y negó.

—Pues, ¿quieres o no una tostada?

—Sí, quiero una tostada.

Por eficiencia, solidaridad o por el buen humor compartido de esa mañana, Aldo también se comió una tostada con mantequilla con su café.

Cuando salieron, el cielo matutino los recibió con la jovialidad de sus destellos azules, con apenas unos cirros trazados como pinceladas blancas que contrastaban. Tomaron la línea del metro y, en esta ocasión, no desembarcaron hasta cruzar el Centro y llegar hasta la zona este.

El barrio Las Torres, desde hace mucho tiempo, destacaba por su robustez industrial. Mientras que el Centro sobresalía con sus comercios, sedes de gobierno y sus ministerios y, muy de moda para la fecha, empresas bancarias y financieras —como la de los Prats—, Las Torres manejaba todo tipo de materia prima que entraba a la zona y salía en forma de textiles, piezas de mecánica industrial y otros recursos menores, así como servicios comerciales; entre ellos, los de imprenta.

Impresiones Colón, en el corazón del barrio, ofrecía servicios de imprenta para todo tipo de clientes. Aunque en su mayoría, otros clientes de empresas comerciales llenaban sus pedidos, sus impresoras poco discriminaban y mantenían un buen flujo de trabajo durante todo el año. A

veces eran textos escolares, manuales de ensamblaje o folletos promocionales.

Aldo y Andrés entraron al edificio, justo a un recibidor espacioso y con el aspecto de haber sido un puesto sacado de alguna feria de empleo. Varias pancartas colgaban del techo, y el área contaba con una gran variedad de estantes rectangulares y metálicos que colocaban a la vista un surtido de sus impresos ya trabajados. A un lado, detrás de un escritorio, una mujer corpulenta y redonda con gafas grandes los recibió.

—Buenos días, caballeros —dijo ella.

—Hola, sí, buenos días —dijo, acercándose al escritorio—. Soy el detective Arnaldo Mota y vengo para hablar con Javier Garces.

—Ah, sí, sí, el detective —dijo en reconocimiento—. Garces es el gerente de uno de los pisos de impresión, ya me dijo que los esperaba. —Se puso de pie y comenzó a moverse hacia el interior del único pasillo que se veía en el recibidor—. Es por aquí, pasen.

El aspecto industrial aumentaba cuanto más se adentraban en el edificio, con todas las paredes blancas y de yeso. Cruzaron una puerta y entraron a la zona abierta de impresión, estimó Aldo, pues allí se asomaba mucha maquinaria que no tenía ni idea de qué hacía o de cómo se operaba.

La secretaria los condujo pegados a la pared, en el interior de una línea larga, roja y sin separación que servía como un tipo de acera delineada para moverse entre las maquinarias y los distintos puntos dentro del almacén. Llegaron al fondo, a una pequeña oficina que quedaba separada del área de operaciones por otra floja pared de yeso.

—Garces, el detective —anunció ella cuando abrió la puerta. Desde el interior le ofreció él un gesto y ella los invitó a entrar—. Pasen.

—Muchas gracias —dijo Aldo a la secretaria, que se despidió con una amigable sonrisa y un saludo de la mano.

Javier se puso de pie y tomó en las manos una carpeta de tres anillos y la comenzó a hojear, sin mucho interés en los recién llegados. Era un hombre alto, varios centímetros por encima de Aldo, con bigote y barba de candado del mismo color castaño oscuro que su cabello. Tenía la nariz y el cuello ancho y ojos de color marrón. Lucía el cabello no muy corto, le caía sobre la frente de medio lado sin cuidado, pero los lados le brillaban por el gel y los llevaba peinados hacia atrás. Vestía una camisa azul claro, remangada hasta los codos, y unos pantalones vaqueros azul oscuro. La camisa mostraba el nombre y logotipo de Impresiones Colón a un lado, y al otro:

JAVIER GARCES, GERENTE, PISO 1.

—Buenos días, señor Garces, muchas gracias por vernos —dijo Aldo y le ofreció la mano.

Sin mirarlo, Javier se giró, dejó la carpeta sobre un estante, tomó otra y comenzó a hojearla. Aldo guardó la mano sin reciprocidad.

—Por teléfono, me dijo que Enrique Prats lo contrató, pero no me dijo exactamente qué busca saber —dijo Javier con animosidad y sin preámbulos.

—El señor Prats solamente desea que investiguemos las circunstancias de la muerte de su hermana —dijo, intentando ejercer la diplomacia—. Saber, por ejemplo, cómo fue su semana, o con quién estuvo en contacto. Todo tipo de cosas que la hayan podido afectar durante esos días y que hayan tenido una... pues, bueno, tal vez una influencia.

—Sí, para Enrique Prats, los problemas los tienen siempre los demás —dijo, todavía sin

mirarlo y buscando entre las páginas de la carpeta.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Aldo, en un tono suave.

—Nada, nada. Tengo que calibrar una de las máquinas para un trabajo esta tarde —dijo, palpando la carpeta a la vez que comenzó a caminar y salió de la oficina—. ¿Qué quiere saber de Julieta?

Aldo y Andrés lo siguieron hasta una máquina de impresión con un monitor y un teclado de letras y números a un lado.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —comenzó Aldo, y sacó su libreta de apuntes.

—El miércoles de la semana pasada —dijo Javier, tecleando. Había comenzado a trabajar en la configuración de la máquina, alternando la mirada entre la página abierta de la carpeta con los ajustes numéricos y la pantalla del monitor.

—¿Dónde se vieron?

—En el apartamento de Julieta.

—Y ¿cómo la encontró? ¿Todo andaba bien?

—Sí —respondió Javier, encogiéndose de hombros.

Aldo, luego de varias sacudidas al bolígrafo, escribió y continuó:

—¿No le habló ella de alguna situación que tuviera en el trabajo, algún pleito, nada estresante?

—No —negó—. Nada.

—Cualquier cosa podría ser importante, señor Garces. ¿Una discusión con alguien por teléfono?

—No. Si la tuvo, ella no me dijo nada. —Seguía tecleando sin mirarlo.

—¿De qué hablaron ese día? —preguntó Andrés.

Javier detuvo los dedos y lo miró. Aldo, por su parte, por la proximidad y su orientación, pudo ver las sombras de tonos púrpuras en la base de sus párpados inferiores.

—De las vacaciones del verano —respondió con frialdad, y regresó al teclado—. Ella estaba pensando en tomarse unos días del trabajo para irnos un fin de semana de paseo.

—¿Cuándo se pensaban ir? —retomó Aldo.

—Nunca lo acordamos de seguro, pero hubiera sido en la primera semana de agosto. Esa o la segunda. Nunca nos decidimos...

—¿Bebieron vino ese día? —volvió Andrés—. O ¿usaron las copas de vino para beber otra cosa?

—No —respondió Javier, ahora sin mirarlo.

—Ya —continuó Aldo—. Otra cosa, ¿sabe si había alguna repostería que Julieta frecuentara?

—Sí —dijo, con cara de que lo tomaba por un detective inepto por la aleatoriedad de la pregunta—, una en la calle principal, cerca de su apartamento.

—¿Recuerda el nombre?

—Las Delicias... ¿Qué tiene eso que ver con su muerte? —cuestionó, irritado, lanzándole una momentánea mirada.

—Solamente intentamos saber y recrear sus posibles pasos esa semana. Cualquier parada o encuentro con alguien puede ser relevante —explicó Aldo.

Javier lo miró otra vez de reojo. No parecía complacido con lo que escuchaba, pensó Aldo. Sin importar, presionó:

—¿Sabe si en esa repostería venden pastas de almendras o sabe si había algún postre de almendra que a Julieta le gustara particularmente?

—¿Almendras? —Su irritación se hacía ver más—. ¿Cómo es eso relevante?

Aldo dudó un momento, pero decidió torcer un poco la veracidad de los datos para estudiar el resultado.

—Es información que la policía compartió y no podemos divulgar —dijo para sonar más oficial y justificado—, pero es posible que Julieta haya tenido una reacción alérgica el día en el que falleció.

Javier detuvo los dedos sobre el teclado.

—¿Una reacción alérgica? —preguntó, desconfiado—. Ella no era alérgica a nada.

—¿Seguro?

—De sobra. ¿Qué supuesta alergia fue esa?

—Son datos privilegiados, señor Garces, usted entenderá.

—Sí, claro, entiendo —dijo con sarcasmo—. Yo no tengo ese *privilegio* —añadió, tajante.

Hubo un momento de silencio, punzado por la interrupción del sonido de las teclas a las que Javier castigaba.

—¿Usted envió algo al trabajo de Julieta esa semana? —reanudó Aldo.

—Sí.

—¿Qué envió? —fingió no saber.

—Flores.

—¿Qué día?

—El viernes —dijo, y en su voz pareció como si lo lamentara.

—¿Celebraban algo? ¿Cuál fue la ocasión?

Javier se mantuvo inmóvil unos segundos.

—Que la amaba —musitó al cabo de un instante—. Yo amaba a Julieta. —Se giró hacia Aldo y Andrés mirándolos con desprecio, como si la pregunta retara la integridad de su declarado amor—. Nada, quería que lo supiera. Eran flores de su color favorito y pensé que le gustarían... A ella le gustaban esas sorpresas.

—Con las flores, ¿incluyó algún mensaje o un papel?

—Sí. Les pedí a los de la floristería que incluyeran una tarjetita con un mensaje.

—¿Qué decía?, si no era nada muy personal y puede compartirlo con nosotros —dijo Aldo con delicadeza.

No respondió de inmediato, y Aldo pensó que no ofrecería una respuesta a la pregunta. Javier dejó correr la mirada, fingiendo interés en la máquina que paró de calibrar y, cuando lo miró otra vez, sus ojos se veían faltos del coraje y la irritación de hace un momento.

—«Te amo, Beba» —dijo Javier con añoranza, los ojos rojizos, cansados y lagrimosos—. Yo siempre la llamaba así... —Se giró, se restregó el rostro y los ojos con una mano, como para espantar el cansancio, y dijo—: ¿Alguna otra pregunta?

—Sí, unas más, si nos lo permite, y terminamos. ¿Cómo era la relación de Julieta con las

personas de su vida? ¿Sus compañeras de trabajo, su familia, etcétera?

—Con las amigas del trabajo, siempre bien; con la familia, no tanto.

—¿De qué manera?

Javier inhaló y exhaló con fuerza:

—Los Prats nunca me tuvieron cariño —declaró con dureza—. Nunca conocí al padre, solo a la madre y la verdad es que la doña nunca me quiso. Estoy seguro de que con su padre hubiera sido igual, si lo juzgo por ella y el hermano —añadió sin humor.

—¿Hubo tensión con Julieta por esa razón? —inquirió Aldo, sin estar seguro de hacia dónde se dirigía con esas nuevas preguntas.

—A veces. Yo nunca era lo suficientemente educado para *su Julieta*. Yo nunca ganaba lo suficiente para mantener a *su Julieta*. Mi familia era muy pobre para sus gustos. Y eran solo ellos. Julieta quería mucho a mis padres y a mis hermanos, y ellos a ella. Siempre le tuvieron mucho cariño. Pero los Prats conmigo... Cero. Julieta era muy humilde. —Pausó—. Ellos no se la merecían.

Javier se veía ahora mucho más agotado que al inicio, casi extenuado. Fuera cual fuera el velo que había levantado desde el comienzo, se venía abajo.

—Señor Garces, ¿sabe si alguien llamaba a Julieta constantemente por teléfono o buscaba algo de ella?

—No, ¿por qué? —contestó, confundido.

—Solamente intentamos saber si había alguien en su vida que le pudiera haber estado ejerciendo presión por algún asunto personal o de trabajo.

—No, no. Julieta no tenía problemas con nadie ni nadie la metía en problemas. Ella era así.

—¿Ella le dio llaves del apartamento? —intervino Andrés.

—Sí.

—¿Todavía las tiene? —añadió.

—Sí, ¿por qué?

—¿No ha regresado al apartamento desde la última vez? —interpuso Aldo.

—No. Dejé unas camisas y ropa, pero... no tengo intención de volver a entrar allí. Si la familia quiere las llaves, con gusto se las doy —espetó. Cerró la carpeta, extendió la mano a un punto alto de la máquina y oprimió dos botones.

Andrés notó al instante las marcas en la piel y preguntó:

—¿Qué le pasó en el brazo?

Por el antebrazo derecho, cuatro líneas continuas, como estrías blancas, se extendían y se perdían bajo el resto de los dobleces de la manga de su camisa. Javier dudó, parecía no entender de lo que el otro hablaba.

Andrés se ajustó las gafas, alzó la mano y señaló hacia su antebrazo.

—Ah, ¿esto? —dijo Javier, al fin entendiendo el motivo de la pregunta—. No, no es nada. Es... Fue... —balbuceó—. Fue el perro de mi vecina —afirmó, y comenzó a desdoblar la tela de la manga para abotonarla—. Tiene un perro enorme de esos, ¿cómo se llaman?, son los que tienen... ¡Gran danés! Eso es. Es bien torpe, siempre le brinca encima a uno.

—Parece otra cosa —comentó Aldo.

Javier lo miró muy serio mientras se atusaba la manga. Justo cuando abrió la boca para hablar, con el labio colgado, Andrés preguntó:

—¿Recuerda dónde estuvo la noche del viernes, nueve de junio?

Una pausa.

La pregunta y la tenacidad detrás de ella resultaba poco característica de Andrés. No obstante, pronto Aldo pudo entender que fue una movida sagaz y tomó a Javier Garces desprevenido.

—El día que Julieta murió —le aclaró Aldo, aprovechando su turbación.

—Pasé la noche con unos amigos —dijo, encrespando el semblante y alternando la mirada entre los hermanos—. ¿Qué tiene eso que ver?

—El señor Prats nos informó de que alguien estuvo en el apartamento de su hermana la noche en la que ella murió. Y solamente intentamos tener claras las circunstancias.

Javier los miró a ambos como si hubiese llegado a una conclusión muy propia y contundente, como si hubiera entendido al fin algo. Los contornos de su rostro se reconfiguraron en una mueca de disgusto.

—¿Dijo eso? Pues, claro... —Negó con la cabeza, fastidiado, y comenzó a caminar de regreso a su pequeño despacho—. Pasé la noche entera con unos amigos. Estuvimos por la plaza de San Joaquín, cerca de mi casa, en el barrio Bucarrero. ¿Quieren los nombres? —Su tono de voz se alzaba—. Héctor Ríos y José Tapia. Toda la noche. Mucha gente nos vio —dijo, y tiró la carpeta sobre el escritorio sin cuidado—. El tío de Héctor es hasta el dueño del bar. Le pueden preguntar a él o a todos los que quieran. Es más, ¿quieren que llame a Héctor ahora? —Le dio la vuelta al escritorio, se sentó y empujó el teléfono en dirección a Aldo—. Y confirmamos.

—Señor Garces, no es necesario... —comenzó Aldo.

—No, no —cortó—, porque así podemos salir de dudas. Sí, ¿por qué no? —Oprimió un botón y el tono del teléfono se escuchó por el altavoz. Comenzó a teclear números de memoria y, sin tardar, se escuchó la conexión de la llamada. De repente, chasqueó la lengua luego del segundo tono y corrió una mano con rapidez para apartarse el cabello de la frente en un gesto furioso—. ¿Saben qué? No. —Levantó el auricular y lo chocó con fuerza contra la base, con lo que cesó la llamada—. No me importa lo que diga Prats. —Se puso de pie—. ¿Algo más, *detective* y *compañía*? —preguntó con ironía—. Porque si no tienen más preguntas, yo tengo mucho trabajo más que hacer en el día de hoy. —Caminó hasta la puerta, sujetó con firmeza el mango y añadió —: Y le pueden decir al *señor Enrique Prats* que si quiere las llaves del apartamento, o si tiene algo que decirme, que me lo diga él a la cara.

Aldo y Andrés cruzaron el umbral. Con la paciencia y la cordialidad de su interlocutor ya extenuada, no quedaba más por decir.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Garces. Que pase...

Javier, con el portazo, cortó sus palabras.

MIÉRCOLES

Javier abrió la puerta desde el exterior y la empujó. No cedió, la cadena de pestillo evitó que pudiera abrirla en su totalidad.

—¡Julieta! Soy yo, ¡abre la puerta! ¡Julieta!, ¿qué está pasando?

Le dio un empujón que sacudió la puerta y tensó aún más la cadena.

—¡Julieta! —llamó Javier.

El sonido de los tacones de Julieta aproximándose a la puerta lo silenció.

—¡Saca! —dijo ella con fuerza.

Él retiró la mano, ella empujó la puerta en la dirección opuesta y desenganchó la cadena. Javier abrió la puerta al instante.

—Beba, ¿qué pasa? —preguntó cuando entró, ella ya iba dando los pasos de espaldas a él hacia la cocina—. ¿Beba, qué...? —intentó otra vez.

—No me llames Beba —espetó Julieta, enfadada.

Él se detuvo y ella se cruzó de brazos, mirándolo con frialdad.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó con impaciencia—. El lunes me colgaste el teléfono en la cara como veinte veces, ayer y hoy te dejé mensajes con la secretaria y no me has llamado de vuelta. ¿Qué está pasando? ¿Por qué estás molesta conmigo?

—¡El santo! —exclamó ella en un tono irónico y agitado—. Y aquí está Julieta, sin motivo o explicación, molesta. Porque tú no has hecho nada, ¿no? Aquí no ha pasado nada. Tú haces y deshaces, pero aquí no ha pasado nada.

—Pero ¿de qué hablas?

—Que te vieron, Javier —dijo, inclinándose hacia él—, te vieron el sábado, con la tipa esa.

—¿Qué? —soltó, espantado.

—Que te vieron besándote con otra tipa en la plaza de San Joaquín, ¡no te hagas el estúpido!

—¿Quién te dijo eso? —reclamó.

—Alguien que te vio allí. Porque solo tú te buscas una amante y te la llevas al bar de la esquina de tu casa y piensas que nadie se va a enterar.

—No, eso no es...

—Ah, ¿ahora son mentiras? —cortó—. ¿No eras tú? ¿Era otro Javier?

—No, Julieta, escúchame —dijo, dando un paso hacia ella.

—¡No!, escúchame *tú* —dijo, y dio ella un paso para apartarse de él—. Quiero que recojas la ropa y te largues...

—... Julieta...

—... ahora mismo. ¡Se acabó!

—Beba, escúchame... —suplicó.

—¡No me llames Beba! —gritó Julieta.

—Está bien, vale. ¡Vale! —imploró con las manos abiertas hacia ella—. Vale... ¿Me puedes escuchar un minuto?

—No. No te quiero escuchar ni ver más. Quiero que cojas tus cosas y te vayas.

—Julieta, lo que pasó el sábado no es lo que tú crees.

—Ah. —Se llevó la mano al pecho—. Ah, entonces, ¿soy yo la que está confundida? —preguntó con sarcasmo, fingiendo turbación y sorpresa—. Entonces, ¿seré yo la que está mal en todo esto?

—Julieta...

—No, Javier, nada de Julieta. Mírame a los ojos —dijo, y él dejó caer la mirada sin pensarlo—. ¡No! ¡Mírame a los ojos!, y dime, dímelo ahora mismo, ¡mirándome!, dime que es mentira. ¡Mírame a los ojos, Javier! —exigió con fuerza. Javier movió los ojos despacio hasta encontrarse con los de ella—. Dime que es mentira —repitió en voz baja.

Él guardó silencio unos segundos. Se secó las manos, que le sudaban, sobre su camisa azul del trabajo, las juntó en forma de oración y respiró hondo.

—Sí, es cierto —dijo Javier, pausado, perdiendo parte de su estatura con cada sílaba—. Pero te juro —apresuró—, te juro, Julieta, que no significó nada, te juro que nunca...

—Vete —espetó, señalando la puerta.

—No, Julieta, por favor. ¡Yo te amo, me muero si...!

—¡Vete! —gritó y dio dos pasos hasta llegar a él—. ¡Lárgate!

Julieta alzó primero un brazo, luego el otro y los comenzó a dejar caer sobre Javier. Él buscó cubrirse, pero ella siguió lanzando más golpetazos con una creciente agitación y buscando acertarlos en cualquier parte; la cabeza, el cuello, el pecho.

—Julieta, ¡para! —suplicó.

—¡Lárgate! —Golpe—. ¡Lárgate! —Golpe—. ¡Sal!

Él comenzó a retroceder hacia la puerta y, en un último intento por calmarla, buscó sujetar el brazo de Julieta. El agarre le falló y la mano abierta de Julieta bajó con fuerza por el lado de su brazo derecho y lo rasguñó con profundidad. Siguieron más golpes.

—¡Para! —Intentó otra vez en vano.

—¡Lárgate!

Javier retrocedió los últimos pasos hasta la puerta con prisa, la abrió y, sin decir más o intentar volver a calmarla, salió, reducido.

Julieta se quedó con la agitación del momento y de su furia cegada. Se llevó la mano al rostro y comprendió, para su propia sorpresa, que lloraba. Con la mano temblorosa, caminó de vuelta a la cocina, abrió el refrigerador y retiró una botella de vino tinto. Abrió un cajón de forma violenta, extrajo el sacacorchos y lo cerró con un impacto.

—No vas a llorar, Julieta —se dijo así misma, sollozando y fallando en introducir el pico del instrumento en el corcho.

Al rato, logró abrir la botella de vino y se echó lo suficiente para llenar más de la mitad de una copa. Sentada en el suelo, se bebió la copa y se sirvió una segunda, entre lágrimas, sorbos y

castigos a sí misma en el lamento de la traición, repitiendo para sí:

—No vas a llorar...

8

—Esos últimos minutos estuvieron interesantes —dijo Aldo mientras caminaban ya fuera del edificio de regreso a la estación de metro—. Ese parece que es de los que prenden más rápido que un fósforo —añadió, más para él mismo—. Y, ¿ese rasguño? Del perro de la vecina... —Negó por lo bajo—. Al menos ya tenemos la confirmación del novio de que fue él el que envió las flores. —Suspiró—. Ya que me estaba ajustando a mi teoría del admirador secreto.

La complejidad y las dimensiones que comenzaba a considerar Aldo en la investigación seguían en aumento. Hallar contradicciones y datos que no se alineaban del todo los unos con los otros le daban mucho en qué pensar, y esos pensamientos no lo conducían siempre hasta un mismo punto de convergencia.

—La policía dijo que no había rastros de violencia —continuó Aldo con frustración—, pero viendo el rasguño, que está bastante claro que fue por unas uñas, y no de perro, ahí pudo haber pasado algo con Julieta. O, quién sabe, tal vez fue la propia vecina del perro —añadió con una débil risa, intentando sacarle algo de humor a sus desconcertadas ideas.

Continuaron los pasos un breve rato más en silencio; Aldo tomaba nota de la mano de Andrés, que no paraba de mover los dedos índice y corazón.

—¿El novio fue a la casa y se llevó las flores? —lanzó Aldo la pregunta, buscando hurgar los pensamientos de su hermano.

—Pero ¿por qué razón? —respondió Andrés de inmediato—. Y ¿qué hay del hombre que la llamaba? El señor Prats está muy seguro de que era el hombre misterioso y no el novio el que llegó cuando él la llamó.

—Pues, ahí está el asunto. Tal vez fue el novio quien la visitó esa noche, después de todo. Prats insiste en que fue el hombre que la llamaba por las insinuaciones de su hermana, pero eso es algo muy subjetivo. Tal vez fue el novio quien apareció por allí. Tal vez hubo una pelea, la vecina del otro lado no estaba, así que nadie escucharía nada. Y después de la pelea...

—Él tiene una coartada.

—¿Seguro? Nunca hablamos con los amigos esos con los que estuvo toda la noche; él mismo colgó la llamada.

—Tenemos que comprobar la coartada primero —insistió.

—Sí... —respondió Aldo, pensativo—. ¿Por dónde dijo que andaba? La plaza de San... —Pausó, dudoso, sin ganas de detenerse para consultar sus apuntes.

—San Joaquín.

—Esa. Es muy temprano para que estén abiertos los bares de por allí para ir a preguntar. Y nos tomaría más tiempo el desvío, porque hay que tomar la línea cuatro, que es la que cruza por

Bucarrero. —Miró su reloj—. Es también temprano para ir a ver a Guevara; yo le dije que por la tarde, pero... —Dudó varios segundos—. ¿Sabes qué?, mejor vamos a verlo ahora —concluyó en ese momento—. Así aprovechamos el día. De camino podríamos pasar por la repostería a la que Julieta iba. —Miró a su hermano—. ¿Te parece buena idea?

—Sí —murmuró Andrés y asintió, abstraído.

—Ir a la repostería a preguntar si vieron a Julieta por allí. Oye, que no es para que tú comas —aclaró, bromeando.

—Sí, yo sé —contestó, todavía ensimismado, perdiendo toda constancia del humor de su hermano.

—¡Que es broma, *tontín!* —dijo, dándole con el codo—. Estás muy serio.

Como Andrés aun así no pareció desear prestarle atención a nada más, con o sin sus intentos de humor, Aldo dijo:

—Pues, vale, ¿comemos algo ahora?

La invitación de comida lo ayudó a despertar. Tomaron el tren varias paradas de regreso en dirección al Centro y comieron en una cafetería cerca de la jefatura. Andrés se comió un bollo relleno de nata y un café con leche, y Aldo un pastelillo de jamón y queso.

El antiguo lugar de trabajo de su padre no aparentaba haber visto muchas novedades con los años. Cuando llegaron al edificio cuya placa leía: «**JEFATURA GENERAL DE LA POLICÍA**», todo en el exterior seguía tal y como Aldo lo recordaba de haber visitado la jefatura con su padre hacía años. Al cruzar la entrada, descubrió que el interior tampoco había sido perturbado por los cambios.

Por haber establecido contacto de antemano, pudieron ir directos al tercer piso, al despacho del intendente Samuel Guevara. Cuando llegaron a la puerta abierta, el hombre bigotudo, canoso y de abultada barriga que hallaron allí sentado le trajo a Aldo una cantidad de recuerdos y sensaciones que lo conmovieron, como un encuentro con un viejo amigo de la niñez.

Aldo apenas alcanzó a dar dos delicados golpes con los nudillos en la puerta cuando él se giró en la silla y exclamó:

—Pero ¡mira quien es! —Se puso de pie y comenzó a caminar hasta Aldo—. ¡Mira quien es! —repitió—. Yo pensé que no venías hasta más tarde.

—Sí, es que andábamos... —comenzó Aldo.

—¡Venga acá! —interrumpió Guevara y le dio un fuerte abrazo que le robó el equilibrio y el aire. Durante la momentánea asfixia, Aldo juraría haber sentido y oído a varias de sus vértebras tronar.

Cuando lo soltó, Guevara lo tomó por las mejillas con ambas manos y le regaló varias palmadas que pretendió como un delicado gesto de afecto, pero que Aldo lo sintió como cachetadas que le dejarían la mitad del rostro marcado.

—¡Coño, pero es como estar viendo al padre! —declaró con deleite.

Era cierto que, en los años que había pasado sin verlo, Samuel Guevara ganó peso y perdió pelos, pero por el resto, seguía igual. Su tono de voz natural corría una decena de decibelios por encima de lo normal y su rostro mantenía un color rojizo que parecía como si sufriera de hipertensión o alcoholismo —tal vez un poco de ambas—.

Después de soltar por completo a Aldo, se movió hacia Andrés y lo recibió con otro abrazo y varias cachetadas más intencionadas con cariño. Andrés no se movió y solo sonrió de manera tan torpe e inusual que pareció más un gesto involuntario a alguna reacción de dolor por el cuerpo, y luego de aquel abrazo, era muy probable que lo fuera.

—Siéntense —invitó Guevara.

Aldo y Andrés tomaron asiento en las sillas de enfrente del escritorio y Guevara caminó a un lado hasta uno de los estantes en la pared, que andaba repleto de trofeos, placas y fotografías enmarcadas. Tomó una de las fotografías, se la tendió a Aldo y dijo:

—Míralo, ahí está.

Vio a Guevara, quince años más joven y más de esa misma cantidad de kilos en delgadez, con el brazo sobre el hombro de Arnaldo Mota. Ambos sujetaban un pergamino enmarcado, como varios otros idénticos a los que colgaban de las paredes en el interior del despacho del intendente.

En aquella imagen, esa fracción de segundo atrapada y congelada en el tiempo, contempló durante un momento el rostro de su padre, también más joven y delgado, y con el lustre de impecabilidad que nunca dejó de ver en él. El cabello negro, siempre peinado hacia un lado, las cejas pobladas que amenazaban con encontrarse en el centro y con los contornos superiores puntiagudos, justo debajo los ojos azules y los labios abundantes y atractivos. Si encontró algo allí que no reconocía en su propio rostro era el bigote que su padre llevaba.

Para el tiempo de la fotografía, su familia entera vivía bajo un solo techo. Sintió algo oculto y robado, algo por lo que creía necesario dispensar una disculpa que nunca llegó y ya resultaba muy tarde para remediar.

Ajeno a los pensamientos de Aldo, Guevara lo observaba, sonriente, con las manos cruzadas detrás de la cabeza y reclinado en su silla.

—¿Así que la agencia de detectives de Arnaldo Mota continúa? —dijo, impresionado.

—Sí —respondió Aldo, a la vez que depositaba la fotografía sobre el escritorio—, así es.

—Tu padre se hubiera cagado de la felicidad si estuviera aquí para verlo, ¿sabes?

—Sí, yo también quisiera que él lo viera... —dijo, sintiendo algo que le apretó la garganta y tragó con rapidez para hacerlo bajar—. ¿Cómo siguen las cosas por aquí? —preguntó, redireccionando la conversación.

—Ya sabes, siempre es lo mismo: mafiosos y matones por aquí, traficantes por allá —dijo, todavía reclinado y meciéndose—. Te pasas toda una vida encerrando a esos hijos de puta... pero nunca se acaban. Eso es ley de vida.

Aldo pensó de pronto en esos «matones» y no dijo nada. No se sentía seguro de querer usar ese apelativo para la persona responsable de la muerte de Julieta si es que no fue una acción voluntaria.

—¿Para quién estás haciendo el trabajo? —continuó Guevara.

—Enrique Prats.

—¿Prats? ¿Prats? —repitió para sí en voz baja, cavilando—. ¿Eso no lo trabajó tu padre?

—Sí, pero este ahora es el hijo del que contrató a mi padre —explicó.

—Y ¿qué quiere el hijo?

—Que investigue el suicidio de su hermana.

—¿Por qué? —preguntó con una mueca de incredulidad.

—Porque quiere saber quién fue el responsable.

—¿No le basta con que se suicidó? ¿Ahora quiere seguir arrastrando con todo el mundo a to' cojón?

—Bueno...

—Son de esas familias con dinero, ¿no?

—Sí, pero es posible que tenga razón. Pudo haber sido un asesinato.

—Por aquí, en Homicidios, no me ha llegado nada de ninguna Prats.

—Oficialmente, fue un suicidio, pero es posible que haya sido un montaje.

Miró a Aldo unos segundos en silencio, luego dijo:

—Esas palabras no me gustan. Ni lo de «oficialmente» ni lo del «montaje».

—A mí tampoco, pero eso es lo que hay. Por eso estamos investigando y tomándolo todo muy en serio.

—¿Quién trabajó el caso? —inquirió Guevara.

—No sé, esa era una de las cosas con las que quería tu ayuda.

—«Una de las cosas»... Como que te llamas Arnaldo Mota, ¿ah? También a to' cojón.

Samuel Guevara dejó escapar una risa, se puso de pie para ir a cerrar la puerta del despacho y luego regresó a sentarse. Inclinandose ahora sobre el escritorio, y luciendo más serio de lo que Aldo lo había notado desde que llegaron, dijo:

—Dime, ¿qué necesitas?

Aldo sacó su libreta de apuntes del bolsillo de su chaqueta, la abrió y extrajo una hoja suelta en la que escribió varios datos con antelación.

—Se llamaba Julieta Prats —comenzó y le extendió la hoja—. Ahí está el número de la línea de teléfono de donde vivía. Lo ideal sería obtener un registro de llamadas del mes entero, pero con las últimas semanas es suficiente.

Guevara miró el papel y luego alzó la mirada sin mover la cabeza. Por debajo de su bigote, Aldo vio cómo apretó los labios y los empujó hacia afuera, y no logró determinar si aquello era un gesto de disgusto o cavilación.

—También necesito los datos de contacto del detective al que se le asignó el caso —continuó—. Lo cerraron, oficialmente suicidio, pero él podría tener más datos importantes. En el sistema de ella, por ejemplo, encontraron una droga o algún medicamento posiblemente controlado y me gustaría saber más.

Guevara se reclinó en la silla otra vez y cruzó los brazos sobre su barriga, observando a Aldo con detenimiento. Su rostro no delataba mucho, aunque la leve reducción en los tonos rojizos sugería que palidecía.

—¿Tu padre nunca te dijo por qué él se fue de la policía y empezó a hacer el trabajo en privado? —preguntó muy serio.

—No —respondió Aldo. La pregunta lo tomó por sorpresa, figuraba entre esas pocas cosas de las que su padre nunca quiso hablar.

—Arnaldo Mota fue el mejor detective que tuvimos aquí —dijo Guevara con nostalgia,

señalando la fotografía que seguía sobre el escritorio—. Y fue mi hermano, no de sangre, pero fue mi hermano.

Pausó. Se corrió una mano por la frente, se frotó los ojos y luego la pasó por el bigote. En el momento de silencio, parecía que buscaba las palabras y más tiempo para dejar salir lo que se proponía compartir.

—Mi mujer me dejó —prosiguió—, perdí mis hijos, la casa. Todo. Mis hijos ya están grandes, y tengo buena relación con ellos ahora. Pero durante un tiempo, mi vida se hizo una mierda, y si no hubiera sido por tu padre, aun así, me hubiera ido peor. —Hizo otra breve pausa—. Yo le debía la vida a Arnaldo Mota —confesó.

Al explicar su relación con su padre, Guevara aparentaba rememorar eventos que en un punto más lejano de su vida expusieron sus fragilidades, las que escondía bajo su grueso y firme caparazón. Tomó la fotografía en las manos y se puso de pie para colocarla una vez más en su lugar en el estante. Cuando regresó a sentarse, se veía más pálido aún.

—Así que, si me lo pides tú, es como si me lo pidiera él —declaró—. Pero no abuses.

Aldo, en apreciación por la honestidad y la manera en la que honraba a su padre, le ofreció una sonrisa.

—No, Guevara, es solamente por esta vez —dijo, intentando sonar humilde y agradecido.

—Si vas a seguir el trabajo que hizo tu padre, vendrán muchas más veces —apuntó Guevara—. Para esto me tienes que dar un par de días. Y tú invitas a las cañas —añadió con una sonrisa debajo del bigote.

—Vale.

Guevara respiró hondo, relajó su postura en la silla y preguntó:

—¿Quieres las huellas dactilares de la Julieta Prats esa?

—Vale, ya —dijo Aldo, poniéndose de pie.

—¿Impresiones de las muelas? —presionó Guevara con la burla—. ¿Talla del sujetador? ¿O de las bragas?

—Vale, vale, ya. —Rio—. Ya nos vamos.

—Pero si no te estoy echando —dijo a la vez que se ponía de pie y caminaba hasta Aldo.

Guevara le dio otro abrazo de despedida y, aunque este le hizo tronar varias vértebras más que faltaron del primero, la asfixia del apretón fue mejor distribuida e igual de intencionada por ambos. Para cuando finalizaron, el color rojizo del rostro del intendente se veía restaurado.

—¡Coño!, y este muchachito no se calla —exclamó Guevara señalando a Andrés y rio—. Pero ojo, ten cuidado —añadió sonriendo y regalándole una guiña—, esos calladitos son siempre los que más te sorprenden.

De regreso a la casa, hicieron la próxima parada. Por segunda vez esa semana, visitaban la zona de la residencia de Julieta Prats. Aunque en esta ocasión, se mantuvieron a lo largo de la calle principal que cruzaba con la calle Castejón. Aldo tuvo que preguntarle a un hombre que paseaba su perro por allí el lugar exacto de la repostería Las Delicias, pero al fin llegaron.

Al entrar, una mujer de rostro amistoso con un delantal color crema y un gorro de cocina chato de la misma tela y color los recibió.

—Hola, buenos días —dijo ella con una entonación melódica.

—Buenos días —dijo Aldo y comenzó a caminar de un lado a otro frente a las vitrinas en busca de lo primero que saltara a su vista con almendras.

Al ver el gesto de indecisión por su búsqueda infructífera, la mujer habló otra vez:

—Si tiene alguna pregunta, en confianza. Mire, por allí tengo unas magdalenas de naranja que son fresquecitas —dijo señalando a un lado de la vitrina de cristal.

—¿Tienen alguna pasta o bizcocho con almendras? —preguntó Aldo.

—Sí, claro que sí. Tenemos estos mantecados de almendra —respondió, ahora señalando a otro rincón de la vitrina, hacia una bandeja con galletitas redondas decoradas con almendras laminadas.

—¿Están hechos con harina de almendra?

—Con la harina no, con la esencia de almendra, y luego las decoramos con las almendras fileteadas.

—Ya. ¿Tienen algo que tenga mucha almendra? ¿Un bizcocho con harina de almendra, o una pasta rellena de crema de almendra?

—No, así ahora, no. A veces tenemos unos bizcochitos rellenos de pasta de almendra, así como usted dice, pero esos los hacemos para las Navidades. Así ahora para verano, no tenemos nada.

Aldo dudó, indeciso, sin saber si ser más claro y directo en sus preguntas sería mejor o mantener el semblante de cliente corriente. No quería seguir perdiendo el tiempo. Julieta pudo haber obtenido lo que consumió la tarde de su muerte en ese establecimiento y la información sería de utilidad.

—¿Usted conocía de por aquí a una chica llamada Julieta Prats?

La mujer lo miró con sospecha por el repentino cambio del tema de las pastas de almendras a una chica, pero su curiosidad la obligó a seguir.

—¿Julieta Prats? —repitió ella—. Me suena.

—Una chica joven, rubia y de ojos color...

—¡Aah!, sí, sí, sí —exclamó en reconocimiento—. ¡Claro, Julieta! Ay, Dios —dijo, llevándose la mano al pecho—, esa muchacha se quitó la vida la semana pasada.

—Sí, sí, esa misma.

—Yo me enteré el sábado, al otro día, y, ¡ay, muchacho!, por poco me desmayo. No le miento.

—¿Ella venía mucho por aquí? —continuó, aliviado por el carácter conversador de la mujer.

—Sí, a cada rato —afirmó—. Si le digo, cuando me enteré... Mire, mire, todavía se me paran los pelos —dijo, mostrándole y frotando su antebrazo.

—Ese día, el viernes, ¿de casualidad vino ella por aquí?

—No. No, ese día no. Yo estoy aquí todos los días y no la vi.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Caramba, pues no sé... —dijo mientras consideraba la pregunta—. Fueron varias semanas.

Sí. Y tan bonita que siempre se veía. Y alegre. Son de esas noticias que te dejan sorprendida por completo.

La mujer comenzó a dejar que su sensación de sospecha alcanzara al fin la superficie.

—¿Ustedes la conocían, entonces?

—Más o menos; amiga de un amigo —improvisó Aldo—. ¿Sabe si ella vivía por aquí? —añadió para hacer su fingida ignorancia más creíble.

—Sí, por aquí cerquita. No sé en qué calle, pero si pregunta por ahí, le dirán. Sí, sí, Julieta Prats —dijo asintiendo para sí—. Bendito... —soltó con lamentación, ensimismada, frotándose el antebrazo otra vez.

Antes de marcharse, Aldo compró un cuarto de kilo de las magdalenas de naranja y le dio las gracias.

El metro los llevó de regreso a Villamar, con una última parada por el banco antes de llegar a la casa para Aldo poder, por fin, cobrar el cheque del adelanto de Enrique Prats. Aldo pasó el resto de la tarde reconfigurando sus teorías, ideas y preguntas respecto a la investigación, e hizo varios intentos de llamadas más sin éxito a la residencia de otra amiga de Julieta que aún no alcanzaba a contactar, por lo que se resignó a dejarle un mensaje grabado en el contestador automático.

La cena esa noche fue, sin pomposidad, espaguetis con albóndigas y salsa de tomate. Ambos comieron muy callados al principio; Andrés lo hacía de costumbre y Aldo pensaba en su labor, lo alcanzado, lo que faltaba y todo lo que, sin duda, desconocía. La visita a la jefatura de policía y la conversación con el intendente Guevara también figuró con persistencia entre sus pensamientos del resto de la tarde.

«Arnaldo Mota fue el mejor detective que tuvimos aquí», le dijo. Nunca conoció a Guevara como uno dado a las hipérboles; su admiración y respeto por su padre era tan auténtico como el suyo. Aun así, eso aumentaba el peso que Aldo ya cargaba y el tamaño de esos zapatos que su padre usó y que a él le seguían quedando grandes, como un niño que entra al armario de su padre y se pone su ropa. Aún quedaba mucho más volumen por rellenar.

Sus pensamientos lo movieron hasta otro asunto de la familia que no podía desatender, y al cual su padre hubiese esperado que le prestara el mismo grado de atención.

—Este domingo tenemos que ir a visitar a mamá —dijo Aldo, rellenando el extendido intervalo de silencio entre ellos.

Andrés detuvo el movimiento del tenedor unos segundos, luego continuó comiendo.

—Yo sé —musitó.

Aldo no guardaba mucho apetito esa noche. Movié su plato, todavía con dos albóndigas y muchos más espaguetis, a un lado, colocó los codos sobre la mesa, cruzó los brazos y se inclinó hacia delante.

—Estaba pensando en lo que dijo Guevara hoy, lo de la razón por la que papá dejó la policía.

Andrés asintió despacio, pero sin decir nada.

—Yo siempre pensé que fue por algún problema que tuvo con alguien, pero por lo que dijo Guevara hoy... —La falta de certeza de sus pensamientos lo hizo contener el resto de sus palabras.

—No fue porque no le gustara el trabajo —dijo Andrés.

—No, sí, eso es cierto.

Aldo no se sentía seguro de lo que pensaba. Se pasó una mano por el cabello, bostezó y estiró los brazos. Luego se volvió a reclinar sobre la mesa y dijo:

—Tal vez fue porque...

El timbre de la entrada sonó, lo que dejó todos sus pensamientos pausados.

Aldo se puso de pie y caminó hasta la puerta.

—¡Qué sorpresa! —exclamó tan pronto la abrió.

—¡Hola! —dijo Clara—. Traje un bizcocho —anunció, levantando en las manos un plato cubierto por una tapa de cristal—. Es de mantequilla, como los que le gustan a Andrés.

—A Aldo también le gustan —dijo él, sonriendo.

Clara no pudo evitar sonreír por igual.

—Por supuesto que Aldo también lo puede probar —apuntó—. Pero lo preparé pensando en que a Andrés le gustaría mucho.

—Entra —invitó—, estábamos en la cocina cenando. Pasa.

El bizcocho fue más que bien recibido por Andrés, al que no le costó mucho trabajo comerse dos pedazos justo luego de la cena. Aldo y Clara se comieron uno pequeño cada uno. La plática entre ellos fue ligera y, al corto rato, Andrés decidió irse a su habitación, con lo que dejó a Aldo a solas con Clara en la mesa de la cocina.

—Ese no para de comer y no aumenta ni medio kilo —comentó Aldo, después de que el sonido de los últimos pasos en los peldaños superiores se extinguiera.

—¡Ya quisiera yo! —dijo Clara, riendo.

Aldo suprimió las ganas de expresar los halagadores pensamientos suyos sobre el cuerpo de Clara.

—Él se ve muy bien —dijo ella—. Y que coma mucho, aunque no aumente de peso, es una buena señal. ¿Y tú? —preguntó, lanzándole una mirada al plato que Aldo había dejado en la mesa aún con comida.

—Bien.

—¿Cómo va el trabajo de detective? —añadió en un tono de humor cariñoso.

—Pues, de que va, sí va, pero todavía queda mucho más.

—¿En qué estás trabajando? Si no es nada muy secreto, claro.

—No, no es secreto, pero es un poco complicado. —Clara lo miró con expectativa e interés—. La semana pasada —comenzó—, de hecho, hoy hace una semana exacta, encontraron a una mujer muerta en su apartamento. La policía llegó y concluyó que fue un suicidio, porque se cortó las venas en la bañera. Pero el hermano, que habló por teléfono con ella una o dos horas antes, dice que escuchó que alguien la llamaba a la puerta, y él está seguro de que era alguien que la hostigaba por teléfono. Y pues, él no cree que su hermana se suicidase.

—Qué triste... —dijo Clara en voz baja.

—Sí. Y solo tenía veintisiete años.

—Y tú, ¿qué crees? ¿El hermano tiene razón?

—A veces pienso que tiene toda la razón. Luego, al rato, pienso que es solamente una poca

parte de la razón y, después, pienso que no la tiene nada y que ella sí tomó su propia vida. Y después regreso a creerle al hermano, y así sigo... Entrevistamos al novio hoy y, no sé, me dio la impresión de que, o no nos dijo todo lo que pasó en esa semana de la muerte de Julieta, así se llamaba ella, Julieta, o que directamente nos mintió. Y pienso a veces que hasta el propio hermano no me ha dicho todo lo que sabe.

—Pero, él te contrató, ¿no?

—Exactamente. ¿Por qué se guardaría información que atrase o afecte la investigación por la que él mismo está pagando?

—Tal vez se siente culpable. Si él fue el último que habló con ella, tal vez piensa que pudo haber dicho algo o hacer algo que evitara que ella se suicidara. Y la investigación puede ser un tipo de terapia para él, como para validar que no hubiese nada que él hubiera podido hacer.

—No lo había visto así —reconoció—. Pero él está tan seguro de lo que dice, ¿por qué no ir a donde un psicólogo, entonces?

—A veces, nosotros mismos nos mentimos. Y no lo hacemos por maldad sino porque, quizá, tal vez no sabemos cómo lidiar con la verdad.

Aldo no vivía ajeno a la complejidad de las emociones y motivaciones humanas. Las palabras de Clara lo llevaron una vez más a los propios interrogantes que evaluaba antes de que ella llegara.

—¿Sabes? —dijo—, hoy fuimos a ver al que fue compañero de mi padre cuando él estaba en la policía. Y me hizo recordar lo bueno que era mi padre en lo que hacía. Él podía leer tan bien a las personas y sabía cuándo le mentían. Siempre podía ver las cosas desde muchos ángulos diferentes. —Dudó un momento—. Y, pues..., yo no.

—Aldo, tú has empezado ahora a hacer el trabajo que hacía tu padre —señaló Clara—. Él llevaba años haciendo esto. No puedes comparar las destrezas de tu padre de años en la policía y después en privado con las tuyas así de rápido. No te castigues así. Creo que estás haciendo las cosas bien con la agencia, y con Andrés.

El apretón que sintió en la garganta en el despacho de Samuel Guevara lo alcanzó otra vez. Miró a Clara con renovadas ganas de abrazarla y dejar que lo llenara con sus susurros de aliento y valor. Ella se lo ofrecía como nadie más, y, sin embargo, tan pronto ella se marchaba, terminaba desinflado.

—Aldo... —dijo, mirándolo con fijación a los ojos, capturada por algo que la movía despacio.

Él no dijo nada y dejaron sus ojos conectados con intención y ansias. Ella movió la mano sobre la de él y le tocó los dedos. En el momento de hipnosis de deseos, de placer y miedos, Aldo se estremeció. Su cuerpo dio un movimiento involuntario hacia ella, no más de unos centímetros, cuando...

—¡Aldo!

Los pilló desprevenidos, y las manos de Aldo y Clara retrocedieron de golpe a sus antiguas posiciones. Aldo vio a Andrés al pie de las escaleras, como si se hubiese materializado allí sin él percatarse hasta ese instante.

—¿Qué? —preguntó con turbación.

—No encuentro mi pijama verde.

Miró a Clara un momento, se recompuso y dijo:

—Está en el canasto de la ropa sucia.

—¿Por qué?

—Porque está sucio, y lo dejaste en el suelo en el baño. Usa el otro.

—Pero tampoco lo encuentro.

—Está en el cajón de abajo.

—No está allí —insistió.

—¡Andrés...! —dijo con impaciencia.

—Yo me voy —anunció Clara, poniéndose de pie.

—No, no te vayas, es... —intentó Aldo.

—Se me hace tarde —dijo ella—, y tienes más cosas por hacer —añadió, sonriendo.

—Pues, gracias por el bizcocho —dijo, con evidente decepción.

—Buenas noches, Andrés —dijo Clara mientras salía de la cocina.

Aldo caminó con ella hasta la entrada de la casa y, al despedirse en definitivo y cerrar la puerta, sintió una transpiración extraña y su corazón latía como si su desplazamiento hubiese sido mucho más que la distancia desde la cocina hasta la entrada.

Regresó a la cocina y Andrés todavía seguía allí, mirando hacia la puerta.

—Yo lavo la ropa mañana —dijo Aldo mientras tomaba varios platos de la mesa y los colocaba en el fregadero—. Si tienes algo más que quieras que lave, déjalo en el canasto —añadió y comenzó a moverse hasta las escaleras, deseoso de resolver primero las quejas de su hermano antes de concluir en la cocina—. El pijama tiene que estar... ¿Andrés? —llamó, detenido en el cuarto escalón.

Andrés movía los dedos de la mano derecha, en la secuencia de siempre, todavía mirando hacia la puerta.

—¡Andrés!

—Ah —despertó—. Sí, el pijama —dijo y comenzó a subir los peldaños con rapidez.

9

Los días previos de indagación en la vida de Julieta Prats ofrecieron abundante y valiosa información para que Aldo meditase. Sin embargo, a falta de la información que Guevara le pudiera surtir, y sin lograr hacer contacto con las otras personas a las que deseaba entrevistar, no le quedaba mucho más por hacer. El asunto de la coartada de Javier Garces lo mantenía guardado a un lado, pues esa línea de investigación de por sí podría tomar más tiempo y recursos de lo que desearía dedicarle al tema. Además, si aceptaba las insistencias de Enrique Prats, si fue alguien desconocido quien visitó a Julieta la noche de su muerte, tal vez las otras personas que le quedaban por entrevistar podrían arrojar luz a su identidad o le permitirían excluir al novio como el visitante de esa noche sin mucho más esfuerzo. Decidió entonces tomarse el día para organizar sus ideas, continuar contactando con los posibles testigos que faltaban y... lavar la ropa.

Luego del desayuno, pasó un tiempo en la oficina releendo sus apuntes y repasando sus ideas. Al cabo de un buen rato, optó por preparar un diagrama de la cronología de la semana de Julieta para nutrir sus ganas de hacer una proyección visual de esas ideas. Tal vez así, las podría apreciar mejor. Tomó dos hojas de papel en blanco, pegó las orillas para crear una pancarta improvisada y más larga en la orientación horizontal, y trazó una línea continua de un lado a otro. Dibujó cinco palillos verticales en segmentos de igual separación a lo largo de la línea y escribió los nombres de los días de la semana, desde el lunes para la primera línea vertical, hasta el viernes para la última.

Su intención era incluir la cronología de visitas o encuentros que tuvo Julieta en los días que precedieron su muerte en su diagrama. Sin duda para Aldo, si era cierto que Julieta tomó su propia vida, los eventos de la semana y esos encuentros habrían debido de tener una influencia principal en su decisión, dada la intensidad emotiva y el estado mental necesario para un acto de esa índole. Si, en cambio, otra persona fue la responsable de su muerte, caviló, los contactos de la semana podrían ofrecer información necesaria para establecer la identidad de quien fuese culpable.

Para el **LUNES** no escribió ningún nombre, puesto que no contaba con información de alguna persona o contacto que hubiera ella tenido luego de su jornada de trabajo. Solo escribió **SALIÓ TEMPRANO DEL TRABAJO** como el único dato relevante o de posible interés.

Para el **MARTES: VISITA DE ENRIQUE PRATS.**

Para el **MIÉRCOLES: VISITA DE JAVIER GARCES.**

Para el **JUEVES** no escribió nada por no tener ningún dato particular para ese día.

Para el **VIERNES: FLORES DE J.G. ALGUIEN VISITA A LAS 18:00. LLEGA E.P. A LAS 19:30.**

Complacido, tomó la pancarta y la fijó al tablero de corcho con cuatro tachuelas, una en cada esquina, dio un paso atrás y lo observó.

«¿Qué falta?».

Escuchó los pasos de su hermano cuando este llegó hasta el umbral de la oficina. Cruzó los brazos, hizo un gesto con la cabeza en dirección al diagrama y le preguntó:

—¿Qué crees?

Andrés asintió, observando la cronología a la vez que se comía una de las magdalenas de naranja.

—Falta lo que comió el viernes.

—Bueno —comenzó Aldo—, ahora sabemos que no fue de la repostería de cerca de su casa, pero tampoco tenemos nada seguro que nos diga de dónde lo sacó. ¿El novio le envió flores al trabajo, y, tal vez, luego le llevó algún antojo cuando la visitó?

—Es posible —dijo, con otro bocado de la magdalena—. Son tres alternativas: la primera, Julieta paró por algún lugar y ella sola compró lo que comió; la segunda, Julieta paró por algún lugar para verse con alguien después del trabajo y lo comieron juntos; o la tercera, alguien le llevó lo que comió a su apartamento —concluyó, a la vez que se echó el último pedazo de magdalena a la boca, se limpió los labios y se sacudió las migas de las manos—. La tercera, sea la verdadera o no, lo que nos dice es que Julieta conocía a quien la visitó. Sería poco probable que alguien que ella no conociera le llevara pastas de almendras o que ella aceptara comérselas sin saber de quién eran.

—Y ¿el medicamento para las alergias ocurrió justo después?

—Pienso que sí.

—¿Qué tal si fue un engaño? Alguien le lleva las pastas de almendra, posiblemente con algún aditivo dañino, y le cae mal a Julieta. Para remediarlo, le ofrece la droga para las alergias diciéndole que es otra cosa y, si ella no sabía que no se debe mezclar con alcohol, de ahí sigue el resto del montaje del asesino.

—Es posible, pero no sabemos todo lo que encontraron en su cuerpo. El señor Prats solo mencionó lo de las alergias.

—Sí. —Aldo suspiró—. A ver qué nos dice Guevara, tal vez tendremos oportunidad de hablar personalmente con el detective que evaluó el caso antes de darlo por cerrado. Tenemos que esperar más —añadió, lamentándose.

A pesar de que la paciencia y la espera fuesen prerequisites del trabajo, Aldo disfrutaba esos momentos en los que discutía el caso con su hermano, aun cuando las preguntas abundaban más que las respuestas. Escribir los días, nombres y datos relevantes para la cronología de eventos también le confería una sensación de meticulosidad que estimaba necesaria para mantener las líneas de investigación en orden, pues esa destreza debía ser hiperónimo de un buen detective.

El resto del día transcurrió sin acontecimientos notables; los quehaceres domésticos nunca guardaban muchas novedades. Antes de cocinar a la tarde, pensó en invitar a Clara para que compartiera la cena con ellos. Prescindió de la idea al recordar que la noche anterior ella pudo ver los espaguetis con albóndigas en su plato y pensó que, para ganarse su genuina aprobación, debía invertir más energías y esfuerzos en la preparación de algo mejor. Clara lo valía, concluyó

él, pero si su intención, en realidad, era impresionarla con sus destrezas culinarias... pues, tal vez debía de buscar otro método de impresión.

La llegada del domingo trajo consigo la leve ansiedad que lo atrapaba siempre que visitaban a su madre. El sentimiento no le permitió pensar mucho en Julieta Prats o las varias otras cosas más que le quedaban por atender con relación al caso.

Aunque Aldo acostumbraba a desplazarse a todos los puntos, tanto de dentro como de fuera de la periferia de la ciudad, así como a las zonas aledañas a través del uso del transporte colectivo, las visitas a su madre requerían otros medios. Aldo usaba el viejo automóvil de su padre para esos viajes; el que pasaba la mayor parte de su existencia estacionado justo al lado de la acera de en frente de la residencia. El vehículo andaba ya muy pasado de moda y no ofrecía las comodidades de los últimos modelos, pero nunca le fallaba, y valoraba esa fiabilidad mucho más que cualquier embeleco de la moda.

A Andrés le entusiasmaban los viajes en automóvil, pero dijo muy poco durante todo el trayecto. Por igual, Aldo tampoco habló mucho. La tensión que carga consigo la llegada de eventos anticipados que traen aprensión o, incluso, desconsuelo llenaba el silencio. A diferencia de las actividades anticipadas por una excitación positiva, que nos llenan de conversaciones de inquietud y palabras que reafirman el gustoso nerviosismo colectivo, las que tememos nos hacen dimitir.

Arnaldo Mota siempre quiso un lugar para su esposa que le recordara a su hogar en todo lo posible. Los que encontraron, con opciones limitadas, en las cercanías de la ciudad o su barrio, ofrecían un ambiente clínico que él no deseaba para ella.

A casi cuarenta minutos de conducir hacia el norte, llegaron esa mañana a las facilidades que servían de hogar para su madre. El edificio mantenía su distancia de la carretera y lo que anunciaba su llegada era el portón de varillas negras y largas, abierto de par en par, y rodeado por una agradable y abundante vegetación. La distancia desde la entrada al recinto y el edificio principal le confería cierto aire de mansión antigua o casa de campo para la nobleza. No obstante, cuando se llegaba al aparcamiento, el edificio delataba su función, no para la nobleza, sino para los enfermos: «**HOSPITAL SANTA LUCÍA**», leía el letrero del redondel.

La estructura no albergaba mucha elegancia en su fachada; ventanas de cristal, muchas de ellas enmalladas, se asomaban por cada cara del edificio rectangular. Cuando entraron al vestíbulo, fueron directos hasta la recepción para introducir sus nombres en el registro de visitantes, luego pasaron a la parte trasera por un largo corredor. La puerta doble de cristal mostraba la inscripción por ambas caras: «**UNIDAD DE CUIDADO PSIQUIÁTRICO PROLONGADO**».

Justo al cruzar esas puertas, los recibió un segundo vestíbulo donde hallaron a dos enfermeras conversando: una alta y delgada, la otra más baja y corpulenta sentada detrás de un escritorio.

—Buenos días, ¿cómo están? —dijo la enfermera delgada en reconocimiento.

—Hola, buenos días —dijo Aldo—. Todo bien con nosotros. ¿Cómo está mamá hoy?

—Pues, hoy la veo más contenta y conversadora —dijo ella—. Pasen.

Siguieron a la enfermera por un pasillo con el piso de linóleo, pasando puertas que se asomaban a lo largo en ambos lados. Aparte de ellos, el lugar no mostraba mucha actividad y todo permanecía callado, solo con el sonido de algún televisor o radio que emanaba de algunas de las puertas abiertas.

—Ya está bañadita, y desayunó bien —comentó la enfermera—. Ayer la escuché cantando. —Rio.

—¿Sí? —preguntó Aldo con sorpresa—. ¿Qué cantaba?

—Era un bolero, o algo así. Estaba más bien tatareando, pero la vi alegre. Yo creo que era porque sabía que ustedes venían hoy —añadió con dulzura.

Aldo no respondió, y miró a Andrés de reojo que parecía que caminaba por un impulso automático y no por voluntad.

Cuando llegaron a la puerta indicada, la enfermera tocó con delicadeza, la abrió y llamó en un suave cantar:

—Mara...

Ya en el interior, la encontraron sentada en la cama mirando hacia la ventana.

—Mara, bonita, tus chicos llegaron —anunció la enfermera.

La habitación era acogedora, con los detalles familiares que le daban una sensación hogareña. Un edredón blanco cubría la cama —no una camilla de hospital— con otra frisa de lana color marrón más pequeña a los pies. Al lado derecho, una mesa con dos sillas, al izquierdo, la cómoda con múltiples cajones y sobre cuyo tablero lucían fotografías de la familia, todas enmarcadas, pero sin el cristal. Al lado opuesto de la cama, otro mueble con un televisor y una mecedora en un rincón. No era lo mismo que estar en la casa, pero bastaba.

La enfermera llegó hasta el lado de la cama, le acarició el cabello a Mara y dijo:

—¿No les vas a decir hola? ¿Ah? Ellos vinieron para verte.

Le acarició el cabello otra vez, y se giró hacia la mesa con las dos sillas.

—¿Se te acabó el agua? —le preguntó. Tomó el recipiente cilíndrico que reposaba sobre la mesa y le dio una sacudida para evaluar el contenido por el sonido del líquido en su interior—. Yo te traigo más.

La enfermera comenzó a caminar para salir de la habitación y, en un tono más normal y menos melodioso del que reservaba para los pacientes, sonriendo hacia Aldo y Andrés, dijo:

—Los dejo en buenas manos.

Cuando la enfermera se marchó y cerró la puerta, Andrés se sentó en una de las sillas de la mesa, manteniendo la mirada baja, y Aldo movió la otra silla justo al lado de la cama de su madre.

—Mamá, ¿cómo estás? —dijo. Le dio un beso en la frente y se sentó.

La apariencia de su madre no había cambiado desde hacía muchos años. Seguía llevando el mismo corte de cabello, un poco más arriba de los hombros, y la única joya que lucía era su anillo de matrimonio; nunca usó pulseras o pendientes de ningún tipo.

—¿Mamá?

—¿Dónde está tu padre? —preguntó ella, irritada, todavía mirando hacia la ventana al lado

derecho.

—Mamá, ¿no te acuerdas?, él...

—¿Qué día es hoy? —interrumpió.

—Domingo.

—Pues, dile a tu padre que me visite. Una siempre sola aquí —añadió, quejosa.

—Él ya no puede venir.

—¿Cómo que no puede venir? ¿Por qué? —preguntó, mirándolo ahora a los ojos—. ¿Dónde está?

Aldo extendió la mano, tomó la de su madre en la de él y la apretó.

—Papá murió —dijo sin vacilación—, ¿no te acuerdas que te lo dije?

—Ese padre tuyo, siempre con sus ocurrencias —dijo ella, negando por lo bajo, y regresando la mirada a la ventana.

Aldo guardó silencio durante un rato. Andrés seguía contemplando el linóleo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Aldo.

—Aburrida. ¿Qué día es hoy?

—Domingo, mamá. Los domingos son los días de visita, ¿no te acuerdas?

—¿Y por qué tu padre no llega? —insistió.

Aldo observó el rostro de su madre y recordó lo hermosa que fue. Aun en su estado actual, algo le quedaba del brillo en sus ojos castaños y de la piel sana que nunca aparentaba su edad.

Si de algo estaba seguro era de que, así como le rompía el corazón verla en esa condición, a su padre le costaba mucho más. Los domingos, después de sus visitas, siempre vagaba de mal humor con un semblante triste. Muchas veces, cuando Arnaldo Mota la visitaba a solas, ella no hacía más que preguntar por Aldo y Andrés y, ahora que eran ellos los que visitaban, preguntaba por el esposo. Como si toda visita, de quien fuese, le diera una excusa para resentir la ausencia de alguien.

—Estoy haciéndome cargo de la agencia —dijo Aldo, inseguro de que su madre registrara la declaración del modo intencionado—. Yo creo que papá hubiera estado complacido —continuó sin convencimiento de sus palabras o las expectativas—. Y Andrés también me está ayudando. Todo va bien, por ahora.

Juraría haber visto un movimiento momentáneo en el pómulos de su madre: un reconocimiento —¿o fue una supresión?— de algo.

Andrés, por su parte, levantó la vista durante un segundo hacia ella, solo para regresarla al suelo.

Su madre comenzó a observar a Aldo, a Andrés solo con fugacidad y, descontenta, dijo:

—Tú sabes que a tu padre no le gusta que entren a jugar en la oficina. Si le desordenan sus cosas se va a enfadar.

Aldo suspiró.

—Sí, lo sé... Todo está en su lugar —dijo, resignado, y soltó al fin la mano de su madre—. ¿Quieres salir a caminar por el jardín?

—¿Qué día es hoy? —preguntó otra vez con impaciencia.

—Domingo, mamá, todavía es domingo.

La falta de disposición de Andrés de hablarle a su madre no representaba nada novedoso, fue el silencio total y la expresión vacía de su rostro lo que más incomodó a Aldo luego de la visita, le parecía peor que en otras ocasiones.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Aldo cuando caminaban al aparcamiento para regresar al automóvil. Andrés negó—. ¿Seguro?

Su hermano no dijo nada ni ofreció ningún otro gesto más. Aldo le echó el brazo y lo presionó hacia él mientras continuaban sus pasos.

—¿Estás bien? —preguntó, dándole varias palmadas en el hombro.

—Sí —respondió Andrés al fin, aun sin parecerlo, y se reajustó las gafas.

El resto de sus palabras fueron escasas y contestó a todas las preguntas de Aldo con monosílabos. Lo poco más que dijo ese día llegó casi a la noche al momento de la cena. Entre los espaguetis y albóndigas, y la resignación de Aldo por buscar conversación, Andrés preguntó:

—¿Podemos ir al museo?

—Sí... —respondió Aldo, casi en modo mecánico—. ¿Cuál? —añadió cuando se le pasó la sorpresa de la pregunta.

—El de artes. El miércoles abre una exposición nueva, pero es temporal. Vi el anuncio en la biblioteca.

—Ah, pues, sí, podemos ir.

—¿El mismo miércoles?

—Sí, creo que tendremos tiempo —le aseguró Aldo.

Sin darse cuenta, en los últimos días, Aldo se movió a través de una vía que lo llevó a comenzar a ver el trabajo como algo que compartía con su hermano. Él seguía manteniendo la responsabilidad absoluta de la agencia, aun así, ya no cuestionaba la participación de Andrés.

—Todavía tenemos pendientes otros testigos —continuó Aldo—, o bueno, posibles testigos. No sabemos si...

El timbre del teléfono de la línea de la agencia sonó. Sin decir más, Aldo se incorporó y se apresuró a la oficina para responder la llamada.

—¿Hola? —dijo Aldo—. Sí, él habla.

Así, como si la propia suerte del destino hubiese marcado su número, obtuvo una respuesta que desde hace dos días esperaba.

—Ah, sí, sí. Muchas gracias por devolver la llamada, señorita Ocampo.

Tomó su libreta de apuntes, sacudió tantas veces como pudo el bolígrafo y comenzó a escribir los datos del encuentro acordado para el siguiente día. Para cuando regresó a la cocina, Andrés ya se comía el último pedazo del bizcocho de mantequilla de Clara.

—Mañana entrevistamos a otra amiga de Julieta —anunció con deleite cuando entró a la cocina.

—¿Del trabajo? —preguntó Andrés, entre bocados.

—No, y esa es la mejor parte —dijo, sentándose—, tal vez ella tenga más datos de la rutina de Julieta fuera del trabajo. O, bueno, tal vez no tenga nada, ya veremos. Pero la vamos a ver cerca del Centro, si nos da tiempo podemos coger la línea cuatro y pasar por la plaza de San...

—Quedó dudoso.

—San Joaquín.

—San Joaquín, esa.

10

En la mañana del lunes, Andrés, otra vez, se despertó y se preparó antes que su hermano. Para cuando Aldo llegó a la cocina, el café ya estaba hecho. A su juicio, Andrés se veía repuesto, más alerta y listo para continuar la investigación que comenzaron la semana anterior.

Por falta de pan, Aldo visitó esa mañana la panadería de don Rogelio y desayunaron más tostadas con mantequilla, frutas y el resto de las magdalenas.

La cita matutina los llevaría, una vez más, a través del metro a la zona del Centro. En esta ocasión, a un pequeño café a la vuelta de la manzana del lugar de empleo de la amiga de Julieta. El lugar y la hora fue selección de ella, y, cuando llegaron a El Cafetal, la hallaron sentada, con su cartera al lado, en una mesa de cuatro sillas pegada al escaparate.

—¿Alba Ocampo? —preguntó Aldo.

La deducción no fue difícil, solo dos mesas más se encontraban ocupadas en ese momento: una por dos hombres y la otra por una pareja.

—Sí —dijo ella, poniéndose de pie—. Mucho gusto. —Le estrechó la mano.

El cabello negro de Alba acentuaba de forma agradable el tono de sus ojos pardos. Su nariz redonda, las gafas y la ausencia de maquillaje o joyas le daban la apariencia de una edad menor a la suya. Llevaba una blusa de punto marrón y una falda crema a pocos centímetros de alcanzarle los tobillos; su cuerpo no era compatible con las tallas pequeñas, aunque tampoco nada en puro exceso.

—Este es mi hermano, Andrés Mota, me está acompañando por hoy. —Ella saludó con la mano a Andrés—. Aquí pues, ¿no? —dijo indicando la mesa.

—Sí. Es la mesa que yo siempre uso. —Rio con nerviosidad—. Me gusta ver la calle desde aquí. ¿Quieren pedir algo primero? —sugirió—. Yo ya pedí —añadió con la misma risa, y con un gesto hacia la taza de café que se encontraba en la mesa casi vacía y el plato con las migas de algo ya devorado.

Andrés pidió una pasta de hojaldre rellena de cabello de ángel y un café con leche, Aldo solo un café. Luego de regresar a la mesa e intercambiar varias palabras casuales sobre la inusual y calurosa mañana, o la selección y los distintos puntos de orígenes de los cafés que ofrecía el establecimiento, y las sugerencias de Alba, comenzaron con las preguntas que los habían llevado allí.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Julieta? —preguntó Aldo, libreta y bolígrafo en mano.

—El jueves antes de que... —Dudó—. De ese viernes, pues.

—Ya. —Aldo se vio obligado a sacudir más el bolígrafo que seguía en su huelga intermitente de tinta—. ¿En su apartamento?

—Ah, no. Almorzamos juntas —aclaró—. Nosotras hablábamos por teléfono y acordábamos y nos veíamos así casi todas las semanas. Bueno, tal vez no casi todas, pero sí una o dos veces al mes.

Aldo no deseaba dejar escapar más detalles que fueran necesarios para establecer la veracidad de una coartada o la secuencia de sucesos exactos. Iba a paso lento, aunque firme, agilizando la fluidez de sus preguntas y detalles en las entrevistas.

—¿En dónde se encontraron?

—Fue cerca del trabajo de ella —dijo Alba sin prestarle importancia.

—¿Recuerda el nombre del restaurante? —insistió.

—Sí, Casa Victoria. Habíamos comido por allí antes. Es un sitio casual.

Aldo detuvo los apuntes, lamió el bolígrafo y continuó, haciendo más presión aún sobre el papel.

—¿De qué hablaron ese día? —preguntó Andrés, aprovechando el momento de pausa y abatiendo la timidez.

Alba lo miró ahora a él con una sonrisa a medias, como si recordara algo, tal vez agradable o divertido.

—Pues, de las cosas que siempre hablábamos cuando nos veíamos: el trabajo, cosas nuevas que hubieran ocurrido desde la última vez que hablamos, del cine, libros, cosas de chicas... —añadió con una leve risa—. Cosas así.

—¿Hablaron del novio de Julieta, Javier Garces? —volvió Aldo.

Una pausa.

—No mucho —respondió y sorbió del café.

—¿Lo conoce?

—Claro, claro que lo conozco —aseguró Alba.

—¿Qué le dijo Julieta de él?

—Pues, la verdad es que no recuerdo qué me dijo. Lo habrá mencionado así de pasada y no recuerdo bien. No me pareció nada importante. Tal vez fue del cine al que fueron juntos, algo así.

—¿Conocía bien la relación entre ellos?

—Un poco, sí. Se iban a casar.

—¿No sabe si había habido algún problema entre ellos recientemente? ¿Alguna discrepancia, un desacuerdo? —Pausó—. ¿Algún coraje?

—Pues... —dijo, insegura—... no, que yo sepa, no. ¿Por qué pregunta?

—Solamente buscamos tener una idea de su relación con el novio. ¿Sabe si Javier Garces alguna vez mostró agresión hacia Julieta?

—Que yo sepa, no...

—Y, qué tal, ¿Julieta hacia él? —presionó Aldo, tanto con las preguntas como sobre el papel con el bolígrafo que le fallaba, maldiciendo para sus adentros.

—Igual. Yo diría que no.

—Ya. ¿Se le ocurre algo, lo que sea, de la vida de Julieta que le pudiera haber causado tristeza o ansiedad de cualquier modo?

—Pues... —comenzó, otra vez dudosa.

—Cualquier cosa puede ser importante —instó él.

—Julieta tenía problemas con la familia y... —Alba vaciló.

Aldo la miró y le ofreció el mejor gesto que pudo para darle ánimo a que continuara sin hacerla sentir presionada a responder.

—Pues, es que de verdad no me siento muy cómoda hablando de esto.

—Señorita Ocampo...

—Llámeme Alba.

—Vale. Alba, puede decirnos cualquier cosa que usted piense que sea relevante sin temor. Esto es solo una entrevista informal, y no tiene por qué salir de aquí.

—Sí, pero es que... —Miró de un lado a otro, como si intentara medir la distancia a los otros y la posibilidad a su vez de que la escuchasen—. Usted me dijo por teléfono que el hermano de Julieta lo contrató y no sé si debería decir cosas de la familia.

—No, no —dijo—. Debe saber que, Enrique Prats sí nos contrató, pero nuestra labor es entender las circunstancias de la muerte de Julieta. Conocer todo lo que haya podido influenciarla en ese momento de la tarde del viernes, interna o externamente. Así que, cualquier cosa que usted nos diga, si concierne a nuestro propio cliente, será manejada con mucha confidencialidad.

Alba miró otra vez a su alrededor y suspiró.

—Pues —empezó en un tono de voz más bajo—, Julieta tenía muchos problemas con la familia. Y sí, cuando digo familia, hablo en realidad, mayormente, del hermano.

—¿Qué problemas? —preguntó de inmediato, con tres sacudidas más al bolígrafo.

—Él la humillaba mucho, y la hacía sentir que ella no era parte de la familia. Y le decía cosas, como para manipularla.

—¿Qué cosas?

—Pues —otro suspiro—, como que el papá hubiera querido que ella hiciera esto, o la mamá hubiera querido que ella hiciera esto otro. Cosas así.

Alba pausó para tomar de su café y, en el momento de silencio, Aldo pensó en los rasguños de Javier Garces y, hasta ese momento, no había considerado lo mismo para el hermano.

—¿Sabe si el hermano alguna vez se tornó agresivo con Julieta?

Alba se ajustó las gafas, bajó la mirada y comenzó a acariciar la taza con los dedos en silencio.

—Alba, como le dije, esto quedará entre nosotros, mi cliente no tiene por qué saber nada de lo que nos diga, sea halagador hacia él o no.

—Pues..., Julieta a veces me contaba cosas.

—¿Cosas de agresión de su hermano?

—Del hermano y del papá. El papá de ellos tenía un genio terrible y... —Pausó—. De verdad que no quisiera seguir hablando de esto, yo conocía a la familia desde hace mucho tiempo y no me siento cómoda hablando de las cosas personales de Julieta. Eso eran asuntos entre ellos y solo sé más bien lo que ella me contaba.

—Vale, pues ¿qué tal del hermano hacia el novio? Que usted sepa, ¿mostró agresión Enrique Prats de cualquier manera hacia Javier Garces?

—Ellos no se llevaban bien, de eso estoy segura. Pero agresión, exactamente, diría que no.

—Ya. ¿Sabe si Julieta había estado recibiendo llamadas telefónicas extrañas en las últimas semanas? —preguntó, moviéndose hacia el siguiente punto de mayor interés.

—No —respondió, extrañada.

—¿No le mencionó nada de alguien que la estuviera hostigando o alguien nuevo en su vida?

—No —repitió con perplejidad—. ¿Por qué?

—No es nada, solamente estoy corroborando detalles. ¿No hubo nada fuera de la rutina que conocía de ella?

—No creo.

Aldo retrocedió varias páginas de su libreta, consultando los apuntes y los detalles que estimaba como relevantes de la investigación hasta llegar a la próxima pregunta:

—La frase «Mi vida vale más», con relación a Julieta, ¿tiene algún significado para usted?

—No —musitó Alba, y se llevó la taza a los labios.

—¿Nunca oyó a Julieta usar esa frase? —insistió.

—No creo. —Otro sorbo.

—Vale —dijo e hizo otro apunte—. ¿Sabe si alguien visitó a Julieta a su apartamento esa semana? O, tal vez, ¿si ella llegó a invitar a alguien?

—Creo que quizá el hermano la visitó. Pero no estoy segura. Ellos todavía estaban resolviendo lo de la herencia y ella se veía mucho con él y con el abogado. La última vez que hablé con ella, eso me dijo, que tenía cita con el abogado más a la tarde, pero no era en su apartamento.

—¿La tarde del jueves tuvo ella cita con el abogado? —preguntó Aldo de inmediato, atento a la respuesta.

—No, del jueves, no; del viernes —aclaró.

—Pero me dijo que fue el jueves la última vez que habló con ella —dijo, consultando un momento sus apuntes.

—Ah, no, no, perdón. El jueves sí fue la última vez que nos vimos, pero yo la llamé después al otro día —explicó—, ese mismo viernes.

—¿A su casa?

—No, al trabajo. Hablamos por teléfono un ratito, y me dijo que tenía una cita con el abogado más a la noche.

—¿Por lo de la herencia?

—Pues, ella no me dijo, pero yo asumí que de eso era la cita.

—¿Sabe si iba sola, o con el hermano, o el novio?

—Pues..., no sé. Nunca me dijo. —Pausó un momento con un gesto de contracción facial de cavilación—. Yo creo que era sola —concluyó, al cabo de unos segundos.

—¿Sabe a qué hora era la cita? O ¿en dónde?

—No. Ella no me dijo. De verdad que fue algo que dijo de pasada, no hablamos en realidad mucho de eso.

—¿De qué hablaron? —preguntó Andrés, de repente—. Se vieron el jueves, y ¿el viernes hablaron más?

Ella lo miró otra vez, inquisitiva, parecía que le divertía la pregunta.

—Del trabajo. A veces nos consultábamos cosas; yo trabajo haciendo traducciones y editando también.

—¿A qué hora fue que habló con Julieta? —siguió Aldo.

—Fue después de la una y media, me acuerdo porque la llamé después de mi almuerzo.

—¿Sonaba molesta, o ansiosa o triste?

—Pues, sí, un poco ansiosa. Pero con el trabajo y con esos asuntos de su familia no me pareció muy extraño.

Aldo miró de reojo a Andrés, que movía los dedos. Más detalles y más qué considerar. Hizo unos últimos apuntes, apenas por el bolígrafo, y extrajo una tarjeta de visita de la billetera.

—Alba, la información que ha compartido con nosotros ha sido de gran ayuda. Ya tiene mi número, pero aquí se lo dejo otra vez en caso de que recuerde cualquier cosa, por pequeño que sea el detalle —dijo, y le ofreció la tarjeta—. Ahí también tiene la dirección, si prefiere pasar por mi oficina. Como le dije, todo lo que comparta con nosotros será confidencial.

—Sí, gracias —dijo, tomando la tarjeta e incorporándose.

—Y, en caso de que tenga más preguntas para usted, ¿no le molesta que la vuelva a llamar? —preguntó Aldo, mientras se ponía de pie.

—No, en confianza. Aunque por el día solo me consigue en el trabajo, ¿quiere el número?

—Sí.

Aldo pasó a otra página de la libreta.

—Es —comenzó ella—: siete, ocho, seis, seis, tres, cuatro, tres, siete.

Apenas alcanzó a escribir el siete y el ocho, cuando el bolígrafo lo abandonó, y sin opción de regreso.

—Siete, ocho, seis... —repitió Aldo, presionando el bolígrafo con furia, pero en vano. Lamió la punta e intentó otra vez. Nada—. Perdón, es que este bolígrafo...

Sus intentos de hacer expulsar más tinta fueron infecundos y chasqueó la lengua en disgusto. Alba rio, como al ver a un niño hacer alguna torpeza mal concebida.

—Tenga aquí —dijo ella a la vez que introdujo la mano en su cartera y sacó una libreta, un tanto parecida a la de Aldo, y un bolígrafo—. Yo se lo escribo.

—Disculpe la molestia —dijo, avergonzado—. El bolígrafo este está así de malo desde hace unos días.

Alba escribió, desprendió la hoja y se la extendió.

—Muchas gracias —dijo, todavía sin poder quitarse la vergüenza de encima.

Justo cuando él tomó el papel, sintió la resistencia. Ella lo sujetaba por el otro extremo y aún no relajaba el agarre. Confundido, miró el rostro de Alba y encontró una angustia desconocida en su semblante. Fue fugaz, pero contundente.

De pronto, y sin más aviso, Alba soltó el papel, se llevó la mano a la boca y comenzó a llorar.

—Perdón, discúlpeme —dijo, llorosa, rebuscando ahora una vez más en su cartera una toallita desechable—. Discúlpeme, es que son tantos recuerdos y tantos años que conocí a Julieta... Estoy que ya casi ni puedo dormir —añadió, secándose las lágrimas—. Y la última vez que nos vimos fue así, en un café despidiéndonos.

—Lo lamento mucho —dijo Aldo.

—Gracias —dijo, sorbiendo por la nariz—. Discúlpeme, es que tengo que regresar al trabajo.

—Sí, no se preocupe.

—Tiene los números si necesita hablar conmigo de nuevo —dijo, dándose la vuelta y moviéndose hacia la salida.

—Sí, claro. Muchas gracias por su tiempo. Hasta luego —dijo Aldo.

Alba no respondió, se movió entre las mesas caminando despacio y desconsolada, con la toallita todavía en el rostro.

JUEVES

Alba continuó caminando entre las mesas con prisa hasta llegar. Depositó la cartera en la silla del lado, se sentó y dijo:

—Ay, Juli, perdón, que me demoré.

—Para nada.

—¿Cómo estás? —preguntó Alba, notando con discreción la ausencia del anillo de compromiso de la mano de Julieta.

—Bien.

—No, Juli, dime la verdad.

—Pues —dijo, exhalando con fuerza—, estoy molesta, decepcionada, dolida, *molesta*... —repitió con ironía—. Y perdón por lo del lunes, que no te di ni las gracias por llamarme.

—No, Juli —dijo en una voz contraída—, ¿cómo no te iba a llamar?

Durante un momento Julieta no dijo nada y Alba no quiso alterar la conversación con brusquedad.

—Anoche vino a verme —dijo Julieta, de improviso.

—¿Y qué pasó? ¿Qué le dijiste? —preguntó deprisa.

—Que se fuera, que no lo quería ver más.

—Pues, Juli, bien por ti. Tú sabes que tú te mereces a alguien mejor.

—Pero es que me siento tan tonta —dijo, enojosa—, y eso es lo peor, que no sé desde cuándo, o cómo, empezó Javier a verse con esa otra tipa.

Alba no dijo nada, solo la miraba, escuchando a su amiga con interés.

—Cuando me lo admitió —continuó Julieta—, me dio una rabia...

—Tú te mereces a alguien mucho mejor —repitió Alba—. Y tú vales más, mucho más.

Julieta le ofreció una sonrisa asimétrica y débil, intentando agradecer en silencio sus palabras.

—Mira —dijo Alba de una vez con entusiasmo, y se ajustó las gafas—, lo que tienes que hacer es eso, es recordar que Julieta Prats se merece a alguien mejor y que tú vales más. Esto es un ejercicio de terapia emocional que mi hermana me enseñó y te puede ayudar —dijo a la vez que buscaba en su cartera algo con lo que escribir—. Eh..., sí, tengo papel aquí. —Sacó una libreta asegurada con un elástico, la abrió y la movió en dirección a Julieta sobre la mesa—. Toma —dijo, ahora colocando un bolígrafo sobre el papel—. Pues, nada, el ejercicio es escribirte a ti misma el pensamiento que más te llene de valor para superar algo terrible que te haya pasado. Pero no es para que lo sufras, es para que te des valor a ti misma.

—¿Y qué escribo? —preguntó Julieta, dudosa, pero intrigada.

—Pues, no sé. «Pronto me enamoraré de nuevo» o «Yo me merezco un hombre mejor», algo

así. O eso mismo que ya te dije: «Mi vida vale más que un hombre mentiroso y necio» —añadió con una sonrisa.

—Ese me gusta más —admitió, ahora más animada.

—Pues, dale. Lo escribes y lo firmas; es un mensaje de ti, para ti. Como si la Julieta del futuro más alegre y feliz te hablara.

Julieta sonrió para sí, le gustaba también la idea de esa Julieta en el futuro, más astuta y menos tonta, nunca más engañada. Tomó el bolígrafo y escribió:

MI VIDA VALE MÁS.

JULIETA

—¿Y ahora qué? —preguntó, insegura de cómo continuaba el ejercicio terapéutico de su amiga.

—Ya, eso es todo —declaró Alba, tomando la libreta y desprendiendo la hoja de papel—. Ahora te lo llevas y lo pegas a la nevera en tu cocina o en el escritorio de tu despacho. En un lugar donde lo veas todos los días y te recuerde que tu vida vale más que un novio *montacuernos* —dijo y deslizó la hoja hacia ella.

Julieta tomó el papel y releyó su propio mensaje. Se le escapó otra sonrisa involuntaria. A pesar de que aquello no era en realidad una forma de olvidar al novio, la ruptura de un compromiso de matrimonio o toda una vida que ahora debía tomar otro camino, recordar su propia valoración y estima la animaba. Nunca le gustó la idea de no tener el control de su vida o de su felicidad y no debía perderlo ahora, pensó Julieta.

—Alba —dijo, turbada—, nosotras aquí hablando de lo de Javier y, mira, no te pregunté si querías comer del menú del día o de la carta.

—Cualquiera de los dos, el que escojas tú —respondió, complacida.

Julieta regresó a su despacho luego del almuerzo con el renovado desaliento que le causaba pensar en Javier, pero con una leve descarga en el peso de su dolor que, por pequeña que fuese, fue bienvenida. Al sentarse, tan pronto llegó, extrajo de su cartera el papel con el mensaje que había escrito. Siguiendo las instrucciones de Alba, comenzó a mirar alrededor de su despacho, meditando sobre cuál sería el mejor lugar para leer el mensaje sin estorbos. Consideraba el tablero en la pared cuando una voz en el umbral la interrumpió:

—Julieta, ¿sabes dónde está el diseño de la contraportada que hizo Paula?

—¿El...? —comenzó Julieta, a la vez que guardaba con discreción el papel que seguía en su mano—. ¿El que se llevó Claudia?

—El otro, el que no quiso usar. Claudia lo está buscando y no lo encuentra.

—¿Cómo que lo está buscando? —preguntó, confundida—. ¿No se ha ido?

—No. Y está como loca buscándolo —respondió la otra.

—Pero es que sí está loca... —dijo Julieta por lo bajo, negando y poniéndose de pie.

Caminó hasta el final del pasillo; la puerta del despacho de Claudia Russo se veía entreabierta.

—¡Claudia, vas a perder el vuelo! —exclamó al entrar.

—¡Julieta! ¿Sabes dónde está el diseño de Paula de la contraportada de la semana pasada? —preguntó Claudia, apresurada, mientras rebuscaba entre el desorden de papeles y fotografías de una mesa.

—Pero ¿por qué estás buscando eso ahora?

—Cambié de parecer, mujer. ¿Sabes dónde está? —preguntó con impaciencia.

Julieta dudó unos segundos.

—Ella lo trajo para la reunión el lunes, estaba en una de las carpetas grandes.

—¡Sí! —exclamó Claudia, golpeada por el recuerdo.

Cuando fueron ambas al salón de las reuniones, en una mesa en un rincón, dentro de una carpeta grande con dos tiras, halló lo que buscaba.

—Julieta, ¿qué haría yo sin ti? —dijo Claudia, aliviada—. Tengo el taxista abajo todavía esperando —añadió, apurada, dándole un abrazo de despedida—. Tan pronto regrese, te llamo y te cuento de lo... —Pausó—. ¿Y tu anillo?

Claudia reparó en la mano izquierda de Julieta, que no lucía su anillo de compromiso como de costumbre.

—Es... nada... —dijo Julieta, vacilando—. Es que... lo dejé con Javier —confesó, sin encontrar otra salida.

—¿Qué? —soltó, perpleja—. ¿Por qué?

—Se te va el vuelo —eludió Julieta.

—No importa, tomo otro. ¿Qué pasó?

—No, no, Claudia, no digas tonterías. Ve.

—¡Julieta...!

—Yo te lo cuento todo después. Ahora, ve, baja rápido, que quizá ya hasta el taxista se cansó de esperarte.

Claudia le dio otro abrazo, este con más fuerza.

—Todo —dijo con un dedo amonestador—. Me lo tienes que contar todo.

—Sí —le aseguró Julieta.

Claudia salió del salón y Julieta regresó a su despacho. Cuando se volvió a sentar, observó la cartera y el papel que había intentado ocultar. Claudia fue la primera en notar o, al menos, en preguntar por la ausencia del anillo, y la noticia pronto correría. Julieta no deseaba tener que responder a todas las preguntas que sin duda seguirían ni quería dejar toda su vida expuesta a la vulnerabilidad de las dudas y comentarios, aun por bienintencionados que fueran.

Empujó el papel más al fondo de la cartera para asegurarlo, y decidió que mejor lo dejaría en su casa, donde no invitaría a las preguntas sobre el fracaso de su noviazgo o las excentricidades de cómo ella lidiaba con él.

11

Alba Ocampo ofreció justo el tipo de información que Aldo deseaba, y ahora tenía una posible identidad para la persona que visitó a Julieta el día de su muerte.

—Revivo la teoría de una noticia inesperada —declaró Aldo mientras salían de la papelería con la que se toparon para comprar una nueva carga de tinta para el bolígrafo, una corta parada de camino hasta el despacho de Enrique Prats.

Con las nuevas revelaciones, decidió que, en vez de darle seguimiento a la coartada de Javier Garces, sería mejor trabajar esos nuevos detalles. Además, el despacho de su cliente se encontraba cerca y él tendría conocimiento de la identidad del abogado y de los asuntos relacionados con la herencia de la familia.

—Pero ¿qué le pudo haber dicho el abogado esa noche? —preguntó Andrés con poco convencimiento de la nueva teoría de su hermano.

—No sé... Tal vez el abogado le trajo malas noticias sobre la herencia. Algo que la excluyera a ella solamente.

—¿Y por qué hacerlo por la noche? ¿Por qué no decirle nada al señor Prats? —continuó, desinflando las ideas de Aldo.

—Quizá Prats ya lo sabía —reflexionó.

Cuando alcanzaron las oficinas de la empresa financiera de Enrique Prats, Aldo tuvo una sensación de familiaridad producida por la similitud de la estética con las oficinas de *Ellas Hoy*. Sin embargo, mientras que la empresa para la cual Julieta trabajaba empleaba de manera exclusiva solo a mujeres, la de Enrique Prats lo hacía igual con los varones —las secretarías personales o de recepción eran las únicas excepciones—.

Fue necesario esperar para que los atendiesen, pero al cabo de un corto rato, lograron acceso al despacho de su cliente. Espacioso, el mobiliario era, en su mayoría, de piezas de cristal y metal cromado, y con una evidente simetría en las formas y ubicación de todo en el interior.

—Detective Mota —dijo Prats, y lo recibió estrechándole la mano.

—Mi hermano, Andrés Mota, que ya conoció, me acompaña hoy otra vez.

—Claro, un gusto verlos a ambos otra vez —respondió, y Andrés le dio la mano con timidez y la mirada baja, Prats la tomó sin mucho afán—. Me imagino que si ha querido verme en persona es porque tiene algo importante que compartir —señaló con apacibilidad—. Tomen asiento —dijo con un gesto hacia un sofá con dos sillones a los lados y una mesa de centro que completaba el juego.

—Sí, así es —concordó, mientras él y Andrés se sentaban—. Aunque hemos pasado por aquí en persona porque andábamos cerca. Esta mañana entrevistamos a Alba Ocampo.

—Ah, ¿cómo está Alba? —preguntó Prats, de buen humor, mientras se sentaba también.

—Bien. Lo más importante es la información que proveyó. Según ella, Julieta iba a tener una cita el viernes, y era para ver a su abogado.

Enrique Prats pareció no haber escuchado lo declarado de primera instancia.

—Perdón, ¿el abogado?

—Así es.

—¿Nuestro abogado? —preguntó Prats, desconfiado.

—Bueno, la señorita Ocampo no sabe el nombre, pero asume que Julieta tenía algún asunto que discutir con él, posiblemente sobre la herencia.

El semblante de Enrique Prats se endureció con tal rapidez y fuerza que Aldo pensó que, de tener algo en las manos, lo hubiese arrojado contra el suelo. De repente, soltó una risa corta y suprimida con incredulidad. El rostro se relajó, pero podría ser solo el ojo de la tormenta, pensó Aldo.

—Es absurdo —respondió al fin, contrariado—. Mauro me hubiera dicho algo.

—Tal vez había algún entendimiento entre ellos, algo que no hubieran compartido con usted —intentó Aldo, con delicadeza—. Tal vez un asunto que Julieta quisiera mantener privado...

Enrique Prats guardó silencio. Sus ojos se movían en busca de algo elusivo, cavilando. Pronto, se puso de pie sin decir nada más y caminó hasta su escritorio dando pasos que sonaban como martillazos en el suelo. Impactó un botón sobre la consola de teléfono.

—¿Sí, señor Prats? —sonó la voz de su secretaria en el altavoz.

—Consígueme al licenciado Rubio. Pásalo a mi línea de inmediato, no importa si está reunido. Necesito hablar con él de *inmediato*. Y que no te diga que no puede, porque le va a costar caro. Le dices que así lo dije yo —concluyó e impactó otra vez el mismo botón.

Caminó de regreso hasta Aldo y Andrés, permaneció de pie, cruzó los brazos y preguntó:

—¿Qué más dijo Alba del abogado?

—En realidad, solamente eso. El viernes ellas hablaron por teléfono cuando Julieta estaba todavía en su despacho y le mencionó que a la noche se vería con el abogado.

—¿A qué hora? ¿Dónde? —insistió con el mismo tono cortante.

—Julieta nunca le dijo.

—¿Y usted cree que Julieta guardaba algún secreto con el abogado?

—No, discúlpeme, señor Prats. No intentaba insinuar nada. Solamente sugería que podría haber algo que su hermana no le hubiese dicho hasta ese momento, pero para lo que había solicitado la asesoría del licenciado.

—Detective Mota, mi hermana, a veces, era muy impulsiva y le fallaba el juicio —dijo en un tono con matices de paternalismo—. Y luego tenía yo que...

El teléfono sonó. Prats se movió con rapidez hasta el aparato y contestó la llamada.

—¿Mauro?

—Sí, ¿de qué...? —Se escuchó por el altavoz.

—¿Dónde estuviste el viernes de la semana pasada, el día de lo de Julieta? —cortó con la furia de quien le habla a un subordinado desobediente, aunque la voz del licenciado sonaba como la de alguien mucho mayor que él.

—Eh, pues, con unos clientes. ¿Por qué?

—¿Toda la noche?

—Sí.

—Y en el resto de la semana, ¿viste a Julieta?

—No, yo...

—¿Hablaste con ella por teléfono? —presionó.

—No, si yo...

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Mauro —dijo, su voz acidulada—, esto no es una broma, y si me estás mintiendo...

—Pero, por Dios, Enrique —interrumpió—, que no, que no tuve ningún contacto con Julieta. Los clientes con los que estuve te pueden dar fe de lo que digo. La última vez que la vi o hablé con ella fue cuando estuvieron ustedes dos aquí. Hace ya más de un mes de eso. ¿Recuerdas?

Enrique Prats no respondió y Aldo pudo ver otra vez como, detrás del gesto endurecido de su cliente, su mente buscaba atar cabos.

—¿A qué viene todo esto? ¿Qué está pasando? —habló el licenciado, su voz ahora sonaba más ronca y confundida.

—Vale. Yo te llamo después y hablamos con más calma.

—Pero me preocupas ahora. ¿Todo está bien? —insistió.

—Sí. Yo te llamo después.

Presionó un botón y finalizó la llamada. Enseguida, regresó al lado del sofá desde donde Aldo y Andrés observaron lo transcurrido con una turbulenta mezcla de aprensión e interés.

—¿Un abogado? —preguntó Prats mirando a Aldo.

Parecía que al fin aceptaba las palabras del licenciado e intentaba buscar otras alternativas para explicarlo todo. Notando la nueva postura de su cliente, Aldo ofreció una nueva pregunta:

—¿Será posible que haya sido *otro* abogado, y ese haya sido la persona que la llamaba?

—Sí, puede ser... —respondió Prats, absorto.

Aldo no se encontraba seguro, pero le parecía que los ojos de Enrique Prats desprendían la suspicacia que brota de la proyección de un recuerdo engañoso, como si desconfiara de su propia memoria.

—¿Sabe de algún otro abogado al que Julieta hubiese consultado en el pasado, para lo que fuera? —continuó Aldo.

—No tengo idea. Mauro es el abogado que atendía todos los asuntos personales de mi padre fuera de la empresa. Pensé que se trataba de él... —Pausó—. En cualquier caso, puede ser un dato muy importante en todo esto. Tan pronto averigüe quién fue el abogado, me lo notifica.

Aldo tomó esas palabras como un modo indirecto y sutil de dar por concluida la conferencia. Se puso de pie y su hermano lo imitó. Comenzaban a moverse cuando Andrés se detuvo y miró a Enrique Prats.

—Señor Prats —dijo Andrés, cohibido, pero firme—, cuando usted entró al apartamento de su hermana esa noche, ¿recuerda haber visto flores frescas?

—No, ¿por qué? —contestó, alternando la mirada entre ambos hermanos, extrañado por la

pregunta.

—El novio le envió flores al trabajo —explicó Aldo—, y no recordamos haber visto flores cuando usted nos dio acceso al apartamento.

—No recuerdo ningunas flores ese día —afirmó.

—Bueno, tal vez no sea nada. Es solamente para darle seguimiento a algunos detalles de las entrevistas.

Enrique Prats seguía abstraído. Caminó hasta la pared del lado opuesto del sofá y abrió una puerta del gabinete, con lo que reveló un minibar y varios estantes de cristal con botellas de distintos licores y vasos.

—Tan pronto sepa más, me lo comunica —dijo de espaldas a ellos, mientras llenaba uno de los vasos con un líquido color ámbar oscuro y varios trozos de hielo.

—Por supuesto. Que pase buena tarde —dijo Aldo al salir, con el sonido de sus propios pasos y los de su hermano como única respuesta.

Tuvieron el resto de la tarde para meditar la reacción de Enrique Prats y las posibles implicaciones que presentaría la solicitud de servicios legales por parte de Julieta. Aldo se tomó la reacción de Prats a la información como genuina sorpresa, no creía posible que él hubiese tenido conocimiento de las intenciones de su hermana.

—El hombre del teléfono, ¿un abogado, entonces? —preguntó Aldo, cuando regresaban a la estación de metro.

—Puede ser un abogado, pero su profesión quizá no tenga que ver con la razón de contactar con Julieta.

—Es cierto —consintió—, pero, según Alba Ocampo, Julieta misma fue la que dijo que se trataba de un abogado. Me parece que, si ella lo dijo así, es porque es relevante para el contacto con él.

—Pero eso lo dijo la señorita Ocampo. No tenemos más que la declaración suya.

—¿Crees que mintió? —preguntó Aldo con curiosidad.

Andrés encogió los hombros y se ajustó las gafas.

—Papá siempre decía que todo lo declarado por un testigo debe ser tomado como mentira hasta que se pueda corroborar.

Una vez más, Aldo se vio obligado a considerar las interacciones de su padre y su hermano como investigadores —no solo como padre e hijo—, y se preguntó si su padre habría visto ese lado de Andrés tan bien y tan claro como Aldo lo veía ahora.

Regresaron a Villamar, haciendo una parada por el mercado y luego fueron directos a la casa. Fue más tarde, ya cuando se acercaba la hora de que Aldo comenzara a pensar en la cena, que Clara los visitó. Su deleite fue sincero; Aldo había considerado ir a ver a Clara con la excusa de devolverle el plato del bizcocho que trajo la semana anterior, pero no hubo necesidad.

—¿No te interrumpo? —preguntó ella.

—No, claro que no. Estaba por ir a llevarte el plato.

Mientras caminaban a la cocina, Clara continuó:

—Sí, vine a buscarlo, pero es que, además, la otra noche se me olvidó preguntarte si tenían planes de ir a la Fiesta del Parque.

—Ah, sí. Doña Carmen me lo recordó el otro día. ¿Cuándo es?

—Este sábado, al mediodía.

—Sí, sí, claro.

—Don Benjamín insistió en que debíamos llevar más frutas y menos frituras; tú sabes cómo es él. Y, pues, si no es mucho inconveniente, ¿podrías traer más platos, de los desechables?

—Sí, no hay problema. ¿Solamente eso?

—Sí, ya el resto está.

Clara le sonrió y Aldo vaciló. Si la única otra ocasión que tenía para verla era la Fiesta del Parque, la espera para aprovechar su compañía otra vez se le haría larga.

—¿Quieres quedarte para cenar?, iba a preparar espaguetis con... salsa boloñesa con carne —improvisó.

Carne picada en salsa de tomate era lo mismo que las albóndigas..., salvo la forma. Clara se rio de un modo afable; tal vez registró lo mismo que pensaba Aldo en ese intento fallido de reformulación semántica del menú.

—Me encantaría, pero hoy me está visitando una tía y mi madre quiere que la ayude en la cocina.

—Ah, pues, para la próxima...

Aldo sintió alivio y frustración, sin saber si debía sentirse agradecido o si deseaba calumniar a la tía para sus adentros, pues su visita le daba una excusa a Clara para no quedarse. Pero por otro lado, seguía pensando que Clara merecía un mayor esfuerzo por su parte en la preparación de una cena a la cual él la pudiera invitar.

Sin más, Clara tomó el plato con la tapa y Aldo la acompañó por el pasillo hasta la entrada. Como si hubiese permanecido en espera hasta el momento idóneo para intervenir, Andrés se asomó por las escaleras y llamó:

—¿Clara?

—Hola, Andrés. Vi que te gustó el bizcocho —dijo ella, moviendo el plato vacío y limpio en las manos.

—Sí, mucho. Gracias.

—Quizá otro día te traiga otro —dijo, redirigiendo su mirada un instante en dirección a Aldo—. Me voy, pero los veré el sábado, ¿no?

—Sí, allá nos vemos —dijo Aldo.

—Pues, hasta luego —dijo ella.

—Clara —llamó Andrés otra vez, ahora después de descender el resto de los peldaños antes de que ella abriera la puerta para marcharse—. ¿Quieres ir al museo de arte con nosotros? —preguntó, ignorando con toda intención la mirada extrañada de Aldo—. El miércoles abre una exhibición temporal de pintores franceses.

—Pues... Sí... —contestó ella, insegura, dudando al principio—. Me gustaría... Sí, ¿por qué no? Sí. —Ahora con convicción—. ¿Qué día?

—El miércoles. ¿Sí, Aldo? —le preguntó Andrés.

—Eh... —dudó Aldo—. Sí, teníamos pensado ir el miércoles.

—Pues, sí, nos vemos entonces en el museo —dijo Clara—. ¿A qué hora?

—Por la tarde, como a las cinco —dijo Aldo, todavía dubitativo y extrañado por lo que acababa de hacer su hermano.

—Pues, vale —dijo ella sonriendo—. Hasta luego.

Aldo cerró la puerta tras Clara y se giró, su hermano seguía esperando allí.

—¿Por qué no me dijiste que...? —comenzó Aldo en un tono disconforme, pero se detuvo.

Andrés señalaba con un dedo hacia la canastilla de correspondencia, triangular y enmallada, fijada a la puerta justo debajo de la ranura con la trampilla para el buzón. Un sobre de manila esperaba allí. Aldo no lo notó, ni cuando llegaron ellos ni cuando Clara llegó después. En el exterior, se leía: «**A. MOTA**».

Aldo lo abrió y encontró una sola hoja, doblada en tres, y una pequeña nota:

**REGISTROS DE LLAMADAS, ÚLTIMAS DOS SEMANAS. LLAMA AL DET.
SALAS PARA EL EXPEDIENTE (78 338 725). ESTÁ FUERA POR ENFERMEDAD.
DALE UNOS DÍAS.
ME DEBES LAS CAÑAS.
S. GUEVARA**

—Tenemos los registros de llamadas —anunció con satisfacción, levantando el papel y moviéndolo en el aire.

Sin decir más, ambos entraron a la oficina y Aldo de inmediato desdobló y alisó el papel por completo y lo colocó sobre el escritorio. Los dos hermanos se inclinaron sobre la hoja, acercaron la cabeza, y, durante un instante, aguantaron la respiración mientras leían con prisa:

FECHA	NÚMERO		DURACIÓN		IMPORTE
	ORIGEN	DESTINO	INICIO	FIN	
05-06-1995	78 376 252		17:45	17:51	0,00
05-06-1995	78 521 262		17:53	17:53	0,00
05-06-1995	78 521 262		17:53	17:54	0,00
05-06-1995	78 521 262		17:54	17:54	0,00
05-06-1995	78 521 262		17:54	17:55	0,00
05-06-1995	78 521 262		17:55	17:55	0,00
05-06-1995	78 633 461		17:56	17:59	0,00
06-06-1995	78 521 262		20:02	20:02	0,00
06-06-1995	78 521 262		20:03	20:03	0,00
07-06-1995	78 761 172		17:15	17:16	0,00
07-06-1995		78 633 461	17:33	17:35	0,00
07-06-1995	PRIVADO		17:40	17:44	0,00

08-06-1995	78 521 262		20:59	21:10	0,00
09-06-1995	78 765 600		18:01	18:03	0,00

—El primer número es el de Alba Ocampo —dijo Aldo sin demora—, y el segundo también lo reconozco, ese es de Javier Garces. Y, mira, el lunes él la llamó... una, dos, tres... ¡Cinco veces de corrido! —exclamó.

—Y el martes también —señaló Andrés—. El jueves la conversación duró mucho más. ¿De quién es este? —preguntó, señalando la séptima columna de las llamadas.

—Cuatro, seis, uno... —leyó Aldo los últimos tres dígitos—. No sé, no me suena. Espera.

Aldo buscó la hoja del fax con la información de las personas más cercanas a Julieta y de su trabajo que Enrique Prats le proveyó.

—Vamos desde el principio —sugirió.

Comenzaron a leer los números y a identificar sus dueños. A la vez que identificaban los nombres, hacían nuevos apuntes en el papel. Al cabo de unos pocos minutos, solo quedaron tres números telefónicos sin identidad, incluyendo uno privado sin registro numérico.

—Podemos llamar a esos desconocidos, a ver si tenemos suerte —dijo Aldo, agarrando el papel, dando la vuelta al escritorio y tomando el teléfono—. Todos son locales, y este del jueves fue corto. Vamos con ese primero.

Abrió su libreta sobre el escritorio y escribió el número telefónico en una página nueva. Se llevó el auricular a la oreja, tecleó los dígitos y esperó. Al cabo del tercer tono la voz al otro lado lo recibió:

—Ah, sí, hola —dijo y comenzó a improvisar luego de escuchar el mensaje de bienvenida—. Tengo unas camisas para llevarles, pero no recuerdo bien su dirección, ¿me puede decir dónde están ubicados? —Escuchó sin decir más unos segundos y comenzó a anotar en la libreta—. Sí, sí, ya sé. Ya, pues, vale. Intentaré pasarme luego. Muchas gracias —colgó—. Una tintorería —anunció, para el beneficio de Andrés—: La Flor de Loto, está cerca de la repostería a la que Julieta iba. Vamos con el otro, y a este ella llamó también... Puede ser más importante.

Tecleó el próximo número y esperó. La nueva voz llegó solo después del primer tono y, tan pronto como habló para ofrecer el mensaje de recepción, Aldo quedó paralizado. Miró a Andrés y abrió los ojos con fuerza, como si suprimiera un grito.

—Eh... sí... hola... ¿Me dijo que es la oficina del licenciado Núñez? —repitió para alertar a su hermano, que lo miraba en silencio con una expresión de expectativa que parecía provocarle dolores gastrointestinales—. Sí, ah, pues —buscó improvisar una vez más—, tengo al licenciado correcto, entonces, pero el cliente que me ofreció el referido al licenciado no me dejó la dirección de sus oficinas, ¿me podría decir dónde están ubicados? —La mano de Aldo se movió rápido sobre el papel, anotando cuanto la secretaria decía—. Vale, muchas gracias, y... ¿Mi nombre?... Eduardo Benítez... No, no, mejor intentaré pasar luego en la semana a verlo. No, no... La cita la tiene el cliente, pero le agradezco la información, yo pasaré luego... Sí, sí. No, no es necesario... Sí, gracias. —Colgó enseguida.

Andrés no se movió en toda la duración de la llamada, y pestañeó casi igual de poco de lo que respiró.

—Es el abogado... —dijo Aldo con asombro—. Licenciado Núñez. —Buscó en otra página de su libreta el número de su cliente—. Es mejor que llame a Prats ahora y le diga. —Comenzó a teclear el número, pero, de pronto, colgó—. Espera. ¿Qué pasa si no es él?

—¿El abogado? —preguntó Andrés, confundido.

—No, sí... —Pausó y respiró hondo—. Qué tal si Julieta sí consultó un abogado en la semana de su muerte, pero no fuera él con quien ella tenía planes de verse el viernes. ¿Qué tal si ella mintió? Tal vez iba a ver a otra persona, quizá el hombre del teléfono, otro, y la mejor mentira que se le ocurrió fue decir que vería al abogado porque era lo más próximo.

—Pero hubo dos llamadas entre Julieta y ese número del abogado en esa semana. Y en la segunda vez, fue ella la que lo llamó el miércoles —dijo Andrés, señalando el registro de las llamadas.

—Ese fue el día en el que la visitó el novio... Y Javier Garces tenía rasguños de uñas en el brazo y todavía no tenemos la seguridad total de su paradero la noche de la muerte de Julieta.

—Son eventos que se cruzan —caviló Andrés.

—Sí, es algo así. Y tenemos un número anónimo. Lo mejor yo creo que es hablar con este abogado a ver qué nos dice, y a partir de ahí decidir si es verdaderamente la persona de la que Enrique Prats quería saber.

Andrés buscó una nueva hoja de papel en un cajón y comenzó a trazar líneas y a escribir, usando el registro de llamadas que el intendente Guevara les había provisto. Pronto reconstruyó el listado usando los nombres, en vez de números, los días y la duración de cada llamada con la identidad establecida:

DÍA	NÚMERO		HORA	DURACIÓN
	ORIGEN	DESTINO		
LUNES	ALBA OCAMPO		17:45	6 MINS.
“	JAVIER GARCES		17:53	<1 MIN.
“	“		17:53	<1 MIN.
“	“		17:54	<1 MIN.
“	“		17:54	<1 MIN.
“	“		17:55	<1 MIN.
“	LIC. NÚÑEZ		17:56	3 MINS.
MARTES	JAVIER GARCES		20:02	<1 MIN.
“	“		20:03	<1 MIN.
MIÉRCOLES	TINTORERÍA		17:15	<1 MIN.
“		LIC. NÚÑEZ	17:33	2 MINS.
“	PRIVADO		17:40	4 MINS.
JUEVES	JAVIER GARCES		20:59	11 MINS.
VIERNES	ENRIQUE PRATS		18:01	2 MINS.

—Esto es lo que tenemos —declaró Andrés, ofreciéndole la hoja a Aldo con el nuevo cuadro resumido.

Él la observó unos momentos, pensativo.

—Debí haberle dado las fechas más exactas a Guevara, esto es la semana que ella murió y la siguiente, cuando ya sabemos que no hubo más llamadas —dijo, lamentoso—. Bueno, esto nos sirve para lo más importante. Javier llamó a Julieta cinco veces de corrida el lunes y menos de un minuto cada llamada. Lo mismo el martes; dos veces de corrida y menos de un minuto hablando. —Alzó la mirada y encontró el rostro de su hermano sumergido con tanta profundidad como él en el análisis—. Julieta no quería hablar con él...

Andrés asintió, con los dedos de la mano derecha inquietos.

—La pregunta es, ¿por qué? ¿Por qué Julieta no quería hablar con el novio? Y mira —continuó Aldo, apuntando a la hoja—, luego, el jueves la llamó una sola vez y esa llamada duró once minutos. Y sabemos que, al otro día, el novio le envió flores al trabajo. —Pausó—. Dudo mucho que haya sido por un *Te quiero* como nos dijo. Eso parece más que fue un intento de reconciliación por parte de él.

—Tal vez por eso las flores nunca llegaron al apartamento —sugirió Andrés—. Julieta quizá no las quiso, después de todo.

—Exactamente —dijo, complacido.

—El señor Garces mintió.

Aldo asintió:

—Entonces, aparte de Javier Garces, tenemos a Julieta hablando con este otro abogado, el licenciado Núñez, el lunes y, luego, ella lo llamó el miércoles, que fue el mismo día de la visita del novio al apartamento. La llamada de ella al abogado ese pudo haber sido con relación al novio, o pudo ser por cualquier otra cosa, porque ya desde el lunes estaban en contacto. —Miró otra vez el papel con fijación—. Las dos llamadas con el abogado fueron cortas. ¿Qué nos dice eso? —preguntó Aldo, pensando en voz alta.

Andrés comenzó a caminar de un lado a otro por la oficina, moviendo los dedos de la mano derecha en la secuencia rítmica. El Andrés metódico y avivado reorganizaba sus propios pensamientos en un intento de ver toda la información que poseían de un modo desobstruido.

—El abogado llamó el lunes —comenzó, sin parar de caminar—, y luego ella lo llamó el miércoles. No fue un número equivocado. Ellos se conocían. Y las llamadas cortas significa que no hablaron con muchos detalles de algo. Fue todo rápido.

—Corto y al grano.

—Sí... —concordó Andrés.

—Si hablaron dos veces, pero solamente durante pocos minutos, hablaron lo justo, sin muchas cordialidades. Así que, entonces, había un entendimiento entre ellos —apuntó Aldo.

Andrés siguió caminando, y como si ver a su hermano moviéndose de un lado a otro ayudara a sus pensamientos, comenzó a sentir mayor convicción en sus ideas. Partiendo desde el punto delineado por Andrés, Aldo llegó hasta la racionalización final conducido por su intuición y la deducción de los datos que los acompañaban hasta ese momento.

—Esa no era la primera vez que hablaban —concluyó Aldo.

Andrés se detuvo, lo miró y asintió con aprobación, y le ofreció además una leve sonrisa dibujada en su rostro que le decía a Aldo que andaban por el mismo camino; cómplices y unidos, lo que pensaban y lo que investigaban, lo compartían sin muchas más palabras. Como dos radios que sintonizan la misma frecuencia. Esa sincronía llevó a Aldo justo al extremo más cercano de certeza que sería capaz de alcanzar.

—Julieta consultó a un abogado para algún asunto del cual, aparentemente, nunca le dijo nada a su hermano. Fue algo secreto y ella misma le dio seguimiento esa semana, y, posiblemente, tenía intenciones de verse con el abogado el viernes. Tuvo hasta una llamada desde una línea privada dos días antes. Veo dos preguntas que salen de todo esto: ¿qué asunto estaba tratando Julieta con ese abogado?; y ¿ese secreto, lo que fuera, le costó la vida?

—Yo creo que el secreto y el abogado están ligados —dijo Andrés con aprobación y sin vacilar.

—Yo también.

12

Aldo durmió acompañado de sueños extraños en los que entraba y salía de lugares que no conocía y tampoco lograba llegar a ningún sitio en particular. No fueron más que sueños febriles que lo dejaron agotado al llegar la mañana, como si poco hubiera dormido. Andrés, con su nueva rutina, andaba despierto y preparado para cuando Aldo entró a la cocina.

—Hoy sí que me hace falta el café —declaró con agotamiento tan pronto vio a Andrés con su taza sentado en la mesa.

Su hermano permanecía con la mirada baja, llevándose la taza a los labios con sorbos mecánicos de vez en cuando sin prestarle atención. Antes de intentar preparar nada para comer, Aldo se sirvió café y se sentó.

—¿Estás bien? —le preguntó Aldo.

No obtuvo respuesta. Andrés parecía incapaz de quitar los ojos de la mesa y la mano con la taza parecía que se movía de modo involuntario.

—¿Andrés?

Andrés parpadeó con rapidez de pronto y dijo:

—¿Por qué la gente mata?

El vaivén de Andrés entre ese joven con la mente ágil para el trabajo de detective y su carácter más común de introversión seguía mostrándose, oscilando como un péndulo que, poco a poco, se amortiguaba y lo iba dejando en un punto de equilibrio fijo. Cuanto más cerca llegaba Andrés a ese equilibrio, más Aldo deseaba y apreciaba su compañía. No obstante, la encomienda de investigación que lo movió hasta allí en primer lugar, ahora, también traía consigo dudas e intrigantes que tal vez, de otro modo, él nunca hubiese considerado. Como un niño que se ve obligado a crecer y enfrentar el mundo sin la protección de sus padres, Andrés meditaba nuevas preguntas para las que sus fiables libros no siempre ofrecían respuestas. Como todo, pensó Aldo, hallaría allí ventajas y desventajas.

Aldo bostezó.

—No sé... es muy temprano para hablar de filosofía.

—No es filosofía, es psicología —corrigió Andrés, su mirada todavía en la mesa.

—Da igual.

Esas dos ramas de estudios no proporcionaban lo mismo en cuanto al entendimiento de la conducta humana, al menos no de la forma en la que Andrés parecía sugerir. La persistencia de sus malos sueños de la noche anterior lo dejaron con pensamientos divergentes; los de Andrés se mantenían mejor centrados.

—¿En qué piensas? —preguntó Aldo, al rato.

—Yo creo que Julieta no se suicidó —respondió Andrés con seriedad, mirando por fin a su hermano a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque lo único que hace toda la información nueva que conseguimos es crear más preguntas. Si lo hubiera hecho ella, ya debería encajar mejor todo.

—Ya...

Andrés regresó su mirada a la mesa, de nuevo en el encierro de sus pensamientos. En ese momento, desde la semana anterior, Aldo reparó en el uso del verbo inclusivo por parte de Andrés. El propio Aldo ya andaba haciendo lo mismo. No era una investigación solo suya, sus únicos testigos, sus pensamientos o sus deducciones. Aquello, sin intención suya, era ahora una tarea compartida. Además, no tenía necesidad de refutar las palabras de Andrés, la complejidad y las dudas dentro de sí también aumentaban.

Extendió la mano, la colocó en el hombro de Andrés y le dio un apretón cariñoso con varias palmadas. Pensó en su padre y, de inmediato, se obligó a no hacerlo.

—¿Quieres la tostada ahora? —preguntó Aldo con otro bostezo, poniéndose de pie.

Andrés se apartó el cabello de la frente con una mano, de aquel mismo color castaño que el de su madre, se ajustó las gafas y asintió.

Luego de dos tostadas con mantequilla y pocas palabras más intercambiadas, Aldo apenas comenzaba a limpiar los platos al finalizar el desayuno cuando oyó el teléfono de la oficina.

—Buenos días, agencia de detective A. Mota —dijo tan pronto respondió la llamada.

—¡Buenos días, detective Mota! —exclamó la voz, aguda y sobreexcitada.

—Eh... Sí, buenos días... Eh... ¿Quién me habla?

—Ay, detective Mota, me voy a sentir dolida si ya se olvidó de mí —respondió ella, en una voz que fingía ofensa a manera de humor coqueto.

—Aah, sí, sí, claro —caviló—. Digo, no, no me he olvidado de usted, señorita... —Vaciló. El recuerdo le llegó, pero el nombre no—. ¿Todavía no quiere que use su apellido? —improvisó, buscando ganar más tiempo.

—No —dijo, y le siguió la risa aguda y excesiva—. Mariluz, detective Mota, llámeme por mi nombre.

—Pues, así será —dijo, todavía intentando ocultar que olvidó por completo su nombre—. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Mariluz?

Ella rio otra vez, como si se recompusiera de algún cumplido.

—Como le prometí, detective Mota, le conseguí una cita con la editora, la señorita Russo. Ella lo puede ver mañana mismo, si está usted disponible.

—Sí, por supuesto. ¿A qué hora?

—A las dos. Las tres y treinta sería lo más tarde que lo puede ver, la editora tiene una reunión a las cuatro.

—A las dos es perfecto —dijo Aldo, presionando el auricular con el hombro contra la oreja a la vez que buscaba apuntar la cita en su libreta.

—Pues, será perfecto, sí —dijo Mariluz, la sonrisa se escuchaba en su voz—. Yo lo recibiré a esa hora y lo llevaré para que hable con la editora.

—Vale. Muchas gracias, hasta mañana.

—De nada. Hasta mañana, detective Mota. *Ciao* —añadió, su voz melodiosa y más coqueta.

Tras posponer otras tareas y líneas de investigación, Aldo se propuso comenzar el día temprano con intención de darle prioridad y seguimiento a las nuevas posibles conexiones e identidades que consiguieron el día anterior. Al terminar de limpiar todo en la cocina, regresó a su habitación y decidió cambiarse la chaqueta por otra color gris, pensando que le daría más formalidad a su aspecto en una posible entrevista con el licenciado.

Afuera, el cielo de la mañana derramaba una cortina permeable de tonos grises y blancos que anunciaban la llegada del primer aguacero del verano. Para Aldo, la determinación de su trabajo y las ansias por encontrar respuestas, más la contundencia de la declaración de su hermano en cuanto a la muerte de Julieta, compensaban por la melancolía del exterior.

En metro, llegaron una vez más hasta el vecindario donde vivió Julieta. La dirección que obtuvo para las oficinas del abogado con quien ella mantuvo comunicación estaba ubicada en el Centro, de modo que la parada en busca de la tintorería sería oportuna mientras cruzaban la zona. Se vio obligado, una vez más, a solicitar la ayuda de algún vecino para encontrar la calle exacta del establecimiento, ubicado a una manzana más de donde encontraron la repostería en la ocasión anterior.

La Flor de Loto se presentaba como un pequeño negocio sin pretensiones más allá de lo que era: una tintorería pequeña y apiñada entre un salón de belleza y un puesto de libros usados. El interior no contaba con sillas ni muebles, solo el mostrador que alcanzaba de una pared a la otra y, sobre él, la caja registradora. El aire se sentía más cálido que el de afuera y desprendía un olor agradable, al almidón olorizado de camisas recién planchadas.

Al otro lado del mostrador, un hombre sentado en una silla pegada a la pared leía el periódico en una mano, con la otra sujetaba la tapa de un termo con un líquido humeante. Al ver a Aldo acercarse hasta el mostrador, se puso de pie y lo recibió con una amistosa sonrisa.

—Buenos días —dijo.

Su voz delataba un fuerte acento en la dicción de las palabras que a Aldo se le antojó esperado por sus rasgos peculiares que le daban la evidente apariencia de extranjero allí.

—Buenos días —reciprocó—. Soy el detective Arnaldo Mota y tengo varias preguntas acerca de una persona que estimo fue cliente suya.

El uso de esas palabras fue intencional, sin expresar muchos más detalles, sabía que podría hacerle creer al dependiente que él trabajaba para la policía, lo cual aumentaba la posibilidad de obtener información.

—Sí...

El hombre parecía confundido, y Aldo decidió continuar para no darle mucho tiempo a formular dudas sobre sus intenciones o credenciales. Sacó su libreta y comenzó a buscar entre las páginas.

—Andamos investigando los movimientos de la señorita Julieta Prats por petición de su familia. Tenemos entendido que ustedes realizaron una llamada a la señorita Prats un jueves por la tarde a su residencia, hace ya casi dos semanas.

—¿Plats? —repitió el hombre, frunciendo el ceño.

—Sí, Julieta Prats, ella...

—¡La *lubia*! —exclamó de repente, el acento extranjero más marcado aún.

—Sí, exacto, la rubia —confirmó Aldo.

—¡Julieta *Plats*! Sí.

El hombre se desprendió del periódico y de la tapa con la bebida, se dobló y, de un tablero debajo del mostrador, extrajo un cajón de madera, chato pero amplio. Comenzó a buscar entre las fichas que tenía allí hasta que encontró y sacó la que buscaba. Le mostró el papel a Aldo y otra vez dijo:

—Julieta *Plats*.

Aldo lo observó, tenía el nombre de Julieta, su teléfono, una descripción para una prenda de vestir, el tipo de lavado, fecha de entrega y la de devolución e importe. Todos los cuadros andaban rellenos con palabras o números, excepto el de la fecha de devolución.

—No ha *lecogido* el *tlaje*. ¿Ve? —dijo el hombre, señalando el recuadro, confirmando lo que Aldo ya lograba concluir con un rápido vistazo a la ficha de servicio—. Mi hija llamó —explicó.

La segunda conclusión para Aldo fue que debía de haber hablado con su hija cuando llamó el día anterior; fue la voz de una chica la que lo atendió, y sin el marcado acento.

—¿*Quiele velo*?

—¿Perdón?

—¿*Quiele velo*? —repitió, más alto—. ¿*Quiele vel* el *tlaje*?

—Ah, no, no. No hace falta —dijo Aldo, habiendo ya tomado nota de que la ficha indicaba que se trataba de un vestido amarillo—. Solamente deseábamos confirmar que hayan ofrecido servicios a la señorita Prats, y saber si notaron algo raro o fuera de lugar cuando ella entregó el vestido ese día, el... —Miró otra vez hacia la ficha—... el martes.

—¿*Lalo*?

—Sí. Cualquier cosa que pareciera extraña.

—No, nada *lalo*.

—Cuando les trajo el vestido, ¿andaba acompañada?

—*Mmm...* —El hombre parecía meditar bien la pregunta—. No. *Siempre* ella sola.

—Ya. Una última pregunta, ¿el vestido tenía muchas manchas raras o estaba en un estado muy sucio?

—No, no, no. No manchas. Todo limpio. Buen *tlabajo* —dijo deprisa.

—No, sí, ya, pero me refiero cuando la señorita Prats lo trajo, fue con intención de quitar manchas o...

—No, no manchas. *Cigalillo* —dijo e hizo un gesto de abanicarse su propia nariz—. Mucho *cigalillo*. No manchas.

—Ya.

Aldo miró por última vez la ficha e hizo sus anotaciones finales: Julieta entregó un vestido amarillo el martes, para un tratamiento sencillito de lavado en seco, pero nunca lo recogió. Le dio las gracias al dependiente y salieron de la tintorería de regreso a la estación de metro.

—Muy raro que llevara un vestido a una tintorería si pensaba terminar con su vida... Otro más a tu favor —le dijo Aldo a Andrés ya cuando alcanzaron la acera.

Andrés permaneció callado, el semblante pensativo y serio de la mañana sin cambiar.

Cuando llegaron al Centro, localizaron pronto la calle Vía Real —mismo nombre de la estación del metro—, por donde se asomaba el edificio de las oficinas del licenciado Núñez. La zona andaba repleta de edificios muy antiguos. En muchos casos, las fachadas con columnas o estilos neoclásicos no siempre permitían discernir si se trataba de una estructura que hospedaba oficinas administrativas de alguna rama de gobierno o algún museo. Algunos otros se veían más modernos en comparación. Fue en uno de esa última categoría donde hallaron el lugar que buscaban.

Luego de consultar el directorio, ascendieron hasta el segundo piso. El área del recibidor contaba con dos recepciones, una en cada lado, detrás de puertas de cristal. Entraron por la que anunciaba: **«LCDO. VÍCTOR R. NÚÑEZ»**.

La secretaria que se sentaba detrás del escritorio tecleaba en la máquina de escribir.

—Ahora estoy con ustedes —dijo ella sin dejar de mirar lo que escribía o de mover los dedos.

Aun con sus breves palabras, le pareció a Aldo que se trataba de la misma voz que escuchó por el teléfono cuando llamó la tarde del día anterior. Él, con poco disimulo por la propia tarea que atendía y la distraía, observó a la mujer en silencio. Quizá andaba por los cincuenta, pensó, las persistentes líneas faciales así lo delataban. El cabello muy corto y liso, y la falta de maquillaje, le conferían una apariencia masculina, fuese o no esa su intención.

—Dígame, caballero —dijo cuando dejó de teclear.

—Buenos días, soy el detective Arnaldo Mota, este es mi hermano Andrés Mota, que me acompaña por hoy, y me pregunto si será posible ver al licenciado Núñez.

—¿Tienen cita? —preguntó ella, su tono directo y sin adornos de excesiva cordialidad.

—No, no tenemos cita, pero es con relación a una investigación que anda en proceso y el licenciado podría contribuir con información valiosa.

—¿Dijo que es detective?

—Sí.

—¿Trabaja usted para la policía? —preguntó con frialdad, repasándolo con la mirada.

Luego de la visita y la disposición del hombre de la tintorería, pensó que obtener información en el resto de las indagaciones del día sería igual de fácil. La expresión seria y de sospecha de la mujer no le dejaba dudas de que, si lograría obtener algo, no lo alcanzaría sin esfuerzo.

—No —admitió Aldo—. Estoy llevando a cabo una investigación privada para un cliente.

—¿Su cliente es socio del licenciado Núñez?

—No. Hasta lo que sé, no.

Dejó correr unos segundos de silencio. Aldo no sabía en qué pensaba la secretaria, pero su mirada se veía calculadora e inquisitiva.

—¿Usted llamó a nuestras oficinas recientemente? —preguntó ella de pronto.

La pregunta lo hizo sentirse seguro de que fue ella, en efecto, la que atendió la llamada cuando él se ocultó detrás de la identidad telefónica de «Eduardo Benítez». Le pareció que sería mejor evadir la pregunta en vez de mentirle; no tenía cara de tonta, concluyó.

—No puedo ofrecerle muchos datos y es una investigación delicada, por razones de confidencialidad, pero le aseguro que la información que pueda tener el licenciado tiene el

potencial de ser significativa para la investigación. Y aunque mi trabajo es privado, no dudo que tendría que involucrar a la policía en algún momento —añadió y pausó para estudiar el efecto.

Ella mantuvo la mirada en él sin decir nada.

—Por supuesto —continuó él—, tal vez la policía nunca se involucrará, pero quizá el licenciado nos saque de dudas y pueda hacer que todo vaya más rápido.

La secretaria miró ahora la máquina de escribir y los documentos que preparaba desde antes de que ellos llegaran. Por primera vez, parecía considerar tomar una acción que no fuese echarlos de la recepción.

—No tomará mucho tiempo —añadió Aldo, retomando las esperanzas por las dudas que se desprendían del rostro de la mujer.

—Espere aquí un momento —dijo, al cabo de unos instantes.

—Muchas gracias.

La secretaria se marchó por uno de los pasillos. Aldo miró a Andrés, que estaba a su lado sin decir nada. Estaba empezando a dejarse convencer por una sensación irracional que le decía que cualquier palabra suya emitida allí sería escuchada o utilizada en su contra de algún modo. Se limitó a observar con mayor detenimiento su alrededor. Esperó encontrar un solo despacho, tal vez pequeño, ya que la oficina contaba solo con el nombre del licenciado. En cambio, aparte del pasillo alfombrado por el cual había caminado la secretaria, quedaba otro en dirección opuesta y parecía que conducía a otros bufetes más.

—Sígueme —dijo la mujer sin simpatía tan pronto regresó.

Llegaron juntos hasta la puerta al fondo y, al entrar, capturó de inmediato en el aire el olor inconfundible a tabaco rancio, mezclado con una colonia que no reconocía.

La secretaria entró con Aldo y Andrés y permaneció a su lado. El licenciado se puso de pie, moviéndose detrás de su escritorio de madera, robusto y ornamentado, a la vez que apagaba un cigarrillo en el cenicero. Se acercó hasta ellos sin sonreír.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días, licenciado —dijo Aldo—. Arnaldo Mota, y este es Andrés Mota.

—¿Detectives privados? —preguntó el licenciado, como si intentara establecer antes que nada sus respectivas credenciales.

—Así es.

—¿Quién lo ha contratado?

—El señor Enrique Prats —respondió sin preámbulos.

Los músculos del rostro de Víctor Núñez parecieron tensarse al instante. Advirtiendo su propia reacción, se giró hacia su secretaria e impartió un gesto de la mano para indicarle que los dejara a solas. Cuando la secretaria se marchó y cerró la puerta, él continuó:

—Tomen asiento si quieren. No estoy seguro de qué tipo de información buscan, pero todo lo relevante a mis clientes es privado y totalmente confidencial.

Caminó hasta su escritorio y retomó su silla. Aldo y Andrés se sentaron justo al frente.

—Lo que buscamos es información relacionada a la hermana de nuestro cliente, Julieta Prats —indicó Aldo.

Otra vez, su semblante dio un momentáneo cambio, y este fue seguido de una ligera alteración

en el color de su rostro. Víctor Núñez dejó correr una mano por la calva al tope, luego la bajó siguiendo el contorno de la patilla larga y canosa por el lado, hasta reposarla sobre el escritorio una vez más. Miró hacia el cenicero con nerviosismo, luego a Aldo.

—Como ya le dije, no puedo ofrecerle información de mis clientes, señor Mota. Es mi deber proteger la información y los intereses de ambas partes. Lo siento.

—¿Ambas partes? —preguntó Aldo, intrigado.

El licenciado no dijo más, parecía arrepentido de lo que acababa de decir, tampoco parecía haberse recompuesto del todo aún desde que escuchó el nombre de Julieta. Aldo —y Andrés— observaban con atención la inquietud de las manos del licenciado; ahora una de ellas corría otra vez por la cabeza.

—¿Puede confirmar al menos que sí ofreció servicios a Julieta Prats? —insistió Aldo.

—Lo siento. No tengo nada que decir al respecto, ni confirmar ni negar nada. Si me traen una orden judicial, ya eso sería otro caso. Pero así, no puedo darle nada.

—¿Podría confirmar varias llamadas que se realizaron desde su cuadro telefónico a la residencia de la señorita Prats, iniciada por ella o por usted? ¿Lunes, cinco de junio? Y, ¿miércoles, siete de junio?

—No —dijo negando con firmeza—. Lo siento.

—Señor Núñez, cualquier información que pueda proveer sería de gran ayuda.

—¿Eso es todo? —preguntó el licenciado con impaciencia.

—¿Tenía Julieta intenciones de encontrarse con usted el viernes, nueve de junio?

Ignorando la pregunta, Víctor Núñez se puso de pie, señaló a la puerta y dijo:

—Por favor, señor Mota, salgan de mi despacho.

Aldo esperó unos segundos. En ausencia de cambios en la expresión del otro, suspiró y se puso de pie despacio, Andrés también.

—Solamente intentamos entender las circunstancias de la última semana de vida de Julieta Prats. Si usted tuvo contacto...

—¿Qué? —interrumpió, atónito.

—Solamente queremos... —Aldo intentó reformular sus palabras pensando, durante un instante, que el licenciado no acababa de entender sus intenciones. Sin embargo, tan pronto lo miró, paró de hablar. Su rostro lo delataba—. ¿No lo sabía? —le preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

—¿Qué le pasó? —preguntó el licenciado, más perplejo aún.

—Julieta murió el viernes, nueve.

—¿Cómo?

—Según la conclusión oficial de la policía: fue un suicidio.

—¡Cristo...! —soltó el licenciado Núñez, y dejó caer su cuerpo sin cuidado sobre la silla.

Aprovechando la sorpresa, Aldo continuó:

—Señor Núñez, ¿Julieta tenía intenciones de verlo esa noche? ¿Acordaron algún encuentro?

No parecía que prestara atención ya. El licenciado extendió la mano para alcanzar la cajetilla del escritorio y encendió otro cigarrillo. Tomó varias caladas con la mirada baja, parecía que enfocaba la vista en un punto mucho más distante sin apartar los ojos.

—¿Le confió Julieta algún asunto privado? —presionó, con la certeza de que, fuera como fuera, aquel hombre sabía quién era Julieta Prats—. ¿Tal vez le confió algo de lo que ni su familia sabía?

El licenciado despertó y regresó la mirada hacia Aldo, como si acabara de escuchar algo de mal gusto que le provocara una reacción involuntaria.

—Por favor, salgan de mi despacho —exigió, a la vez que se puso de pie otra vez.

—Señor Núñez...

El licenciado miró una vez más el teléfono de la esquina del escritorio unos segundos y dudó. Parecía que recordaba algo a la vez que formulaba una nueva idea, o tal vez revaluaba una vieja.

—Por favor salgan, no tengo nada más que decirles. —Ya no sonaba como una pasiva súplica.

Aldo retiró de su billetera una tarjeta de visita y la colocó sobre el escritorio:

—Si cambia de parecer o quiere compartir algo, lo que sea..., aquí tiene mi número.

El licenciado continuó de pie al lado del escritorio, contemplando en silencio el teléfono con la misma mirada enfocada en un punto incierto, cavilando.

Aldo se obligó a callar y no intentar nada más. Salió del despacho guardando con celo lo poco que podría concluir o extraer de la corta interacción. Por el momento, le bastaría.

13

Cuando Aldo regresó al exterior, ya en la acera, una sensación dual de triunfo y derrota detuvo sus pasos. La poca disposición del licenciado a compartir información, incluso, de tan siquiera confirmar si suplió servicios legales a Julieta Prats como clienta, contrastaba de forma alarmante con las evidentes supresiones de los pensamientos internos que retorcían los gestos de su rostro y le decían que algo importante guardaba.

—Bueno —dijo Aldo en una voz consoladora—, al menos sabemos que encontramos al abogado que tuvo comunicación con Julieta.

Andrés permaneció en silencio, los dedos de la mano derecha sin parar su acostumbrada secuencia.

—Vamos —dijo Aldo.

Comenzaron a caminar una corta distancia hacia la esquina de la acera, esperando en el cruce a la señal peatonal. Aldo observó el cielo oscurecido, que amenazaba aún más en dejar caer un aguacero, y contempló sus opciones. No creía tener a su alcance los recursos necesarios para extraer la información del licenciado de algún modo rápido y práctico, pues le denegarían el proceso para obtener una orden judicial sin la ayuda oficial de la policía. Se trataba de un caso cerrado, ¿qué tanta ayuda podría ofrecer el intendente Guevara? Y, sin aún lograr la comunicación con el detective Salas que le ofreció el intendente, no le quedaba mucho más que esperar antes de poder considerar esa vía.

Todavía esperando para cruzar, y con los pensamientos que, con cada minuto que pasaba, hacían suprimir más y más la fugaz sensación de triunfo que obtuvo al finalizar la entrevista, Aldo movió la mirada por la acera y notó el quiosco de revistas y periódicos en la esquina. Allí, de cara hacia él, vio la edición más reciente de *Ellas Hoy* entre muchas otras portadas. Lo colmó la sensación de encontrarse ahora rodeado por recordatorios que no le permitirían apartar durante mucho tiempo sus pensamientos lejos de Julieta Prats y de sus últimos días de vida. Nunca podría ver esa revista otra vez sin pensar en aquella chica que nunca conoció, pero a la que ahora sentía tan familiar.

—Aldo... —llamó Andrés en voz baja, tirando de la manga de su chaqueta.

—¿Umm?

Andrés hizo un movimiento con la cabeza, indicando sin palabras en la dirección hacia el punto desde donde caminaron. Aldo siguió la vista de su hermano y vio allí, en la acera frente a la puerta de entrada al edificio, a Víctor Núñez. Todavía seguía fumando, aunque la expresión de espanto que vieron por última vez en su despacho, ahora, la reemplazaba un nerviosismo que lo hacía parecer como si anduviera demorado para alguna cita importante, mirando de lado a lado y

consultando su reloj varias veces.

De repente, tiró el cigarrillo al suelo, alzó la mano y silbó. Un taxi se acercó a la acera y el licenciado Núñez se subió.

Un impulso desconocido lo hizo moverse; Aldo comenzó a caminar de regreso hasta el punto donde el licenciado acababa de estar.

—Ven, ven —dijo Aldo, apresurando a su hermano.

Sin ellos haber llegado, el taxi comenzó a andar y a alejarse de la acera. Aldo miró con ansiedad al resto de los automóviles que se movían en la misma dirección y, esperanzado, advirtió que otro taxi, reconocible por sus colores blanco y negro, ahora alcanzaba su propia ubicación. Todavía movido por el mismo impulso, Aldo alzó la mano y lo llamó.

—Ven, ven —repitió, ahora para que Andrés se diera prisa en entrar al automóvil.

Tan pronto como cerró la puerta, Aldo se dirigió con urgencia hacia el taxista y dijo:

—Siga al otro taxi que va allá adelante.

—Las persecuciones tienen la tarifa doble —declaró el taxista con seriedad, girándose y colocando el brazo sobre el asiento delantero y continuo que servía de partición.

—¿Qué? —soltó Aldo con los ojos como platos.

—Es broma, hombre, es broma —dijo, riendo de buena gana. Sin demorar más, se giró y tomó el volante—. ¡Sujetaos! —exclamó.

El taxi se movió de un tirón que causó que Aldo y Andrés impactaran a la vez contra la butaca trasera. Escucharon varias bocinas de protesta de otros coches a su alrededor, el desequilibrio y la repentina desorientación no les permitió saber de dónde provenían.

—¿Huyendo de la escena del crimen? —preguntó el taxista con entusiasmo en la voz, sonriendo, a la vez que apretaba el volante con la misma fuerza que el acelerador.

—Algo así —dijo Aldo—. Pero sígalos con discreción.

Las imágenes de los otros vehículos que los rodeaban pasaban por las ventanas a ambos lados como formas borrosas, haciendo parecer que el taxi se movía a lo largo de una autopista de alta velocidad en vez de una avenida comercial en la ciudad. En varias ocasiones, se vieron tirados de un lado u otro cuando el hombre cambiaba de carril para adelantar a otros automóviles.

Aquel impulso de seguir los pasos del licenciado a través de movimientos clandestinos ahora ya no se asomaba en presencia del pánico que le provocaba el modo en el que conducía el taxista.

—¡Sáltatela! ¡Sáltatela! —exclamó, tocando la bocina—. ¡Joder! —gritó y frenaron en seco. Ambos, Aldo y Andrés, colocaron las manos en el asiento delantero para evitar impactar contra él y resistir la fuerte inercia. La luz roja del semáforo detuvo al coche de al frente y pausó la persecución.

Aldo estiró el cuello y pudo ver por encima del automóvil que estorbaba la vista que, a lo lejos, el taxi del licenciado Núñez seguía su rumbo, llegaba a una bifurcación y tomaba la ruta del lado derecho. El taxista hizo lo mismo, observando con mayor impaciencia y preocupación que el propio Aldo.

—Vía Real se divide allí en dos —comenzó el taxista, animado y hablando muy deprisa—, siguieron por la calle Tafalla, pero esa tiene atasco a esta hora; ¡el tío no puede ser tan imbécil!

Así que si se han ido por allí es porque seguro que van a ir por la avenida Palacios, y si no es esa, será la calle Las Arcadas. —Se giró de repente hacia Aldo—. Me imagino que no tenéis ni idea de a dónde va el criminal, ¿verdad?

El bigote torcido del hombre delataba su persistente sonrisa. Andaba, por lo que parecía, sin afeitar desde hacía varios días, y tenía aspecto de haberse subido al taxi instantes después de haber abandonado la cama en la mañana, con el cabello revuelto y aplastado de un lado. Sus ojos pardos, aun así, se veían alerta y mañosos.

—No sabemos si es un criminal... —comenzó Aldo.

—Jota, cuatro, y no sé qué más —interrumpió el taxista, pensativo, rascándose los rastros de barba sin afeitar.

—¿Qué?

—Hombre, la matrícula.

—Jota, ce, cuatro, efe, te, uno —recitó Andrés.

—¡Este está al loro! —exclamó el taxista, mirando a Andrés con admiración—. ¿Cómo te llamas?

—Andrés —respondió, retraído.

—Andrés, yo soy Paco, y si me pegan un tiro, sigues tú conduciendo...

—... No va a haber tiros... —interpuso Aldo con firmeza.

—... porque tengo a mi mujer recién parida en casa, ¡con gemelos!, y la póliza del seguro de vida no cubre las persecuciones de criminales.

—No es un crim... —intentó Aldo otra vez.

—¡Joder! —exclamó y se volvió hacia el volante—, este semáforo es más largo que un día sin pan.

Pronunció las palabras y el semáforo, como si respondiera a su coraje, cambió a verde.

—Vamos, tío —gritó Paco, haciendo sonar la bocina—, ¡dale más caña!

Lanzó el vehículo en marcha, sus pasajeros de nuevo pegados a la butaca, cambiando de carril una y otra vez, pisando el embrague y golpeando la palanca de cambios como si fueran movimientos del brazo en un cuadrilátero de boxeo.

En lo que Aldo aproximó que fueron menos de cinco minutos, aquel hombre tomó la tarea de perseguir al otro taxi como una de orgullo propio, o algo parecido a un reto personal. Apreciaba el esmero que ponía en la faena, pero lamentaba la posibilidad de perder por allí la vida.

—Veis, ¿qué os dije? ¡Atasco! —declaró Paco.

A la corta distancia se veían más coches esperando en otro semáforo y, más allá, una rotonda.

—¿Palacios o Las Arcadas? ¿Palacios o Las Arcadas? —repetía Paco en voz baja, tamboreando los dedos sobre el volante—. Por aquí es más directo, pero lleva más tiempo... —Deliberó unos segundos más en silencio hasta que disparó—: ¡Sujetaos!

Giró el volante hacia la derecha y el automóvil los arrojó a un lado; Andrés chocó con la puerta, Aldo chocó con Andrés. Más ruidos de bocinas reprensoras sonaban a su alrededor, pero se ahogaron rápido en la distancia.

—¡Es un atajo! —anunció el taxista.

Paco se saltó varios semáforos rojos cuando pudo, sobrepasó el límite de velocidad en todo

momento y efectuó más cambios bruscos de carriles, aunque en varias ocasiones parecían por puro antojo, pues ni tenía a nadie delante. Aldo se resignó a clavar los dedos a la butaca y Andrés, para su sorpresa, parecía algo entretenido.

—Oiga, si los perdimos, pues ni modo, nos puede dejar allí en la esquina —intentó Aldo después de que Paco se saltara el segundo semáforo.

—Hombre, no, ¡qué va!, en un momento los pillamos.

La estimación de Aldo, dudosa por su desorientación, era que el taxista intentaba moverse en paralelo a la calle que tomó el taxi del licenciado y, con los saltos de los semáforos, la velocidad digna de una pista de carreras —y siendo un «atajo»—, pronto los alcanzarían. Él ya no compartía el mismo entusiasmo ni la certeza con el taxista, mas tampoco le quedaba otro remedio.

Luego de unos giros por tres cruces más, Aldo ya no se encontraba seguro de cuantos fueron y perdió la cuenta, llegaron a un semáforo cuyo letrero anunciaba en paralelo: «**AVENIDA PALACIOS**».

—Venga... Venga... —dijo Paco por lo bajo, impaciente por el turno de poder girar y transitar por esa nueva vía—. ¡Dale!

El semáforo cambió, otra sacudida de un lado a otro, y comenzaron a correr por la avenida Palacios, conforme a la intuición del taxista y poco más. Siguieron los bocinazos, los impactos con la butaca —trasera y delantera—, y muchos cambios de carril más.

—Andrés —llamó Paco—, ¿cuál era la matrícula?

—Jota, ce, cuatro, efe, te, uno —repitió.

—¡Ahí está! —exclamó Paco con un júbilo triunfante—. Parece que anda con la hora pegada al culo, ¿sabéis?, porque pensaba que estarían más cerca. Pero, ahí están. Jota, ce, cuatro, efe, te, uno —ahora repetía él, leyendo la matrícula.

A pesar del súbito mareo que comenzaba a sentir y el miedo por alguna colisión no tan inesperada, Aldo tomó nota del comentario del taxista: el licenciado Núñez parecía tener alguna razón para andar apresurado. Además, admitió para sí, Paco, aun con su complejo de agente secreto en plena persecución, logró alcanzar al licenciado Núñez con éxito y sin fatalidades. El resto resultó mucho más fácil y el taxista relajó sus violentas maniobras, manteniendo la proximidad con el otro taxi a una discreta distancia.

El tramo que tomaron los llevó hasta la zona de Villarrubia, conocida en su mayoría por las antiguas casonas que proclamaban un pasado majestuoso para todo el que quisiera detenerse a admirarlas. Cercos vivos de arbustos, estatuas, redondeles y alguna que otra torre se asomaban por calles señoriales.

El taxi del licenciado Núñez giró por la calle Gallur y, sin andar mucho más, se detuvo. Paco también giró, estacionando su taxi detrás de una fila de otros vehículos pegados a la acera derecha.

Víctor Núñez se apeó del taxi, caminó hasta llegar al lado izquierdo de la calle, a la casa número 74, y oprimió un botón en el interfono fijado a una de las columnas de la verja. Luego de pasarse la mano por la calva varias veces, y del corto ruido de un zumbido eléctrico, empujó el portón que cedió. Enseguida, le ofreció un ademán de despedida a su taxista, como si le hubiese

pedido que lo esperara hasta asegurarse de que lograra acceso, y entró a la casona. El taxi se marchó.

—Con la pasta que tiene que tener para vivir ahí, el tío debe ser un mafioso, o un político corrupto —comentó Paco—. Bueno, venga, que lo de corrupto sobra —añadió, riendo y girándose.

Aldo no prestó atención, anotaba la dirección de la casa en su libreta e intentaba internalizar todos los detalles que le fueran posibles. Para nada olvidaba su certeza de que aquel hombre tuvo contacto con Julieta durante su última semana de vida, la haya visitado o no el mismo día de su muerte.

—¿Qué te debo? —preguntó Aldo.

—Hombre, pero ¿ya hemos terminado? —dijo Paco con sorpresa y, más que otra cosa, decepción.

—Sí.

—¿Vais a entrar?

—No, nos quedamos aquí.

—¿Con la que va a caer?

—Con suerte se aguanta un poco más.

—Hombre, pero el chaparrón viene fuerte —señaló Paco, resistiéndose a abandonar el papel de agente secreto, ya que le fue tan bien—. Y ¿cómo vais a volver?

—Pasamos una estación de metro, podemos caminar hasta allí.

—Pero está lejos —continuó objetando.

Al rato, Aldo logró zafarse del taxista y pagó el importe, no sin antes darle el número telefónico de la empresa de taxis, insistiéndole en que lo anotara y asegurándose de que tuviera su nombre completo para cuando llamara.

—Pregunta por Paco Pizarro Ojeda. Sí, mi nombre es Francisco Pizarro, como el actor ese famoso de cine... —Sonrió, burlón—. Es broma, hombre, es broma; no pongas esa cara, que el buen humor también lo heredé de mis viejos.

Luego de todo aquello, en un gesto recíproco, y para suprimir las últimas preguntas que el taxista insistía en arrojar acerca del «criminal» que persiguieron, Aldo le ofreció una tarjeta de visita.

—Detective privado —leyó Paco en voz baja, sonriente y con un nuevo brillo en los ojos.

Al apearse del taxi, Aldo sintió que la sensación no distó mucho de la que recordaba al bajar de las atracciones de las ferias de su niñez.

Después de que Paco se marchase, Aldo y Andrés permanecieron en la acera del lado derecho, detrás de los árboles que bordeaban la calle, mirando hacia la casa número 74. A pesar de llegar allí siguiendo una sensación que lo instaba a querer conocer más de los movimientos del abogado que rehusó compartir nada de información con ellos, Aldo no poseía un plan concreto. Aquella sensación no le conferiría mucho más; y tampoco sabía si seguir a Víctor Núñez durante el resto del día o la semana sería prudente.

—Tocó el timbre, así que esa no puede ser su casa —dijo Aldo, compartiendo sus pensamientos en voz alta con su hermano.

Pasaron unos minutos más atentos al portón, esperando a que saliera el licenciado otra vez a la calle, o a que llegase alguien más. Sin embargo, su llegada hasta allí seguía como la única y poca actividad que la calle Gallur parecía haber contemplado en un largo rato.

Paco, además de su intuición al analizar la ruta tomada por el otro taxista, acertó en su pronóstico de la lluvia también. Pues, poco después de diez minutos de esperar en la calle, el cielo comenzó a descargar sobre ellos su diluvio. Aldo dobló el cuello de su chaqueta, que de poco servía para mantenerse seco, y maldijo para sus adentros.

Andrés mantuvo su cuerpo pegado a su hermano mientras ambos intentaban refugiarse de la lluvia bajo uno de los árboles. El viento tampoco los favoreció. Al poco rato, ya se comenzaban a empapar.

Aldo continuó observando la casa y lanzando ansiosas miradas a lo largo de la calle a la espera de algún evento que no acababa de llegar. Luego de varios minutos más, se giró hacia Andrés y reparó en su penoso estado.

La lluvia salpicaba sobre las gafas de Andrés y dejaba las lentes saturadas de gotas de agua, lo que contrarrestaba el efecto de la corrección a su visión. Tampoco su mano derecha era la única en ceder a movimientos involuntarios, pues ahora el cuerpo le temblaba por completo, con más manías de los dedos y brazos en busca de calor; su jersey, también ya mojado, agravaba la situación.

—¿Estás bien?

—No —dijo Andrés, negando con la cabeza y tiritando—. Tengo frío. Y tengo hambre.

No podría acusarlo de quejas infundadas, él mismo se sentía igual. Aldo se quitó la chaqueta y la usó para abrigar a su hermano, aunque la lluvia comenzaba a penetrar por las capas de tela, de algo serviría para protegerlo más de la intemperie. Lamentó ver mojada su chaqueta gris, tendría que regresar a la azul marino de los días previos.

—Vámonos —anunció Aldo, reconociendo el aumento en la improbabilidad de que el licenciado Núñez saliera de la casona en medio de aquel temporal.

Anduvieron en la lluvia hasta alcanzar el refugio de la estación del metro que, tal como señaló Paco también, resultó estar mucho más lejos de lo que Aldo creyó al inicio. Quiso pensar que el impetuoso recorrido con el taxista alteró su estimación de las distancias, no dispuesto a cederle todo el crédito.

Villarrubia cubría parte de la zona norte de la ciudad, y les fue necesario hacer transbordo varias veces hasta alcanzar su línea de regreso a Villamar. Para cuando llegaron a la casa, ambos tenían la ropa empapada. Poco faltaba para que pareciera que se habían lanzado a una piscina con toda la ropa. Tal vez por el frío y la lluvia, aun después de secarse y cambiarse, Andrés se mantuvo silencioso y recluso el resto de la tarde.

Los ánimos de Aldo no figuraron mucho mejor, y hasta prescindió de la preparación de las albóndigas con espaguetis. Para la cena, visitó la panadería de don Rogelio —al fin armado con un paraguas— y compró varios trozos de empanada de ternera, pan y algunas pastas para Andrés.

Se cenaron la empanada con verduras hervidas de guarnición sin hablar mucho. Para Aldo, la poca cooperación del licenciado representaba un posible cambio significativo en la naturaleza de

la investigación, pues hasta ese punto todas las personas a las que habían entrevistado cedieron algo de información. Aunque fuese necesario validarla, era un punto de partida. En cambio, Víctor Núñez no les concedió nada. Aldo no se sentía convencido de que su silencio fuera mejor que alguna mentira, ya que la información falsa siempre podría ser corroborada de algún modo o desmentida por otra persona. El silencio creaba un efecto opuesto, dejaba un vacío que imposibilitaba la valoración de los datos y no le permitía moverse en ninguna dirección.

Estimó que su única línea de investigación en cuanto al licenciado era la obtención de información de la residencia en Villarrubia. Rindiera frutos o no, solo quedaría seguir los pasos del licenciado desde las sombras y esperar que algún desliz o indiscreción lo ayudara a extraerle información. Aunque, si esa sería su tarea, pensó que, en ese caso, tal vez Andrés debería quedarse en casa. De modo que las indagaciones ahora amenazaban con entrar en una etapa que traería monotonía y soledad para Aldo. Ese era su trabajo, lo haría según lo acordado, pero ya se comenzaba a acostumbrar a tener la compañía de Andrés, y prefería mantenerla.

Esa misma tarde pasó un largo rato en la oficina revaluando sus apuntes, anotando nuevos detalles y usando la máquina de escribir para transcribir los datos de las entrevistas realizadas para poder archivarlos luego en el expediente de la investigación. En el diagrama de la cronología de la semana de Julieta Prats, añadió «**TINTORERÍA**» debajo del martes, pues lo había confirmado esa mañana, y debajo del viernes añadió «**¿VÍCTOR NÚÑEZ?**» junto a «**ALGUIEN VISITA A LAS 18:00**».

Poco después, intentó hacer contacto con el detective Salas. Según el intendente Guevara, Salas se encontraba fuera por enfermedad y, con cada día que pasaba sin poder obtener nada de la información de la investigación oficial de la policía, su curiosidad y frustración aumentaban.

Con el teléfono en la oreja, sonando sin respuesta, Aldo se hundió en la silla con el agotamiento del día. Acogido entre las paredes de su oficina, contenía sus ideas y dudas sobre la investigación de la muerte de Julieta, mientras el tono del teléfono se tornaba en el único sonido de un callejón sin salida que obstruía el resto de sus pensamientos.

VIERNES

Seguía sujetando el teléfono en la oreja, sus propias dudas y toda la incertidumbre que traían sin permitirle decir más. La conversación de la noche anterior seguía asomándose con persistencia entre sus pensamientos.

—¿Juli?

—Sí, estoy aquí —contestó ella.

—Pues, cuéntame, ¿qué te dijo Javier? —preguntó Alba.

—No sé qué pensar.

—Pero ¿qué te dijo?

Julieta suspiró con fuerza:

—Que me ama; que lo siente mucho; que no significó nada; que terminó bebiendo mucho y la tipa fue la que lo inició todo.

—Ah, fue ella, ¿y él no pudo hacer nada más que quedarse allí besándola? —preguntó Alba con sarcasmo.

—Eso mismo le dije yo.

—Él haciéndose la víctima. Mira, lo mejor que hiciste fue decirle que se fuera. Como te dije, tú te mereces a alguien mejor que él, mucho mejor.

Julieta no respondió, se miró la mano izquierda, donde faltaba el anillo de compromiso que, pasado el ímpetu del coraje inicial de esa semana, comenzaba a extrañar.

—¿Juli?

Extrañaba saber que Javier la esperaba. Sentirse querida y necesitada por él era más que un halago, capaz de rellenar su vaso de un amor líquido y una sensación permeable que suavizaba todo cuanto tocaba. Luego de un día atroz, solo tenía que beber de él para restaurarse.

—¿Juli?

—No sé, no sé... —dijo Julieta, absorta—. Todavía no quiero saber más de él, pero...

—Pero ¿qué?

—Anoche Javier lloró un rato en el teléfono. Nunca lo había visto llorar por nada.

—Claro, lágrimas de cocodrilo.

—Pues, sí, pero...

—¿Qué?

—Pues, ¿qué pasa si no me está mintiendo?

—Yo los vi, y tú misma me dijiste que te lo confesó.

—Sí, él lo admitió, pero anoche me dijo que terminó borracho, y los amigos se habían ido, y... no sé...

—Ay, no, Juli, no me digas que ahora le tienes pena.

—No es pena, Alba —dijo con un corto suspiro—. Esta semana he estado con otro asunto de Quique y otras cosas. Y he estado pensando mucho en mis padres y cómo fue la relación en su matrimonio... Javier tiene sus cosas, pero siempre sentí lo nuestro como algo diferente. —En un tono de enfado añadió—: Y dejarlo todo por culpa de una puta barata que seguramente también estaba borracha buscando con quien besarse, me da tanto coraje como el hecho que él se haya besado con ella de por sí.

Ambas guardaron silencio. De pronto, Alba preguntó:

—Juli, ¿y qué pasa si dejó a la otra embarazada?

Julieta consideró las palabras de su amiga unos segundos.

—Javier no sería tan tonto como para eso.

—Yo los vi tan íntimos esa noche... No dudaría en que llevaran más tiempo viéndose. Y, quizá, intentó romper con ella esta semana ya que tú te enteraste, y ella le dijo que está embarazada, y ahora le bajan las lágrimas.

—Ay, no, Alba, no digas eso.

—Julieta, no seas tonta. Mira, yo lo que creo es que tú ahora estás en la etapa de negación, y entrando a la de negociación. Claro que te va a doler romper con Javier, pero tienes que pensar en ti. Piensa en *Julieta*, no en *Javier*.

Ella no respondió, sus pensamientos se revolcaban entre sus vacilaciones y esperanzas.

—¿Quieres que pase por tu casa hoy?

—No, esta noche tengo ya un compromiso —respondió Julieta—. Tengo que verme con el abogado y... por otras cosas.

—Pero ¿a qué hora es eso?

—A las siete y media. Quizá tenga que salir un poco más temprano porque nos vamos a ver en Villarrubia.

—¿En Villarrubia? ¿Y eso?

—Es para cenar, porque nos vamos a ver con otras personas. Nada, son otras cosas con el abogado —añadió, restándole importancia.

—Pues, ¿nos encontramos mañana?

—¿Mañana? —dijo y rio dudosa—. Javier quería verme mañana...

—¿Y qué tú le dijiste?

—Que lo iba a pensar.

—¡Julieta!, pero ¿qué haces? —preguntó Alba con impaciencia.

—Ya sé, ya sé. Pero es solo para hablar —aclaró—. Quería verme esta noche porque me dijo que todavía tenía más que contarme, pero le dije que no podía. Y, pues, él con su llanto y todo eso, me pidió que mañana, y no me atreví a decirle que no. Le dije que lo iba a pensar.

—Ay, Julieta... —dijo Alba sin ocultar su decepción.

—Julieta —interrumpió una voz desde el umbral—, permiso, la escritora del ensayo de maternidad llamó y pidió hacer unos cambios.

—Alba, dame un segundo —dijo Julieta en el auricular, lo apartó y lo presionó contra su hombro—. ¿Qué cambios?

—No me dijo, solo me pidió que te preguntara —respondió Angélica.

—¿Sabes si ella ya habló con Claudia?

—No creo. Claudia no me dijo nada antes de irse.

Julieta suspiró, frustrada, y regresó el auricular a la oreja.

—Alba, hablamos después, que tengo que atender algo acá... ¿Aló? —Esperó—. ¿Aló? Se cortó la llamada —dijo para sí y depositó el auricular sobre la base—. Nada —dirigiéndose a Angélica—, vale, yo la llamo ahora.

—Vale —dijo Angélica, y se marchó.

Comenzó a buscar el nombre y el número de la autora con la que debía discutir el ensayo y los nuevos cambios que deseaba, cuando otra voz sonó desde la entrada al despacho.

—Julieta, ¡tu Romeo te envió flores! —canturreó. Le siguió una risa aguda.

La posición que ocupó Angélica ahora la asumía Mariluz, que exhibía un ramo de flores amarillas.

—Ah, gracias, Mariluz —dijo Julieta caminando hasta ella y tomando las flores, sintiéndose sonrojada en contra de su propia voluntad.

—¡Están hermosas! —comentó Mariluz—. ¿Quieres que te traiga un florero con agua?

—No, no..., yo me las llevo para casa.

Después de que la secretaria se marchara también, Julieta regresó a su escritorio y permaneció inmóvil y pensativa durante un buen rato. Su balanza interna de irresolución tenía varias pesas a ambos lados, y una de ellas llevaba el nombre de Javier Garces con prominencia.

Por último, se giró y dejó las flores encima del archivador, al lado de las fotografías enmarcadas detrás del escritorio, y continuó con sus otros asuntos.

Todavía le quedaba más tiempo para tomar una decisión.

14

Las flores decoraban los rincones y dejaban el aire saturado con su olor; la potencia de las fragancias amortiguaba el resto de los sentidos. Tal vez, por esa razón, Aldo al principio no percibió que el salón se encontraba vacío. O, tal vez, fue porque lo primero que vio fue el ataúd.

Permanecía quieto en el centro del pasillo entre las filas laterales de sillas, todas mirando hacia delante, como los bancos de una iglesia. No tenía deseos de estar allí, pero una sensación que provenía de más allá de él lo compelió a no abandonar el lugar. Incluso, lo instaba a acercarse.

Ignorando el leve hormigueo que recorría su cuerpo, comenzó a moverse, dando pasos lentos e indecisos en dirección al ataúd. Una de las dos tapas, la superior, esperaba abierta. En los extremos, más flores y, en la pared, un crucifijo. Se sentía indefenso, temeroso, dudaba en todo momento de sí mismo. Cuando llegó al punto en el que su mirada era capaz de penetrar y alcanzar el interior, se detuvo. Extendió el cuello un momento para asegurarse de que el cuerpo seguía allí.

Dio varios pasos más hasta que logró ver el interior sin obstrucción alguna. Al instante, sintió una pieza de plomo caer en su estómago.

El rostro del hombre, pálido, pero con un matiz amarillento, se le antojaba irreconocible. Alguien sin vida usaba una máscara, una torpe imitación del rostro de su propio padre. La distorsión de la imagen que guardaba en su memoria le causó una repulsión que no pudo suprimir. La aversión le apretaba la garganta y lo desposeía de su voz.

Ya no deseaba estar allí más y, cuando hizo el ademán de moverse, el cuerpo abrió los ojos. Aldo sintió un cosquilleo por la nuca y sus pies permanecieron fijados al suelo.

Arnaldo Mota giró el rostro despacio hasta que sus ojos, aquellos ojos azules idénticos a los suyos, lo encontraron. Si hubiese podido gritar, lo hubiese hecho, pero el nudo de su garganta no aflojaba para permitir el paso de su voz. El cuerpo de su padre, en cambio, todavía la tenía.

—No te vayas —dijo, aunque sus labios parecían moverse a un compás distinto al de las palabras.

Aldo solo pudo negar con la cabeza, un gesto involuntario y absurdo que no delataba más que su terror.

—Aldo —llamó otra voz distante.

No le quedó tiempo ni fuerzas para intentar identificar su origen. Quizá era su propia mente deseando hacer que se alejase del ataúd. Cuando, al fin, logró dar un paso en retirada, el cuerpo de su padre, en un inadvertido y súbito movimiento, extendió el brazo y sujetó a Aldo por la muñeca; un apretón frío que hizo sublevar su temor hasta el pánico.

—Quédate... —imploró su padre, el sonido y sus labios todavía desfasados.

Aldo negó otra vez, haciendo fuerza en contra del puño gélido que le impedía apartarse y sucumbir a su deseo de correr.

—¡Aldo!

Todo se tornó oscuro.

Al dar varias patadas y sacudidas con los brazos, pudo sentir los contornos de su cama, más familiares y acogedores que nunca, luego de lo que había visto.

—Aldo —llamó Andrés una vez más.

Sobresaltado, Aldo alzó la cabeza y se incorporó sobre los codos. Miró en dirección al umbral de su habitación y vio la silueta de su hermano.

—¿Qué?

—Se fue la luz —anunció Andrés.

El regreso de su mente a la habitación lo dejó desorientado, pero la oscuridad que no lograba ahuyentar no era su imaginación. Miró hacia la mesa de noche y confirmó que el despertador no mostraba la hora. A Andrés no le sería posible dormir a solas en su habitación sin la luz de noche encendida. Dejó caer la cabeza sobre la almohada y suspiró.

—Vale, ven —cedió Aldo.

Sin vacilar, Andrés entró y tomó el lado de la cama más próximo a la ventana, a través de cuyo exterior se evidenciaba todavía el castigo de los vientos a los árboles y la lluvia en la calle, residuos de la tormenta del día.

Aldo se frotó la muñeca, justo por donde el cuerpo de su padre lo había inmovilizado en el sueño y sintió un leve dolor. Tal vez fue poco más que su imaginación, pero tampoco era mucho menos el espanto.

Cuando despertó en la mañana, halló la electricidad restaurada y la tormenta desvanecida. Aparte de los malos sueños, no logró abastecerse de reposo por las repetidas patadas de Andrés y sus tirones a las sábanas.

Le tomó más tiempo de lo usual prepararse y vestirse. Luego de abotonarse la camisa, recordó que debía volver a usar su chaqueta azul, y el recuerdo lo movió hasta la habitación que fue de su padre. Cuando entró, fue directo al armario y rebuscó entre las chaquetas que él usaba. Encontró una gris parecida a la suya, de buena tela y liviano grosor para el verano, pero no se permitió aceptarla. El espantoso sueño que tuvo lo dejó con deseos de tomar algo de su padre, cualquier cosa que le recordara al verdadero hombre que él llevaba consigo en su memoria y limpiara el amargo sabor de la distorsión mental que había experimentado. Allí, en aquella habitación, lo sentía tan cerca, pero a la vez tan lejos...

«En vida, ¿no fue también así?», se preguntó en su interior.

Obligándose a despertar de su ensimismamiento, volvió a colgar la chaqueta en el armario y salió de la habitación de su padre, de regreso a la suya a por la chaqueta azul.

En la cocina, Andrés esperaba con su taza de café con leche. Tan pronto como Aldo entró,

dijo:

—Se acabó la leche.

—Ya —dijo, frotándose los ojos—, yo compro más cuando regresemos.

Se sirvió él su propia taza de café, se sentó y apoyó los brazos cruzados sobre la mesa a la vez que se inclinaba. Miró a Andrés con seriedad, su hermano miraba hacia la ventana con persistencia.

—¿Andrés? —Él bajó la vista y contempló su propia taza—. Andrés, mírame.

Se giró con timidez hacia su hermano.

—Hoy tenemos una entrevista con Claudia Russo por la tarde. Por la mañana vamos a ver qué averiguamos sobre la casa esa a la que entró el licenciado Núñez... Pero... Pero, creo que el resto de la próxima semana es mejor que vaya yo solo.

—¿Por qué? —preguntó Andrés, decepcionado.

—Porque creo que voy a tener que seguirle los pasos al abogado durante unos días, o quizá hasta unas semanas, a ver qué encuentro. Es todo aburrido, es estar esperando varias horas en un lugar por aquí o por allá, pero tal vez también tenga que moverme rápido y...

—... Yo puedo moverme rápido...

—... clandestinamente —continuó Aldo—. No es fácil moverse sin que te vean si somos dos en todo momento.

—Todavía faltan más cosas por investigar —protestó Andrés—. Falta la coartada del abogado, y la de Javier Garces también. Y todavía falta ver el expediente de la policía.

—No me he olvidado. Y lo del expediente es solo si tenemos suerte y nos hacen el favor, todo depende del detective —remarcó—. Pero solamente digo que, a partir de la próxima semana, quizá tenga yo que andar solo. Si surgen otras entrevistas puedes venir conmigo, pero si lo único que queda es seguir al licenciado Núñez, o, no sé, seguir a Javier Garces unos días también, pues es mejor que lo haga yo solo.

Andrés apartó la mirada de su hermano y dejó los ojos sobre la mesa.

—¿Vale? —instó Aldo.

Andrés asintió, despacio y sin ganas.

—Podemos ir a la biblioteca para que tengas más qué leer cuando yo no esté —sugirió Aldo—. Y, ¿quién sabe?, quizá veas a Sara... ¿Ah?

Aldo extendió la mano y buscó hacerle cosquillas a su hermano, pero este solo le apartó la mano con el codo.

—¡Para! —dijo con más firmeza de lo usual.

—¡*Andreo!*, no te pongas así —reprochó con cariño—. No vas a estar solo hoy. Todavía tenemos otras cosas más por hacer, y hoy por la tarde también vamos al museo. ¿No te acuerdas? Fue idea tuya. ¿Ya no quieres ir?

—Sí, quiero ir.

—Ah, pues, cambia esa cara.

Aldo se puso de pie y comenzó a preparar el desayuno. Mantenía un semblante honesto y cariñoso para animar a su hermano, pero en su interior le angustiaba tanto como a Andrés la idea de que se quedara a solas mientras él pasaba la mayor parte del día afuera. Andrés le proveyó las

primeras líneas de investigación que siguió con éxito, y valoraba los comentarios y su análisis en cuanto a todo lo relativo al caso. No dudaría en seguir compartiendo cada detalle que alcanzara obtener si continuaba la investigación por su cuenta. Aun así, extrañaría la confianza en sí mismo que le brindaba la compañía de Andrés.

Para despertar un mejor humor en su hermano, Aldo compartió sus planes para la mañana mientras desayunaban. Provistos de muy pocos detalles acerca del licenciado Víctor Núñez, y sin ninguna obvia conexión con Julieta Prats hasta el momento, Aldo decidió primero indagar y seguir la única pista que tenía: la casa número 74 en la calle Gallur en Villarrubia. Deseaba intentar obtener más información de la residencia antes de proveerle los datos a Enrique Prats. Aunque parecía que a su cliente le bastaba con escuchar el nombre del abogado, Aldo quería algo más concreto, capaz de sustanciar sus sospechas.

Afuera, un calor húmedo que incitaba el sudor tan pronto se entraba en contacto con él había reemplazado al frío del día anterior. Aldo no deseaba finalizar la jornada otra vez empapado y, de remate, maloliente, sobre todo, cuando le esperaba un rato con Clara a la tarde.

El metro les permitió desplazarse hasta el Centro, en esta ocasión, para visitar las oficinas del Registro de la Propiedad para la provincia entera. Como con la mayoría de las oficinas de gobierno y servicios públicos, las transacciones siempre resultaban más largas y tediosas de lo necesario.

Tomaron un pequeño papel con un número que les aseguraba un turno que parecía que nunca llegaría. Se pasaron casi una hora y media sentados en la sala esperando a que los llamaran hasta la ventanilla principal de servicios y consultas. Aldo no paraba de bostezar y se acercaba cada vez más hacia la posibilidad de quedarse dormido en la silla.

La mujer que los atendió, al menos, fue servicial y cariñosa. Dado que andaba en busca de los registros de un barrio en particular y solo buscaba información, la mujer le instruyó que descendiera hasta la planta baja del sótano y presentara su solicitud allí.

Esa área del edificio resultó ser, sin duda, la más cavernosa, pues no contaba con ventanas y la única luz parpadeaba y provenía de las lámparas superiores que zumbaban de un extraño modo. Llegaron a un pequeño mostrador con un escritorio y un hombre tan anciano y arrugado que parecía que llegó con el edificio, y todavía seguía allí.

—Diga usted —dijo el hombre.

Después de que Aldo le ofreciera la información del barrio, calle y número de la propiedad que buscaba, el hombre hizo unos apuntes en una tarjeta, se puso de pie y desapareció entre las hileras de estantes metálicos que tenía a sus espaldas. A Aldo le recordaron a la biblioteca pública, aunque en vez de libros, los estantes andaban repletos de legajos con números de serie que no guardaban ningún significado para él. A pesar de que se comenzaban a utilizar los ordenadores en las gestiones administrativas y diarias de muchas empresas, la moda no parecía haber alcanzado al Registro de la Propiedad, donde todos los expedientes se seguían manipulando, ordenando y actualizando a mano.

El dependiente, anciano pero muy diestro en la organización de los registros que custodiaba, llegó pronto con un legajo. Lo abrió, extrajo las carpetas y comenzó a inspeccionar los documentos del interior de cada una mientras contaba:

—Setenta y dos —pasó a la otra carpeta—, setenta y tres y... —pasó a la siguiente—... setenta y cuatro. Aquí tiene —concluyó, ofreciéndosela a Aldo.

La documentación era, en su mayoría, toda relativa a la propiedad: su clasificación, impuestos, dimensiones del solar y sus límites. Aldo encontró lo que buscaba en el encasillado con la información del propietario: «**CÉSAR BELZAN**».

Releyó el nombre varias veces para sí. Resultaba que la propiedad no estaba a nombre del licenciado Víctor Núñez y, aunque el apellido no permitía concluir que fueran parientes, tampoco lo descartaba. Tomó apuntes en su libreta sobre el propietario actual, y de los previos; al parecer César Belzan adquirió la casona de la calle Gallur hacía unos doce años. Es decir, no fue un bien inmueble heredado.

No podía descartar la posibilidad de que el licenciado Núñez guardara algún parentesco con el señor Belzan, pero siguiendo una corazonada, decidió que podía encontrar, con algo de suerte, una posible respuesta en las oficinas del Ministerio de Justicia.

Se marcharon del Registro de la Propiedad y fueron directos a los archivos de los tribunales del Ministerio que se encontraban en la misma zona. Una vez allí, tuvieron que esperar un rato más a que los atendiesen. Aldo se sentía seguro de que Andrés debía de tener hambre, o al menos la disposición para almorzar sin protesta, pero luego de su conversación de esa mañana, se mantenía callado. Él tampoco quiso preguntar.

Al fin, fueron recibidos en otra oficina con más registros y archivos. Allí, los dependientes no llevaban a cabo la búsqueda en su totalidad. En vez de eso, los interesados en los registros públicos debían consultar las fichas por su cuenta y solicitar la documentación por separado. La primera parte de la suerte que los bendijo fue encontrar índices onomásticos para las litigaciones. La tarea tomó un poco más de una hora, pero, con ambos hermanos buscando a la vez, el proceso se agilizó.

Fue Andrés quien dio con el registro y con el otro trozo de suerte del día: César Belzan figuraba como demandado en un pleito legal. Al rato, luego de solicitar el expediente público del caso, encontraron más datos que arrojaron luz sobre la identidad del propietario de la casona de Villarrubia.

César Belzan era un arquitecto de treinta y ocho años, y hacía siete que litigó una denuncia en su contra por parte de una empresa de construcciones. Entre los que litigaron a favor de Belzan, aparecía el nombre del licenciado Víctor Núñez.

—Es su cliente; el dueño de la casa en Villarrubia es cliente de Víctor Núñez —declaró Aldo con satisfacción y una sonrisa que, al fin, pareció despertarlo por completo ese día. El propio Andrés lucía más animado.

Los hermanos Mota salieron de las oficinas del Ministerio de Justicia restaurados. Los hallazgos y los datos revelados sirvieron para romper el firme hielo de tensión silenciosa entre ellos, lo que restableció el vínculo de complicidad que la investigación de la muerte de Julieta Prats les había permitido establecer.

Con menos de dos horas antes de su entrevista con Claudia Russo, decidieron almorzar.

—Es completamente posible que no tenga nada que ver —dijo Aldo entre bocados de su escalope de carne—, pero es muy curioso que el abogado haya ido directamente a ver a su

cliente, el tal César Belzan, justo después de nuestra entrevista. ¿No crees?

—Sí —concordó Andrés, dividiendo su atención entre su hermano y su guiso de ternera.

—¿El abogado siempre va a la casa de sus clientes? ¿Por qué no llamarlo por teléfono y ya? —meditó—. Claro, puede que tuvieran ya una cita, pero no lo creo.

Andrés asintió, pensativo:

—Si la secretaria nos dejó pasar, es más probable que no tuviera un compromiso.

—Exactamente —dijo, alentado—. Núñez no parecía tener prisa ni nada, pero después de echarnos del despacho, parecía que llegaba más de una hora tarde para algo. Hasta el taxista lo comentó. Iban con prisa.

—Pero falta más... —señaló.

—Sí, lo sé, pero andamos cerca de algo. No sé por qué el abogado tenía que ver al arquitecto Belzan... No tengo idea, y puede ser que me equivoque, pero dudo que Julieta hubiese estado pensando hacerle cambios de diseño a su apartamento.

15

—¡Detective Mota! —exclamó Mariluz, que irradiaba deleite—, ya sabía que debía de estar por llegar.

—Buenas tardes —dijo Aldo.

Mariluz, tal y como Aldo la recordaba, quizá con un poco más de maquillaje ahora, se puso de pie y sonrió.

—La editora lo espera. Sígame por aquí —añadió con su risa aguda y el baile de su cabello al aire con el giro sobre sus tacones.

Lo condujo por el mismo pasillo que la vez anterior, pero giró ahora a la izquierda al llegar al fondo. La secretaria tocó a la puerta y la abrió.

—Señorita Russo, aquí le traigo al detective —anunció.

Claudia Russo sujetaba en las manos una fotografía, de pie justo al lado de una mesa que se desbordaba con muchas otras más. Al ver a Aldo, depositó la fotografía sobre las otras, lo miró de pies a cabeza sin disimulo alguno y sonrió.

—¿Qué le dije? —dijo Mariluz, mirando a Claudia—. El detective Mota es muy... puntual —concluyó, ahora mirando hacia Aldo y sonriendo también.

Estimó que un entendimiento tácito corría entre la secretaria y la editora, tampoco le pasaron desapercibidas sus miradas.

Mariluz se le acercó y colocó la mano sobre el brazo de Aldo:

—¿Quiere que le traiga un café, o alguna otra cosa?

—No, gracias.

—Si cambia de parecer, no es molestia —dijo, dejando que su mano se deslizase a lo largo del brazo de Aldo, otro giro y caminó fuera del despacho.

Una vez más, nunca pareció haber notado la presencia de Andrés.

—Adelante, tomen asiento —invitó Claudia, señalando las sillas de en frente de su escritorio.

—Muchas gracias por vernos hoy, señorita Russo. Este es mi hermano Andrés Mota y me acompaña hoy.

—Encantada —dijo, dando la vuelta al escritorio—. Llámeme Claudia. —Extrajo un cigarrillo de su cartera y lo levantó en la mano—. ¿Les molesta?

—No.

Claudia encendió el cigarrillo, caminó hasta la ventana de al lado del escritorio y la abrió. En el momento de silencio, Aldo internalizó su atractivo: joven, delgada, pero enmarcada con una buena figura con curvas y un perfil delicado. El flequillo rectilíneo le llegaba a las cejas y el resto del cabello colgaba hasta más abajo de las orejas, tan negro, brillante y lacio que parecían fibras

finas de charol sobre la cabeza. No llevaba mucho maquillaje, lo más notable era el rojo intenso de sus labios, voluminosos y con un leve hoyuelo en el centro del labio superior que a Aldo le pareció atractivo. Se preguntó cómo se sentiría besarlos. Su vestimenta guardaba tanta sencillez como el maquillaje: pantalones negros de corte ancho a lo largo y una blusa blanca ceñida al cuerpo.

Ella en silencio, por igual, parecía internalizar lo que veía en él entre las caladas al cigarrillo. Sus ojos color avellana y verdosos lo estudiaban con agilidad.

—Durante los próximos treinta minutos, soy toda suya, detective. —Sonrió.

—Sí —carraspeó—, muchas gracias de nuevo por vernos. Me imagino que Mariluz le habrá dicho el propósito de nuestra visita.

—Sí, quiere saber más sobre las circunstancias de la muerte de Julieta. Su familia lo contrató, ¿no? Angélica también lo mencionó.

—Exactamente —dijo, sacando su libreta de apuntes del bolsillo y su bolígrafo—. ¿Cuándo fue la última vez que vio o habló con Julieta?

Claudia suspiró, como si fuera el momento justo antes de lanzarse al vacío.

—El jueves, el día antes de que muriera.

—Ya. ¿De qué hablaron?, si no fue nada muy personal.

—Es siempre personal, detective. ¿No es así? —Aldo no mordió el señuelo, no dijo nada, y ella continuó luego de otra calada—. Ese día yo tenía un vuelo por la tarde, pero tuve que venir acá en el último momento para buscar unas cosas, y Julieta me ayudó a buscarlas. Fue todo muy breve.

—¿Cómo la vio? ¿Notó algo raro en ella?

—Nada raro, no. Aunque... —Pausó, todavía al lado de la ventana y sacudió las cenizas del cigarrillo sobre el cenicero del borde del escritorio—. Ella se veía bien, como siempre, pero estaba claro que había sido una semana... —Otra breve pausa—... complicada para ella.

—¿Complicada por su trabajo? —preguntó Aldo, haciendo otro apunte en su libreta.

—No por el trabajo, por lo de Javier.

Aldo detuvo la mano.

—¿El novio?

Claudia asintió, con una media sonrisa.

—¿Qué del novio? —presionó.

—Que se dejaron y rompieron el compromiso.

Aldo bajó la libreta por completo. La satisfacción de la revelación colgaba de la sonrisa de Claudia.

—¿Julieta y Javier Garces rompieron su compromiso? —preguntó, asombrado.

—Así es.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ella misma me lo dijo. Cuando hablamos vi que no tenía el anillo de compromiso y le pregunté, y ella así mismo me lo dijo.

—¿Cuándo rompieron el compromiso?

—Me imagino que esa misma semana. El lunes tuvimos una reunión entre todas y ella tenía el

anillo.

Aldo miró de reojo a su hermano, sus dedos se movían en su secuencia rítmica y observaba a la editora sin ningún gesto que delatara sus pensamientos. La versión de eventos que acababa de ofrecer Claudia Russo se ubicaba en total oposición a la de Javier Garces durante su entrevista. De hecho, una excluía la otra. Alguien mentía, y la fijación de la mirada de aquella mujer en la suya no le dejaba muchas dudas de quién.

—¿Sabe por qué Julieta y Javier rompieron el compromiso?

—No.

—¿Cree que pudo haber sido por acuerdo mutuo?, por decir así.

—Lo dudo.

—Y ¿qué piensa, entonces?

Se tomó su tiempo, dando otra calada más larga, y dejando que su mirada repasase el cuerpo de Aldo. Él, por su parte, se obligaba a no apartar la suya del rostro de Claudia.

—Como le dije, mi conversación con Julieta fue breve y aunque le pregunté qué había pasado, ella no me lo dijo. Pero, si tuviera que adivinar, diría que fue ella la que rompió el compromiso.

—¿Por qué ella?

—Porque Javier vivía en una nube —respondió Claudia con desdén—. Y dudo mucho que volviera a enamorar a una chica como Julieta. Él no la hubiese dejado así porque sí. Ella era su trofeo.

—Ya. ¿Y Julieta?

—¿Qué de Julieta?

—¿Por qué ella lo dejaría?

Pausó. Parecía considerar la pregunta con mucho más detenimiento.

—No sé —respondió—. Javier es un chico muy majo y todo, pero siempre me imaginé que Julieta pudo conseguir a alguien mejor.

—¿Mejor cómo?

Claudia se mordió el labio inferior y dejó caer la cabeza hacia un lado a la vez que lo miró inquisitiva:

—Alguien más... *interesante*.

—Ya... —dijo. No debía distraerse de la entrevista—. Javier Garces nos dijo que la familia de Julieta nunca expresó mucho cariño por él, digámoslo así.

—No me sorprende —dijo, reajustando su postura y dejando más cenizas en el cenicero.

—¿Está de acuerdo, entonces?

—No es que esté de acuerdo, pero conociéndolos... Si yo misma siempre pensé que Julieta pudo haber tenido un mejor novio, me imagino que la familia no se lo callaría solo por respeto hacia ella, y hubiesen sido mucho más directos.

Aldo consideró la siguiente pregunta y vaciló. No le sería posible evitarla y consideraba importante la opinión de alguien que hubiese estado familiarizada con la relación de Julieta con su novio. Aunque el compromiso se hubiese roto, necesitaba saber si podría haber otra explicación para los rasguños en el brazo de Javier.

—¿Sabe si la relación de Julieta con su novio era muy física?

—Sí, era física. Se iban a casar; se gustaban —dijo con otro repaso de la mirada hacia Aldo.

—No, quiero decir... ¿Sabe si Javier Garces, en cualquier momento, trató a Julieta con fuerza o usó fuerza contra ella? En cualquier contexto.

Claudia dudó unos segundos.

—¿Qué si le pegaba? —preguntó, confundida.

—Sí, por ejemplo.

Claudia comenzó a reír con gusto, tirando la cabeza hacia atrás durante un momento, su cabello se mecía.

—No. ¡Jamás!, no, detective. Nunca. Julieta nunca hubiera sido la esposa temerosa que oculta un ojo morado detrás de unas gafas de sol... No. Ella nunca hubiera permitido violencia de parte de Javier hacia ella ni de nadie —añadió.

—Y ¿qué tal... en la intimidad?

Claudia rio de nuevo, aunque esta vez parecía que era otra cosa lo que le causaba la gracia.

—Detective Mota, estas preguntas están tomando un giro inesperado, debo decirle —declaró, mordiéndose otra vez el labio inferior.

—Me disculpa si la incomodo.

—¿Yo? ¡No!, nada de incomodada. Es solo que no me lo esperaba, así de pronto...

—Lo que quisiera establecer —carraspeó— es si, de algún modo, en la relación entre Julieta y Javier Garces, pudo haber tendencias de agresión física, de parte del uno o del otro. Como le dije, en el contexto que sea, haya sido en la intimidad o no.

—No que yo sepa. Claro, si a Julieta o Javier les gustaba jugar a ser traviesos y castigarse en la cama, pues allá ellos. Pero ella nunca me dijo nada.

—¿Nunca notó golpes o rasguños en Julieta?

—Nunca.

—Vale. Volviendo al compromiso que terminaron, ¿en todo el tiempo del noviazgo entre ellos, hubo alguna ruptura en otra ocasión?

—No. Quizá habrán tenido sus peleas, pero no recuerdo que se hubieran dejado en algún otro momento.

—Y si fue Julieta la que rompió el compromiso, ¿cree que eso tal vez hubiera causado algo de coraje o alguna otra emoción fuerte en él?

Consideró esa otra pregunta también con detenimiento.

—Me imagino que sí, tal vez. La relación entre ellos siempre le vino mejor a él que a ella.

—¿Cómo?

—Como le comenté y usted mismo mencionó, la familia de Julieta nunca estuvo impresionada con Javier, y la familia de ella era, pues, mucho mejor acomodada. Sería, pienso yo, una pérdida más grande para él que para ella.

Tomando en cuenta la evidente y explícita desaprobación de Claudia por Javier Garces y la de la familia de Julieta también, Aldo no pudo suprimir su curiosidad.

—Me imagino que la relación entre ellos debió tener un buen fundamento si tuvieron tantos obstáculos. ¿Sabe cómo se conocieron Julieta y Javier?

—Fue en la universidad, por una amiga mutua entre ellos. O algo así, no lo recuerdo bien

ahora. Pero después de conocerlo, Julieta se las inventó para que la empresa para la que él trabaja nos imprimiera unos panfletos para una feria editorial. Y la excusa le sirvió para que se vieran más. Así que, podría decir que fue ella la que dio el primer paso. A veces ocurre así... —añadió en un tono más suave, sin apartar la mirada de Aldo.

—Ya. ¿Qué me puede decir entonces de la relación de Julieta con su familia? ¿Había mucha tensión?

—La verdad es que no sabría decirle si había tensión o no, pero, en general, pienso que ella estaba bien con su familia.

—¿Y con su hermano, Enrique?

—Sí, también.

—Ya. A parte de su relación con el novio y su familia, ¿Julieta no tenía otras personas con las que hubiese tenido desacuerdos?

—No sé, pero no creo. Julieta no tenía fama de andar en pleitos con nadie.

—¿No diría que sabría de alguien que le quisiera hacer daño a Julieta?

—No. En realidad, no.

—¿Nunca escuchó nada de alguna amenaza hacia ella? O, ¿llamadas de teléfono extrañas, a su casa o aquí?

—No. Aunque, bueno, amenazas por aquí sobran, sabrá.

Aldo la miró extrañado. El interés de la mirada de Claudia por Aldo comenzó a verse obstruido a la vez que él dirigía esas nuevas preguntas hacia ella.

—¿Qué amenazas?

—Todos los meses recibimos cartas con insultos y mensajes horribles —explicó Claudia—. No son amenazas dirigidas a ninguna de nosotras en particular, pero no fallan en llegar siempre.

—¿Qué tipo de mensajes?

—«Feministas de mierda» y cosas peores. Insultos de hombres que creen que publicar y hablar de los derechos de la mujer, o solo mencionarlos, es como si estuviéramos a favor de castrar a todos los hombres del planeta.

Dio una última calada, apagó el cigarrillo en el cenicero y, a la vez que se sentó, recitó:

»Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis...

—Sor Juana Inés de la Cruz —soltó Andrés de modo instintivo.

Claudia sonrió, y durante un momento redirigió su interés hacia el otro hermano.

—Un hombre culto y leído —dijo mirando a Andrés, complacida—. Qué *interesante*, detective —añadió, devolviendo la mirada hacia Aldo, reclinándose en la silla.

Parecía haber bajado la guardia y regresó a su modo relajado y de interés.

—¿Sabe si Julieta había estado en contacto con un abogado? —reanudó Aldo, intentando evitar que se descarrilara la entrevista.

—Sí.

—¿Recuerda el nombre, o algún detalle acerca del abogado?

—No recuerdo que me hubiera mencionado el nombre, pero no era nada de lo que Julieta hablase mucho.

—¿Recuerda cualquier cosa al respecto?

—Muy poco —dijo con indiferencia—. Su madre murió el año pasado y la familia todavía seguía peleándose por los bienes que dejó.

—¿Era solamente el asunto de la herencia?

—De lo poco que ella mencionó, sí, creo que era solo eso.

—Ya. El nombre Víctor Núñez, ¿lo reconoce?

Meditó la pregunta unos segundos antes de responder:

—No, en absoluto.

—Qué tal, ¿César Belzan?

—No. ¿Debería?

—Son solamente posibles personas que conocían a Julieta, quizá no sea nada —dijo, intentando sonar despreocupado—. Creo que me queda una última pregunta. El lunes, luego de la reunión que tuvieron, Angélica García mencionó que Julieta se marchó temprano, ¿lo recuerda?

—Más o menos. Sí, puede ser que sí, pero no lo recuerdo bien.

—¿Era raro que se fuera temprano?

—En realidad, no. Pero los horarios de las subeditoras siempre han sido flexibles. Ellas, a veces, pasan muchas horas de corrida trabajando y salen tardísimo cuando estamos a punto de lanzar una nueva publicación. Otras veces, que se vayan más temprano, cuando no es tanta la presión de finalizar los trabajos, no es raro.

—Ya, pero ¿no sabría qué razón hubiese tenido Julieta para marcharse temprano ese día?

—No, la verdad que no.

—Vale, pues lo último y concluimos. Que usted sepa, y esto es aparte de lo que ya compartió sobre que Julieta había terminado con el novio, ¿hubo algo inusual en la conducta de Julieta en toda esa semana? Cualquier cosa. ¿Cambios de rutina, comentarios extraños, alguna impulsividad inusual en ella?

Claudia miró hacia la ventana sin responder. Otra vez los ojos que buscaban jugar con los de Aldo fueron reemplazados por otros, más sobrios y dolidos.

—Le dije a Julieta que estaba dispuesta a tomar otro vuelo con tal de quedarme para que habláramos de lo que pasó con Javier, pero ella no quiso. Me dijo que me lo contaría todo cuando yo regresara el lunes. Quizá, si me hubiera quedado...

Aldo ya no contemplaba con la misma seriedad la idea de que Julieta tomó su propia vida, pero no contradiría a alguien que lo pensara si ese planteamiento le trajera más datos que pudiera usar luego.

—¿Usted cree, entonces, que Julieta tomó su propia vida por la ruptura del compromiso con el novio?

—No, detective Mota. Yo conocía a Julieta muy bien, y sé lo que vi cuando ella me dijo que había dejado a Javier. Sí, había tristeza cuando me lo dijo, pero no se la veía desesperada como si

su vida hubiera llegado a su fin.

—¿Y entonces?

—Lo que haya sido, cualquiera que fuera la razón para tomar su propia vida, tuvo que ser algo tan secreto, que ni ella misma lo sabía.

—Quiere decir... ¿Algo que ni ella misma esperaba? ¿Algo que la tomó por sorpresa?

—Algo así. Yo la conocía y dudo que fuera algo que ella llevara planeando desde hacía mucho tiempo. La decisión de morir hubiera tenido que ser tan grave, o más, que lo que provocó la decisión en primer lugar.

—Ya. ¿Y qué piensa usted que haya podido causar esa decisión?

—Una semana y tres días llevo pensándolo, y todavía no se me ocurre nada —contestó con seriedad.

Las palabras de Claudia, sin ella misma saberlo, expresaban la misma certeza de Andrés sobre la muerte de Julieta, pensó Aldo. Además, las repetidas llamadas telefónicas de Javier a Julieta, y las flores el viernes, acababan de tomar un matiz distinto con las revelaciones de Claudia Russo.

—Bueno, señorita Russo...

—... Claudia...

—... eh, Claudia, muchas gracias por su tiempo. Ha sido de gran ayuda.

—Todavía me tiene durante diez minutos más, detective Mota —dijo, luego de consultar el reloj en la pared.

—Bueno, esas eran todas las preguntas que tenía, y no quiero robarle más de su tiempo, sé que tiene otros compromisos que atender —dijo Aldo, poniéndose de pie. Andrés hizo lo mismo.

—Pues, en ese caso... —dijo Claudia, abriendo un cajón y extrayendo una pequeña libreta de apuntes. Escribió, desprendió la hoja y se la ofreció a él al ponerse de pie—. Aquí tiene mi número, en caso de que tenga cualquier pregunta más, o dudas...

—Muchas gracias —dijo y se guardó el papel en el bolsillo.

Ella le dedicó una mirada caprichosa y reflexiva. Él intentó ofrecer una sonrisa de cortesía, pero la impasibilidad del semblante de Claudia lo dejó sin poder completar el gesto.

—Sus ojos... —dijo ella en voz baja.

—¿Perdón?

—Sus ojos, detective Mota, me recuerdan algo —musitó.

—Espero que sea algo positivo —dijo a la vez que efectuó una pudorosa mueca.

—Es más que eso... —respondió, con el reflejo de un anhelo en sus propios ojos.

Aldo se permitió al fin repasar el cuerpo de Claudia Russo sin reserva alguna, comenzando por el hoyuelo del labio y descendiendo. Era alta, más que Clara, notó. Y a diferencia de los momentos que compartía con Clara, fugaces y añorados, al observar a la mujer que tenía ante él, sentía poder palpar sus propias inhibiciones, como una pared sólida pero débil. Con Clara, despreciaba su propia torpeza y la falta de voluntad que lo inmovilizaba, pero allí con Claudia, estimó que un poco de alcohol sería suficiente para derribar esa pared y pasar una larga noche que no olvidaría pronto. Si se lo permitía a sí mismo...

—Tiene mi número, detective —dijo Claudia al fin, como si lo instara luego de leer sus pensamientos.

16

Al tener más tiempo antes de su encuentro con Clara esa tarde, optaron por regresar a la casa. Luego de salir de las oficinas de *Ellas Hoy*, Aldo ansiaba con mayor afán ver a Clara, tenerla cerca para asegurarse de que podría revalidar sus sentimientos. O al menos, justificarse a sí mismo el porqué de no llamar a Claudia Russo.

Por deseo de apartar esos pensamientos, decidió reevaluar toda la información obtenida hasta ese punto en sus indagaciones. Debía llamar a Enrique Prats para compartir lo que había averiguado del licenciado Núñez, pero no sin antes recapitular los datos de la investigación con la ayuda de Andrés.

Aldo, ya en la oficina, se posicionó al lado del diagrama de la cronología de la semana de Julieta y dijo:

—Vamos desde el principio, ¿vale?

Andrés, sentado con un plato mientras se comía la última de las pastas que compró Aldo el día anterior, asintió.

—El lunes, Julieta Prats salió temprano de su trabajo. No sabemos si hizo alguna pausa por alguna parte o qué, pero cuando llegó a su apartamento recibió varias llamadas. —Apuntó al diagrama en el tablero de la pared—. Primero, Alba Ocampo, aparentemente para hablar de su acuerdo de almorzar juntas el jueves. Después, Javier Garces la llamó... —Consultó el cuadro del resumen de las llamadas—... cinco veces, y todas fueron menos de un minuto, así que es evidente que Julieta no quería hablar con él, o sea, ya lo del compromiso había quedado en duda, o estaba totalmente roto. Y, por último, la llamó el licenciado Víctor Núñez desde su despacho. ¿Qué nos dice todo eso hasta ese día?

—No sabemos si fue Víctor Núñez quien la llamó —objetó Andrés—. La llamada fue desde su despacho, pero pudo ser otra persona la que en realidad llamara.

—Lo mismo podríamos decir de todas las otras llamadas —argumentó Aldo—. Lo más natural es asumir que el dueño del número fue quien llamó.

—Pero el número del abogado es el de su lugar de trabajo, y allí hay otras oficinas de otras personas. No es como con el novio o el de Alba Ocampo; son números telefónicos residenciales.

—Pues, vale —consintió—. La última llamada del lunes fue desde las oficinas del licenciado Núñez, y pudo haber sido él quien llamó, o no.

Andrés asintió en aprobación a la vez que se tomaba el último bocado, se limpió la boca con el dorso de la mano y dejó el plato sobre el escritorio. Toda su atención se centraba ahora en su hermano.

—Y también —dijo Andrés—, sobre el señor Garces, hay otra duda de las llamadas del

lunes. Claudia Russo dijo que Julieta tenía su anillo de compromiso el lunes en la reunión. Pero cuando Javier Garces la llamó, ya cuando ella llegó a su casa, ella no quería hablar con él. ¿Por qué todavía tenía el anillo ese día, entonces?

—Sí, lo pensé —dijo Aldo, complacido—, y ¿qué tal si Julieta salió temprano ese día para verse con Javier? Y durante ese encuentro, pasó algo por lo que ella se fue enojada y no quiso hablar más con él durante el resto de la noche.

—Es posible —admitió, aunque dudoso.

—Tal vez esa misma tarde pelearon, y ella lo rasguñó —continuó Aldo—. Eso explicaría las marcas en el brazo de Javier, y que la llamara tantas veces sin que le lograra mantener una conversación. Julieta seguía enfadada, así que le colgó.

Aldo comenzó a dar varios pasos cortos de un lado a otro, cavilando:

—Entonces, después, el martes Enrique Prats la visitó. Le tendré que preguntar a Prats si recuerda haber visto el anillo de compromiso en el dedo de Julieta ese día. En todo caso, Javier la llamó dos veces más esa noche, y fue lo mismo, dos llamadas y menos de un minuto cada una. Seguía molesta con él, es la conclusión más razonable.

Pausó y miró a Andrés para ver si tenía intenciones de contrarrestar sus palabras, pero no dijo nada, su hermano parecía complacido con lo que escuchaba sin más objeciones.

—Luego, el miércoles —prosiguió—, Julieta llamó al licenciado Víctor Núñez, o bueno, llamó a las oficinas del licenciado Núñez, y poco después ella recibió una llamada de un número privado, es decir, fuera del registro público. Fueron llamadas cortas, pero una de ellas fue iniciada por Julieta misma. Ya son dos posibles conversaciones con el abogado en menos de una semana.

—Y el señor Garces la visitó —añadió Andrés.

—Sí, a eso iba. Según el novio, él estuvo en la casa ese día, pero, teniendo en cuenta que ella, aparentemente, no tenía nada de ganas de hablar con él, pues, no sé. Creo que tal vez nos mintió sobre esa visita también. Y solamente quería hacerse ver bien cuando hablamos con él.

—Pero el jueves, Julieta y Javier Garces hablaron un rato más, ella no le colgó rápido —le recordó.

—Sí, pero, Claudia también nos dijo que, ese jueves, Julieta ya no tenía el anillo y el compromiso definitivamente ya no estaba en pie. Así que, si hablaron por teléfono esa tarde, supongo que hubiese sido para intentar arreglar las cosas.

—Javier Garces la estaba buscando... —caviló Andrés, moviendo los dedos.

—Sí... Yo creo que fue eso. Lo más probable es que él estuviera buscando una reconciliación, que también encaja con lo que Claudia dijo de que posiblemente fue decisión de Julieta terminar con el compromiso. Y, entonces, al día siguiente, Javier le envió las flores.

Ambos hermanos permanecieron en silencio, cada uno contemplando sus ideas y trazando líneas que convergían sobre los puntos del diagrama.

—A ver, mira esto —dijo Aldo, interrumpiendo el silencio—. Julieta decidió consultar a un abogado para algún asunto de la herencia de la familia o algo parecido, y no le dijo nada al hermano, pero, tal vez, sí se lo dijo al novio. Tal vez él no estuvo de acuerdo, fuera lo que fuera el asunto, y esa tarde del lunes pelearon y ella le dio la patada. El abogado la llamó a ella, así que

era un asunto que ya tenían pendiente, y lo acordaron entre esa noche y el miércoles cuando hablaron.

—Pero eso significa que Javier Garces debía de saber del abogado.

—Exactamente.

—Él no dijo nada de eso —remarcó Andrés.

—No, y según él, el perro de la vecina lo arañó —señaló Aldo en un tono sarcástico—. No creo que podamos tomar como cierto todo lo que dijo el novio. Y aquí está lo más importante, si Javier sabía del abogado, tal vez también sabía que Julieta se iba a encontrar con él el viernes, como le dijo ella a Alba.

—Faltan cosas: la nota, la droga, lo que comió Julieta esa noche, el hombre que la visitó.

—Pues, qué tal si el hombre misterioso del teléfono era el licenciado Núñez, pero él no fue quien la visitó esa noche, sino Javier. —Pausó—. Vamos a tener que darle seguimiento a la coartada del novio, y quizá entrevistarle otra vez.

—Yo no creo que él quiera hablar con nosotros otra vez —apuntó Andrés.

—Yo tampoco, pero ahora sabemos más que la primera vez que hablamos con él. Si las mentiras lo implicaran en la muerte de Julieta, y si se lo hacemos ver así de claro y le decimos que es información que pudiera llegar hasta la policía, pues... Tal vez, lo podemos asustar un poco, a ver si nos habla otra vez.

Continuaron discutiendo la investigación unos minutos más, el lamento de Andrés de esa mañana eclipsado por todo lo demás compartido y revelado. Haciendo uso del poco tiempo más que tenía antes de salir, decidió llamar a Enrique Prats para ofrecerle su última actualización y la identidad del abogado.

—¿Víctor Núñez? —dijo Prats, extrañado, ya cuando hablaban por teléfono.

—Sí. ¿Lo conoce? —inquirió Aldo.

—No tengo ni idea de quién es —afirmó—. ¿Está seguro de que ese es el abogado que Julieta pensaba ir a ver?

—No tengo certeza absoluta, pero Julieta tuvo varias llamadas con el número de las oficinas del licenciado Núñez la semana de su muerte. En concreto, dos llamadas, y una de ellas la hizo Julieta.

La línea quedó en silencio varios segundos.

—¿Señor Prats?

—Detective, muchas gracias por la información —dijo—, yo intentaré darle seguimiento a través de otros contactos.

—Ya. Eh, otra cosa...

—¿Sí?

—¿Conoce a alguien llamado César Belzan? Al parecer es cliente del licenciado Núñez y...

Un golpe al otro lado de la línea lo silenció. Le pareció a Aldo que Enrique Prats acababa de dar con una mano sobre la mesa.

—¿Hola? ¿Señor Prats...?

—Lo sabía —dijo Prats, su voz apenas audible y temblorosa por la rabia.

—¿Qué cosa? —preguntó. Andrés seguía sentado frente al escritorio y Aldo lo miró

compartiendo en silencio la perplejidad que sentía por la reacción de su cliente.

—¡Fue él! —exclamó Prats, enfadado.

—¿César Belzan? ¿Lo conoce?

—¡Sí! ¡Fue él! —repitió.

—¿Quién?

—El hombre que la llamaba y hostigaba a Julieta.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabe? —preguntó, a la vez que oprimió un botón para activar el altavoz del teléfono, considerando como necesario que Andrés escuchara la totalidad de la conversación, no solo su lado.

—Porque Julieta misma me lo dijo —explicó, ahora la voz agitada reverberaba por la oficina.

Aldo y Andrés compartían el mismo asombro, se miraron a sus respectivos rostros a la vez que procesaban lo que Enrique Prats decía.

—Señor Prats, estoy confundido. Usted me dijo que no sabía quién la había estado llamando. Y, ahora, ¿resulta que sabía su nombre desde el principio?

Se escuchó una exhalación fuerte al otro lado.

—En cualquier negocio, lo mejor es siempre conocer bien toda la mercancía... —Pausó. Su voz sonaba más calmada—. Conozco ese nombre, sí, pero lo contraté para que *usted* encontrara el responsable de la muerte de mi hermana. Si ha dado con él por su cuenta, sin yo decirle su nombre, es porque hay algo ahí. De lo contrario, no estaríamos hablando de él.

—No tengo nada de evidencia que implique al señor Belzan con Julieta. La conexión es indirecta, y tampoco...

—Fue él —insistió Prats—. ¿Tiene pruebas de que estuvo en su apartamento?

—No, señor Prats. Le intento explicar que no tengo nada que señale algún contacto del señor Belzan con Julieta. El único posible vínculo, lo único que lo conecta con ella, y es algo muy dudoso todavía, es el licenciado Núñez.

Enrique Prats rio sin humor, sarcástico, y en un tono airado dijo:

—¡Ya anda con el abogado en medio! —Se escuchó otro golpe sobre la mesa en su lado.

—Señor Prats, debo preguntarle, entonces, ¿qué sabe de César Belzan? ¿Quién es y qué tiene que ver con Julieta?

Silencio.

—¿Señor Prats? —llamó, pensando que la llamada se cortó.

—No sé mucho. Solo sé que es un manipulador y un tramposo, y había estado llamando a Julieta desde hacía semanas. Busque todas las pruebas en su contra, detective, y yo mismo las llevaré a la policía.

—Es todo circunstancial. Si usted me dice todo lo que sabe, tal vez podría...

—No importa —interrumpió y le aseguró Prats—. Recopile todo lo que tenga, tan pronto lo tenga, y yo me encargo de que llegue a donde debe.

—Bueno, sí, yo seguiré...

—Muchas gracias, detective Mota. Muy buen trabajo.

—Solamente hago lo que...

Enrique Prats colgó y todo quedó otra vez en silencio.

La mente de Aldo no acababa de procesar la conversación, y solo parpadeó mientras esperaba salir del estancamiento. Su rostro se contorsionó en una mueca de estupefacción absurda.

—¿Qué coño fue eso? —exclamó Aldo cuando al fin pudo hablar.

—¿Por qué no te dijo todo eso desde el principio? —preguntó Andrés, compartiendo la perplejidad de su hermano.

—¡No tengo idea! Ahora es como si ya tuviera el culpable y lo que quiere es la evidencia, pero sin que nosotros hayamos descubierto nada.

Consideraba contraproducente dejar que el cliente dictaminara los parámetros y las vías de investigación. Agravando el caso, Enrique Prats parecía poseer mucha más información de la que había compartido. Su intuición fue acertada, mas poco lo movía eso a obtener las respuestas.

Aldo dejó escapar su duda en voz alta con frustración:

—¿Qué más no nos habrá dicho?

Quedó tan atónito luego de la llamada con Prats que le costó un largo rato recomponerse. Y, ahora, andaban demorados para su encuentro en el museo con Clara. Tampoco tuvo tiempo para llamar e intentar contactar otra vez con el detective Salas.

Como de costumbre, se desplazaron usando el metro y llegaron solo diez minutos más tarde de lo acordado al Museo de Arte. Clara los esperaba sentada en uno de los bancos del vestíbulo, leyendo con interés la hoja informativa de la exposición que abría ese mismo día: *La Pintura Francesa del Siglo XVIII*.

—Perdón, que llegamos tarde —dijo Aldo a la vez que se acercaron hasta ella.

—No es nada —respondió Clara—, si yo casi acabo de llegar también.

Si Aldo debía derribar una pared para alcanzar los estímulos que lo impulsaran hacia una mujer como Claudia Russo, la mujer que tenía ante él ahora le costaría cruzar un valle entero; aunque sin duda uno hermoso y saturado con el mismo olor de su perfume.

—¿Entramos? —preguntó Clara, notando la indecisión y la mirada abstraída de Aldo.

—Sí, sí, vamos —balbuceó él.

La exposición abarcaba varias salas y el diseño del recorrido mantenía como objetivo un orden cronológico en los cuadros y las obras a lo largo de la centuria que realizaba. Aldo se encontraba allí solo para complacer a su hermano y, luego, por ver a Clara. Ella, por su parte, parecía indecisa entre estudiar las obras en detalle o aceptar la atención de Aldo.

Andrés ya andaba un poco más adelante, fascinado por los motivos y los estilos de las obras que se encontraban ante él a lo largo de las paredes, cuando Clara se detuvo frente a un cuadro de Jean-Antoine Watteau intentando salir de su indecisión.

—¿Cómo sigue todo con tu trabajo? —le preguntó Aldo.

—Bien —respondió, girándose hacia él—. Ha habido rumores de que otra empresa mucho más grande va a adquirir la inmobiliaria.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende de a quién le preguntes.

—Pues, tú, ¿qué crees?

—Si cierran la oficina voy a tener que mudarme y... —dijo y pausó, mirando a Aldo inhibida—. Y, pues, no quiero dejar a mis padres solos. Más tener que acostumbrarme a un lugar nuevo, porque tendría que moverme hasta el Centro o quizá otra provincia, dependiendo de las otras oficinas que tenga la otra empresa. Aunque... lo de la adquisición no es nada seguro de todos modos.

Aldo no deseaba contemplar la idea de que Clara se marchara de su barrio para ir a vivir a ningún otro lugar. Se criaron ambos allí mismo, en Villamar, con todas sus imperfecciones, las vivencias y el sinfín de recuerdos que conlleva una vida arraigada a un único lugar.

—Y ¿tú? ¿Cómo sigue el detective Arnaldo Mota? —preguntó ella, comenzando a moverse otra vez por la sala de la exposición.

—Pues, un poco frustrado en este momento —dijo, dejando el sentimiento de sus palabras derramarse por su voz a la vez que caminaba al lado de Clara—. El cliente parecía que buscaba una cosa cuando firmamos el contrato, pero ahora parece como si buscara otra cosa de mí.

—¿Crees que se arrepintió?

—No, no es eso, al contrario, él insiste que he estado haciendo un buen trabajo y espera que le dé pruebas de cosas que él mismo sabe y no quiere compartir conmigo.

—Pero ¿por qué? No entiendo.

—¡Yo tampoco! —exclamó con disgusto—. Yo tampoco entiendo por qué no me dice todo lo que sabe.

—Quizá te esté poniendo a prueba, ¿no?

Aldo suspiró.

—No sé, quizá es algo así.

Tomando nota del descontento de Aldo, Clara dijo:

—Bueno, pero estás haciendo el trabajo, ¿no? Y el cliente se ha comprometido a pagarte, ¿no?

—Sí...

—Pues, intenta verlo así: es tu primera prueba de trabajo en la agencia de detective y tendrás también una paga cuando concluya. Quizá un poquito frustrante, pero me imagino que sería mucho peor no encontrar ningún cliente.

—No, sí, es cierto —aceptó.

Aldo la observó un momento en silencio, sorprendido por el éxtasis que le llegaba por la facilidad con la cual Clara abatía sus temores y frustraciones. Ella advirtió su mirada y él desvió la suya, fingiendo interés en otro de los cuadros.

—Andrés me ha seguido ayudando también —comentó, intentando que sus pensamientos pasaran desapercibidos.

—Es muy bueno para él, que salga de la casa y tenga más distracciones, luego de lo de tu padre. El cambio de rutina le viene bien.

—Pero es hasta más que eso —intimó Aldo—. Cuando primero apareció el cliente, si no hubiera sido por Andrés, tal vez nunca hubiera aceptado el caso.

—¿Por qué? —preguntó, extrañada.

—Él me dio el empujón que necesitaba. No lo esperaba, pero me vino bien.

Como si aludir a su hermano lo hiciera tener mejor constancia de él, miró al fondo de la sala y vio que Andrés observaba un cuadro con fijación. Clara y Aldo todavía andaban por las obras del rococó de mitad de siglo; mientras que Andrés ya alcanzaba el final.

Durante un breve instante, apenas perceptible, Aldo sintió también apreciación por los impulsos de Andrés, los más tangibles y los menos. Las destrezas de investigación de su hermano le sirvieron de ánimo para tomar el caso que Enrique Prats puso en sus manos, pero en ese momento fugaz también recordó que fue él, Andrés, quien había insistido en la visita al museo, y quien había invitado a Clara...

Despertando de la momentánea pausa, añadió:

—La investigación anda un poco complicada. Cuantas más personas entrevisto, más siento que tengo que volver al principio y hacer las mismas preguntas para buscar los detalles que faltan. Pero me gusta el trabajo. Me encanta, la verdad —confesó, con una involuntaria sonrisa que adornaba sus labios.

Clara lo observó, complacida:

—Se nota. Tú siempre quisiste hacer el trabajo de tu padre, ¿no?

—Sí... —dijo, vacilando.

Aldo se detuvo. Una ola de angustia lo arropó y no logró decidir si le costaba admitir ese deseo o, tal vez, le lastimaba recordarlo. Por el momento, quiso abordar otro tema, llevar la conversación a otros asuntos que no incomodaran sus emociones de ningún modo. Ya se sentía bastante confligido con el trabajo de la investigación que estaba llevando a cabo, no deseaba más.

Clara le dedicó una mirada inusual, apretando los párpados como si intentara intensificar la voluntad de sus pensamientos. Sin aviso alguno, preguntó:

—¿Por qué te fuiste, Aldo?

Al instante, Aldo bajó la mirada como un niño amonestado, temeroso del castigo que le llegaría. Abrió la boca para decir algo, pero no supo cómo excusarse, o cómo mentir.

—Perdón —soltó ella, arrepentida—. Discúlpame, no quise...

—No, no —apresuró él—. No tienes por qué disculparte.

—Sí, pero no quería incomodarte o...

—No, no —insistió—, no tiene importancia ya.

—Vale —dijo, sonrojada. Miró a su alrededor buscando retractarse—. Andrés se nos adelantó —comentó, para ofrecerle a Aldo, y a ella misma, una salida de aquel momento de pudor.

Camaron en silencio hasta donde Andrés seguía estático, sin retirar la mirada de una obra la cual Aldo creía haber visto antes, quizá guardada en un recuerdo lejano e inconsecuente, pero solo retenía detalles turbios que poco ofrecían.

Se trataba de un óleo que mostraba a un hombre en una tina, con la cabeza cubierta por un turbante, el cuerpo desnudo y derribado hacia un lado. Exhibía una herida en el pecho por la cual se desangraba y teñía el agua. Sobre la tina, una tabla cubierta por un manto verde hacía de pupitre, complementada por una pequeña mesa al lado con una hoja de papel y un tintero, como si hubiese improvisado un escritorio. En la mano derecha, colgando sobre el borde de la tina a

ras del suelo, sujetaba una pluma; en la izquierda, mantenía otra hoja, escrita y manchada con su sangre. Era la imagen de un momento que capturaba al hombre aferrándose a su último aliento de vida, asesinado en su propio baño.

Aldo leyó la placa con el nombre del artista, Jacques-Louis David, y el título de la obra: «**LA MUERTE DE MARAT**».

Los dedos de Andrés se movían con afán en su secuencia rítmica, las yemas colisionaban con rapidez —índice, corazón, índice, corazón—.

Alertado por la presencia de Aldo a su lado, Andrés desprendió la mirada del cuadro en la pared, se giró hacia él y musitó:

—Es como Julieta.

Las palabras de Andrés hicieron audibles los pensamientos que ya comenzaban a dar vueltas en su mente. Dos vidas finalizadas, sumergidas en aguas saturadas de sangre que la brutalidad de otro derramó. Un eco de violencia que cruzaba el tiempo y espacio; uno resuelto, el otro aún por resolver.

Cuando salieron del museo, se aproximaba la llegada de las seis de la tarde. Tomaron juntos el metro, era la ruta habitual de Clara desde su trabajo hasta su casa, y anduvieron los tres en compañía hasta llegar a la calle Serení en Villamar. Clara vivía a tres casas de distancia de la de ellos, y Aldo le ofreció acompañarla. Tan pronto Andrés entró a la casa, Aldo y Clara quedaron a solas y en silencio. La brevedad del tramo no daba para mucho de qué hablar, él tampoco parecía encontrar nada con qué rellenar el vacío.

Cuando llegaron a la entrada de la casa, Clara se detuvo ante los tres peldaños y dijo:

—Pues..., gracias por haberme invitado. Me gustó mucho la exposición.

—Gracias a ti por venir. Si no, hubiera estado yo solo allí con Andrés —dijo y rio nervioso.

—Él es buena compañía —remarcó ella con afecto.

—No, sí, sí. Pero, tú sabes que él no habla mucho.

—Tú también eres buena compañía —murmuró.

Aldo intentó sonreír, pero pareció una mueca de alguna molestia estomacal. Al él no decir más, ella comenzó a rebuscar sus llaves en su cartera. La prenda se veía liviana, aun así, le tomó casi medio minuto encontrarlas.

—Aquí están —anunció cuando por fin las extrajo—. Pues, Aldo —dijo y movió la mano para ajustarse el cabello por el lado—, que pases buenas noches.

—Sí, tú también. Buenas noches.

Ella subió el primer peldaño, pero se dio la vuelta:

—Te veré el sábado en la fiesta, ¿no?

—Sí, claro.

—No te has olvidado de lo que tienes que traer, ¿verdad?

—No, no lo he olvidado... —Pausó y la miró con toda la culpa que sentía desbordándose sobre su rostro—. Perdón... Sí, se me olvidó. ¿Qué era?

Ella rio.

—Los platos.

—Ah, sí, sí, sí, ¡ya! Platos desechables. Sí, no se me olvida —declaró.

Clara le propinó un gesto de reproche burlón.

—Vale, no se me olvida *de nuevo* —aclaró—. Ahora sí que me voy a acordar.

Ella sonrió y dijo:

—Pues, nos veremos el sábado.

Permaneció unos segundos más en el peldaño que la posicionaba en el lugar exacto para fijar sus ojos, y sus labios, a la misma altura que los de Aldo.

Él quiso acercársele, pero sentía su cuerpo clavado al suelo. En su parálisis, estimó que ese momento sería adecuado para invitarla a cenar o al cine, algo que le diera una buena razón para pasar más tiempo a solas con ella, para obligarse a salir del estanque que no acababa de permitirle decir justo lo que deseaba decir. Se escondía, en todo momento, de sí mismo ante ella. Cuanto más lo aceptaba en su interior, más difícil se le hacía tomar una decisión.

—Hasta luego —dijo ella, evadiendo su mirada.

Se dio la vuelta y subió los otros dos peldaños hasta alcanzar el pequeño rellano que se encontraba frente a la puerta.

—¿Clara?

—¿Sí? —soltó, girándose de golpe.

Aldo tragó hondo.

—Eh... —vaciló.

Clara lo observó sin moverse, apretando con más fuerzas las llaves con la mano.

—Eh... —Pausó—. Que... —Dudó—. Que gracias otra vez por acompañarnos hoy.

Clara asintió despacio, aflojando el apretón de las llaves.

—Buenas noches, Aldo —dijo, repitiendo las palabras por segunda vez, su voz más contraída que en la primera ocasión. Se giró, abrió al fin la puerta y entró.

«¡Idiota!».

Aldo pensó en tocar rápido a la puerta y rectificar su torpeza. En cambio, solo permaneció allí, con el mismo debate interno y la misma irresolución que lo vio esperar más de un minuto sin decidirse a nada. Al rato, la única decisión que tomó fue la de marcharse a su casa, retrocediendo por sus pasos a lo largo de la acera.

Maldiciendo para sus adentros, y con el agotamiento de un largo día, se quedó con menos ganas de lo usual para hacer nada en la cocina, y le propuso a su hermano ir a cenar a la pizzería más cercana en la calle Mayor. Andrés se comió cuatro pedazos con un renovado apetito, Aldo solo se comió uno.

El día comenzó en lo alto, finalizó en lo bajo. Quiso convencerse de que el siguiente día traería más y mejores cosas, pero la convicción le falló. Un milagro, pensó Aldo, sería necesario para lograr satisfacer los deseos y expectativas de Enrique Prats, y las suyas también.

17

La luz de la mañana lo encontró todavía tirado en la cama. Aunque logró dormir mejor que la noche anterior, no encontraba las mismas energías de hace unos días. Luego de afeitarse, afeitarse y vestirse, bajó a la cocina, más por instinto que por determinación. A diferencia de los otros días, no halló a Andrés sentado esperándolo y, al haber pasado por su habitación antes de descender los peldaños, sabía que no estaba allí tampoco. Caminó hasta la oficina. Andrés miraba el diagrama de la cronología de la semana de Julieta mientras sujetaba la hoja con el listado de llamadas; la mano derecha por lo bajo y sin parar de mover los dedos.

—La leche se acabó —dijo Andrés, cuando reparó en la presencia de Aldo en el umbral.

—Ah, sí —caviló—, se me olvidó. —El día anterior lo dejó cansado y falto de pensamientos externos a los temas de la investigación que continuaba obstaculizando sus ánimos—. Vale, ahora vuelvo —murmuró, y se marchó a por los comestibles para el desayuno.

Visitó primero la tienda de abastos para, además de la leche para el café, comprar varias latas más de salsa de tomate y espaguetis. La carne, las verduras y las frutas deberían esperar hasta la visita al mercado luego a la tarde. Ya caminaba hacia la caja registradora cuando se detuvo... «Los platos», le llegó la voz de Clara como el recuerdo de una acaricia, y fue a por ellos también.

Al finalizar la compra, decidió ir a la panadería. No recordaba con exactitud cuánto pan le quedaba en la cocina. Pero no le importó si compraba y sobraba, Andrés se lo acabaría sin más.

Sus pasos en silencio, además, siempre le brindaban un buen momento para reorganizar sus ideas o reconfigurar los pensamientos. Sentía haber llegado a un punto de inflexión en la investigación en el cual todas las vías parecían obstruidas. Enrique Prats le dio instrucciones muy claras que lo obligaban a redirigir las pesquisas. Aun así, no solo le parecía difícil dar con evidencias de que César Belzan hubiera estado en el interior del apartamento de Julieta la noche en la que murió, sino que Aldo mismo no se encontraba convencido de que el esfuerzo valiera la pena. Si Belzan estuvo allí, pensó él, sabía cómo cubrir sus pasos con destreza, pues repararon en su identidad solo por seguir al licenciado Núñez.

Además, la sensación que más lo colmaba de frustración y lo inquietaba era saber que su cliente le ocultaba información vital. No le gustaba sentirse usado, y menos cuando también desconocía la razón.

Cuando entró a la panadería de don Rogelio, andaba tan encerrado en sus pensamientos que durante un instante olvidó lo que hacía allí.

—Aldo, muchacho, ¿cómo estás?

Escuchó la voz que llamó y sintió una fuerte palmada en el hombro.

—Bien, ¿y usted, don Benjamín? —dijo, despertando.

—Ya sabes, en la lucha.

Aldo no sabía qué lucha era aquella que don Benjamín siempre invocaba y parecía interminable. Tal vez se trataba de la lucha contra la vejez, don Benjamín sin duda contaba con algunas victorias.

Era un pensionista de setenta años que no aparentaba más de cincuenta y cinco, alto, delgado y de buen porte. Aunque canoso, conservaba entera su melena, siempre recortada con estilo, y sus ojos castaños mantenían el lustre de su juventud. Acostumbraba a usar ropa impermeable de hacer ejercicio y de colores absurdos en sus tonalidades. Sin importar el día que fuera, laboral o festivo, tempestuoso o invernal, lo hallaban desplazándose por todo el barrio en sus caminatas diarias. Él le atribuía su buena salud a su régimen vegetariano, del cual repartía consejos a diestro y siniestro a todo el que pareciera dispuesto a escucharlo hablar, y a veces, también a los que no.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó don Benjamín con sospecha—. Te veo agotado.

—Sí, sí... —dijo sin convencimiento.

En ese momento interrumpió la voz de otra clienta que entraba:

—Buenos días, jóvenes.

—Buenos días, doña Estela —dijo Aldo.

—¿Vosotros estáis esperando el turno?

—Oye, Estela, verdad que este muchacho como que se ve más *jalao* que un timbre de guagua —dijo don Benjamín, determinado a no abandonar el tema.

—¿Qué es eso? —preguntó, espantada, como con el sobresalto de haber escuchado una obscenidad.

—Que yo como que lo veo desganado —explicó.

María Estela era también otra pensionista, viuda y gallega de nacimiento. Para Aldo, verla siempre guardaba una sensación curiosa, pues fue su maestra en su clase de español durante dos años en la escuela primaria.

—Pues, sí, se te ven los ojos cansados —comentó ella.

—Yo creo que eso puede ser anemia —apuntó don Benjamín—. ¿Sabes lo que tienes que hacer? —preguntó hacia Aldo—, tú echas en una licuadora zumo de remolacha, media taza de cebada cocida y dos yemas de huevo. Te lo tomas, ¡y ya! Te deja como nuevo.

—¿Qué remolachas con yemas de huevo ni qué ocho cuartos?, ¡hombre de Dios! —reprochó ella—. Un buen caldo es lo que te hace falta, como los que hacía mi abuela.

—Pues, que se dé el caldo gallego, pero el batido de remolachas también, que tiene mucho hierro.

Ella miró a Aldo y negó por lo bajo, le ofreció una media sonrisa cómplice que le sugería en silencio ignorar los consejos de don Benjamín.

—No es nada —les aseguró Aldo—. Me hace falta dormir un poco más, es todo. Hace unos días me cogió la lluvia y no he podido dormir bien.

—Mira, cuidado, hijo, que no sea que hayas pillado algún resfriado —advirtió doña Estela en un tono maternal.

—El batido de remolachas y cebada es bueno también para el sistema inmunológico —insistió

don Benjamín.

—Ya, pero no es nada —dijo Aldo.

—Y come mucha verdura, que la carne acidifica el cuerpo —continuó don Benjamín—, y si te enfermas, así la pasas peor.

—¡El caldo! —dijo doña Estela—. Un buen caldo es lo que le hace falta.

Aldo intentó llevar la conversación lejos de cómo remediar mejor su agotamiento con recetas de comida sin éxito. Don Benjamín y doña Estela continuaron su desacuerdo hasta que apareció al fin don Rogelio, que empujaba con el hombro las puertas batientes que conducían a la cocina y los hornos. Se disculpó por la demora, cargado de panes y más productos para la vitrina.

Aldo compró pan y más pastas de hojaldre, bajo la mirada severa y las advertencias de don Benjamín de cómo el azúcar bajaba las defensas de los glóbulos blancos y podía empeorar su diagnosticado estado de anemia.

Cuando llegó de regreso a la casa, encontró a su hermano todavía en la oficina, reflexionando en silencio sobre sus ideas en torno a la investigación de la muerte de Julieta. Mientras preparaba las tostadas para Andrés, recordó que el día anterior no había llamado al detective Salas; no quería dejar de seguir intentando contactar con él. Ya cuando Andrés desayunaba, se propuso probar su suerte.

—Salas —anunció la voz por el teléfono.

Aldo casi dejó caer el auricular por la sorpresa que lo estremeció:

—¿Detective Salas? —preguntó, todavía pasmado.

—Sí. ¿Quién habla?

—Es Arnaldo Mota. El intendente Samuel Guevara me dio su número. ¿A usted fue a quien se le asignó el caso de la muerte de una joven llamada Julieta Prats hace unas semanas? ¿Lo recuerda?

—Sí y sí. Guevara me dejó un mensaje diciéndome que llamarías. Tú eres el hijo de Arnaldo Mota, ¿no?

Aldo sintió un renovado aprecio por el excompañero de su padre.

—Sí, así es —dijo—. Estoy trabajando y haciéndome cargo de la agencia de mi padre ahora.

—Qué bien. Y lamento mucho lo de tu padre. Mota fue de lo mejor que hemos tenido aquí —afirmó.

—Gracias. Pues... —vaciló.

—Guevara dijo que querías ver el expediente. ¿Es solo eso?

—Sí, si no es ningún problema —dijo, casi aguantando la respiración.

—De un detective a otro, no, no es problema, pero tampoco es oficial, ¿me entiendes?

—Claro. Sí, entiendo —respondió, aliviado.

—No te puedo dar copia de nada —advirtió—, pero puedes verlo y leer todo lo que quieras.

—Vale, perfecto. Muchas gracias.

—Y tampoco puede salir el expediente de aquí.

—No, sí, entiendo. Leerlo será suficiente —le aseguró—. ¿Cuándo podría pasar?

—Pues, llegué ayer y todavía me estoy poniendo al día con todo el trabajo, pero tal vez hoy por la tarde, si tienes un rato.

—Sí, hoy por la tarde será perfecto.

Luego de anotar el número de la oficina del detective Salas e intercambiar otras cordialidades, Aldo colgó el teléfono sintiendo algo de energías que renovaban sus ánimos. No sería una garantía de nada, pero al menos la perspectiva del otro detective y algunos de los detalles que aún no lograban corroborar quedarían a su disposición.

Aldo caminó deprisa hasta la cocina.

—¡Tenemos acceso al expediente de Julieta Prats! —anunció en un tono de voz triunfante.

Andrés casi se ahogó con el buche de café con leche que intentaba tragar, tanto por la sorpresa como por la emoción, y recibió la noticia con el mismo ánimo exaltado que su hermano. Él también guardaba dudas y preguntas que esperaba poder responder con la información del expediente oficial de la policía.

Apenas comenzaban a disfrutar con anticipación toda la nueva información que obtendrían y a planificar la tarde, cuando se escuchó el timbre de la puerta principal de la casa.

Aldo caminó hasta la puerta. Una silueta indefinida de tonos negros se filtraba por el cristal opaco. Cuando la abrió, se encontró con dos rostros desconocidos, un hombre y una mujer, que fijaban sus ojos en los suyos.

—Buenos días —dijo el hombre.

—Buenos días —imitó Aldo.

El hombre tenía el cabello oscuro, los ojos verdes, la mandíbula ancha y las orejas grandes y apartadas. Aunque ignoraba la identidad del interlocutor, sobre su mirada y su semblante colgaba algo familiar, como si tal vez se tratara de alguien escondido en un recuerdo impreciso. La sensación lo inquietaba.

—¿Es usted el detective Mota?

—Sí... —dijo Aldo, cauteloso.

—Mi nombre es César Belzan —declaró—, y me gustaría hablar con usted.

18

Observando a César Belzan sentado frente a su escritorio, con su chaqueta elegante, corbata y aspecto de empresario, una sensación de *déjà vu* incontrolable invadió a Aldo. Creía entender la razón exacta, pero no dijo nada, quería que fuera el otro quien cediera la información.

Luego de los saludos y de presentarse —la mujer que acompañaba a Belzan era su esposa, que se llamaba Carolina Quintana—, Aldo los invitó a pasar a la oficina. En esta ocasión, le pidió a Andrés que estuviera presente, y lo dejó tomar su silla del escritorio. Aldo permaneció de pie a su lado con su libreta de apuntes y el bolígrafo en mano. Ahora, todos allí intercambiaban miradas, el comienzo de la conversación parecía estancado.

César Belzan extrajo una tarjeta de visita de su bolsillo y se aclaró la garganta.

—Víctor Núñez me informó de su visita —dijo colocando la tarjeta sobre el escritorio, la misma que Aldo le dejó al licenciado para instarlo a reconsiderar su intransigencia—. Me dijo que usted le preguntó por sus trámites con Julieta Prats.

—Así es —dijo Aldo, todavía inseguro de la dirección de la conversación.

—Mencionó que usted sabía de llamadas por parte de Julieta a su despacho y vino a remitirme la información personalmente; no quiso usar el teléfono. —Dudó—. Me dijo, además, que Julieta falleció.

Aldo asintió despacio y dijo:

—Sí, es cierto.

César bajó la mirada y respiró hondo. Su esposa extendió el brazo y colocó su mano sobre la de él, mientras la acariciaba con los dedos. Él la miró y ella le ofreció un gesto, algo sutil y casi oculto, que lo animaba a continuar. Aldo pudo apreciar el porqué de la presencia de la esposa allí.

—¿Cómo murió? —musitó César, su voz débil.

—Según la conclusión oficial de la policía —dijo Aldo—, Julieta tomó su propia vida.

César Belzan pareció perder todo el aire, su cuerpo se desinflaba sobre la silla.

—¿Cuándo? —preguntó sin aliento.

—El viernes, nueve de junio.

Carolina apretó más aún la mano de su esposo. Aldo decidió aprovechar el momento y la angustia emocional para comenzar a presentar sus preguntas.

—Según le comentó a una amiga suya, Julieta tenía intenciones de verse con el licenciado Núñez esa noche. ¿Es cierto?

César alzó la mirada, lo miró muy serio y asintió.

—Era para que los conociera a ellos; a mi esposa y mis hijas —dijo con un gesto de la cabeza

en dirección a Carolina—. Julieta aceptó cenar con todos nosotros en mi casa, Víctor, el licenciado Núñez —aclaró—, también estuvo allí.

Durante un momento, se quedaron todos en silencio.

—Julieta nunca llegó —ofreció Andrés en voz baja.

—No, nunca —confirmó César, ahora mirándolo a él—. La esperábamos a las siete y media, pero nunca llegó. Yo pensé que tal vez se había arrepentido y la llamé varias veces a su casa, pero nunca hubo respuesta.

César suspiró con fuerza una vez más, los vientos de una tormenta interna de emociones conflictivas buscaban salir de su cuerpo de una vez. Aldo reconoció que algo brotaba y no dijo más.

—Yo nunca conocí a mi padre biológico —comenzó César—. Mi madre lo amó hasta el día en el que murió, de eso no tengo duda, pero nunca me quiso decir su nombre. Durante años, le pregunté, y nada de nada. Recuerdo como si fuese hoy que, cuando cumplí los dieciocho años, le dije que no quería ningún regalo, que lo que quería era que me dijera quién era mi padre. Todavía me acuerdo de la cara que puso. —Rio con nostalgia y sin humor—. Tiró la caja con el regalo que ya me había comprado y salió de la casa furiosa. No me habló durante dos días.

—¿Nunca supo quién era, entonces? —preguntó Aldo, a la vez que hacía sus apuntes.

—Sí... sí, lo supe. Mi madre, con el tiempo, cedió. Hace casi dos años murió de esclerosis múltiple, batalló durante varios años, pero al fin no pudo más. Nosotros la cuidamos lo mejor que pudimos, y creo que vivió feliz. —Pausó—. Justo cuatro días antes de morir, después de tantos años, me dijo quién era mi padre. Él ya había muerto, así que, por eso pienso que, tal vez, ella ya sentía menos culpa.

Aldo no necesitó mucha maña investigativa en ese instante, pues los puntos, aunque un tanto distantes, no resultaban difíciles de conectar. Pero fue Andrés quien dijo en voz baja:

—Enrique Prats...

César asintió y rio otra vez, ahora se asomaba algo de humor irónico.

La información verbalizada, e internalizada, ya no causaba sorpresa alguna. César Belzan, le parecía a Aldo, se asemejaba una versión de Enrique Prats, hijo, más añejada, aunque con mayores imperfecciones en su sonrisa, quizá más kilos de peso y el color de su cabello castaño oscuro, mucho menos cercano al de Julieta. Para el resto que no veía de su cliente, solo debía cerrar los ojos e imaginar el rostro de Enrique Prats, padre, y podía rellenar los otros huecos en blanco.

—Mi madre, hasta esos últimos días, nunca me dijo nada de mi padre —continuó César—. Lo único que sabía de él, porque recuerdo que me lo dijo una vez, y fue un desliz en realidad, era que tenía los mismos ojos que yo, y que cuando me veía a mí, lo veía a él. —Pausó, su rostro se reconfiguraba con algo de una renovada angustia—. Cuando conocí a Julieta, entendí que no exageré —dijo y sonrió con tristeza.

Aldo reconoció la veracidad de sus palabras: el color de los ojos de los tres hijos de Enrique Prats era idéntico.

César dejó escapar otro largo suspiro, aún le quedaba más:

—Mi madre, que se llamaba Viviana Belzan, fue la secretaria de Enrique Prats durante casi

siete años. Y durante cuatro de esos, su amante. Cuando se enteró de que estaba embarazada, renunció.

—¿Enrique Prats supo del embarazo? —preguntó Aldo de inmediato, al tiempo que continuaba sus apuntes con agilidad.

—No, ella nunca le dijo nada —declaró César—. Cuando me lo confesó, todo lo que me dijo fue que en su mente solo le quedaron dos opciones: tener un aborto, porque Enrique Prats nunca hubiese aceptado el riesgo de que saliera a la luz pública un hijo ilegítimo suyo. O, marcharse y quedarse con su hijo como el único recuerdo del hombre que me juró que tanto amó. Me dijo que él la amó también, y él le juró que si la hubiese conocido a ella primero, aunque fuera de una familia humilde, se hubiera casado con ella.

Dejó las palabras colgadas unos segundos, luego continuó:

—Quizá fueron cosas que él le dijo en momentos de pasión, o quizá cosas que le dijo precisamente para provocar la pasión en ella. ¿Quién sabe...? Al final, mi madre se marchó.

—Pero ¿él no sospechó nada? ¿Si la amaba tanto, no mantuvo contacto?

—No. Ella le dio un ultimátum, pero lo hizo porque ya sabía la respuesta: le dijo que escogiera entre ella o la esposa que tenía, que para ese tiempo todavía no le había dado ningún hijo. Él era un hombre de negocios y muy calculador. Lo de mi madre, con o sin amor, era algo pasional, un capricho, pienso yo. Con la esposa, había muchos intereses más por parte de ambas familias. Y por encima de todo, el escándalo de un divorcio y la entrada de la amante... Pues, no era difícil predecir cuál sería su decisión. Mi madre lo sabía, así que lo usó en su contra para alejarse totalmente de él para poder tenerme a mí.

—Y ¿usted quiso conocer a la familia después de todo? —instó Aldo.

—Sí, exacto. Luego de que ella muriese, estuve pensando el asunto durante muchos meses, hasta que al fin le pedí a Víctor que intentara averiguar algo sobre la familia Prats. Mi madre ya me había dicho que mi padre murió, pero pensé que de seguro habría algo, alguien, con quien conectar.

—Julieta Prats... —murmuró Aldo.

César asintió.

—Víctor me hizo llegar una foto de la familia Prats, de cuando estaba Enrique Prats y su esposa viva, con los dos hijos. Fue la primera vez que vi a mi padre y... me vi a mí mismo. No solo por el parecido, pero también porque, hasta ese momento, no había aceptado la idea de esa familia. Me sentí como Enrique Prats seguramente se hubiera sentido con un hijo bastardo, avergonzado, pensando que ese hijo sería una ruina moral para él en vez de una criatura concebida por el amor que dijo tener por mi madre. Me prometí que yo no sería como él, y no me dejaría yo mismo ser mi propia vergüenza.

Pausó de nuevo por la aflicción de sus recuerdos.

—Así que le pedí a Víctor que contactara con Julieta —prosiguió—. En la foto de la familia, ella se veía más... cariñosa, o feliz. Pensé que, entre ella y el hermano, ella sería la que más dispuesta estaría a escucharme. Y así fue. Hace como dos meses, comenzamos a hablar. Por todo el asunto legal, porque Enrique Prats y su esposa ya murieron y por eso de los bienes, Víctor me insistió en que la llamara siempre mediado por él. Así que yo iba a sus oficinas, y así hablé con

ella dos veces por teléfono. Lo que le dije a ella fue casi exacto a lo que les he contado ahora. Le ofrecí la historia de mi madre y la mía. Ella nunca me rechazó. A la segunda vez que hablamos, todavía no nos habíamos conocido en persona, pero ella misma me propuso hacer una prueba de ADN. Al principio le dije que no, porque no quería que ocurriese el escándalo que Prats tanto temió en vida y porque, por todo lo que me contó ella de su familia y de su hermano, me imaginé que él no estaría contento con la aparición de un hermano ilegítimo. Pero Julieta insistió. Y pues, el lunes, hace más de dos semanas, la llamé y le di la dirección para encontrarnos. Ella fue hasta las oficinas de Víctor y nos conocimos en persona por primera vez. Nos tomamos la muestra de saliva en presencia de Víctor y varios testigos para legitimarlo todo.

Aldo ignoraba la sensación de descubrir y conocer a un hermano ilegítimo por primera vez, no obstante, entendía que representaba una situación complicada que podría traer un sinnúmero de emociones.

—¿Cómo fue la experiencia de conocer a su hermana? —preguntó con sutileza.

Los ojos de César se tornaron llorosos.

—«Tienes las orejas de papá» —relató—, eso fue lo primero que me dijo Julieta cuando me vio. Ni un *Hola*, o *Buenas tardes*, no, nada de eso. «Tienes las orejas de papá» —repitió—, y me dio un abrazo.

Descontrolado, César comenzó a llorar, y dejó escapar un fuerte gemido contenido entre su respiración sollozante. Su esposa se inclinó hacia él y lo abrazó.

—Yo lo único que quería era conocer a mi familia y tener hermanos —dijo, sorbiendo, todavía entre los brazos de Carolina—. Nunca supe cómo se sentía eso. Eso era todo. No quería causar problemas. Yo no quería el dinero de los Prats.

Sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó las lágrimas. Le costó un rato más recomponerse. Su esposa, a su lado, lo acariciaba y le regalaba palmadas cariñosas aquí y allá.

—Señor Belzan —dijo Aldo al cabo de unos segundos más—, no quiero incomodarlo de ningún modo, pero será necesario corroborar otros detalles de esa semana.

César asintió y sorbió otra vez.

—¿Usted o Víctor Núñez contactaron con Julieta el miércoles, siete de junio?

Se quedó pensativo unos segundos, luego asintió:

—Sí. Julieta llamó a Víctor a su despacho y él me llamó a mí. Quedamos en vernos en otra ocasión después del lunes para que ella conociera a mi familia, mi esposa y sus sobrinas, tenemos dos hijas, pero no decidimos nada. Pero por alguna razón, ella se decidió luego de ese día y se lo notificó a Víctor. Yo la llamé de vuelta y le propuse que fuera hasta nuestra casa y cenáramos allí. Y acordamos que el viernes sería un buen día.

—¿En Villarrubia?

—Sí —respondió, sorprendido. No había compartido nada de información de su residencia.

—Es el trabajo de detective —dijo Aldo, satisfecho, al intuir las dudas del otro—. Luego, ese viernes —continuó—, ¿usted visitó a Julieta a su apartamento?

—No. Ni sé dónde vivía.

—Esto es una pregunta importante, señor Belzan —advirtió Aldo, serio y firme—, ¿usted nunca vio a Julieta, dentro o fuera del apartamento, o en alguna cafetería del barrio?

—No —respondió y miró un momento a su esposa, confundido—. Le aseguro que nunca vi a Julieta ese día. Nosotros la esperábamos en nuestra casa y ella se comprometió a ir, no tenía por qué verla hasta esa hora.

Enrique Prats era su cliente y el día anterior lanzó acusaciones en contra de César Belzan, pero sintió que sería una buena estrategia no ocultarle nada durante la entrevista.

—Enrique Prats nos ha asegurado que Julieta recibió una visita suya, como a eso de las seis de la tarde, el viernes nueve de junio —reveló Aldo.

La sorpresa en el rostro de César ahora comenzaba a mutar a una mueca de enfado ante la acusación.

—Eso es totalmente falso —insistió—. Mi esposa aquí lo puede corroborar.

—Es cierto —intervino Carolina—. César estuvo en la casa toda la tarde y toda la noche. Él llegó del trabajo como a las cinco y cuarto, y estuvimos todos allí esperando a Julieta. Estaba Víctor también, y nuestras hijas. Hasta la cocinera. Todos son testigos de lo que le decimos.

—¿De qué me acusa a mí? —preguntó César, indignado—. No entiendo a qué viene esto.

—Prats piensa que la muerte de Julieta no fue suicidio.

César contrajo el ceño:

—Pero usted mismo dijo que...

—Sí, la policía lo declaró así —se adelantó Aldo—, pero... hay muchas inconsistencias en esa versión oficial.

—¿Qué tipo de inconsistencias?

—Cuando usted conoció a Julieta ese lunes —continuó Aldo con más preguntas, ignorando la del otro—, ¿le pareció que se encontraba en un estado emocional alterado? ¿Se veía triste o ansiosa?

—Tal vez en un estado un poco alterado, sí. Lloró cuando nos conocimos. Fue un momento bien emotivo para ambos.

—Ya, pero, a parte de la emoción de conocerlo por primera vez en persona, ¿le mencionó algún evento personal que la estuviese afectando?

—No, no me dijo nada. —Pausó—. Me anticipó que su hermano no quería saber de mí, pero me dijo que a ella no le importaba lo que él pensara ni lo que dijera. ¿Es eso? —preguntó.

—¿El qué?

—¿La desaprobación de su hermano le causó un estado depresivo?

—Pues, no... Bueno, no sé, en realidad. Las dudas sobre su muerte van más allá de la opinión de Enrique Prats.

—Yo vine hoy aquí, y Carolina y yo lo hablamos ayer y lo decidimos, porque usted le dijo a Víctor que investigaba sobre los asuntos de Julieta, y él me dijo que no les concedió ni una sola palabra. Yo quiero las cuentas claras. Mis intenciones al contactar con Julieta eran conocer a mi familia, no fue nada de dinero lo que le exigí. Víctor estuvo presente en todas nuestras conversaciones y fue testigo de todo lo que hablamos.

Aldo creía en la palabra de aquel hombre, pero su trabajo continuaba. Enrique Prats buscaría refutar todo lo declarado por César y necesitaba cierres herméticos en la caja que cargaría con toda la información hacia su cliente. Quería presentar información incuestionable. El detective A.

Mota no podría dejar nada a medias o inexplorado porque pudiesen resultar incómodas las preguntas.

—Señor Belzan, que conste que no lo estamos acusando de nada —dijo Aldo—. Solamente queremos entender todo lo sucedido en la última semana de vida de Julieta. A ver, cuando hablaron el miércoles después de que ella llamase a Víctor Núñez, ¿cómo se comunicó con ella?

—Yo la llamé desde mi casa. Fue la última vez que hablé con ella, y la única vez que Víctor no estuvo presente, pero fue cuando ella me dijo que quería conocer a mi familia y le propuse lo del viernes.

—¿Desde qué número la llamó?

—Desde el de mi oficina en la casa. Tengo una línea privada que uso para asuntos del trabajo, y es distinta de la línea que uso para el resto de la casa.

—Ya —dijo, haciendo más apuntes en su libreta—. ¿Así que la última vez que la vio fue el lunes por la noche?

—Sí.

—Además del licenciado, ¿cuáles fueron los otros testigos esa noche?

—Un empleado de otro bufete y la secretaria de Víctor.

—Ya. Durante su tiempo allí, ¿usted, o cualquier otra persona, le dio a Julieta alguna píldora de algo? Lo que sea.

—No, en lo absoluto —respondió, extrañado.

—¿Seguro? Aunque haya sido por equivocación.

—No, nada.

—¿Qué significa la frase *Mi vida vale más*?

—Eh, no sé —respondió César, dudoso—, ¿cuál es el contexto?

—¿Julieta nunca usó esa frase cuando habló con usted?

—No, nunca, que yo recuerde.

—Julieta, ¿le mencionó al novio?

—Sí, eso sí, me dijo que estaban comprometidos.

—¿Cuándo le dijo eso?

—Hace como tres semanas, fue la segunda vez que hablamos por teléfono.

—¿No le dijo nada negativo acerca del novio?

—No, en lo absoluto, fue todo muy positivo.

—Y del hermano, Enrique, ¿qué le dijo?

—La segunda vez que hablamos me dijo que le habló de mí a él, pero que él le dijo que yo seguramente le mentía o buscaba sonsacarla de algún modo. Él no mostró interés en conocerme. Mi intuición inicial de aquella foto fue la correcta —añadió.

—¿Le dijo si estaba enojado?

—No recuerdo que usara esa palabra. Me dio la impresión de que desaprobaba que Julieta hablara conmigo, pero no estoy seguro de que haya habido coraje.

—¿Cree que no ha habido coraje cuando Julieta lo desafió y continuó hablando con usted, y luego hasta lo conoció en persona? —presionó.

—Pues..., tal vez. Detective, tiene que comprender que yo nunca he conocido, ni hablado,

con Enrique Prats. No tengo idea de cómo manejaría una situación como esta. Su rechazo hacia mí no conlleva necesariamente coraje, pero repito, no lo conozco, así que no me siento seguro de nada.

Aldo sentía, su mente tan inquieta como los dedos de Andrés.

—Pienso que —habló César en ese momento—, si toda esta situación pudo haber angustiado a Julieta, no sé si, de algún modo, fue lo suficiente para contemplar el suicidio. Ella se veía muy feliz cuando nos conocimos. Pero sí creo que pudo haberle causado otras angustias, saber que su padre le fue infiel a su madre no fue una noticia placentera. Todo ocurrió antes de que ella y su hermano nacieran, pero sé que debió ser una revelación dolorosa.

—¿Usted cree, entonces, que Julieta tomó su propia vida?

—No sé qué pensar ahora. Nunca me lo hubiese imaginado, aunque fue poco lo que conocí de ella, no lo hubiese imaginado.

—Ya... Señor Belzan, voy a necesitar que repasemos toda la información que ha compartido con nosotros y, en esta ocasión, voy a necesitar todos los nombres, fechas y horas, con la mayor exactitud que le sea posible.

César Belzan asintió. Durante los siguientes veinte minutos, Aldo tomó nota de los detalles que al inicio no escribió o de los nombres de las personas que podrían validar de manera independiente toda la información que César le proveía.

Cuando, al fin, César y su esposa se marcharon, Aldo y Andrés guardaron silencio durante un rato. Andrés seguía sentado, mirando el escritorio, perdido en sus propios pensamientos, mientras que Aldo comenzó a caminar de un lado a otro con las manos en los bolsillos del pantalón. No creía haber detectado mentiras en las palabras de sus visitantes, y contaba con la información necesaria para corroborarlo todo. Su complacencia con la versión de eventos de César contrastaba de manera negativa con otros testimonios. No le importaban ya las instrucciones de Enrique Prats ni alguna amenaza de futuros pagos negados por servicios que pudiera usar en su contra. Haría su trabajo costase lo que costase; esclarecería la muerte de Julieta.

Caminó hasta el diagrama cronológico del tablero y tachó con el bolígrafo el nombre que había escrito debajo del viernes, «¿VÍCTOR NÚÑEZ?»; una posibilidad ya descartada. Luego miró el reloj y dijo:

—Vamos a la plaza esa donde supuestamente estuvo Javier Garces bebiendo el nueve de junio.

—San Joaquín.

—Esa —dijo con impaciencia—. Tenemos que confirmar su coartada. Y ya estoy harto de que nos mientan o nos oculten cosas. —Pausó—. ¿«La oportunidad y el móvil» decía papá?

Andrés asintió.

—Si encontramos una, llegaremos pronto a la otra —meditó Aldo.

19

La plaza de San Joaquín, a diferencia de la plaza de San Agustín en Villamar, mantenía un aire comercial más pronunciado. Entre la mayor parte de los edificios que bordeaban la plaza, se incluían restaurantes, tiendas, heladerías y, de principal interés para Aldo en ese momento, bares. Hallaron un total de tres en la periferia de la plaza. La declaración de Javier Garces, haya sido cierta o no, no les ofreció mucho para saber cuál de los tres pudo haber sido, más allá de que el propietario era tío de un amigo suyo. Poca cosa, pero algo era.

Pasaba la hora de almuerzo y el primer bar que visitaron mantenía sus puertas cerradas. En el segundo, lograron entrar, pero respondieron a todas sus preguntas acerca de un tal Javier Garces con cara de indiferencia por parte del dependiente, y negación directa.

Cuando llegaron al tercero y último, hallaron la persiana arriba y la puerta principal entreabierta. Justo al frente del establecimiento, llamado La Terminal, un hombre descargaba cajas de cervezas, vinos y licores de una furgoneta a un pequeño carro de mano.

—Disculpe, buenas tardes —llamó Aldo.

—Dime —dijo el hombre sin mirarlo, apilando más cajas sobre el carro.

—Mi nombre es Arnaldo Mota, soy detective, ¿me puede prestar unos minutos para un par de preguntas?

El hombre pausó, lo miró con sospecha de arriba a abajo y luego continuó descargando más cajas.

—Dime —repitió.

—¿Conoce usted a un chico joven llamado Javier Garces?

—¿Javier Garces? —repitió el hombre.

—Sí. Pelo castaño, una chiva, un poco musculoso de cuerpo. Es vecino de por aquí.

—No sé quién es ese —respondió el hombre, sin interés, y manipulando todavía las cajas.

—Puede ser que él frecuente mucho esta área con sus amigos y...

—¿Javi? —preguntó el hombre de repente, al fin prestando atención.

—Pues, tal vez, sí... —dijo Aldo, inseguro del apelativo que los que lo conocieran pudieran usar para Javier Garces.

—Sí, sí, ¿que tiene el *candao*? —dijo mientras se frotaba la barbilla—. Hace días que no lo veo, pero él se pasa por aquí. Sí. Es muy amigo de un sobrino mío, Héctor. Estudiaron juntos desde el colegio.

—¿Héctor...? —dijo Aldo, pero dudó y comenzó a buscar entre sus apuntes con rapidez, luego miró a Andrés.

—... Ríos... —le confirió su hermano en voz baja.

—¿Héctor Ríos? —preguntó Aldo.

—Sí, ese es mi sobrino —declaró el hombre. De golpe, soltó la última caja sobre las otras y se giró hacia Aldo—. ¿Héctor y Javi están en un lío? —preguntó con enfado. Ahora parecía muy atento.

—Pues, por ahora no sabría decirle, solamente buscaba hacerle unas preguntas sobre ellos.

El hombre lo miró otra vez con sospecha durante varios segundos más. Al parecer, complacido porque nadie sería arrestado, cerró la puerta trasera de la furgoneta y comenzó a mover el carro de mano hasta la entrada del establecimiento.

—¿Recuerda si Javier, eh, Javi, estuvo por aquí con sus amigos, incluyendo su sobrino, el día nueve de junio?

—¡Bah! ¡Qué sé yo! —exclamó, entrando el carro.

—Eso fue un viernes, hace ya dos semanas —dijo Aldo, siguiendo detrás del hombre.

—M'chacho, ¿tú crees que me voy a acordar de quién entró por aquí hace dos semanas? ¡Deja eso! —lanzó, moviendo el carro al lado de la mesa alta de la barra. Luego silbó con fuerza—. ¡Chopi, acaba!

Se escucharon movimientos en la cocina.

—Ya —dijo Aldo—, pero, recuerda haber visto a Javi con su sobrino hace unas semanas, aunque no sepa si fue un viernes o no.

—Ellos se pasan por aquí, vienen a cada rato —declaró el hombre.

—Pero ¿no recuerda un día en específico?

—Sí, yo creo que el viernes estuvieron aquí —dijo, al parecer más para apaciguar a Aldo por indiferencia que por verdadera convicción—. ¿Javi se metió en un lío? —preguntó otra vez.

—Es que, como le dije, de momento solamente...

—¡Chopi! —llamó con fuerza.

—¡Voy! —Se escuchó la voz distante en el interior de la cocina.

Aldo se impacientaba, no parecía que fuese a obtener nada concreto del hombre. Miró alrededor del interior del bar, miró a Andrés, que se encogió de hombros, y luego de vuelta al hombre, que tomó un trapo de la barra, caminó hasta el área de las mesas y comenzó a desmontar las sillas que reposaban sobre ellas, colocándolas con las patas de regreso al suelo.

—Pues... —comenzó Aldo.

—¡Chopi! —gritó al tiempo que bajaba la última silla de la primera mesa y limpiaba la superficie con el trapo.

—¡Ya! ¡Ya! —replicó el chico, malhumorado.

De la cocina, salió al fin un joven de baja estatura, cuerpo redondo y gordo. Llevaba marcas de sudor por toda la cara y más manchas de sus rastros en la camiseta por el pecho y debajo de los brazos.

—¡Acaba! —lo amonestó el hombre—. Desde hace rato tengo ahí las cajas.

Chopi fue a por el carro, refunfuñando, y se llevó las cajas para la cocina.

—Hay que joderse con este chamaco —masculló el hombre, negando para sí, limpiando todavía la mesa.

Aldo concluyó que no sacaría nada de información de allí y «Chopi» aparentaba figurar

mucho más en los pensamientos del propietario del establecimiento que cualquier gesto de cortesía hacia él y su hermano. Hizo para marcharse.

—Vámonos —le susurró Aldo a Andrés con resignación.

Apenas habían dado un paso, cuando el hombre se movió a la siguiente mesa, comenzó a bajar de allí más sillas y dijo:

—De lo que sí me acuerdo bien, ¿sabes?, fue el sábado que estuvo aquí con la novia —comentó como si mantuviera una conversación desde hace rato y la continuara de modo corriente, sin intermisión.

Aldo se detuvo. Se preguntó si eso fue mucho antes de que rompieran el compromiso.

—¿Qué sábado?

—Fue como dos semanas atrás —dijo el hombre, que trapeaba ahora la otra mesa—, o, quizá fue como tres semanas atrás. Pero me acuerdo bien porque ese día Javi estaba *picao*. —Rio con gozo—. Él viene por aquí casi todas las semanas y se come algo y se bebe alguna que otra cerveza, pero ese día estaba bien borracho. —Rio otra vez—. Y la novia no lo soltaba.

—¿Recuerda si habían tenido alguna discusión ellos dos? —preguntó Aldo, ahora con su interés en la conversación reavivado.

—¡Sabrá Dios! —dijo sin darle importancia mientras se movía para limpiar otra mesa.

—¿Se veían molestos?

—¿Molestos?, no. Pero, m'chacho, bien *picao*, sí. —Rio—. Y me acuerdo porque me rompió como dos vasos de cerveza.

—¿Por algún coraje?

—No, hombre, que porque te digo que estaba ya borracho.

—¿Recuerda si la novia se fue sola?

—No, se fueron juntos.

—¿Dijo que ella se veía muy bien con él?

—Sí. Y se fueron juntos —repitió—, y parecía que iban para su casa... Ya tú sabes —añadió con una sonrisa maliciosa—. Allí mismito estaban —dijo, señalando a una mesa de esquina que faltaba por limpiar—. Estrujándose y estrujándose con la pelinegra que no lo dejaba coger aire.

—¿Pelinegra? —preguntó Aldo, su confusión fue instantánea.

—Sí. Decir que estaba cachonda se queda corto —bromeó, otra vez se dejaba ver la misma sonrisa maliciosa.

—¿Pelinegra? —insistió.

—Sí, hombre, de pelo negro —dijo, ahora serio, paró de limpiar la mesa durante un segundo y lo miró con irritación.

—Ya, eso lo entiendo, pero ¿está seguro de que no era de otro color?

—Si la vi allí mismo —contestó con impaciencia y señaló de nuevo a la mesa distante en la esquina.

—¿No era una rubia de ojos verdes?

—No, ¿rubia?, ¡qué va!

—¿Cómo era ella?

—Un poco gordita. Media feíta de cara, hasta gafas usa, pero allá cada cual con sus gustos.

Quizá por eso se dio más cervezas de lo normal —apuntó y rio, burlón—. Buscando valor, ¿me entiendes?

—¿«Gordita»?

—Hombre, no voy a estar yo echando pestes a los demás. Javi es un buen muchacho, allá él y cada cual con sus gustos.

—¿La había visto anteriormente por aquí, a la novia?

—Nunca.

—Pues, muchas gracias. Le puede dar esta tarjeta mía a su sobrino y decirle que me llame tan pronto pueda —dijo Aldo y le ofreció una tarjeta de visita—. Su sobrino no está en problemas, pero podría ser testigo para lo que andamos investigando. ¿Cómo me dijo que se llama usted?

—Cheo —respondió a la vez que se echó la tarjeta al bolsillo sin mirarla, todavía limpiando otra mesa más.

—Cheo, muchas gracias, ha sido de gran ayuda —dijo Aldo.

Aldo y Andrés tomaron el metro y se dispusieron a ir sin más paradas a la jefatura de la policía a su encuentro con el detective Salas. Saber que Javier Garces pasó un sábado con una chica que no era Julieta, y de un modo tan lujurioso, ya no parecía tan sorprendente dado todo lo demás que ya conocían de la relación entre ellos. Le daba una nueva dimensión que explicaba la ruptura, o al menos, ofrecía una teoría muy viable acerca de los problemas que llevaron a Julieta a terminar el compromiso con su novio.

Sentados en el tren, luego del primer transbordo, Aldo tomó nota de la chica sentada en frente de él que leía la revista *Ellas Hoy*. ¿Siempre fue así de popular? O, ¿era solo que ahora lo notaba más? Suponía, en cualquier caso, un recordatorio de lo que hacía y de su objetivo final.

Llegaron a la jefatura y buscaron la oficina que se encontraba en el tercer piso, como la oficina del intendente Guevara, pero al extremo opuesto. Aldo tocó a la puerta abierta para avisar de su llegada.

El detective Salas tecleaba en la máquina de escribir. Se detuvo, alzó la vista y, sonriendo, exclamó:

—¡Madre mía!, Arnaldo Mota, en carne y hueso. Estoy seguro de que ya te cansas de oír lo mucho que te pareces a tu padre.

Aldo asintió y sonrió también:

—¿Detective Salas?

—Sí, entren —invitó.

Se puso de pie y lo recibió a él y a Andrés con un fuerte apretón de mano.

—Este es mi hermano, Andrés.

—¿Los dos están con lo de la agencia de Mota? —quiso saber. Aldo asintió—. Qué orgullo para tu padre, ¿eh? —dijo, complacido y sonriendo más.

El detective Julio Salas no parecía superar los cuarenta años. Llevaba el cabello, los ojos y la barba todos del mismo color azabache. Muy pálido de cara y, quizá por la distribución de los

vellos faciales o la forma de los labios, parecía que siempre sonreía, un gesto que le confería una apariencia de buen humor.

—Tengo lo tuyo aquí —anunció Salas, mientras tomaba una carpeta de una mesa lateral unida a su escritorio—. Es todo lo que hay —añadió y se lo ofreció.

—Muchas gracias —dijo Aldo con anticipación.

Aldo colocó la carpeta sobre el escritorio, la abrió y comenzó a leer. Los hermanos Mota permanecían estáticos sobre los papeles, pero sus ojos corrían sobre todo lo que leían con celeridad.

—Una chica muy joven y guapa que era, ¿eh? Una pura tragedia —comentó Salas, sentándose otra vez, mientras ellos leían.

No prestaron atención a las palabras del detective, los datos comenzaban a llenar espacios vacíos y huecos que encontraron desde el principio.

—Fue clorhidrato de difenhidramina —dijo Andrés de repente, mientras leía el cuadro con los resultados de toxicidad, luego se volvió hacia Aldo—. Es una sustancia antihistamínica que se usa para los síntomas de alergias, pero también el insomnio.

—Difenhidramina... —leyó Aldo, alcanzando a su hermano—. ¿Eso no fue lo que usó mamá?

—Sí —dijo Andrés, asintiendo, pero cauto—. Son pastillas para dormir.

El nivel de toxicidad no aparentaba haber sido uno de exceso letal, pero significativo con la mezcla también del alcohol. Le afectaría mucho más rápido a una persona de liviana masa corporal, razonó Aldo. Y luego de la conversación con César Belzan, le resultaba claro que Julieta no habría tomado píldoras para dormir ese viernes por la tarde si andaba tan decidida a ir a conocer a la familia del hermano que hasta hace poco no sabía que existía.

Continuaron pasando las páginas, leyendo más detalles forenses hasta llegar a las fotografías. El cuerpo de Julieta Prats, desnudo y con una palidez acentuada de gris, causó que se le estremecieran las tripas y decidió no verlas. Pasaron más páginas con declaraciones de los vecinos y la familia.

—El hermano vino a verme varios días después de que ella muriese —dijo Salas, en un tono casual—. Casi me insultó porque él decía que ella no se había suicidado y yo le dije que no teníamos evidencia de lo contrario.

—¿Entrevistaron al novio? ¿Javier Garces? —preguntó Aldo mirando al detective, ignorando los datos del expediente durante un momento.

—Umm, no. No recuerdo haber hablado con el novio. Él no estuvo allí. Fueron los vecinos, el hermano y la señora del mantenimiento del edificio.

—Salas, yo creo que... —comenzó Aldo, pero dudó—. Haber entrevistado al novio hubiese sido importante.

No sabía cómo expresar de manera conclusa sus ideas sin causar ofensa.

—¿Por qué? —preguntó Salas, descuidado.

—Nosotros lo entrevistamos la semana pasada y él tenía un rasguño en el brazo, está claro que fue por las uñas de una mujer. Y, además, él y Julieta habían roto el compromiso.

El detective Salas lo miró inquisitivo:

—Pues, peleó con el novio, se dejaron y ahí tienes el resto —dijo, señalando la carpeta que Andrés seguía leyendo sin parar.

—Ya, pero, según las otras personas que entrevistamos, la relación no andaba mal hasta ese punto, y se dejaron unos días antes de que ella muriera.

—Pues, me imagino lo mal que tenía que estar.

—El novio le envió flores al trabajo y la llamó la noche antes, creo que está claro que él quería volver con ella. Si él la estaba intentando enamorar más, ¿cómo va a ser la separación con el novio una razón para suicidarse?

Salas se inclinó sobre el escritorio, al fin parecía tomar lo que Aldo decía con mayor seriedad:

—¿Fue el hermano de la chica quien te contrató?

—... Aldo... —susurró Andrés.

—Sí, pero no es...

—Y andaba muy convencido de que su hermana no se suicidó —remarcó Salas.

—... Aldo...

—Ya —dijo Aldo a la defensiva—, pero mi conclusión no se basa en...

—... Aldo...

—... lo que él dijo, se basa en lo que hemos hallado estudiando los registros de llamadas, viendo con quién había hablado ella en esa semana y en entrevistas con sus compañeras de trabajo.

—¡Aldo!

—¿Qué?

Andrés no habló más. Señaló a la carpeta, a una bolsa hermética de plástico, pequeña en sus dimensiones, que guardaba en su interior una única hoja de papel escrita:

MI VIDA VALE MÁS.

JULIETA

El papel era pequeño y todo blanco, excepto por una franja horizontal en la parte inferior de color verde. Los sonidos de su alrededor cesaron, el pulso le aumentó y su respiración se agitó. Aldo se apartó del escritorio muy despacio, sin retirar los ojos del papel, y comenzó a palparse la chaqueta por el pecho y por los lados.

—Fue la otra chaqueta... —murmuró Aldo para sí, absorto, pero se detuvo. De pronto, recordó y dijo—: No.

A la vez que cayó en la cuenta de que no llevaba la chaqueta gris, del bolsillo interior sacó su libreta de apuntes y reintrodujo la mano, rebuscando. Al cabo de unos segundos más, extrajo dos papeles pequeños: uno con el teléfono de Claudia Russo —color rosa— y el otro con el número de Alba Ocampo —color blanco, excepto por una franja verde en su parte inferior—.

Perplejo, lo depositó sobre la carpeta al lado del otro que seguía dentro de su cubierta plástica. Eran idénticos; exactos en sus dimensiones y colores.

Salas miró el papel, luego comenzó a alternar la mirada entre la hoja, Aldo y Andrés, como si esperara que alguien, o algo, le diera una respuesta. En vista de que nada llegó, preguntó:

—¿Y ese papel?

Andrés pronto tomó la hoja con el número de Alba en sus manos, fascinado, y la alzó para verla a través de la luz de las lámparas del techo. Aldo dio unos pasos, se alejó del escritorio y comenzó a caminar de un lado al otro en el interior del despacho del detective.

—Ese otro papel me lo dio Alba Ocampo —pronunció Aldo, ensimismado, sus palabras lentas.

—¿Quién es Alba Ocampo? —inquirió Salas.

Aldo no respondió, siguió caminando, pensando en cómo, y por qué, Alba pudiera tener la misma libreta que Julieta usó cuando escribió la nota que apareció al lado de su cuerpo sin vida. Recordaba haber visto a Alba sacar la pequeña libreta entera de su cartera, no fue solo una hoja de papel suelta. En su mente, como si trabajara sobre una pizarra, comenzó a escribir palabras y trazar líneas, algunas formaban imágenes, otras formaban preguntas; luego las borraba y comenzaba otra vez. A su modo, intentaba reconfigurar los sucesos y toda la información para que tuviera sentido.

Al no obtener respuesta, Salas se puso de pie.

—Aldo, ¿qué pasa? ¿Quién es esa Alba Ocampo? —insistió.

—Una amiga de Julieta Prats —respondió, todavía moviéndose de un lado al otro.

—Vale, y ¿qué tiene eso que ver con el papel ese? ¿Ella lo sacó también del apartamento de la chica?

—No, lo tenía en su cartera... —Pausó y paró de caminar, los puntos y las líneas que trazaba no conectaban—. ¿Andrés?, dime algo —pidió.

—¿Te dijo de dónde lo sacó? —continuó Salas.

—No —le respondió—. ¿Andrés? —llamó a su hermano otra vez.

Cuando Aldo se giró, Andrés sujetaba en la mano un lápiz que había hallado abandonado sobre el escritorio y lo movía con rapidez de un lado a otro sobre el papel con el número de teléfono de Alba.

—¡Andrés!, ¿qué haces? —exclamó Aldo, espantado. Le retiró el papel de las manos—. Esto es ahora evidencia, no puedes escribir sobre él —amonestó.

—Es el mismo papel, y de la misma libreta —declaró Andrés.

—No sabemos cómo...

—¡Míralo! —interrumpió, señalando las manos de su hermano.

Aldo observó el papel, todavía se podía leer el número de Alba, aunque los trazos color gris del lápiz que Andrés usó lo cubrían casi todo. Para su sorpresa, ahora se leía algo más, todavía familiar y reconocible. Entre todos los trazos con el lápiz, quedaron hendiduras en forma de letras en el papel a causa de la presión del objeto que se usó para escribir en la hoja previa. Allí, menos intenso, pero legible, se mostraba el mensaje de Julieta:

ALBA OCAMPO

MI VIDA VALE MÁS.

78 663 437

JULIETA

Entrelazadas, aunque separadas, no le quedó duda a ninguno de ellos de que las hojas que tenían allí no tan solo salieron de la misma libreta, sino que una cubrió a la otra. La que tenía solo el mensaje de Julieta era la que se evidenciaba como la que había ocupado la posición superior.

Aldo depositó la hoja de nuevo sobre la carpeta, y Andrés razonó en voz alta:

—Cheo dijo: «Gordita», con «gafas» y «pelinegra».

Aldo asintió, pasmado:

—Sí... —Suspiró y se frotó los ojos—. Salas, tienen que reabrir el caso —dijo en dirección al detective.

Julio Salas, que se quedó de brazos cruzados y con el ceño fruncido al sentir la evidente exclusión entre los comentarios y las miradas de los hermanos que guardaban un entendimiento incompatible, preguntó:

—¿Por qué? —En un tono de irritación.

—Porque Julieta Prats, fallecida el pasado viernes, nueve de junio, fue asesinada.

Les tomó media hora relatar cuanto sabían. Aldo le mostró sus apuntes y Andrés tuvo que recitar las fechas, todos los nombres y detalles relevantes, pero, al fin, lograron convencer al detective Salas de que la muerte de Julieta merecía un segundo vistazo. Lo siguiente tomó más tiempo, algunas llamadas, varios favores y la intervención del intendente Samuel Guevara. Pero, también, lograron que la policía trajera hasta la jefatura a los testigos que debían entrevistar para obtener la auténtica versión de los hechos. Armados con toda la información que sometieron los hermanos Mota, ahora las fichas sobre el tablero jugarían un juego limpio.

Dadas más de las siete de la tarde, Javier Garces se miraba las manos sobre la mesa con los ojos vidriosos. Al otro extremo, se encontraba el detective Salas con el expediente del caso de la muerte de Julieta y los apuntes de Aldo. Lo observaba sereno e inmovible.

—Hace casi dos semanas —comenzó Salas—, mis colegas encontraron el cuerpo de Julieta Prats, de veintisiete años de edad, muerta en el baño de su casa. Luego de evaluar el caso, concluyeron que fue un suicidio.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Javier, pretendiendo sonar despreocupado, pero fallando en el intento.

—Está aquí porque el detective Arnaldo Mota lo entrevistó, y parece que usted no fue totalmente honesto durante esa entrevista, señor Garces. Usted decidió ocultar información. ¿No es así?

Javier no respondió. Tragó hondo.

—En el momento de la muerte de la señorita Prats, ¿usted había terminado su compromiso con ella?

—Sí.

—Pero nunca le hizo llegar esa información al detective Mota.

—Yo...

—Incluso —cortó Salas—, según la información compartida por el detective Mota, su brazo derecho, la semana pasada, exhibía unos rasguños, los cuales usted indicó que habían sido causados por, y cito: «el perro de mi vecina» —dijo, con una mirada a una de las páginas de los apuntes.

Javier comenzó a frotarse el brazo a través de la manga de su camisa y guardó silencio.

—¿Qué pasó entre usted y la señorita Prats?

Él dejó de frotarse el brazo y colocó otra vez las manos sobre la mesa.

—¿Señor Garces?

—Yo amaba a Julieta... —murmuró.

—¿Sí? Hace unas semanas, a usted lo vieron en el bar cervecería La Terminal con otra chica que, aparentemente, no era la señorita Prats, pero que le dio a entender a los que lo vieron que era su novia. ¿Tan lleno de amor vive usted? ¿La amaba a ella también?

Javier liberó un gemido, un grito asfixiado y se llevó las manos al rostro. Comenzó a llorar sin consuelo alguno, haciendo que sus hombros se sacudieran y golpeando la mesa con los codos.

—¡Yo amaba a Julieta! —gritó y bajó las manos—. Yo no lo quise hacer, ¡lo juro! Por lo que más quiera, ¡se lo juro! —repitió, golpeando la mesa con los puños.

—¿Qué no quiso hacer, señor Garces? —preguntó Salas, sin mostrar señal de enternecimiento.

—¡Lastimarla! Yo no quise lastimar a Julieta. ¡Nunca!

—Pero ¿lo hizo? ¿La lastimó?

Javier asintió, limpiándose el rostro con la camisa.

—¿Por qué lo hizo entonces? —presionó Salas.

—Yo no quise hacer nada. Fue ella... Bebí mucho y casi ni recuerdo lo que pasó. Pero... —Dudó.

—¿Qué pasó, señor Garces?

—Esa noche... yo, esa noche... —Soltó otro gemido de llanto—. Le juro que no sabía lo que estaba haciendo. Yo estaba borracho, de verdad que casi ni me acuerdo. Pero... después Julieta se enteró y sufrió por mi culpa.

—Señor Garces —dijo Salas, despacio—, usted dice que no recuerda casi nada, que se embriagó. Bien. Vale. Por qué no me dice lo que sí recuerda. Antes de embriagarse, durante y después.

Tal vez porque el recuerdo penetró en su memoria antes que su voz, Javier rompió en más llanto y usó otra vez la camisa para limpiarse el rostro.

—Sí... —intentó—... yo...

La puerta se abrió y otro hombre entró al cuarto de interrogatorios. Traía consigo varios pañuelos desechables de papel y una taza con agua. Javier aceptó los pañuelos y asintió a modo de agradecimiento, sin poder aún recobrar la voz. Pasó un minuto para que lograra recomponerse, secarse la cara y tomar varios sorbos de agua.

—¿Qué recuerda? —reanudó Salas cuando Javier cesó el llanto.

—Recuerdo que yo estaba en el bar bebiendo y ella llegó, y me trajo otra cerveza a la mesa. Fue ella la que lo empezó. Fue Alba. Yo ni la esperaba allí. Apareció de la nada. —Pausó,

reconcentrado—. Eso es lo primero que recuerdo: cuando Alba llegó por sorpresa.

JULIETA

—¡Sorpresa! —exclamó Alba con una pequeña caja de repostería en las manos, extendidas hacia Julieta cuando abrió la puerta.

El asombro de Julieta fue genuino, no la esperaba allí. Hacía menos de cinco minutos que acababa de salir de la ducha, todavía con la bata de baño de tela de toalla. Buscaba salir de la indecisión del vestido para esa noche, cuando sonó el timbre del interfono del recibidor que daba a la calle.

—¿Hola? —llamó Julieta, presionando el botón para hablar.

—¡Hola, Juli! ¿Me abres?

—¿Alba?

—Sí. Tengo una sorpresa para ti —anunció—, y quería saber cómo sigues.

Miró el reloj de la pared y suspiró.

—Vale, sube —dijo y presionó el otro botón para accionar la puerta del recibidor.

Ring.

Su dedo acababa de abandonar el botón cuando sonó el teléfono.

Ring.

—¿Aló? —contestó Julieta.

—Soy yo.

—Ah —soltó sin humor—, ¿qué quieres?

—Te dejé un mensaje en el trabajo, ¿no te lo pasaron?

—Sí, recibí tu mensaje, pero he estado bien ocupada y no he tenido tiempo.

—¿No? —preguntó con ironía.

—No.

—Pero ¿tiempo para ir a visitar al individuo ese te sobra?

—Ay, Quique, por favor.

—No me vengas ahora con «Ay, Quique, por favor», Julieta.

—¿Y después te preguntas por qué no te llamo de vuelta? ¿Para que me montes la misma bronca?

—Lo dejo cuando dejes de actuar como una niña engreída y malcriada.

—Mira, para que lo sepas... —El sonido de la llamada a la puerta la interrumpió—. Nada, olvídalo, te dejo, que tengo visita.

—¿Quién? —exigió saber.

Julieta abrió la boca para hablar, pero la cerró de pronto. Una sonrisa traviesa moldeó sus labios.

—No te hagas... ¿Quién tú crees? —lanzó la pulla.

Una pausa.

—¡Julieta! —gritó, espantado—, no me digas que es el *tipo ese*.

La sonrisa traviesa ahora era una victoriosa. La puerta sonó otra vez.

—Hablamos después, Quique.

—¡Julieta, por favor! ¿Cómo se te ocurre?

—*Ciao*, Quique, *ciao* —dijo con una melodía de burla.

Colgó la llamada con su hermano y fue a abrir la puerta.

Allí la esperaba Alba. Después de la sorpresa y bienvenida inicial, dijo:

—¡Te traje esto! Unos pastelillos de hojaldre rellenos de crema de almendra, y espolvoreados con azúcar. Están riquísimos.

—Gracias, pero me tengo que ir pronto, Alba —remarcó mientras tomaba la caja—. Por la cena, y lo del abogado, ¿no te acuerdas?

—Está bien, mujer, está bien. Todavía son las seis, hablamos un ratito y ya te vas.

Alba entró, dejó su cartera en la mesita del teléfono y se giró hacia el comedor.

—¿Y eso? —preguntó, señalando las flores que se encontraban sobre la otra mesa.

—De Javier... Me las envió al trabajo.

—Ay, Juli, dime que no te vas a ver con él mañana.

—Todavía no sé —mintió.

—¿Después de que me lo encontré besándose con otra?

—No es que me haya pedido que ya volvamos y nos casemos mañana.

—Poco le falta —murmuró Alba.

—Para nada. Lo de las flores fue hoy, hablamos ayer. —Julieta siguió hablando a la vez que caminaba hasta la sala y se sentaba de lado en el sofá, doblando y subiendo ambas piernas—. Me dijo que me lo contaría todo acerca de la otra tipa y que, una vez escuchara todo lo que él tiene que decir, pues que ya decida si en verdad no quiero verlo nunca más.

—¿Eso te dijo él? —preguntó, escéptica, pero con curiosidad, mientras se sentaba a su lado.

—Sí.

—¿Y tú le crees?

—No es que le crea, pero pienso que quizá deba escucharlo. El miércoles peleamos y lo eché de aquí y nunca hablamos, estaba muy enfadada con él. Y él todavía tiene que venir a buscar sus cosas, de todos modos.

—Juli, como decía mi yaya, cocodrilo que se duerme es cartera. Si sigues escuchando más sus mentiras y esperando a que cambie, vas a caer otra vez en lo mismo. Lo hizo una vez, que sepamos, porque tal vez ha habido *otras* —señaló con énfasis, y se ajustó las gafas—. ¿Estás segura de que nunca lo va a volver a hacer? Y como te dije, sabrá Dios si preñó a la otra tipa, que no dudo que ganas no le faltaron.

—Javier no se va a atrever a mentirme. Yo lo conozco.

—¿Sí? ¿Tan bien lo conoces que ya venías viendo desde lejos lo que hizo? —refutó.

—No, eso no lo vi venir... —consintió.

—Pues, Juli, ¿qué estás haciendo?

Julieta suspiró.

—No sé, quisiera despejarme la mente un poco. Necesito unos días más para pensar. —Pausó—. ¿Javier te intentó llamar?

—¿A mí? —contestó Alba, sorprendida—. No, ¿por qué?

—Porque me preguntó por ti ayer, se me olvidó decirte.

—Ah, ¿qué te dijo? —inquirió en un tono casual, fingiendo despreocupación.

—Nada, me preguntó que si habíamos hablado y...

—¿Qué le dijiste? —interrumpió con hostilidad.

—Que no, le dije que no sabía de ti desde la semana pasada. —Alba le lanzó una mirada de desconfianza—. Te dije que no le iba a decir que fuiste tú la que lo viste con la otra tipa esa, y no me importa lo que me diga mañana, no le voy a decir nada. Así que no te preocupes.

Algo corrió por el semblante de Alba, momentáneo e indescifrable; Julieta no lo percibió.

—Si es que lo ves mañana —precisó Alba—. Me dijiste que no te has decidido.

—No, claro —se retractó—. Todavía no sé, pero si hablamos mañana, así sea por teléfono, o cuando sea, no le voy a decir nada de ti —aclaró.

Ahora fue Alba la que suspiró, mientras que Julieta evadió su mirada y comenzó a acomodarse el cabello.

—Pues, como tú dijiste, tienes que despejarte la mente un poco —dijo Alba—. ¿Te comes un pastelillo ahora conmigo?

—Voy a salir a cenar pronto.

—*Porfi*, Juli. Y así nos damos una copita de vino.

Julieta cedió. Alba buscó las copas, sirvió del que encontró en el refrigerador al que le quedaba más de media botella y colocó dos de los tres pastelillos en un plato. Llevó todo para la sala y hablaron un rato más.

Cuando Julieta se comió el pastelillo, y con gusto —le encantaban las pastas de almendras—, Alba la instó a que continuara con el de ella. «Juli, si los traje para ti», le dijo, insistiendo. Dos copas de vino cada una y ambas comenzaron a relajarse y descargar la tensión del día, y la que en un momento brotó entre ellas hace un rato.

Luego de media hora, Julieta comenzó a bostezar, y Alba le sirvió más vino. De modo gradual, ella paró de hablar y continuó lanzando preguntas sin propósito que siguieron extendiendo la conversación, dejando que fuera Julieta la que hablara mientras ella organizaba sus pensamientos.

—Ay, me siento como mareada ahora... —dijo Julieta, y bostezó por tercera vez en menos de un minuto luego de una corta pausa.

Alba la ignoró, se puso de pie y caminó hasta la mesa del comedor. Tomó la tarjeta pillada con las flores amarillas, la abrió y leyó para sí:

—«Te amo, Beba»...

La apretó en su puño y la depositó arrugada sobre la mesa.

—¿Qué me decías? —le preguntó a Julieta.

Ella no pareció entender la pregunta, se frotaba los ojos y comenzaba a mirar a su alrededor en confusión.

—¿Qué?

—Ay, Juli, te ves pálida, ¿estás bien? —dijo, dando varios pasos en dirección a la sala.

—Creo que se me está haciendo tarde. ¿Qué hora es?

—Quédate ahí —dijo—, yo te busco un vaso de agua.

En la puerta del refrigerador, sujeta por un imán de la Torre Eiffel en miniatura, Alba contempló la nota que ella misma le propuso a Julieta que escribiera: «Mi vida vale más», leyó en voz baja. Otra vez algo corrió por su semblante y, en esta ocasión, culminó en una sonrisa.

Sirvió un vaso de agua y caminó de regreso a la sala. Julieta, derribada sobre el sofá, parecía moverse como una marioneta con varios cordones cortados, desequilibrada y con una extraña distribución de su peso. Alba comenzó a beberse el agua.

—Juli, ¿qué te pasa? —preguntó en un tono de voz calmado y despreocupado.

Ring.

El teléfono comenzó a sonar.

—Alba... ¿Qué hora...? —preguntó, su voz débil como si le faltara la respiración—. Ese puede ser... No me siento bien...

Ring.

—¿Estás segura de que estás bien? Yo te veo rara —dijo Alba, ignorando el teléfono.

Julieta intentó subir la cabeza y se pasó una mano por la frente.

Ring.

—¿Alba...?

—Ya me tengo que ir, y sé que tú tienes que ir a cenar, así que... ¿Hablamos mañana?

Ring.

—¿Alba...? —repitió, su voz más débil aún y trabajosa.

Ring.

—Ay, no, verdad. Se me olvidó. Mañana tú estarás ocupada porque vas a ver a Javier —dijo en un tono de falsa sorpresa—. Pues, ¿será el domingo? ¿Qué crees?

Ring.

—El telef... No me puedo... —susurró en una voz de pánico ahogado.

Todo lo que intentaba Julieta —hablar, moverse, gritar—, lo sentía obstruido. Su corazón parecía querer agitarse, pero el resto de su cuerpo no respondía.

El teléfono dejó de sonar. Alba se acabó el agua, dejó el vaso en la mesa de la sala y dijo:

—Ven, que te veo muy rara, déjame ayudarte a ir hasta el baño.

La tomó por los brazos, tiró de ella y la obligó a moverse. De pronto, la soltó. Julieta cayó de bruces al suelo.

—Juli, mujer, pero ¿qué pasa? —preguntó. El tono falso continuaba y ahora sonreía—. Ven, vamos.

La alzó, la movió y otra vez la dejó caer. Julieta se desplomó.

—Juli, ¿qué pasa?

Julieta intentó levantarse por su cuenta, mas no pudo.

—Aah, ¡ya sé! —exclamó Alba, deleitada—. Yo sé lo que te pasa. —Perdió la sonrisa al instante, se agachó y tiró con fuerzas del cabello de Julieta—. Lo que pasa es que tú eres una

puta... —dijo en una voz baja y helada—. ¡PU! ¡TA! —le gritó ahora, acercando su rostro al de ella. Tras esto, la soltó y se puso de pie sobre Julieta—. Dime, ¿quién te presentó a Javier? ¿Ah? Tú sabías que a mí me gustaba, yo te lo dije. ¿Y tú que hiciste? ¡Acostarte con él! Y ¿yo soy la «puta barata»? ¿Ah? —La tomó por el cabello otra vez—. ¡Tú, Julieta, tú eres la *puta barata*! —La soltó—. ¿Cuántas veces te pedí que pasaras mi currículum a *Ellas Hoy*? Aah, pero es que «Es un ambiente diferente». ¿Te acuerdas? Sí, es un ambiente de otras putas como tú. Por eso Javier se enamoró de ti. —Se agachó, tiró de nuevo de su cabello y acercó el rostro una vez más—. Pu-Ta —silabeó con fuerza y un detenimiento exagerado.

Julieta vacilaba entre su mundo y el otro. Sus ojos se mantenían cerrados, pero hacía leves intentos de hablar y producía algunos quejidos apenas audibles.

Con la satisfacción de la ventaja y dominio sobre el cuerpo de Julieta, comenzó a moverla hasta el baño. La desnudó de la bata, introdujo su cuerpo a la bañera y rebuscó el cuarto de baño hasta encontrar lo que buscaba. Una vez que el agua y la sangre corrió, el resto cayó en su lugar.

La nota, la copa de vino y el pequeño bolsito plástico de donde sacó las pastillas, todos posicionados en el baño. El vaso y los platos los llevó de regreso a su lugar y limpió todo lo que tocó. Al marcharse, se llevó la caja con el pastelillo y las flores.

Alba Ocampo abandonó por última vez a la mujer a la que llamó su amiga. No miró hacia atrás, no se aseguró tan siquiera de que le faltara el pulso. Acababa de dar un paso imposible que desde hace tiempo contemplaba; un paso sigue al otro, luego al siguiente y pronto se llega al destino. En su caso, su destino quedó condenado a no sentir, a desconocer, y a no amar.

Justo cuando se marchaba, el teléfono comenzó a sonar. Lo ignoró. Tomó su cartera y salió.

20

Alba miró con desinterés todo lo que el detective Salas colocó sobre la mesa. La grabadora seguía corriendo, pero ella paró de hablar.

—Y la difenhidramina, ¿de dónde la consiguió? —preguntó Salas.

—Mi hermana me la da, ella es psiquiatra y sabe que tengo problemas para dormir desde hace tiempo. —Se encogió de hombros—. Mezclado con el azúcar glas, el sabor amargo casi ni se distingue.

—¿Y todo ese montaje del suicidio fue...?

—Fue algo del momento —interrumpió ella, su voz sin emoción alguna—. Yo lo que quería era darle la difenhidramina con el vino y ahogarla en la bañera, como si fuera un accidente —continuó con normalidad, como si hablara de los colores de su ropa—, pero cuando vi la nota en la nevera me dije: «Esto sí es Julieta». Y, pues, cambié de parecer.

—¿Qué es Julieta?

—«Mi vida vale más» —dijo, señalando a la nota en su cubierta plástica sobre la mesa—. Julieta no se hubiera muerto porque se hubiese resbalado en la bañera y se ahogase. No. Julieta hubiera hecho una salida dramática, ¡para que el mundo entero la llorase! —soltó, ahora de su voz asomaba el coraje—. Porque su vida, la vida de *Julieta Prats*, valía más, pero la de *Alba Ocampo*, o la de cualquier otra, no. Siempre era ella la que más importaba.

—¿Y por qué tantos años de amistad, entonces? —preguntó Salas—. Si la señorita Prats fue tan mala amiga, ¿por qué no alejarse de ella? ¿Por qué la siguió?

Alba se encogió de hombros otra vez y retiró la mirada hacia la pared, fingiendo indiferencia. Los ojos negros del detective Salas la estudiaban, tomando nota de cada detalle de sus gestos. Le ofreció el señuelo:

—¿Será por el... señor Garces?

Alba giró la cabeza de golpe hacia el detective.

—A quien usted embriagó —continuó él— hace poco más de tres semanas y, luego de un espectáculo público de besos apasionados, le hizo creer a la señorita Prats que él mantenía una amante frecuente. Él todavía cree que ella se suicidó y fue mayormente por su culpa.

—Al señor Garces se lo presenté yo a Julieta —dijo en voz muy alta—. ¡Yo! —más alto—. Le dije que Javier me gustaba, le pedí consejos y su opinión de él para mí. Julieta me lo quitó a mí. Pero, como es solo la vida de *Julieta Prats* la que tiene valor para ella, ¿qué hizo? Se le tiró encima, se acostó con él y, Alba, ¡que se vaya a la mierda! —gritó.

Salas la seguía estudiando en silencio, dejando que hablara y redujera la cantidad de preguntas que guardaba para ella.

—La primera vez que los vi besándose...

Pausó. Unas lágrimas comenzaron a correr por su rostro, pero el resto de sus facciones permanecieron imperturbables. Era como si las lágrimas, de modo involuntario, respondieran a alguna emoción que el resto de su cuerpo no alcanzaba a mostrar.

—Julieta lo besó —continuó en voz baja—, no con afecto, no, lo besó en mi cara con gusto. No le bastó con quitármelo, encima, tenía que burlarse en mi cara. Ah, no, y después vino el compromiso. *Mira, Alba, Javi y yo nos vamos a casar* —imitó en una voz aguda y chillona con desprecio—. Otra vez burlándose en mi cara. Julieta la más feliz del mundo, ¿y yo? Yo fui la que terminé con los trastornos de alimentación, insomnio, depresión... Pero eso no importa. *Alba, ven vamos a comer y así te cuento de mi novio y mi trabajo y te recuerdo lo perfecta que es mi vida* —dijo regresando a la voz aguda y falsa—. ¡No, Julieta! —gritó de repente—. ¡*Mi vida vale más!*

Impactó una mano sobre los papeles y la hoja de la nota con el mensaje de Julieta en la mesa, los empujó con una fuerza violenta y los hizo caer al suelo.

—¡*Mi vida vale más!* —repitió, dándose en el pecho con un dedo. Se limpió y secó las lágrimas pasándose una furiosa mano sobre el rostro, cruzó los brazos y se giró para mirar la pared otra vez.

Salas esperó unos momentos, en caso de que hubiese más por salir y registrar. No hubo más. Se hubiese permitido mostrar algo de sus propias emociones o simpatía ante ella, pero se limitó a hacer su trabajo, tal como era debido.

—Este es el detective Julio Salas —habló él, en dirección a la grabadora—, son las —miró su reloj— nueve y cuarenta y cuatro de la noche, veintidós de junio, y esto concluye la entrevista con Alba Ocampo Salgado. Número de caso hache, nueve, siete, uno, ocho.

Sin decir más, detuvo la grabación, recogió los papeles que se encontraban sobre la mesa y se puso de pie. Caminó hasta donde cayeron los otros papeles al suelo, los apiló con el resto y salió del cuarto.

Desde el otro lado del espejo unidireccional de la pared, Aldo asistió a la entrevista entera. Andrés seguía a su lado, y la sensación de victoria, la de justicia por Julieta, se hallaba ausente. Las palabras de Alba Ocampo lo dejaron vacío y afligido. La secuencia de eventos que resultaron en la muerte de Julieta ya quedaba clara, pero las razones absolutas no. Tampoco representaban dudas que pudiera, o quisiera, articular, pues todo andaba mucho más allá de su alcance, y ese era su lamento. Aquella confesión de violencia sinsentido le robó el significado a todo.

—Voy a buscar más café, ¿les traigo? —preguntó el intendente Guevara, a su lado, bostezando y rascándose la barriga.

—No —dijo Aldo, y se frotó los ojos enrojecidos—, yo creo que es mejor que ya nos vayamos.

—Vale —dijo y le estrechó la mano—. Detective Mota, buen trabajo —añadió, solemne, con el apretón. Le soltó la mano despacio, se movió hasta la puerta y, al detenerse, se volvió—. Aquí nunca se acaba el trabajo, ¿sabes? —dijo, señalando hacia el cristal—. Y nos hacen falta más de los buenos.

Aldo le regaló una sonrisa agotada.

Cuando Samuel Guevara se marchó, él contempló a Andrés, que observaba a Alba a través del cristal, quizá intentando reformular todo lo que había conocido de ella, pensó Aldo. A la mujer que confesó causar la muerte de su amiga la recordaba distinta, hasta la voz durante todo el tiempo que ella había hablado le pareció más desentonada y grave de la que guardaba en su memoria. Tal vez, se trataba de una distorsión de sus recuerdos o de su mente que aceptaba lo que no había visto antes.

Cuando la luz golpea lo oculto entre las tinieblas, a veces, sorprende y no siempre por lo inesperado, sino también por lo familiar.

21

Los siguientes días resultaron extraños para Aldo. Intentaba reajustar su rutina luego de pasarse dos semanas pensando en el caso de Julieta Prats casi sin descanso alguno. Mientras que había pasado todos esos días anteriores ideando rutas de investigación por las cuales andar, ahora se veía con las manos vacías, falto de nuevas tareas o asuntos que requirieran de su tiempo para que los resolviera.

Andrés, por su parte, también parecía andar buscando alguna nueva rutina para adaptarse; la repetición y los patrones lo estimulaban. Esa mañana del viernes, se despertó antes que su hermano y preparó el café, como ya había comenzado a hacer, y se mantuvo muy callado durante el desayuno. Aunque no lo verbalizó, Andrés, como su hermano, se encontraba agotado y algunos días para reponerse le harían bien.

Aldo, aun así, no lograba ignorar la preocupación que le decía que, sin poner en uso sus destrezas investigativas, Andrés podría revertir a su estado de encierro mental habitual.

Cuando Andrés se acabó su tostada con mantequilla, Aldo comenzó a lavar los platos y utensilios en el fregadero. Andrés se puso de pie, dejó su plato con los otros y se dispuso a regresar a su habitación.

—Andrés —llamó Aldo.

Su hermano se giró, se acomodó las gafas y lo observó.

Allí vio de nuevo al niño desamparado que proyectaba desde su interior, vulnerable pero capaz, tímido pero valiente. ¿Podría haber sido posible para Aldo resolver y atender el caso de Julieta Prats por su cuenta sin su ayuda? Sí, tal vez. ¿Cambiaría algo de los últimos ocho días? «No», respondería Aldo para sí, sin vacilar.

—Hiciste bien —declaró Aldo—. El trabajo fue tanto tuyo como mío, tal vez hasta más tuyo.

Andrés le ofreció una sonrisa a medio llegar. Aldo no acostumbraba a hablarle de manera tan directa a su hermano, pero lo sintió necesario.

—Gracias —añadió.

Andrés asintió con timidez y comenzó a moverse hacia las escaleras.

—Andrés —llamó Aldo otra vez.

A la vez que Andrés se volvió hacia su hermano, Aldo fue hasta él y le dio un firme abrazo.

—Gracias —repitió en voz baja.

El apretón no duró mucho, pero fue lo suficiente para satisfacer sus deseos de gratitud.

—Mañana es la Fiesta del Parque —dijo Aldo, que ahora colocaba las manos sobre los hombros de Andrés—, y no tenemos más remedio, pero hoy podemos hacer lo que tú quieras.

—¿Cualquier cosa? —preguntó Andrés con sorpresa.

Aldo asintió:

—El día entero —reiteró.

Andrés abrió los ojos con intensidad, como si ante él se hubiese revelado algo majestuoso y, por lo usual, inaccesible. Luego de considerarlo unos segundos, preguntó:

—¿Podemos ir a la biblioteca? —con entusiasmo.

—Sí —dijo Aldo y rio, solo a su hermano se le ocurriría, pensó—. Tengo que ir al mercado de todos modos. Pero no seas tan *tontín*, eso lo podemos hacer cualquier otro día. La idea es hacer algo más especial que eso.

—¿Podemos ir a la heladería?

—¿Ves? Ahora sí —dijo, dedicándole varias afectuosas palmadas en el hombro.

Luego del almuerzo, pasaron por el mercado a comprar varias cosas para abastecer el refrigerador, y de seguida, entraron a la biblioteca pública de Villamar en la plaza de San Agustín. Andrés dejó los libros que había tomado en las semanas pasadas en el cajón de devoluciones del vestíbulo, que cuando entraron se hallaba vacío. Aldo se preguntó si Sara estaría por allí, mientras que a Andrés no le pareció importar su ausencia y se adentró por el pasillo hasta los estantes en busca de más material para leer y mantenerse ocupado durante el resto de la semana. Aldo le siguió los pasos por todos los rincones del edificio, con algo más de humor y paciencia de lo usual.

Al cabo de unos minutos, Andrés regresaba al vestíbulo con cinco libros: los primeros dos tomos de una serie de aventuras que mezclaba los géneros de historia y fantasía, una novela histórica, una novela detectivesca y un manual de instrucciones para la construcción de origamis y figuras de papel.

Sara ahora se encontraba allí y, cuando vio a Andrés llegar con los libros, le ofreció una sonrisa que no dejó intacto ningún músculo en su rostro.

—Hola, ¡Andrés!

Él colocó los libros sobre la mesa, los deslizó hacia ella y, a diferencia de lo que por lo general hacía, permaneció allí quieto. Aldo reparó en la decisión de su hermano de no ir a leer los anuncios de la pared opuesta. Sonrió para sus adentros y sacó el carné.

Mientras registraba los libros, la joven bibliotecaria fue asaltada por unos espasmos de torpeza que hicieron que dejara caer dos libros, el lápiz y que le entregase a Aldo una ficha de registro en vez del carné de vuelta. Al finalizar de actualizar las fichas de los libros, notó el tomo de la serie de aventuras al tope de la pila, los deslizó hacia Andrés y dijo:

—Es una de mis series favoritas. Me la he leído entera cuatro veces —añadió y rio nerviosa, como si su propia admisión la avergonzara.

Tal cual si hubiese escuchado algo asombroso, Andrés pareció al instante distraído y tomó en sus manos los libros, despacio e inseguro, sin dejar de mirarla.

—Tienen treinta días —dijo ella.

—Gracias —musitó Andrés.

—De nada —dijo, sonriendo—. Hasta luego, Andrés —añadió con un gesto de despedida de la mano.

Andrés le dedicó un gesto similar con la mano, aunque mucho más torpe, y siguió hasta la

salida. Aldo detrás, caminaba deleitado y sin ocultar su propia sonrisa.

Ya caminando en el exterior, Aldo dijo:

—Qué crees, ¿invitamos a Sara a comer helados con nosotros?

Andrés se detuvo de repente y lo miró aterrado, casi dejando caer los libros que llevaba. Aldo rio con fuerza.

—Es broma, ¡bobo! —exclamó sin parar de reír.

Reanudaron sus pasos y Aldo le echó el brazo a su hermano, todavía sonriendo. Andrés se veía tan sonrojado que parecía sufrir una insolación.

El día siguiente no fue uno de muchas eventualidades, la Fiesta del Parque fue la única excepción. Al norte de la calle Serení, se cruzaba la calle del Parque, la cual llevaba su nombre porque bordeaba a su vez la parte sur del parque recreativo más grande de Villamar: el Parque Atarazana. La historia del origen de la fiesta era un asunto para los cronistas, en lo que concernía a los vecinos, la fiesta marcaba la llegada del solsticio de verano. Pocas veces coincidía el día de la celebración con el día del evento astronómico —había ocurrido hacía tres días ese año—, pero el desfase nunca afectaba a los ánimos de nadie.

Entre la sombra de los árboles y varios toldos, se colocaron mesas y sillas donde se congregaban todos. Las cintas decorativas de alrededor de los postes y los globos coloridos en tensión que buscaban liberarse al aire acentuaban los toques del motivo festivo.

Aldo recordaba el evento como uno muy especial de su niñez, pues para cuando aún podía contar su edad con los dedos de las manos, el barrio albergaba más familias y siempre incluían más juegos para los niños. Ahora, al haberse mudado muchos a la ciudad u otras provincias, los juegos no abundaban como antes, pero la fiesta seguía siendo un buen motivo para armonizar las charlas entre todos los vecinos y recibir las actualizaciones que, de cualquier otro modo, solo obtendrían a través de las conversaciones con doña Carmen.

Según lo acordado, Aldo llevó los platos desechables y los colocó en una de las mesas donde los demás vecinos ya habían depositado otros utensilios y toda la comida. Andrés no tardó en comenzar a comer pastelillos de carne, otros de queso y bocadillos de jamón y tortilla. Aldo, al rato, también comió y conversó con los demás, y se ganó algunos pellizcos en las mejillas de parte de las señoras vecinas de mayor edad.

Don Benjamín, al ser uno de los organizadores del evento ese año, no demoró en hacer sus rondas por las mesas mientras le ofrecía a todos el batido que él mismo había confeccionado y traído, y que muy pocos tocaron; era espeso, verde y con una ligera efervescencia. «Tiene mucho calcio, magnesio y es bueno para la digestión», les aseguraba a todos.

Para Aldo, la mejor parte fue ver a Clara, aunque siempre muy breve. Ella, también como organizadora, se pasó la mayor parte de la fiesta atendiendo la comida, rellenando recipientes y asegurándose de que no quedaran desperdicios sueltos durante o luego de la actividad para evitar ganarse una multa de parte de las oficinas de la administración municipal.

—Concluimos el caso —le anunció Aldo, en uno de esos momentos en los que ella se le

acercó y lograron charlar unos minutos.

—¿Sí? ¡Qué bueno!, Aldo. ¡Enhorabuena! Yo lo sabía. Ves, tu padre estaría muy orgulloso de ti.

Él todavía no lograba aceptar esa aseveración de manera absoluta. Mucho le faltaba para reconciliarse por completo con los recuerdos de su padre.

—Andrés hizo mucho también —apuntó Aldo.

—Pues, ¡enhorabuena por los dos! Ahora es la agencia de los hermanos Mota, ¿no?

Aldo sonrió, pensativo:

—Supongo que sí.

—Pues, ¿y por qué esa cara? —preguntó Clara con inquietud.

—Nada, es... —Vaciló—. No sé lo que me espera después —dijo, mirando a Clara con anhelo.

Ella retiró su mirada de él durante un momento, luego dijo:

—Te esperan muchas cosas buenas. Ya verás que todo con la agencia te va a salir bien.

—Sí...

Ahora, en silencio, ambos se miraron, refugiados cada uno en sus pensamientos que no acababan de proyectarse ni rendir frutos.

—Seguimos hablando luego —dijo ella—, que estoy velando a Josué que ya lo sorprendí dos veces tratando de echarle ron a la cosa esa verde que don Benjamín trajo. Para «mejorarlo», dice él —añadió, haciendo un gesto de comillas en el aire.

Ella sonrió, movió la mano para asegurarse parte del cabello detrás de la oreja, un movimiento muy casual pero que la hacía ver más hermosa en los ojos de Aldo, y se marchó para continuar sus tareas.

Aldo pasó el resto de la fiesta con humores templados. Su mente, tal vez no tan diferente a la de su hermano a fin de cuentas, seguía inquieta luego de concluir el caso que había investigado y de contemplar su propia intransigencia en sus sentimientos hacia Clara. Al concluir su tiempo en la universidad, él abandonó a su familia para comenzar a andar por su cuenta por primera vez, pero, por igual, abandonó su barrio y su vida; incluyendo a Clara. Le dolía aceptarlo, en parte, porque se creía merecedor de un castigo. Así como a veces sentía que velar por su hermano era parte de las sanciones que el destino le impuso, contemplar a Clara desde la distancia conformaba el impuesto por posponer y extenuar los deseos de su corazón. Su castigo, entonces, era merecérsela.

Entre tanto, solo le quedaba esperar y atender los otros asuntos que lograban alcanzar su control. Dentro de esos, al momento, figuraba con prominencia su trabajo y la agencia que aceptó heredar de su padre. Y en cuanto a ella y su primer caso, le faltaba una cosa más por hacer.

22

El restaurante no se encontraba muy ocupado a esa hora. Unos techos altos, lámparas ostentosas y manteles blancos acentuaban el interior. Las vajillas relucían con el brillo de su pulido en una nítida simetría sobre la mesa ante él.

Enrique Prats lo observaba en silencio. Lo invitó y lo recibió con buena voluntad, pero ahora parecía que poder hablar le tomaba un mayor esfuerzo de lo que había anticipado.

—Detective Mota, verdaderamente, siento que le debo una disculpa —comenzó Prats—. Pero lo primero es lo primero.

Retiró un sobre blanco de su chaqueta, lo colocó sobre la mesa y lo deslizó en dirección a Aldo.

—Los honorarios que le debo —declaró.

Aldo tomó el sobre sin abrirlo y se lo guardó en el bolsillo de su propia chaqueta.

—Segundo, no quiero que piense que le mentí en todo momento —continuó—. O que no haya valorado su labor. Es todo lo contrario.

—Nunca pensé que mintió —dijo Aldo—, pero mi impresión fue que no había compartido toda la información que tenía.

Enrique Prats suspiró.

—Es cierto —consintió—, pero deseo dejar mis razones muy claras. La última noche que hablé con mi hermana, ella me hizo creer que César Belzan acababa de tocar en su puerta. Ahora entiendo perfectamente que se burlaba de mí, no era inusual en ella, pero en ese momento, yo me lo tomé muy en serio. Admito que estaba enojado con ella y eso me inclinó a pensar lo peor. Yo verdaderamente quedé convencido de que Belzan estuvo allí. No tenía ninguna duda, pero tampoco tenía ninguna prueba... ¿Lo ve?

Pausó, tomó agua de su copa y prosiguió:

—Yo solo tenía las palabras de Julieta. Y luego cuando la hallé..., sin vida, pues fue la conclusión más obvia en ese momento.

—¿Y lo compartió así mismo con la policía?

—Íntegramente, detective Mota. Nunca le oculté nombres ni nada de información a la policía, ellos sencillamente no tuvieron el interés de indagar más allá del apartamento de Julieta. Por eso recurrí a usted. Un investigador privado cuya única labor fuera encontrar la verdad. Y pues, a falta de pruebas, pero estando absolutamente convencido, decidí que lo mejor sería darle suficiente información para que comenzara a investigar y, si probaba ser un buen detective, daría con la identidad de Belzan tarde o temprano. Repito, no tenía ninguna duda de que él estuvo allí. En mi mente era solo una cuestión de tiempo y destrezas que un investigador competente diera

con él, porque Julieta misma me dijo que se habían estado comunicando.

—Entiendo, señor Prats, pero pudo haber hecho la investigación mucho más corta y rápida si me hubiese dado el nombre desde el principio.

—*Aaah* —soltó, como complacido con la refutación—, pero declarar un culpable no es lo mismo que hallarlo, detective Mota. Yo *creía saber* quién era el culpable, así que quería que usted lo hallara.

—Pero se equivocó, señor Prats —apuntó.

—Así es... y por eso debo pedirle disculpas.

Guardó silencio y tomó más agua. Tal vez fue por la luz, o su dirección y cómo acentuaba los contornos de su rostro, pero, ahora, Aldo lo veía un poco mayor de lo que recordaba.

—Estaba tan convencido de que Belzan fue a ver a Julieta esa noche, que no consideré más posibilidades —admitió—. Ella misma se encargó de eso. Le hablo con total honestidad, detective Mota, mi hermana me hizo creer que allí estuvo él. Yo nunca acepté lo del otro hijo o la infidelidad de mi padre. Pero ella sí. Desde que recibió la primera llamada de él aceptó la idea sin reserva. Yo no. Yo pensé que Belzan buscó el abogado que usted encontró para hacer una moción en contra de la herencia de mi padre, y asumí que Julieta le dio su consentimiento de algún modo para gestionarlo todo. —Hizo una corta pausa—. Aunque mi padre ya había fallecido, pensé que era su forma de revelarse. La relación de ella con mi padre siempre fue... —Dudó—... un poco turbulenta. Así que tal vez ella lo vio como una oportunidad para herirlo, aun después de la muerte.

Efectuó otra pausa y rio con la debilidad del momento.

—Ella decía que yo era el favorito de papá, y que, así como él me protegía a mí, yo lo protegía y lo defendía a él de todo. No creo que fuera cierto. Pero ahora, después de todo lo que ha pasado, puedo ver su punto de vista con más claridad.

—Y lo acepta, ¿no? ¿Acepta que César es su hermano?

—Acepto que... —Titubeó—. Acepto que mi padre no fue perfecto. A ver, dígame usted, detective, si mañana se enterara de que su padre le fue infiel a su madre, y que la aparición de un hijo ilegítimo podría afectar su agencia, de la cual deriva su ingreso y que su propio padre fundó, ¿no lo cuestionaría? ¿No dudaría sobre que fuera todo cierto?

—Con total honestidad, no sé qué pensaría —respondió Aldo.

—Mi padre no fue perfecto —repitió, mirándolo con seriedad— y yo no tenía intenciones de castigarlo después de su muerte manchando su reputación. Mi hermana nunca lo vio así.

—Nadie es perfecto, señor Prats —dijo Aldo—, pero de los errores debemos aprender, aunque sean los errores de otros.

Prats no respondió, durante un momento, repasó con la mirada sin interés la carta que el camarero había dejado sobre la mesa. Aldo no intentaba antagonizarlo, pero tampoco se permitiría excusarlo de todo, pues a pesar del remordimiento que Prats mostraba ahora, sus prioridades desde un principio le parecieron confligidas.

—Todo lo que ha ocurrido con la muerte de mi hermana me ha hecho pensar en muchas cosas —continuó—, y más que nunca, me ha hecho entender que las personas no siempre son lo que parecen.

El peso de algo interno cayó sobre su mirada. Sus ojos, esos idénticos a los de Julieta, lo miraron con desconsuelo.

—Yo conocía a Alba desde hacía ya muchos años. Ella y Julieta se conocieron en la universidad, y ella venía a veces a las fiestas de Navidad, o los cumpleaños de Julieta. Nunca la hubiera creído capaz de lo que hizo. A César Belzan no lo conozco, y lo podía imaginar fácilmente capaz de cualquier cosa, pero a Alba no.

Parecía que, al haber caído la máscara que cubría la identidad del asesino de su hermana, se vio obligado a recordar cómo fue su relación con Julieta; lo bueno y lo malo. Todo. Su única hermana ya no estaba ni sus padres tampoco, y seguía soltero. Debía ser un lugar muy solitario el que habitaba ahora, concluyó Aldo.

Esos pensamientos instaron varios más y se encontró, cara a cara en su mente, con el rostro de Andrés, que ahora esperaba a solas en la casa mientras que a él lo había invitado a almorzar su cliente. Por supuesto que sentía simpatía por Enrique Prats, pero, decidió, más la sentía por su hermano; y más merecida era también.

Aldo se puso de pie.

—Muchas gracias por todo, señor Prats, y gracias por la invitación, pero creo que es mejor que vaya andando.

—¿No se quedará para almorzar? —preguntó Prats, decepcionado.

—No. Tal vez en otra ocasión.

—Pues, que así sea. Hasta la próxima ocasión. —Se puso de pie, caminó hasta Aldo y le estrechó la mano—. Gracias a *usted* por todo, detective —dijo y le ofreció una sonrisa.

Prats retomó su silla y Aldo se giró, dio varios pasos alejándose, pero se detuvo. Luego retrocedió hasta la mesa.

—Usted no está solo, señor Prats. Allá fuera —dijo y señaló a ningún lugar en particular—, no muy lejos, tiene un hermano que se llama César. Pienso que se merece que le dé una oportunidad para conocerlo. Con todo respeto, su hermana se la dio. Aun con todo lo que ha pasado, pienso que él también estaría dispuesto a darle la oportunidad a usted.

Prats permaneció en silencio. Si tomó ofensa por esas palabras, tampoco lo mostró. Quizá, pensó Aldo, lo que acababa de decir se asemejaba a los pensamientos que la conciencia de su cliente ya le habían hecho meditar. La decisión, en cualquier caso, era toda suya.

Aldo salió del restaurante y comenzó a andar. Caminaba sin un rumbo definido o destino, aunque debía tomar el metro para regresar a Villamar, dejó que sus pies lo llevaran a algún otro punto donde sus emociones no obstruyeran sus pensamientos.

En los cuatro días que habían pasado desde la resolución del caso de la muerte de Julieta Prats, Aldo se halló moviéndose por una corriente cíclica que a veces le hacía sentir coraje, a veces alivio, luego frustración y al final todo comenzaba otra vez. Como las etapas del duelo. Aquella chica carismática y alegre llamada Julieta no regresaría, dejó un hueco en la vida de todos los que la conocían, y cada uno de ellos debería buscar su propia forma de rellenarlo.

Aldo entendió que la justicia, cuando llega, no siempre trae consuelo. Lo que sí trae, la resolución y la verdad, pueden ser tan crueles como la duda y la incertidumbre de todo lo derribado. Nada traería de vuelta a Julieta Prats, así como nada traería de vuelta a su propio

padre. La muerte, aunque llegue en manos de la naturaleza o de algún alma descarrilada, no distingue el dolor que deja, pese a que las herramientas que lo apaciguan se hallan todas en vida.

Sintiendo la ausencia de su padre más que nunca, debía usar esas mismas herramientas para forjar un nuevo camino, para él, para su agencia y para su familia.

23

Entre las mejores comodidades que ofrecía el hospital Santa Lucía, se encontraba el jardín externo. Además de todas las flores, los arbustos y árboles, contaba con bancos, mesas de pícnic y unas cortas veredas adoquinadas que invitaban a caminar por ellas cuando los días no oscilaban entre las temperaturas extremas altas ni bajas. Ese domingo, soleado y de brisas agradables, le pareció a Aldo idóneo para al fin llevar a su madre a visitar el jardín con ellos.

Aldo y Andrés ocupaban un mismo lado de una de las mesas de pícnic, su madre el otro. Acogidos bajo la sombra de un olmo, permanecían allí sin decir mucho. En una ocasión, pasó una de las enfermeras y les ofreció algo, pero su madre seguía más callada de lo usual.

—Mamá, ¿seguro que no quieres caminar un poco? —preguntó Aldo, sin obtener respuesta.

Aldo miró a Andrés que seguía sentado con las manos pilladas bajo los muslos y miraba la mesa. Pensaba que su madre pasaría todo el tiempo de su visita en silencio cuando de repente comenzó a hablar:

—El otro día vino un médico a decirme que tenía la presión alta. ¡Como si yo no lo supiera! Voy a tener que decirle a Arnaldo que hable con él. Porque, ¡para colmo!, tampoco sabe ajustar bien la temperatura. Mi habitación siempre está fría.

—Si tienes frío en la habitación puedo hablar con las enfermeras —sugirió Aldo.

—Fría y sucia —continuó ella—. Porque tampoco han venido a limpiar desde hace semanas.

Al haber salido al jardín luego de visitar su habitación, Aldo sabía que su madre no decía nada verídico. No dijo nada en refutación. A la vez que su madre se quejaba de las instalaciones y del personal, permitió que su mente vagase por otros lugares y pensamientos, y dejó el sonido de las palabras muy lejos. Recordó que siempre que había hablado por teléfono con su padre, él le decía que su madre se encontraba «bien», e imaginó conversaciones igual de incoherentes a la de ese momento, con lo que obtuvo una mayor apreciación por el esfuerzo que debía de haber hecho su padre para fingir naturalidad al hablar de su esposa. Nunca dudó en que sus padres se amaron. Ahora, lanzado al medio del torbellino de la familia, el entendimiento de la carga emocional de la pérdida de esa relación íntima y especial comenzaba a concretizarse.

Su madre continuó calumniando todo en su paso un rato más; hasta se quejó de la presión del agua del grifo de su baño. Al menos, ahora les hablaba, pensó Aldo.

Al final, su madre volvió a perder el interés en hablar, o se le acabaron las cosas por las que quejarse, y volvió a guardar silencio durante un largo rato.

—Mamá, resolvimos el caso —intentó Aldo—. El caso de la agencia de papá. Andrés y yo.

Su madre siguió mirando a la distancia.

—Arrestaron a la persona que fue responsable de todo, la noticia salió hasta en el periódico. Y

mencionaron a la agencia también —añadió con orgullo—. ¿Mamá? ¿Me oíste?

Ella seguía atenta a algún punto lejos, parecía que no escuchaba.

—¿Mamá? —intentó una última vez.

Aldo, vencido, dejó de hablar y cruzó las manos sobre la mesa.

En el momento de la reanudación del silencio, Andrés introdujo una mano en el bolsillo de su camisa y extrajo una pequeña figura de papel, una diestra papiroflexia que formaba un ave: una grulla. Con detenimiento, la colocó sobre la mesa, cerca del brazo de su madre.

Aldo la observó a conciencia, pero ella parecía no haber notado la figura de papel y seguía mirando a lo lejos. Extendió el brazo y le ofreció varias palmadas en la espalda a su hermano, que volvió a bajar la mirada, decepcionado.

Miró a su alrededor y notó que ya no quedaban muchos más visitantes y, dado los distantes ánimos de su madre, tal vez sería mejor que se marcharan ellos también.

—¿Estás comiendo bien? —preguntó la voz.

Aldo giró la cabeza y halló a su madre observando a su hermano con intensidad. Advirtió que Andrés ahora también la miraba. Sin ellos hablar, encontró ternura en la forma en la que guardaban silencio, buscando algo imperceptible en sus respectivos rostros. Movié la mirada entre su madre y su hermano unos segundos más, sin saber si debía decir algo, seguir callado o darles un momento a solas.

El labio inferior de su madre tembló y una única lágrima le bajó por la mejilla, deslizándose con rapidez, como por una superficie encerada. Andrés no parecía tener lágrimas para soltar, aunque tampoco parecía imposible que llegaran.

—¿Estás comiendo bien? —repitió su madre.

Andrés asintió con un movimiento de la cabeza entre pasmado y aterrado sin desprender su mirada de la de ella.

Su madre tragó hondo, sorbió por la nariz y se llevó la mano al rostro con un rápido movimiento para limpiar el residuo de aquella única lágrima que había escapado; como con la indiferencia de alguna brizna que el viento hubiera hecho llegar a su rostro. Se giró de golpe hacia Aldo y preguntó:

—¿Qué día es hoy?

—Domingo —murmuró Aldo.

—A tu padre no le gusta que le toquen o le muevan las cosas de la oficina —dijo y le dedicó otra mirada fugaz a Andrés, con un brillo en los ojos inusual, aunque inconfundible—. Pero siempre le gustaba cuando las cosas se hacían bien.

Dudó un momento, lo suficiente para lograr procesar las palabras de su madre. No fue el pensamiento sobre las sensibilidades de su padre lo que lo inquietó, sino los tiempos verbales de su madre que, por primera vez, quedaban conjugados en pasado con relación a Arnaldo Mota.

—¿Qué día es hoy —repitió, aunque no pareció una pregunta en esa ocasión.

Sin esperar a la respuesta, se puso de pie, tomó la figura de papel en sus manos y comenzó a caminar por las hileras de rosas del jardín.

Al marcharse, Aldo no dijo nada, no pudo. Andrés, si bien adoptó un semblante de profunda reflexión, tampoco habló más. De camino al automóvil mientras alcanzaban el aparcamiento,

Aldo fue invadido por un recuerdo. En él, sostenía una conversación con su padre, años atrás, de la que ya no recordaba del todo el contexto o la razón. Sin embargo, creía que algo lo movía hasta ese recuerdo perdido en el tiempo y lo obligaba a escuchar las palabras, una y otra vez, como el eco del sonido de una voz que no se disipa. En el recuerdo que lo invadió y rehusaba abandonarlo, su padre decía: «Una persona que es inteligente y astuta puede fingir ser tonta, pero nunca al revés».

NOTA DEL AUTOR

Estimado lector:

Gracias por leer *A. Mota y la muerte de Julieta*.

El recurso principal, y el más importante, de todo escritor siempre será el mismo: tú. Así que, si has disfrutado del libro y tienes unos minutos, estaría muy agradecido si consideraras dejar una valoración o una breve reseña. Si te animas, aquí encontrarás el código QR con los enlaces.

¡Gracias una vez más, y hasta la próxima!

